

Pérez-Reverte's El capitán Alatraste

El Capitán Alatraste

por

Arturo y Carlota Pérez-Reverte

EDITORIAL ALFAGUARA , MADRID 1996

*A los abuelos Sebastián, Amelia, Pepe y Cala:
por la vida, los libros y la memoria.*

*Va de cuento: nos regía
un capitán que venía
malherido, en el afán
de su primera agonía.
¡Señores, qué capitán
el capitán de aquel día!
E. Marquina*

(En Flandes se ha puesto el sol)

I. LA TABERNA DEL TURCO

No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente. Se llamaba Diego Alatraste y Tenorio, y había luchado como soldado de los tercios viejos en las guerras de Flandes. Cuando lo conocí malvivía en Madrid, alquilándose por cuatro maravedís en trabajos de poco lustre, a menudo en calidad de espadachín por cuenta de otros que no tenían la destreza o los arrestos para solventar sus propias querellas. Ya saben: un marido **cornudo** por aquí, un pleito o una herencia dudosa por allá, deudas de juego pagadas a medias y algunos etcéteras más. Ahora es fácil criticar eso; pero en aquellos tiempos la capital de las Españas era un lugar donde la vida había que buscársela a salto de mata, en una esquina, entre el brillo de dos aceros. En todo esto Diego Alatraste se desempeñaba con holgura. Tenía mucha destreza a la hora de tirar de espada, y manejaba mejor, con el disimulo de la zurda, esa daga estrecha y larga llamada por algunos vizcaína, con que los reñidores profesionales se ayudaban a menudo. Una de cal y otra de vizcaína, solía decirse. El adversario estaba ocupado largando y parando estocadas con fina esgrima, y de pronto le venía por abajo, a las tripas, una cuchillada corta como un relámpago que no daba tiempo ni a pedir confesión. Sí. Ya he dicho a vuestras mercedes que eran años duros.

El capitán Alatraste, por lo tanto, vivía de su espada. Hasta donde yo alcanzo, lo de capitán era más un apodo

tr. by Margaret Sayers Peden

Captain Alatraste

by

Arturo Pérez-Reverte

tr. by Margaret Sayers Peden
Penguin, USA, 2006

For our grandparents Sebastián, Amelia, Pepe, and Cala:
for life, books, and memories

Was once a captain,
the story goes,
who led men in battle,
though in death's throes.
Oh, señores! What an apt man
was that brave captain!
E. MARQUINA,

The Sun Has Set in Flanders

I. THE TAVERN OF THE TURK

He was not the most honest or pious of men, but he was courageous. His name was Diego Alatraste y Tenorio, and he had fought in the ranks during the Flemish wars. When I met him he was barely making ends meet in Madrid, hiring himself out for four *maravedís* in employ of little glory, often as a swordsman for those who had neither the skill nor the daring to settle their own quarrels. You know the sort I mean: a **cuckolded** husband here, outstanding gambling debts there, a petty lawsuit or questionable inheritance, and more troubles of that kind. It is easy to criticize now, but in those days the capital of all the Spains was a place where a man had to fight for his life on a street corner lighted by the gleam of two blades. In all this Diego Alatraste played his part with panache. He showed great skill when swords were drawn, even more when with left-handed cunning he wielded the long, narrow dagger some call the *vizcaína*, a weapon from Biscay that professionals often used to help their cause along. If a knife will not do it, the *vizcaína* will, was the old saying. The adversary would be concentrating on attacking and parrying, and suddenly, quick as lightning, with one upward slash, his gut would be slit, so fast he would not have time to ask for confession. Oh yes, Your Mercies, those were indeed harsh times.

Captain Alatraste, as I was saying, lived by his sword. Until I came into the picture, that "Captain" was more an

que un grado efectivo. El mote venía de antiguo: cuando, desempeñándose de soldado en las guerras del Rey, tuvo que cruzar una noche con otros veintinueve compañeros y un capitán de verdad cierto río helado, imagínense, viva España y todo eso, con la espada entre los dientes y en camisa para confundirse con la nieve, a fin de sorprender a un destacamento holandés. Que era el enemigo de entonces porque pretendían proclamarse independientes, y si te he visto no me acuerdo. El caso es que al final lo fueron, pero entre tanto los fastidiamos bien. Volviendo al capitán, la idea era sostenerse allí, en la orilla de un río, o un dique, o lo que diablos fuera, hasta que al alba las tropas del Rey nuestro señor lanzasen un ataque para reunirse con ellos. Total, que los herejes fueron debidamente acuchillados sin darles tiempo a decir esta boca es mía. Estaban durmiendo como marmotas, y en ésas salieron del agua los nuestros con ganas de calentarse y se quitaron el frío enviando herejes al infierno, o a donde vayan los malditos luteranos. Lo malo es que luego vino el alba, y se adentró la mañana, y el otro ataque español no se produjo. Cosas, contaron después, de celos entre maestros de campo y generales. Lo cierto es que los treinta y uno se quedaron allí abandonados a su suerte, entre reniegos, por vidas de y votos a tal, rodeados de holandeses dispuestos a vengar el degüello de sus camaradas. Más perdidos que la Armada Invencible del buen Rey Don Felipe el Segundo. Fue un día largo y muy duro. Y para que se hagan idea vuestras mercedes, sólo dos españoles consiguieron regresar a la otra orilla cuando llegó la noche. Diego Alatriste era uno de ellos, y como durante toda la jornada había mandado la tropa –al capitán de verdad lo dejaron listo de papeles en la primera escaramuza, con dos palmos de acero saliéndole por la espalda–, se le quedó el mote, aunque no llegara a disfrutar ese empleo. Capitán por un día, de una tropa sentenciada a muerte que se fue al carajo vendiendo cara su piel, uno tras otro, con el río a la espalda y blasfemando en buen castellano. Cosas de la guerra y la vorágine. Cosas de España.

En fin. Mi padre fue el otro soldado español que regresó aquella noche. Se llamaba Lope Balboa, era guipuzcoano y también era un hombre valiente. Dicen que Diego Alatriste y él fueron muy buenos amigos, casi como hermanos; y debe de ser cierto porque después, cuando a mi padre lo mataron de un tiro de arcabuz en un baluarte de Jülich –por eso Diego Velázquez no llegó a sacarlo más tarde en el cuadro de la toma de Breda como a su amigo y tocayo Alatriste, que sí está allí, tras el caballo–, le juró ocuparse de mí cuando fuera mozo. Ésa es la razón de que, a punto de cumplir los trece años, mi madre metiera una camisa, unos calzones, un rosario y un mendrugo de pan en un hatillo, y me mandara a vivir con el capitán, aprovechando el viaje de un primo suyo que venía a Madrid. Así fue como entré a servir, entre criado y paje, al amigo de mi padre.

honorary title than a true rank. His nickname originated one night when, serving as a soldier in the king's wars, he had to cross an icy river with twenty-nine companions and a true captain. Imagine, *Viva España* and all that, with his sword clenched between his teeth, and in his shirtsleeves to blend into the snow, all to surprise a Hollandish contingent. They were the enemy at the time because they were fighting for independence. In fact, they did win it in the end, but meanwhile we gave them a merry chase.

Getting back to the captain-the plan was to stay there on the riverbank, or dike, or whatever the devil it was, until dawn, when the troops of our lord and king would launch an attack and join them. To make a long story short, the heretics were duly dispatched without time for a last word. They were sleeping like marmots when our men emerged from the icy water, nearly frozen, shaking off the cold by speeding heretics to Hell, or wherever it is those accursed Lutherans go. What went wrong is that the dawn came, and the morning passed, and the expected Spanish attack did not materialize. A matter, they told later, of old jealousies among the generals and officers in the field. Fact is, thirty-one men were abandoned to their fate, amid curses and vows, surrounded by Low Dutch disposed to avenge the slashed throats of their comrades. With less chance than the Invincible Armada of the good King Philip the Second.

It was a long and very hard day. And in order that Your Mercies may picture what happened, only two of the Spanish made it back to the other bank of the river by the time night fell. Diego Alatriste was one of them, and as all day long he had commanded the troops-the authentic captain having been rendered hors de combat in the first skirmish with two handspans of steel protruding from his back-the title fell to him, though he had no opportunity to enjoy the honor. Captain-for-a-day of troops fated to die, and paying their way to Hell at the cost of their hides, one after another, with the river to their backs and blaspheming in good Castilian Spanish. But that is the way of war and the maelstrom. That is the way it goes with Spain.

Well, then. My father was the other Spanish soldier who returned that night. His name was Lope Balboa; he was from the province of Guipúzcoa, and he, too, was a courageous man. They say that Diego Alatriste and he were very good friends, almost like brothers, and it must be true, because later, on the bulwarks of Jülich, where my father was killed by a ball from a harquebus-which was why Diego Velázquez did not include him in his painting of the Surrender of Breda, as he did his friend and fellow Diego, Alatriste, who is indeed there, behind the horse-he swore that he would look after me when I grew out of childhood. And that is why, when I turned thirteen, my mother supplied me with shirt and breeches, and a rosary and a crust of bread tied up in a kerchief, and sent me to live with the captain, taking advantage of a cousin who was traveling to Madrid. Thus it was that I came to enter the service, at a rank somewhere between servant and page, of my father's friend.

Una confidencia: dudo mucho que, de haberlo conocido bien, la autora de mis días me hubiera enviado tan alegremente a su servicio. Pero supongo que el título de capitán, aunque fuera apócrifo, le daba un barniz honorable al personaje. Además, mi pobre madre no andaba bien de salud y tenía otras dos hijas que alimentar. De ese modo se quitaba una boca de encima y me daba la oportunidad de buscar fortuna en la Corte. Así que me facturó con su primo sin preocuparse de indagar más detalles, acompañado de una extensa carta, escrita por el cura de nuestro pueblo, en la que recordaba a Diego Alatriste sus compromisos y su amistad con el difunto. Recuerdo que cuando entré a su servicio había transcurrido poco tiempo desde su regreso de Flandes, porque una herida fea que tenía en un costado, recibida en Fleurus, aún estaba fresca y le causaba fuertes dolores; y yo, recién llegado, tímido y asustadizo como un ratón, lo escuchaba por las noches, desde mi jergón, pasear arriba y abajo por su cuarto, incapaz de conciliar el sueño. Y a veces le oía canturrear en voz baja coplillas entrecortadas por los accesos de dolor, versos de Lope, una maldición o un comentario para sí mismo en voz alta, entre resignado y casi divertido por la situación. Eso era muy propio del capitán: encarar cada uno de sus males y desgracias como una especie de broma inevitable a la que un viejo conocido de **perversas** intenciones se divertiera en someterlo de vez en cuando. Quizá ésa era la causa de su peculiar sentido del humor áspero, inmutable y desesperado.

Ha pasado muchísimo tiempo y me embrollo un poco con las fechas. Pero la historia que voy a contarles debió de ocurrir hacia el año mil seiscientos y veintitantos, poco más o menos. Es la aventura de los enmascarados y los dos ingleses, que dio no poco que hablar en la Corte, y en la que el capitán no sólo estuvo a punto de dejar la piel remendada que había conseguido salvar de Flandes, del turco y de los corsarios berberiscos, sino que le costó hacerse un par de enemigos que ya lo acosarían durante el resto de su vida. Me refiero al secretario del Rey nuestro señor, Luis de Alquézar, y a su siniestro sicario italiano, aquel espadachín callado y peligroso que se llamó Gualterio Malatesta, tan acostumbrado a matar por la espalda que cuando por azar lo hacía de frente se sumía en profundas depresiones, imaginando que perdía facultades. También fue el año en que yo me enamoré como un becerro y para siempre de Angélica de Alquézar, **perversa** y malvada como sólo puede serlo el Mal encarnado en una niña rubia de once o doce años. Pero cada cosa la contaremos a su tiempo.

Me llamo Íñigo. Y mi nombre fue lo primero que pronunció el capitán Alatriste la mañana en que lo soltaron de la vieja cárcel de Corte, donde había pasado tres semanas a expensas del Rey por impago de deudas. Lo de las expensas es un modo de hablar, pues tanto en ésa como en las otras prisiones de la época, los únicos lujos –y en lujos **incliuiase** la co-

A confidence: I very much doubt whether, had she known him well, the mother who gave me birth would so gaily have sent me to his service. But I suppose that the title of captain, though apocryphal, added sheen to his character. Besides, my poor mother was not well and she had two daughters to feed. By sending me off she had one fewer mouth at table and at the same time was giving me the opportunity to seek my fortune at court. So, without bothering to ask further details, she packed me off with her cousin, together with a long letter written by the priest of our town, in which she reminded Diego Alatriste of his promise and his friendship with my deceased father.

I recall that when I attached myself to the captain, not much time had passed since his return from Flanders, because he carried an ugly wound in his side received at Fleurus, still fresh, and the source of great pain. Newly arrived, timid, and as easily frightened as a mouse, on my pallet at night I would listen to him pace back and forth in his room, unable to sleep. And at times I heard him softly singing little verses, interrupted by stabs of pain: Lope's verses, then a curse or a comment to himself, partly resigned and almost amused. That was typical of the captain: to face each of his ills and misfortunes as if they were a kind of inevitable joke that an old, **perverse** acquaintance found entertaining to subject him to from time to time. Perhaps that was the origin of his peculiar sense of harsh, unchanging, despairing humor.

That was a long time ago, and I am a bit muddled regarding dates. But the story I am going to tell you must have taken place around sixteen hundred and twenty-something. It is the adventure of masked men and two Englishmen, which caused not a little talk at court, and in which the captain not only came close to losing the patched-up hide he had managed to save in Flanders, and in battling Turkish and Barbary corsairs, but also made himself a pair of enemies who would harass him for the rest of his life. I am referring to the secretary of our lord and king, Luis de Alquézar, and to his sinister Italian assassin, the silent and dangerous swordsman named Gualterio Malatesta, a man so accustomed to killing his victims from behind that when by chance he faced them, he sank into deep depressions, imagining that he was losing his touch. It was also the year in which I fell in love like a bawling calf, then and forever, with Angelica de Alquézar, who was as **perverse** and wicked as only Evil in the form of a blonde eleven- or twelve-year-old girl can be. But we will tell everything in its time.

My name is Íñigo. And my name was the first word Captain Alatriste uttered the morning he was released from the ancient prison in the castle, where he had spent three weeks as a guest of the king for nonpayment of debts. That he was the king's "guest" is merely a manner of speaking, for in this as in other prisons of the time, the only luxuries-and food was

mida— eran los que cada cual podía pagarse de su bolsa. Por fortuna, aunque al capitán lo habían puesto en galeras casi ayuno de dineros, contaba con no pocos amigos. Así que entre unos y otros lo fueron socorriendo durante su encierro, más llevadero merced a los potajes que Caridad la Lebrijana, la dueña de la taberna del Turco, le enviaba conmigo de vez en cuando, y a algunos reales de a cuatro que le hacían llegar sus compadres Don Francisco de Quevedo, Juan Vicuña y algún otro. En cuanto al resto, y me refiero a los percances propios de la prisión, el capitán sabía guardarse como nadie. Notoria era en aquel tiempo la afición carcelaria a aligerar de bienes, ropas y hasta de calzado a los mismos compañeros de infortunio. Pero Diego Alatriste era lo bastante conocido en Madrid; y quien no lo conocía no tardaba en averiguar que era más saludable andársele con mucho tiento. Según supe después, lo primero que hizo al ingresar en el **estaribel** fue irse derecho al más peligroso jaque entre los reclusos y, tras saludarlo con mucha política, ponerle en el gaznate una cuchilla corta de matarife, que había podido conservar merced a la entrega de unos maravedís al carcelero. Eso fue mano de santo. Tras aquella inequívoca declaración de principios nadie se atrevió a molestar al capitán, que en adelante pudo dormir tranquilo envuelto en su capa en un rincón más o menos limpio del establecimiento, protegido por su fama de hombre de hígados.

Después, el generoso reparto de los potajes de la Lebrijana y las botellas de vino compradas al **alcaide** con el socorro de los amigos aseguraron sólidas lealtades en el recinto, incluida la del rufián del primer día, un cordobés que tenía por mal nombre Bartolo Cagafuego, quien a pesar de andar en jácaras como habitual de llamarse a iglesia y frecuentar galeras, no resultó nada rencoroso. Era ésa una de las virtudes de Diego Alatriste: podía hacer amigos hasta en el infierno.

Parece mentira. No recuerdo bien el año —era el veintidós o el veintitrés del siglo—, pero de lo que estoy seguro es de que el capitán salió de la cárcel una de esas mañanas azules y luminosas de Madrid, con un frío que cortaba el aliento. Desde aquel día que —ambos todavía lo ignorábamos— tanto iba a cambiar nuestras vidas, ha pasado mucho tiempo y mucha agua bajo los puentes del Manzanares; pero todavía me parece ver a Diego Alatriste flaco y sin afeitar, parado en el umbral con el portón de madera negra claveteada cerrándose a su espalda. Recuerdo perfectamente su parpadeo ante la claridad cegadora de la calle, con aquel espeso bigote que le ocultaba el labio superior, su delgada silueta envuelta en

included as such—were those a prisoner paid for from his own purse. Fortunately, although the captain had been incarcerated nearly innocent of any funds, he had a goodly number of friends. So thanks to one and then another fellow who came to his aid during his imprisonment, his stay was made more tolerable by the stews that Caridad la Lebrijana, the mistress of the Tavern of the Turk, sometimes sent by way of me, and by the four *reales* sent by his companions don Francisco de Quevedo and Juan Vicuña, among others.

As for the rest of it, and here I am referring to the hardships of prison life itself, the captain knew better than any how to protect himself. The practice of relieving one's wretched companions-in-misfortune of their wealth, clothes, even their shoes, was notorious at that time. But Diego Alatriste was quite well known in Madrid, and any who did not know him soon found it was better for their health to approach him with caution. According to what I later learned, the first thing he did, once inside the walls, was to go straight to the most dangerous ruffian among the prisoners and, after greeting him politely, press the cold blade of that lethal *vizcaína* which he had kept thanks to the transfer of a few *maravedís* to the jailer—to the thug's gullet. It worked like a sign from God. After this unmistakable declaration of principles, no one dared lift a hand against the captain, who from then on slept in peace, wrapped in his cape in a reasonably clean corner of the establishment and protected by his reputation as a man with steel in his spine.

Later, his generous sharing of La Lebrijana's stews, as well as bottles of wine bought from the warden with the assistance of friends, helped secure him solid loyalties, even from the lowlife of that first day, a man from Cordoba with the unfortunate name of Bartolo Cagafuego. Although carrying the burden of a name like Bartolo Shitfire was reason enough to get him into trouble as regularly as a pious old dame goes to mass—and though he had spent more than his share of time in the king's galleys—he was not a rancorous fellow. It was one of Diego Alatriste's virtues that he could make friends in Hell.

It seems unreal. I do not remember the exact year—it was the twenty-second or twenty-third year of the century—but what I am sure of is that the captain emerged from the prison on one of those blue, luminous Madrid mornings so cold that it takes your breath away. From that day—though neither of us yet knew it—our lives were going to change greatly.

Time has gone by and water has flowed beneath the bridges of the Manzanares, but I can still see Diego Alatriste, thin and unshaven, stepping across the threshold with the heavy iron-studded door closing behind him. I recall him perfectly, squinting in the blinding light, thick mustache covering his upper lip, slim silhouette wrapped in his cape, and beneath the

la capa, y el sombrero de ala ancha bajo cuya sombra entornaba los ojos claros, deslumbrados, que parecieron sonreír al divisarme sentado en un poyete de la plaza. Había algo singular en la mirada del capitán: por una parte era muy clara y muy fría, glauca como el agua de los charcos en las mañanas de invierno. Por otra, podía quebrarse de pronto en una sonrisa cálida y acogedora, como un golpe de calor fundiendo una placa de hielo, mientras el rostro permanecía serio, inexpresivo o grave. Poseía, aparte de ésta, otra sonrisa más inquietante que reservaba para los momentos de peligro o de tristeza: una mueca bajo el mostacho que torcía éste ligeramente hacia la comisura izquierda y siempre resultaba amenazadora como una estocada —que solía venir acto seguido—, o fúnebre como un presagio cuando acudía al hilo de varias botellas de vino, de esas que el capitán solía despachar a solas en sus días de silencio. Azumbre y medio sin respirar, y aquel gesto para secarse el mostacho con el dorso de la mano, la mirada perdida en la pared de enfrente. Botellas para matar a los fantasmas, solía decir él, aunque nunca lograba matarlos del todo.

La sonrisa que me dirigió aquella mañana, al encontrarme esperándolo, pertenecía a la primera clase: la que le iluminaba los ojos desmintiendo la imperturbable gravedad del rostro y la aspereza que a menudo se esforzaba en dar a sus palabras, aunque estuviese lejos de sentirla en realidad. Miró a un lado y otro de la calle, pareció satisfecho al no encontrar acechando a ningún nuevo acreedor, vino hasta mí, se quitó la capa a pesar del frío y me la arrojó, hecha un gurrño.

—Íñigo —dijo—. Hiérvela. Está llena de chinches.

La capaapestaba, como él mismo. También su ropa tenía bichos como para merendarse la oreja de un toro; pero todo eso quedó resuelto menos de una hora más tarde, en la casa de baños de Mendo el Toscano, un barbero que había sido soldado en Nápoles cuando mozo, tenía en mucho aprecio a Diego Alatriste y le fiaba. Al acudir con una muda y el otro único **traje** que el capitán conservaba en el armario **carcomido** que nos servía de guardarropa, lo encontré de pie en una tina de madera llena de agua sucia, secándose. El Toscano le había rapado bien la barba, y el pelo castaño, corto, húmedo y peinado hacia atrás, partido en dos por una raya en el centro, dejaba al descubierto una frente amplia, tostada por el sol del patio de la prisión, con una pequeña cicatriz que bajaba sobre la ceja izquierda. Mientras terminaba de secarse y se ponía el calzón y la camisa observé las otras cicatrices que ya conocía. Una en forma de media luna, entre el ombligo y la tetilla derecha. Otra larga, en un muslo, como un zigzag. Ambas eran de arma blanca, espada o daga;

shadow of his wide-brimmed hat, bedazzled eyes that seemed to smile when he glimpsed me sitting on a bench in the plaza. There was something very unusual about the captain's gaze; on the one hand, his eyes were very clear and very cold, a greenish-gray like the water in puddles on a winter morning. On the other, they could suddenly break into a warm and welcoming smile, like a blast of heat melting a skim of ice, while the rest of his face remained serious, inexpressive, or grave. He had another, more disturbing, smile that he reserved for moments of danger or sadness: a kind of grimace that twisted his mustache down slightly toward the left corner of his mouth, a smile as threatening as cold steel—which nearly always followed—or as funereal as an omen of death when it was strung at the end of several bottles of wine, those the captain dispatched alone in his days of silence. The first one or two downed without taking a breath, then that gesture of wiping his mustache with the back of his hand while staring at the wall before him. Bottles to kill the ghosts, he always said, although he was never able to kill them completely.

The smile he directed at me that morning when he found me waiting belonged to the first category: the one that lighted his eyes, refuting the imperturbable gravity of his face and the harshness he often intentionally gave to his words, even when he was far from feeling it. He looked up and down the street, appeared to be satisfied when he did not see any new creditor lurking about, walked toward me, removed his cape, despite the cold, and tossed it to me, wadded into a ball.

“Íñigo,” he said. “Boil this. It is crawling with bedbugs.”

The cape stunk, as did he. His clothing held enough bugs to chew the ear off a bull, but all that was resolved less than an hour later in Mendo el Toscano's bathhouse. A native of Tuscany, the barber had been a soldier in Naples when only a lad, and he admired Diego Alatriste greatly, and trusted him. When I arrived with a change of clothing—the only other full **outfit** the captain kept in the **battered** old cupboard that served us as a clothespress—I found him standing in a wood tub overflowing with dirty water, drying himself. El Toscano had trimmed his beard for him, and the short, wet chestnut hair combed back and parted in the middle revealed a broad forehead tanned by the sun of the prison courtyard but marred by a small scar that ran down to his left eyebrow. As he finished drying and putting on the clean breeches and shirt, I observed other scars I was already familiar with. One in the shape of a half-moon between his navel and his left nipple. A long one that zigzagged down a thigh. Both had been made by a cutting blade, a sword

a diferencia de una cuarta en la espalda, que tenía la inconfundible forma de estrella que deja un balazo. La quinta era la más reciente, aún no curada del todo, la misma que le impedía dormir bien por las noches: un tajo violáceo de casi un palmo en el costado izquierdo, recuerdo de la batalla de Fleurus, viejo de más de un año, que a veces se abría un poco y supuraba; aunque ese día, cuando su propietario salió de la tina, no tenía mal aspecto.

Lo asistí mientras se vestía despacio, con descuido, el jubón gris oscuro y los calzones del mismo color, que eran de los llamados valones, cerrados en las rodillas sobre los borceguíes que disimulaban los zurcidos de las medias. Se ciñó después el cinto de cuero que yo había engrasado cuidadosamente durante su ausencia, e introdujo en él la espada de grandes **gavilanes** cuya hoja y cazoleta mostraban las huellas, mellas y arañazos de otros días y otros aceros. Era una espada buena, larga, amenazadora y toledana, que entraba y salía de la vaina con un siseo metálico interminable, que ponía la piel de gallina. Después contempló un instante su aspecto en un maltrecho espejo de medio cuerpo que había en el cuarto, y esbozó la sonrisa fatigada:

—Voto a Dios —dijo entre dientes— que tengo sed.

Sin más comentarios me precedió escaleras abajo, y luego por la calle de Toledo hasta la taberna del Turco. Como iba sin capa caminaba por el lado del sol, con la cabeza alta y su **raída** pluma roja en la toquilla del sombrero, cuya ancha ala rozaba con la mano para saludar a algún conocido, o se quitaba al cruzarse con damas de cierta calidad. Lo seguí, distraído, mirando a los golfillos que jugaban en la calle, a las vendedoras de legumbres de los soportales y a los ociosos que tomaban el sol conversando en corros junto a la iglesia de los jesuitas. Aunque nunca fui en exceso inocente, y los meses que llevaba en el vecindario habían tenido la virtud de espabilarme, yo era todavía un cachorro joven y curioso que descubría el mundo con ojos llenos de asombro, procurando no perderme detalle. En cuanto al carruaje, oí los cascos de las dos mulas del tiro y el sonido de las ruedas que se acercaban a nuestra espalda. Al principio apenas presté atención; el paso de coches y carrozas resultaba habitual, pues la calle era vía de tránsito corriente para dirigirse a la Plaza Mayor y al Alcázar Real. Pero al levantar un momento la vista cuando el carruaje llegó a nuestra altura, encontré una portezuela sin escudo y, en la ventanilla, el rostro de una niña, unos cabellos rubios peinados en tirabuzones, y la mirada más azul, limpia y turbadora que he contemplado en toda mi vida. Aquellos ojos se cruzaron con los míos un instante y luego, llevados por el movimiento del coche, se alejaron calle arriba. Y yo me estremecí, sin conocer to-

or dagger, unlike a fourth on his back, which had formed the telltale star left by a musket ball. The fifth was the most recent, still not completely healed, the one that kept him from sleeping well every night: a violet gash almost a hand's breadth wide on his left side, a souvenir of the battle of Fleurus. It was months old, and at times it opened and oozed pus, although that day as its owner stepped out of the tub it did not look too bad.

I helped him as he dressed, slowly and carelessly: dark gray doublet and knee breeches of the same color, tight at the knees over the buskins that hid the ladders in his hose. Then he buckled on the leather belt that I had carefully oiled during his absence, and into it thrust the sword with the large **quillons**, whose blade and guard showed the nicks, knocks, and scratches of other days and other blades. It was a good sword, long, intimidating, and of the best Toledo steel, and as it was drawn or sheathed it gave off a long metallic ssssss that would give you gooseflesh. He studied his reflection in a dim half-length mirror for a moment, and smiled a weary smile.

“Sblood,” he muttered, “I feel thirsty.”

Without another word he preceded me down the stairs and along Calle Toledo toward the Tavern of the Turk. As he had no cloak, he walked along the sunny side, head high, with the **frazzled** red plume in the band of his hat dipping and waving. He touched his hand to the wide brim to greet some acquaintance, or swept the hat off as he passed a lady of a certain status. I followed, distracted, taking in everything: the urchins playing in the street, the vegetable vendors in the arcades, and the groups of gossiping idlers sitting in the sun beside the Jesuit church. Although I had never been overly innocent, and the months I had been living in the neighborhood had had the virtue of opening my eyes, I was still a young and curious pup who looked at the world with an astonished gaze, trying not to miss a single detail.

As for the carriage, all I noticed at first were the hoof-beats of a team of mules and the sound of wheels approaching behind us. I scarcely paid attention; seeing coaches and carriages was a normal occurrence, because the street was the principal route to the Plaza Mayor and the castle, the Alcazar Real. But when I looked up for an instant as the carriage caught up to us, I saw a door without a shield and, in the small window, the face of a girl with blond hair combed into corkscrew curls, and the bluest, clearest, and most unsettling eyes I have ever seen. Those eyes met mine for an instant, and then the enchanting creature was borne off down the street.

I shuddered, not knowing why. But my

davía muy bien por qué. Pero mi estremecimiento hubiera sido aún mayor de haber sabido que acababa de mirarme el Diablo.

–No queda sino batirnos –dijo Don Francisco de Quevedo.

La mesa estaba llena de botellas vacías, y cada vez que a Don Francisco se le iba la mano con el vino de San Martín de Valdeiglesias –lo que ocurría con frecuencia–, se empeñaba en tirar de espada y batirse con Cristo. Era un poeta **cojitranco** y valentón, **putaño**, corto de vista, caballero de Santiago, tan rápido de ingenio y lengua como de espada, famoso en la Corte por sus buenos versos y su mala leche. Eso le costaba, por temporadas, andar de destierro en destierro y de prisión en prisión; porque si bien es cierto que el buen Rey Felipe Cuarto, nuestro señor, y su valido el conde de Olivares apreciaban como todo Madrid sus certeros versos, lo que ya no les gustaba tanto era protagonizarlos. Así que de vez en cuando, tras la aparición de algún soneto o quintilla anónimos donde todo el mundo reconocía la mano del poeta, los alguaciles y corchetes del corregidor se dejaban caer por la taberna, o por su domicilio, o por los mentideros que frecuentaba, para invitarlo respetuosamente a acompañarlos, dejándolo fuera de la circulación por unos días o unos meses. Como era testarudo, orgulloso, y no escarmentaba nunca, estas peripecias eran frecuentes y le agriaban el carácter. Resultaba, sin embargo, excelente compañero de mesa y buen amigo para sus amigos, entre los que se contaba el capitán Alatriste. Ambos frecuentaban la taberna del Turco, donde montaban tertulia en torno a una de las mejores mesas, que Caridad la Lebrijana –que había sido puta y todavía lo era con el capitán de vez en cuando, aunque de balde– solía reservarles. Con Don Francisco y el capitán, aquella mañana completaban la concurrencia algunos habituales: el Licenciado Calzas, Juan Vicuña, el Dómine Pérez y el Tuerto Fadrique, boticario de Puerta Cerrada.

–No queda sino batirnos –insistió el poeta.

Estaba, como dije, visiblemente iluminado por medio azumbre de Valdeiglesias. Se había puesto en pie, derribando un **taburete**, y con la mano en el pomo de la espada lanzaba rayos con la mirada a los ocupantes de una mesa vecina, un par de forasteros cuyas largas **herrerezas** y capas estaban colgadas en la pared, y que acababan de felicitar al poeta por unos versos que en realidad pertenecían a Luis de Góngora, su más odiado adversario en la república de las Letras, a quien acusaba de todo: de sodomita, perro y judío. Había sido un error de buena fe, o al menos eso parecía; pero Don Francisco no estaba dispuesto a pasarlo por alto:

shudder would have been even stronger had I known that I had just been gazed upon by the Devil.

“We have no choice but to fight,” said don Francisco de Quevedo.

The table was littered with empty bottles, and every time that don Francisco was a little too liberal with the wine of San Martín de Valdeiglesias—which happened frequently—he was ready to call out Christ himself. Quevedo was slightly **lame**, a poet, a **fancier of whores**, nearsighted, and a Caballero de Santiago. He was as quick with his wit and his tongue as with his sword, and he was famous at court for his good poems and bad temper. The latter was, all too often, the cause for his wandering from exile to exile and prison to prison. It is well known that though, like all of Madrid, our good lord and king, Philip the Fourth, and his favored Conde de Olivares appreciated the poet’s satiric verses, the king liked much less being the subject of them. So from time to time, after the appearance of some sonnet or anonymous poem in which everyone recognized the poet’s hand, the magistrate’s bailiffs and constables would swarm into the tavern, or Quevedo’s domicile, or a place where friends met to exchange gossip, to invite him, respectfully, to accompany them, taking him out of circulation for a few days or months. As he was stubborn and proud, and never learned his lesson, these occurrences were numerous, and served to embitter him. Quevedo was, nevertheless, an excellent table companion and a good friend to his friends, among whom he included Captain Alatriste. Both went often to the Tavern of the Turk, where they would gather their friends around one of the best tables, which Caridad la Lebrijana—who had been a whore and still was occasionally for the captain, though free of charge—usually reserved for them. That morning, along with don Francisco and the captain, the group was completed by habitués: Licenciado Calzas, Juan Vicuña, Dómine Pérez, and El Tuerto Fadrique, the one-eyed apothecary at the Puerta Cerrada.

“No choice but to fight,” the poet insisted.

He was, as I have said, visibly “illuminated” by a bottle or two of Valdeiglesias. He had jumped to his feet, overturning a **taboret**, and with his hand resting on the pommel of his sword, was sending blazing glances toward the occupants of a nearby table. There, two strangers, whose long **swords** and capes were hanging on the wall, had just congratulated the poet on a few verses. Unfortunately, those lines actually had been written by Luis de Góngora, Quevedo’s most despised adversary in the Republic of Letters—a rival whom, among other insults, he accused of being a sodomite, a dog, and a Jew. The newcomers had spoken in good faith, or at least it seemed so, but don Francisco was not disposed to overlook their words.

*Yo te untaré mis versos con tocino
porque no me los muerdas, Gongorilla...*

Empezó a improvisar allí mismo, incierto el equilibrio, sin soltar la empuñadura de la espada, mientras los forasteros intentaban disculparse, y el capitán y los otros contertulios sujetaban a Don Francisco para impedirle que desenvainara la blanca y fuese a por los dos fulanos.

—Es una afrenta, **pardiez** —decía el poeta, intentando desasir la diestra que le sujetaban los amigos, mientras se ajustaba con la mano libre los anteojos torcidos en la nariz—. Un palmo de acero pondrá las cosas en su, **hip**, sitio.

—Mucho acero es para derrocharlo tan de mañana, Don Francisco—mediaba Diego Alatriste, con buen criterio.

—Poco me parece a mí —sin quitar ojo a los otros, el poeta se enderezaba el mostacho con expresión feroz—. Así que seamos generosos: un palmo para cada uno de estos **hijosdalgo**, que son hijos de algo, sin duda; pero con dudas, hidalgos.

Aquello eran palabras mayores, así que los forasteros hacían ademán de requerir sus espadas y salir afuera; y el capitán y los otros amigos, impotentes para evitar la querrela, les pedían comprensión para el estado alcohólico del poeta y que desembarazarán el campo, que no había gloria en batirse con un hombre ebrio, ni desdoro en retirarse con prudencia por evitar males mayores.

—*Bella gerant alii* —sugería el Dómine Pérez, intentando contemporizar.

El Dómine Pérez era un padre jesuita que se desempeñaba en la vecina iglesia de San Pedro y San Pablo. Su natural bondadoso y sus latines solían obrar un efecto sedante, pues los pronunciaba en tono de inapelable buen juicio. Pero aquellos dos forasteros no sabían latín, y el retruécano sobre los hijosdalgo era difícil de tragar como si nada. Además, la mediación del clérigo se veía minada por las guasas zumbonas del Licenciado Calzas: un leguleyo listo, cínico y tramposo, asiduo de los tribunales, especialista en defender causas que sabía convertir en pleitos interminables hasta que sangraba al cliente de su último maravedí. Al licenciado le encantaba la bulla, y siempre andaba picando a todo hijo de vecino.

—No os disminuyáis, Don Francisco —decía por lo **bajini**—. Que os abonen las costas.

*"I shall grease my poems with the fat of the pig
So that gnat Góngora cannot chew off apiece...."*

He began to improvise there on the spot, weaving a little, hand still clutching the hilt of his sword, while the strangers tried to apologize and the captain and his table companions held on to don Francisco to keep him from drawing his sword and going for the offenders.

"**But by God**, that is an insult," the poet cried, trying to loose the right hand his friends were gripping so tightly, while with his free hand he adjusted his twisted eyeglasses. "A bit of steel will make things, *hic*, right."

"That is too much steel to squander so early in the day, don Francisco," Diego Alatriste sensibly interceded.

"It seems very little to me." Without taking his eyes off his perceived tormentors, the poet ferociously smoothed his mustache. "But we will be generous: one hand's breadth of steel for each of these **hijosdalgo**, who are sons of something, no doubt, but very certainly not sons of hidalgos."

These were fighting words, so the strangers made as if to claim their swords and go outside. The captain and the other friends, helpless to prevent the confrontation, asked them please to make allowances for the poet's alcoholic state and simply quit the field, adding that there was no glory in fighting a drunk opponent, or shame in withdrawing prudently to prevent greater harm.

"*Bella gerant alii*," suggested Dómine Pérez, trying to temporize.

Dómine Pérez was a Jesuit priest who tended his flock in the nearby church of San Pedro y San Pablo. His kindly nature and his Latin phrases tended to have a soothing effect, for he spoke them in a tone of unquestionable good sense. The two strangers, however, knew no Latin, and the insult of being called *sonsofsomethingorother* was difficult to brush off. Besides, the cleric's mediation was undercut by the scoffing banter of Licenciado Calzas, a clever, cynical rascal who haunted the courts, a specialist in defending causes he could convert into endless trials that bled his clients of their last *maravedís*. The *licenciado* loved to stir things up, and he was always goading every Juan, Jose, and Tomasillo.

"You do not want to lose face, don Francisco," he said in a low voice. "They will pay the court costs, defend your honor."

De modo que la concurrencia se disponía a presenciar un suceso de los que al día siguiente aparecerían publicados en las hojas de Avisos y Noticias. Y el capitán Alatriste, a pesar de sus esfuerzos por tranquilizar al amigo, empezaba a aceptar como inevitable el verse a cuchilladas en la calle con los forasteros, por no dejar solo a Don Francisco en el lance.

–*Aio, te vincere posse* –concluyó el Dómine Pérez resignándose, mientras el Licenciado Calzas disimulaba la risa con la nariz dentro de una jarra de vino. Y tras un profundo suspiro, el capitán empezó a levantarse de la mesa. Don Francisco, que ya tenía cuatro dedos de espada fuera de la vaina, le echó una amistosa mirada de gratitud, y aún tuvo asaduras para dedicarle un par de versos:

*Tú, en cuyas venas laten Alatristes
a quienes ennoblece tu cuchilla...*

–No me jodáis, Don Francisco –respondió el capitán, malhumorado–. Riñamos con quien sea mester, pero no me jodáis.

–Así hablan los, hip, hombres –dijo el poeta, disfrutando visiblemente con la que acababa de liar. El resto de los contertulios lo jaleaba unánime, desistiendo como el Dómine Pérez de los esfuerzos conciliadores, y en el fondo encantados de antemano con el espectáculo; pues si Don Francisco de Quevedo, incluso mamado, resultaba un esgrimidor terrible, la intervención de Diego Alatriste como pareja de baile no dejaba resquicio de duda sobre el resultado. Se cruzaban apuestas sobre el número de estocadas que iban a repartirse a escote los forasteros, ignorantes de con quiénes se jugaban los maravedís.

Total, que bebió el capitán un trago de vino, ya en pie, miró a los forasteros como disculpándose por lo lejos que había ido todo aquello, e hizo gesto con la cabeza de salir afuera, para no enredarle la taberna a Caridad la Lebrijana, que andaba preocupada por el mobiliario.

–Cuando gusten vuestras mercedes.

Se ciñeron las **herrerezas** los otros y encamináronse todos hacia la calle, entre gran expectación, procurando no darse las espaldas por si acaso; que Jesucristo bien dijo hermanos, pero no primos. En eso estaban, todavía con los aceros en las vainas, cuando en la puerta, para desencanto de la concurrencia y alivio de Diego Alatriste, apareció la inconfundible silueta del teniente de alguaciles Martín Saldaña.

–Se fastidió la fiesta –dijo Don Francisco de

So all those gathered round prepared to witness an event that would appear the next day in the sheets of *Avisos y noticias* the city's purveyor of notices and news. And Captain Alatriste, failing in his efforts to calm his friend, but knowing he would not leave don Francisco alone in the fray, began to accept as inevitable that he would be crossing swords with these strangers.

“*Aio to vincere posse,*” Dómine Pérez concluded with resignation, as Licenciado Calzas hid his laughter by snorting into his jug of wine. With a deep sigh, the captain started to get up from the table. Don Francisco, who already had drawn four fingers of his sword from its scabbard, shot him a comradely look of thanks, and even had the brass to direct a couplet to him.

*“You, Diego, whose sword so nobly defends
The name and honor of your family . . .”*

“Do not fuck with me, don Francisco,” the captain replied ill-humoredly. “We will have our fight with whom we must, but do not fuck with me.”

“That is how a true, hic, man talks,” said the poet, visibly grateful for the friend who had just sworn his support. The rest of the gatherers unanimously urged him on, like Dómine Pérez, abandoning any conciliatory efforts and in truth delightedly anticipating the spectacle. For if don Francisco de Quevedo, particularly in his cups, turned out to be a terrible swordsman, the intervention of Diego Alatriste as his partner at the ball left no shred of doubt regarding the results. Bets flew about the number of thrusts the strangers would pay for.

So. The captain gulped a swallow of wine and, already on his feet, looked over toward the strangers as if to apologize that things had gone so far. He motioned with his head for them to step outside, in order not to destroy the tavern of Caridad la Lebrijana, who was always fretting about the furniture.

“Whenever Your Mercies please.”

The men buckled on their **weapons** and started outside amid high expectation, taking care not to leave their backs unguarded-just in case-for Jesus may have said something about brothers, but he made no mention of cousins. That was the situation, with all swords still sheathed, when, to the disappointment of the onlookers and relief of Diego Alatriste, the unmistakable silhouette of the high constable, Martín Saldaña, appeared in the doorway.

“That throws the blanket over our fiesta,” said don

Quevedo.

Y, encogiendo los hombros, ajustóse los anteojos, miró al soslayo, fuese de nuevo a su mesa, descorchó otra botella, y no hubo nada.

–Tengo un asunto para ti.

El teniente de alguaciles Martín Saldaña era duro y tostado como un ladrillo. Vestía sobre el jubón un **colete** de ante, **acolchado** por dentro, que era muy práctico para amortiguar cuchilladas; y entre espada, daga, puñal y pistolas llevaba encima más hierro que Vizcaya. Había sido soldado en las guerras de Flandes, como Diego Alatriste y mi difunto padre, y en buena camaradería con ellos había pasado luengos años de penas y zozobras, aunque a la postre con mejor fortuna: mientras mi progenitor criaba malas en tierra de herejes y el capitán se ganaba la vida como espadachín a sueldo, un cuñado mayordomo en Palacio y una mujer madura pero aún hermosa ayudaron a Saldaña a medrar en Madrid tras su licencia de Flandes, cuando la tregua del difunto Rey Don Felipe Tercero con los holandeses. Lo de la mujer lo consigno sin pruebas –yo era demasiado joven para conocer detalles–, pero corrían rumores de que cierto corregidor usaba de libertades con la antedicha, y eso había propiciado el nombramiento del marido como teniente de alguaciles, cargo que equivalía a jefe de las rondas que vigilaban los barrios –entonces aún llamados cuarteles– de Madrid. En cualquier caso, nadie se atrevió jamás a hacer ante Martín Saldaña la menor insinuación al respecto. **Cornudo** o no, lo que no podía ponerse en duda es que era bravo y con malas pulgas. Había sido buen soldado, tenía el pellejo remendado de muchas heridas y sabía hacerse respetar con los puños o con una toledana en la mano. Era, en fin, todo lo honrado que podía esperarse en un jefe de alguaciles de la época. También apreciaba a Diego Alatriste, y procuraba favorecerlo siempre que podía. Era la suya una amistad vieja, profesional; ruda como corresponde a hombres de su talante, pero realista y sincera.

–Un asunto –repitió el capitán. Habían salido a la calle y estaban al sol, apoyados en la pared, cada uno con su jarra en la mano, viendo pasar gente y carruajes por la calle de Toledo.

Saldaña lo miró unos instantes, acariciándose la barba que llevaba espesa, salpicada con canas de soldado viejo, para taparse un tajo que tenía desde la boca hasta la oreja derecha.

–Has salido de la cárcel hace unas horas y estás sin un ardite en la bolsa –dijo–. Antes de dos días habrás aceptado cualquier trabajo de medio pelo, como escol-

Francisco de Quevedo.

And shrugging, he adjusted his eyeglasses, glanced out of the corner of his eye, went back to his table, and uncorked another bottle, with no further ado.

“I have a mission for you.”

The high constable, Martin Saldaña, was hard and tan as a brick. Over his doublet, he wore an old-fashioned **buffcoat**, **quilted** inside, that was very practical in warding off knives. With his sword, dagger, poniard, and pistols, he carried more iron than was to be found in all Biscay. He had been a soldier in the Flemish wars, like Diego Alatriste and my deceased father, and in close camaraderie with them had spent long years of pain and worry, although in the end with better fortune. While my progenitor pushed up daisies in a land of heretics, and the captain earned his living as a hired swordsman, Saldaña made his way in Madrid upon his discharge in Flanders—after our deceased king, Philip the Third, signed a treaty with the Dutch—with the help of a brother-in-law who was a majordomo in the palace, and a mature but still-beautiful wife. I cannot prove the story of the wife—I was too young to know the details—but there were rumors that a certain magistrate was free to have his way with the aforementioned senora, and that that was the reason for her husband’s being appointed high constable, a position equal to that of the night watchmen who made their rounds in the barrios of Madrid, which at that time were still called *cuarteles*.

In any case, no one ever dared make the least insinuation in Martin Saldaña’s presence. **Cuckolded** or not, there was no doubt was that he was brave, albeit very thin-skinned. He had been a good soldier; his many wounds had been stitched up like a crazy quilt, and he knew how to command respect with his fists or with a Toledo sword. He was, in fact, as honorable as could be expected in a high constable of the time. He, too, admired Diego Alatriste, and he tried to favor him whenever possible. Theirs was an old professional friendship—rough, as befitting men of their nature—but real and sincere.

“A mission,” the captain repeated. They had gone outside and were leaning against a wall in the sun, each with his jug in his hand, watching people and carriages pass by on Calle Toledo.

Saldaña looked at him a moment, stroking the thick beard sprinkled with the gray of an old soldier, grown to hide a slash that went from his mouth to his left ear.

“You have been out of prison only a few hours and you haven’t a coin in your purse,” he said. “Before two days pass, you will have accepted some paltry employ,

tar a algún lindo pisaverde para que el hermano de su amada no lo mate en una esquina, o asumirás el encargo de acuchillarle a alguien las orejas por cuenta de un acreedor. O te pondrás a rondar las **mancebías** y los garitos, para ver qué puedes sacar de los forasteros y de los curas que acuden a jugarse el **cepillo** de San Eufrasio... De aquí a poco te meterás en un lío: una mala estocada, una riña, una denuncia. Y vuelta a empezar –bebió un corto sorbo de la jarra, entornados los ojos, sin apartarlos del capitán–. ¿Crees que eso es vida?

Diego Alatriste encogió los hombros.
–¿Se te ocurre algo mejor?

Miraba a su antiguo camarada de Flandes con fiereza franca. No todos tenemos la suerte de ser teniente de alguaciles, decía su gesto. Saldaña se escarbó los dientes con la uña y movió la cabeza dos veces, de arriba abajo. Ambos sabían que, de no ser por las cosas del azar y de la vida, él podía encontrarse perfectamente en la misma situación que el capitán. Madrid estaba lleno de viejos soldados que malvivían en calles y plazas, con el cinto lleno de cañones de hoja de lata: aquellos canutos donde guardaban sus arrugadas recomendaciones, memoriales e inútiles hojas de servicio, que a nadie importaban un bledo. En busca del golpe de suerte que no llegaba jamás.

–Para eso he venido, Diego. Hay alguien que te necesita.

–¿A mí, o a mi espada?

Torcía el bigote con la mueca que solía hacerle las veces de sonrisa. Saldaña se echó a reír muy fuerte.

–Ésa es una pregunta idiota –dijo–. Hay mujeres que interesan por sus encantos, curas por sus absoluciones, viejos por su dinero... En cuanto a los hombres como tú o como yo, sólo interesan por su espada –hizo una pausa para mirar a uno y otro lado, bebió un nuevo trago de vino y bajó un poco la voz–. Se trata de gente de calidad. Un golpe seguro, sin riesgos salvo los habituales... A cambio hay una buena bolsa.

El capitán observó a su amigo, interesado. En aquellos momentos, la palabra bolsa habría bastado para arrancarle del más profundo sueño o la más atroz borrachera.

–¿Cómo de buena?

–Unos sesenta escudos. En doblones de a cuatro.

escorting some conceited young peacock to prevent his beloved's brother from running him through on a street corner or slicing off a man's ears on behalf of a creditor. Or you will start hanging around in **bawdy** and gaming houses to see what you can extract from strangers or a priest who's come to wager San Eufrasio's **knucklebone**. Before you know it, you will be in trouble: a bad wound, a quarrel, a charge against you. And then it will start all over again." He took a small sip from his jar and half closed his eyes, though he never took them off the captain. "Do you call that living?"

Diego Alatriste shrugged. "Can you think of something better?"

He stared directly into the eyes of his old comrade from Flanders. The look said, *We do not all have the good fortune to be a high constable*. Saldaña picked his teeth with a fingernail and nodded a couple of times. They both knew that were it not for the twists and turns of fate, Saldaña could easily be in the same situation as the captain. Madrid was filled with former soldiers scraping a living in the streets and plazas, their belts stuffed with tin tubes in which they carried their wrinkled recommendations and petitions, and the useless service records that no one gave a fig about. Waiting for a stroke of luck that never came.

"That is why I have come, Diego. There is someone who needs you."

"Me? Or my sword?"

He twisted his mustache with that grimace that passed as a smile. Saldaña burst out laughing.

"What an idiotic question," he said. "There are women who are interesting for their charms, priests for their absolutions, old men for their money... As for men like you and me, it is only our swords." He paused to look in both directions, took another swallow of wine, and spoke more quietly. "These are people of quality. An easy evening's work, with no risks but the usual ones. And for doing it, there is a handsome purse."

The captain observed his friend with interest. At that moment, the word "purse" would have roused him from the deepest sleep or the most excruciating hangover.

"How 'handsome'?"

"Some sixty *escudos*. In good four-doubloon coins."

–No está mal –las pupilas se empequeñecieron en los ojos claros de Diego Alatriste– ¿Hay que matar?

Saldaña hizo un gesto evasivo, mirando furtivamente hacia la puerta de la taberna.

–Es posible, pero yo **ignoro** los detalles... Y quiero seguir ignorándolos, a ver si me entiendes. Todo lo que sé es que se trata de una emboscada. Algo discreto, de noche, en plan embozados y demás. Hola y adiós.

–¿Solo, o en compañía?

–En compañía, imagino. Se trata de despachar a un par. O tal vez sólo de darles un buen susto. Quizá persignarlos con un chirlo en la cara o algo así... Vete a saber.

–¿Quiénes son los gorriones?

Ahora Saldaña movía la cabeza, como si hubiera dicho más de lo que deseaba decir.

–Cada cosa a su tiempo. Además, yo me limito a officiar de mensajero.

El capitán apuraba la jarra, pensativo. En aquella época, quince doblones de a cuatro, en oro, eran más de setecientos reales: suficiente para salir de apuros, comprar ropa blanca, un traje, liquidar deudas, ordenarse un poco la vida. Adecentar los dos cuartuchos alquilados donde vivíamos él y yo, en el piso de arriba del corral abierto en la trasera de la taberna, con puerta a la calle del Arcabuz. Comer caliente sin depender de los muslos generosos de Caridad la Lebrijana.

–También –añadió Saldaña, que parecía seguirle el hilo de los pensamientos– te pondrá en contacto este trabajo con gente importante. Gente buena para tu futuro.

–Mi futuro –repitió absorto el capitán, como un eco.

“Not bad.” The pupils narrowed in Diego Alatriste’s light eyes. “Is killing involved?”

Saldaña made an evasive gesture, looking furtively toward the door of the tavern.

“Perhaps, but I **do not know** the details. And I do not want to know, if you get my meaning. All I know is that it is to be an ambush. Something discreet, at night, with your face covered and all that. ‘Greetings and god-speed, senores!’”

“Alone, or will I have company?”

“Company, I surmise. There are two to be dispatched. Or perhaps only given a good fright. Or maybe you can use your blade to leave the sign of the cross on their faces, or something of the kind. You will know what to do.”

“Who are they?”

Now Saldaña shook his head, as if he had said more than he wanted. “Everything in its time. Besides, my only role is to act as messenger.”

The captain drained his jug, thinking hard. In those days, fifteen four-doubloon pieces, in gold, came to more than seven hundred reales. Enough to get him out of difficulty, buy new linens and a suit of clothes, pay off his debts . . . set his life in order a little. Spruce up the two rented rooms where he and I lived on the upper floor of a courtyard behind the tavern, facing the Calle del Arcabuz. Eat hot food without depending on the generous thighs of Caridad la Lebrijana.

“And also,” Saldaña added, seeming to follow the thread of the captain’s thoughts, “this job will put you in contact with important people. Good for the future.”

“My future,” the captain echoed, absorbed in his thoughts.

La calle estaba oscura y no se veía un alma. Embozado en una capa vieja prestada por Don Francisco de Quevedo, Diego Alatriste se detuvo junto a la tapia y echó un cauteloso vistazo. Un farol, había dicho Saldaña. En efecto, un pequeño farol encendido alumbraba la oquedad de un portillo, y al otro lado se adivinaba, entre las ramas de los árboles, el tejado sombrío de una casa. Era la hora menguada, cerca de la medianoche, cuando los vecinos gritaban agua va y arrojaban inmundicias por las ventanas, o los matones a sueldo y los salteadores acechaban a sus víctimas en la oscuridad de las calles desprovistas de alumbrado. Pero allí no había vecinos ni parecía haberlos habido nunca; todo estaba en silencio. En cuanto a eventuales ladrones y asesinos, Diego Alatriste iba precavido. Además, desde muy temprana edad había aprendido un principio básico de la vida y la supervivencia: si te empeñas, tú mismo puedes ser tan peligroso como cualquiera que se cruce en tu camino. O más. En cuanto a la cita de aquella noche, las instrucciones incluían caminar desde la antigua puerta de Santa Bárbara por la primera calle a la derecha hasta encontrar un muro de ladrillo y una luz. Hasta ahí, todo iba bien. El capitán se quedó quieto un rato para estudiar el lugar, evitando mirar directamente el farol para que éste no lo deslumbrase al escudriñar los rincones más oscuros, y por fin, tras palpase un momento el **colet** de cuero de búfalo que se había puesto bajo la ropilla para el caso de cuchilladas inoportunas, se caló más el sombrero y anduvo despacio hasta el portillo. Yo lo había visto vestirse una hora antes en nuestra casa, con minuciosidad profesional:

—Volveré tarde, Íñigo. No me esperes despierto.

Habíamos cenado una sopa con migas de pan, un cuartillo de vino y un par de huevos cocidos; y después, tras lavarse la cara y las manos en una jofaina, y mientras yo le remendaba unas calzas viejas a la luz de un velón de sebo, Diego Alatriste se preparó para salir, con las precauciones adecuadas al caso. No es que recelara una mala jugada de Martín Saldaña; pero también los tenientes de alguaciles podían ser víctimas de engaño, o sobornados. Incluso tratándose de viejos amigos y camaradas. Y de ser así, Alatriste no le hubiera guardado excesivo rencor. En aquel tiempo, cualquier cosa en la corte de ese Rey joven, simpático, mujeriego, piadoso y fatal para las pobres Españas que fue el buen Don Felipe Cuarto podía ser comprada con dinero; hasta las conciencias. Tampoco es que hayamos cambiado mucho desde entonces. El caso es que, para acudir a la cita, el capitán tomó sus precauciones. En la parte posterior del cinto se colgó la daga vizcaína; y vi que también introducía en la caña de su bota dere-

The street was dark and there was not a soul to be seen. Swathed in an old cloak that don Francisco de Quevedo had lent him, Diego Alatriste stopped beside an adobe wall and took a cautious look around. A lamppost, Saldaña had said. In fact, a small lamp stood on a pole in the hollow of a postern gate; beyond it, through the branches of the trees, could be seen the dark roof tiles of a house. It was the winding-down hour, near midnight, when the neighbors call out a warning, then empty their chamber pots out the windows, or hired cutthroats stalk their victims through the unlighted streets. But here there were no neighbors, nor did there seem ever to have been any; everything lay in silence. As for possible thieves and assassins, Diego Alatriste was prepared. At a very early age he had learned a basic principle of life and survival: If you are stout of heart, you can be as dangerous as anyone who crosses your path. Or more. As for the appointment that night, the instructions said to take the first street to the right after the old Santa Barbara gate, and walk on until coming to a brick wall and a light. So far, everything was going well. The captain stood quietly for a moment to look the place over, careful not to look directly at the lamp on the pole, so that it would not blind him and keep him from seeing into the darkest corners. Finally, after running his hands over the buffalo-hide **buffcoat** he had put on beneath his doublet in case of an untimely encounter with a knife, he pulled his hat lower and slowly walked toward the gate. I had watched him dress with great care an hour earlier in our rooms.

“I will be late, Íñigo. Do not wait up.”

We had dined on soup, with a few crumbs of bread, a small measure of wine, and two boiled eggs. Later, after washing his face and hands in a basin as I mended some ancient hose by the light of a tallow lamp, Diego Alatriste prepared to go out, taking all the necessary safeguards. It was not that he suspected a trick on the part of Martin Saldaña, but high constables themselves may be the victims of deceit . . . or be bribed. Including constables who are old friends and comrades. And had that been the case, Alatriste would not have been too resentful. In that day, anything within the ambit of the young, pleasant, womanizing, pious, and lethal-for-poor-all-the-Spains Philip the Fourth could be bought; even consciences. Not that things have changed that much since then. In any case, the captain took every precaution on his way to the rendezvous. He tucked the vizcaína that had served him so well in the town prison into the back of his belt, and I saw him slip his short

cha la corta cuchilla de matarife que tan buenos servicios había prestado en la cárcel de Corte. Mientras hacia todos esos gestos observé a hurtadillas su rostro grave, absorto, donde la luz de sebo hundía las mejillas y acentuaba la fiera pincelada del mostacho. No parecía muy orgulloso de sí mismo. Por un momento, al mover los ojos en busca de la espada, su mirada encontró la mía; y sus ojos claros se apartaron de inmediato, rehuéndome, casi temerosos de que yo pudiera leer algo inconveniente en ellos. Pero sólo fue un instante, y luego volvió a mirarme de nuevo, franco, con una breve sonrisa.

—Hay que ganarse el pan, zagal— dijo.

Después se herró el cinto con la espada —siempre se negó, salvo en la guerra, a llevarla colgada del hombro como los valentones y jaques de medio pelo—, comprobó que ésta salía y entraba en la vaina sin dificultad, y se puso la capa que aquella misma tarde le había prestado Don Francisco. Lo de la capa, amén de que estábamos en marzo y las noches no eran para afrontarlas a cuerpo limpio, tenía otra utilidad: en aquel Madrid peligroso, de calles mal iluminadas y estrechas, esa prenda era muy práctica a la hora de reñir al arma blanca. Terciada al pecho o enrollada sobre el brazo izquierdo, servía como broquel para protegerse del adversario; y arrojada sobre su acero, podía **embarazarlo** mientras se le asataba una estocada oportuna. A fin de cuentas, lo de jugar limpio cuando iba a escote el pellejo, eso era algo que tal vez contribuyera a la salvación del alma en la vida eterna; pero en lo tocante a la de acá, la terrena, suponía, sin duda, el camino más corto para abandonarla con cara de idiota y un palmo de acero en el hígado. Y Diego Alatriste no tenía ninguna maldita prisa.

El farol daba una luz aceitosa al portillo cuando el capitán golpeó cuatro veces, como le había indicado Saldaña. Después de hacerlo desembarazó la empuñadura de la espada y mantuvo atrás la mano siniestra, cerca del pomo de la vizcaína. Al otro lado se oyeron pasos y la puerta se abrió silenciosamente. La silueta de un criado se recortó en el umbral.

—¿Vuestro nombre?

—Alatriste.

Sin más palabras el fámulo se puso en marcha, precediéndolo por un sendero que discurría bajo los árboles de una huerta. El edificio era un viejo lugar que al capitán le pareció abandonado. Aunque no conocía demasiado aquella zona de Madrid, próxima al camino de Hortaleza, ató cabos y creyó recordar los muros y el tejado de un decrepito caserón que alguna vez había entrevisto, de paso.

slaughterer's knife into his boot. As he made these preparations, I sneaked glances at his grave, absorbed face. The light from the tallow lamp deepened the hollow of his cheeks and accentuated the fierce line of his mustache. He did not seem very proud of himself. For a moment, as he looked about for his sword, his eyes met mine, and then instantly he looked away, his eyes avoiding mine, as if fearful that I would read something in them he did not want to reveal. But only for an instant, and then he looked straight at me again, with a quick, open smile.

“A man has to earn his bread, lad.”

That was all he said. He buckled on the belt with the sword—he always refused, except in war, to sling it over his shoulder, as the common swaggering, strutting good-for-nothings did—testing to be sure that he could easily draw it from the scabbard, and donned the cloak he had borrowed from don Francisco that same afternoon. The cape, aside from the fact that we were in March and it was too cold at night to be without one, had another use: in that dangerous Madrid of narrow, badly lighted streets, the garment was very practical in a sword fight. Folded across the chest, or rolled around the left arm, it made a handy buckler for protecting oneself, and thrown over the adversary's sword, it **hampered** him long enough to get in a good blow. In the end, fighting a clean fight when risking one's hide might have contributed to the salvation of the soul in the life eternal, but insofar as life on this earth was concerned, it was doubtlessly the shortest path to giving up the ghost, and looking like a fool with a handspan of steel in one's liver. And Diego Alatriste was in no damned hurry to go.

The lamp shed an oily light on the postern gate. The captain knocked four times, as Saldaña had told him to do. That done, he freed the hilt of his sword and kept his left hand behind him, near the vizcaína. From the other side of the door he could hear footsteps. The door opened silently, and the silhouette of a servant filled the opening.

“Your name?”

“Alatriste.”

Without a word, the retainer started off, preceding the captain along a path that wound through the trees of a garden. The building the captain was led to seemed abandoned. Although he did not know the part of Madrid near the Hortaleza road well, he fitted some pieces together and thought he could recall the walls and roof of a decrepit old house he had once glimpsed as he passed by.

—Aguarde aquí vuestra merced a que lo llamen.

Acababan de entrar en un pequeño cuarto de paredes desnudas, sin muebles, donde un candelabro puesto en el suelo iluminaba antiguas pinturas en la pared. En un ángulo de la habitación había un hombre embozado en una capa negra y cubierto por un sombrero del mismo color y anchas alas. El embozado no hizo ningún movimiento al entrar el capitán, y cuando el criado —que a la luz de las velas se mostró hombre de mediana edad y sin librea que lo identificara— se retiró dejándolos solos, permaneció inmóvil en su sitio, como una estatua oscura, observando al recién llegado. Lo único vivo que se veía entre la capa y el sombrero eran sus ojos, muy negros y brillantes, que la luz del suelo iluminaba entre sombras, dándoles una expresión amenazadora y fantasmal. Con un vistazo de experto, Diego Alatriste se fijó en las botas de cuero y en la punta de la espada que levantaba un poco, hacia atrás, la capa del desconocido. Su aplomo era el de un espadachín, o el de un soldado. Ninguno cambió con el otro palabra alguna y permanecieron allí, quietos y silenciosos a uno y otro lado del candelabro que los iluminaba desde abajo, estudiándose para averiguar si se las habían con un camarada o un adversario; aunque en la profesión de Diego Alatriste podían, perfectamente, darse ambas circunstancias a la vez.

—No quiero muertos —dijo el enmascarado alto.

Era fuerte, grande de espaldas, y también era el único que se mantenía cubierto, tocado con un sombrero sin pluma, cinta ni adornos. Bajo el antifaz que le cubría el rostro despuntaba el extremo de una barba negra y espesa. Vestía ropas oscuras, de calidad, con puños y cuello de encaje fino de Flandes, y bajo la capa que tenía sobre los hombros brillaban una cadena de oro y el pomo dorado de una espada. Hablaba como quien suele mandar y ser obedecido en el acto, y eso se veía confirmado por la deferencia que le mostraba su acompañante: un hombre de mediana estatura, cabeza redonda y cabello escaso, cubierto con un ropón oscuro que disimulaba su indumentaria. Los dos enmascarados habían recibido a Diego Alatriste y al otro individuo tras hacerlos esperar media hora larga en la antesala.

—Ni muertos ni sangre —insistió el hombre corpulento—. Al menos, no mucha.

El de la cabeza redonda alzó ambas manos. Tenía, observó Diego Alatriste, las uñas sucias y manchas de tinta en los dedos, como las de un escribano; pero lucía un grueso sello de oro en el meñique de la siniestra.

“Wait here, Your Mercy, until they call for you.”

Alatriste and his guide had just entered a small room with bare walls and no furniture, where the flickering light from a candelabrum set on the floor played over the old paintings on the wall. In one corner of the room stood a man muffled in a black cape; a wide-brimmed hat of the same color covered his head. He had not moved when the captain entered, and when the servant—who in the candlelight was revealed to be of middle age, and wearing livery that the captain could not identify—retired, leaving the two of them alone, he still stood motionless, like a dark sculpture, observing Alatriste. The only signs of life visible between the cape and the hat were dark, gleaming eyes, which the candlelight picked out among the shadows, lending their owner a menacing and ghostly air. With one experienced glance, Diego Alatriste noted the leather boots and the sword tip that slightly lifted the back of the man's cape. His aplomb was that of a professional swordsman, or a soldier. Neither spoke; they merely stood there, still and silent, on either side of the candelabrum lighting them from below, studying each other to ascertain whether they found themselves in the company of a comrade or an adversary. Although in Diego Alatriste's profession, it could be both at the same time.

“I want no deaths,” said the tall masked man.

He was heavy-bodied, broad in the shoulders, and he was also the only one who had not removed his hat, which had no plume, band, or adornment. Visible beneath the mask covering his face was the tip of a thick black beard. He was dressed in dark, fine-quality clothing, with cuffs and collar of Flemish lace, and beneath the cloak draped across his shoulders glinted a gold chain and the gilded pommel of a sword. He spoke as one accustomed to commanding and being immediately obeyed, and that was confirmed in the deference shown him by his masked companion, who was clad in a loose garment that concealed his attire. He was a man of medium stature, with a round head and thin hair. These two had received Diego Alatriste and the black-cloaked man after having made them wait half an hour in the antechamber.

“No deaths, no blood,” the tall, corpulent one insisted. “At least, not much.”

His companion raised both hands. Diego Alatriste observed that he had dirty fingernails and ink-stained fingers, like those of a scribe; however, a heavy gold seal ring encircled the little finger of his left hand.

–Tal vez algún picotazo –le oyeron sugerir en tono prudente–. Algo que justifique el lance.

–Pero sólo al más rubio –puntualizó el otro.

–Por supuesto, Excelencia.

Alatriste y el hombre de la capa negra cambiaron una mirada profesional, como consultándose el alcance de la palabra picotazo, y las posibilidades –más bien remotas– de distinguir a un rubio de otro en mitad de una refriega, y de noche. Imaginad el cuadro: sería vuestra merced tan amable de venir a la luz y destocarse, caballero, gracias, veo que sois el más rubio, permitid que os introduzca una cuarta de acero toledano en los higadillos. En fin. Respecto al embozado, éste se había descubierto al entrar, y ahora Alatriste podía verle la cara a la luz del farol que había sobre la mesa, iluminando a los cuatro hombres y las paredes de una vieja biblioteca polvorienta y roída por los ratones: era alto, flaco y silencioso; rondaba los treinta y tantos años, tenía el rostro picado con antiguas marcas de viruela, y un bigote fino y muy recortado le daba cierto aspecto extraño, extranjero. Sus ojos y el pelo, largo hasta los hombros, eran negros como el resto de su indumentaria, y llevaba al cinto una espada con exagerada cazoleta redonda de acero y prolongados **gavilanes**, que nadie, sino un esgrimidor consumado, se hubiera atrevido a exponer a las burlas de la gente sin los arrestos y la destreza precisos para respaldar, por vía de hechos, la apariencia de semejante tizona. Pero aquel fulano no tenía aspecto de permitir que se burlaran de él ni tanto así. Era de esos que buscas en un libro las palabras espadachín y asesino, y sale su retrato.

–Son dos caballeros extranjeros, jóvenes –prosiguió el enmascarado de la cabeza redonda–. Viajan de incógnito, así que sus auténticos nombres y condición no tienen importancia. El de más edad se hace llamar Thomas Smith y no pasa de treinta años. El otro, John Smith, tiene apenas veintitrés. Entrarán en Madrid a caballo, solos, la noche de mañana viernes. Cansados, imagino, pues viajan desde hace días. Ignoramos por qué puerta pasarán, así que lo más seguro parece aguardarlos cerca de su punto de destino, que es la casa de las Siete Chimeneas... ¿La conocen vuestras mercedes?

Diego Alatriste y su compañero movieron afirmativamente la cabeza. Todo el mundo en Madrid conocía la residencia del conde de Bristol, embajador de Inglaterra.

–El negocio debe transcurrir –continuó el enmascarado– como si los dos viajeros fuesen vícti-

“Perhaps just a pink,” they heard him suggest in a prudent voice. “Something to justify the encounter.”

“But only for the blonder of the two,” the finely dressed man amplified.

“Of course, Excellency.”

Alatriste and the man in the voluminous cape exchanged a professional glance, as if considering the bounds of the word “pink” and the possibilities—rather remote—of distinguishing one blond from another in the midst of a scuffle, and at night. Picture the scene: Would you be kind enough to come to the light and doff your hat? Thank you, caballero. I see that you are blonder than your friend. Please allow me to pierce your liver. . I’ll use no more than a quarter of my blade. In a pig’s eye. As for the man wrapped in the cloak, he had removed his hat when they entered the room, and now Alatriste could see his face in the light of the table lamp illuminating the four men and the walls of an old library thick with dust and nibbled by mice. He was tall, slender, silent, and around thirty years old. His face bore the old marks of smallpox, and the thin line of his mustache gave him the look of a stranger, a foreigner. His eyes and his hair, which fell to his shoulders, were as black as his clothing, and in his sash was a sword with an uncommonly large, round steel guard with exaggerated **quillons**. No one but a consummate swordsman would have dared expose such a weapon to the inevitable gibes and jeers unless he had the daring and dexterity to defend its oddity with deeds. And this man did not look like someone who would be a target for poking fun. If you looked up the words “swordsman” and “assassin,” it was his portrait you would find.

“Your quarries, caballeros, are two foreign gentlemen,” the round-headed man said. “They are traveling incognito, so that their real names and circumstances will exert no influence. The elder is called Thomas Smith, and he is no more than thirty. The other, John Smith, is nearly twenty-three: They will arrive in Madrid on horseback, alone, at night. Weary, I imagine, for they have been traveling for days. We do not know which gate they will enter by, so the best plan would seem to be to wait for them near their destination, which is the House of Seven Chimneys. Do you know it, Your Mercies?”

Diego Alatriste and his companion nodded. Everyone in Madrid knew the residence of the Count of Bristol, England’s ambassador.

“This is the way the affair must go,” the masked man continued. “It must look as if the two travelers

mas de un asalto de vulgares salteadores. Eso incluye quitarles cuanto llevan. Sería conveniente que el más rubio y arrogante, que es el mayor, quede herido; una cuchillada en una pierna o un brazo, pero de poca gravedad. En cuanto al más joven, basta con dejarlo librarse con un buen susto –en este punto, el que hablaba se volvió ligeramente hacia el hombre corpulento, como en espera de su aprobación–. Es importante hacerse con cuanta carta y documento lleven encima, y entregarlos puntualmente.

–¿A quién? –preguntó Alatriste.

–A alguien que aguardará al otro lado del Carmen Descalzo. El santo y seña es Monteros y Suizos.

Mientras hablaba, el hombre de la cabeza redonda introdujo una mano en el ropón oscuro que cubría su traje y sacó una pequeña bolsa. Por un instante Alatriste creyó entrever en su pecho el extremo rojo del bordado de una cruz de la Orden de Calatrava, pero su atención no tardó en desviarse hacia el dinero que el enmascarado ponía sobre la mesa: la luz del farol hacía relucir cinco doblones de a cuatro para su compañero, y cinco para él. Monedas limpias, bruñidas. Poderoso caballero, habría dicho Don Francisco de Quevedo, de terciar en aquel lance. Metal bendito, recién acuñado con el escudo del Rey nuestro señor. Gloria pura con la que comprar cama, comida, vestido y el calor de una mujer.

–Faltan diez piezas de oro –dijo el capitán–. Para cada uno.

El tono del otro se volvió desabrido:

–Quien aguarda mañana por la noche entregará el resto, a cambio de los documentos que llevan los viajeros.

–¿Y si algo sale mal?

Los ojos del enmascarado corpulento a quien su acompañante había llamado Excelencia parecieron perforar al capitán a través de los agujeros del antifaz.

–Es mejor, por el bien de todos, que nada salga mal –dijo.

Su voz había sonado con ecos de amenaza, y era evidente que amenazar formaba parte del tipo de cosas que aquel individuo disponía a diario. También saltaba a la vista que era de los que sólo necesitan amenazar una vez, y las más de las veces ni siquiera eso. Aun así, Alatriste se retorció con dos dedos una guía del mostacho mientras le sostenía al otro la mirada, ceñudo y con las plantas bien afir-

were victims of an assault by common highwaymen. That means that you must take everything they are carrying with them. It would be helpful if the blonder and more arrogant, who is the elder, were slightly injured. A knife wound in a leg or arm, but nothing too serious. As for the younger, you can let him go with just a good fright.” At this point, the man who was talking turned slightly toward the corpulent man, as if awaiting his approval. “It is important that you make off with any letters and documents they have, and deliver them punctually”

“To whom?” asked Alatriste.

“To someone who will be waiting on the other side of the Discalced Carmelite monastery. The countersign is ‘*Monteros y suizos.*’”

As he was speaking, the man with the round head put his hand inside the dark robes covering his clothing and removed a small purse. For an instant, Alatriste thought he glimpsed on his chest the bright red embroidery of the cross of the Order of Calatrava, but his attention was quickly diverted by the money the masked man put on the table. The lamplight reflected off five four-doubloon pieces for Alatriste’s companion, and five for him. Clean, burnished coins. A powerful caballero, that money. Yes, this is what don Francisco de Quevedo would have said, had he been party to their conversation . . . powerful indeed. Blessed coins, newly minted with the coat of arms of our lord and king. Bliss with which to buy bed, food, clothing, and the warmth of a woman.

“Ten pieces are missing,” said the captain, “for each of us.”

The other man’s tone was instantly unpleasant. “The person who will be waiting for you tomorrow night will give you the rest, in exchange for the travelers’ documents.”

“And if something turns out badly?”

From the holes in his mask, the eyes of the heavyset man whom his companion had addressed as “*Excellency*” seemed to pierce the captain. “It would be best, for the well-being of all concerned, that nothing turn out badly,” he said.

Menace reverberated in his voice, and it was evident that menace was something this individual dispensed daily. It was also clear that he need threaten but once, and in most instances, not even that. Even so, Alatriste twisted the tip of his mustache while he held his antagonist’s gaze, frowning, and with his feet firmly

madras en el suelo, resuelto a no dejarse impresionar ni por una Excelencia ni por el *Sursum Corda*. No le gustaba que le pagasen a plazos, y menos que le leyeran la cartilla, de noche y a la luz de un farol, dos desconocidos que se ocultaban tras sendas máscaras y encima no liquidaban al contado. Pero su compañero del rostro con marcas de viruela, menos **quisquilloso**, parecía interesado en otras cuestiones:

exacting exigente

—¿Qué pasa con las bolsas de los dos pardillos? — le oyó preguntar—. ¿También hemos de entregarlas?

Italiano, dedujo el capitán al oír su acento. Hablaba quedo y grave, casi confidencial, pero de un modo apagado, áspero, que producía una incómoda desazón. Como si alguien le hubiera quemado las cuerdas vocales con alcohol puro. En lo formal, el tono de aquel individuo era respetuoso; pero había una nota falsa en él. Una especie de insolencia no por disimulada menos inquietante. Miraba a los enmascarados con una sonrisa, que era a un tiempo amistosa y siniestra, blanqueándole bajo el bigote recortado. No resultaba difícil imaginarlo con el mismo gesto mientras su cuchilla, **ris, ras**, rasgaba la ropa de un cliente con la carne que hubiera debajo. Aquélla era una sonrisa tan desproporcionadamente simpática que daba escalofríos.

—No es imprescindible —respondió el de la cabeza redonda, tras consultar en silencio con el otro enmascarado, que asintió—. Las bolsas pueden quedarse vuestras mercedes, si lo desean. Como gajes.

El italiano silbó entre dientes un aire musical parecido a la chacona, algo como *tiruri-ta-ta* repetido un par de veces, mientras miraba de soslayo al capitán:

—Creo que me va a gustar este trabajo.

La sonrisa le había desaparecido de la boca para refugiarse en los ojos negros, que relucieron de modo peligroso. Aquélla fue la primera vez que Alatriste vio sonreír a Gualterio Malatesta. Y sobre ese encuentro, prelude de una larga y accidentada serie, el capitán me contaría más tarde que, en el mismo instante, su pensamiento fue que si alguna vez alguien le dirigía una sonrisa como aquélla en un callejón solitario, no se la haría repetir dos veces antes de echar mano a la blanca y desenvainar como un rayo. Cruzarse con aquel personaje era sentir la necesidad urgente de madrugar antes que, de modo irreparable, te madrugara él. Imaginen vuestras mercedes una serpiente cómplice y peligrosa, que nunca sabes de qué lado está hasta que compruebas que sólo está del suyo propio, y todo lo demás se le da una

planted, resolved not to be impressed by either an Excellency or a *sursum corda*. He did not like partial payments, and he liked even less to be lectured to at midnight by two strangers who hid their identity behind masks. But his less **exacting** companion with the pockmarked face seemed interested in other questions.

“What happens to their purses?” Alatriste heard him ask. “Must we deliver them as well?”

Italian, Alatriste decided when he heard the accent. The man spoke quietly and gravely, almost confidentially, but in a muffled, hoarse voice that was both disquieting and annoying. It was as if someone had poured raw alcohol over his vocal cords. His words were respectful, but a false note sounded through them—a kind of insolence that was no less disturbing for being veiled. He looked at the masked men with a smile that was at once friendly and sinister, a smile that was a flash of white beneath his trimly cut mustache. It was not difficult to imagine him with the same expression, as his knife—*rrriss, rrriss*--slit the clothing of a client, along with the flesh beneath it. It was a smile so oddly charming that it gave one cold chills.

“That will not be necessary,” the round-headed man replied, after silently consulting his masked partner, who nodded. “You may keep the purses, if you wish. As a bonus.”

The Italian quietly whistled an air, something like a chaconne, *ti-ri-tu, ta-ta*, repeated a couple of times, as he glanced at the captain out of the corner of his eye.

“I believe I am going to enjoy this job.”

The smile disappeared from his lips, only to reappear in the black eyes, which glinted dangerously. That was the first time Alatriste saw Gualterio Malatesta smile, and the prelude to a long and troubled series of encounters. The captain would later tell me that at that very instant his thought was that if someone should smile at him like that in a lonely alleyway, he would not wait to see it twice, he would unsheathe his blade like lightning. To cross swords with that individual was to feel the urgent need to strike first, before he dealt a blow that was the last you would know. Picture, Your Mercies, a person by your side who is like a dangerous serpent, someone you can never be sure of, never certain which side he will take, until it is abundantly clear that he does not give a damn about either side, but only himself.

higa. Uno de esos fulanos atravesados, **correosos**, llenos de recovecos sombríos, con los que tienes la certeza absoluta de que nunca debes bajar la guardia, y de que más vale largarle una buena estocada, por si las moscas, antes que te la pegue él a ti.

correoso 1. adj. Que fácilmente se dobla y extiende sin romperse. 2. adj. Dúctil, maleable. U. t. en sent. fig. U. t. en sent. despect. 3. adj. Dicho del pan y de otros alimentos: Que, por la humedad u otros motivos, pierden cualidades o se revienen. 4. adj. Dicho de una persona: Que en trabajos, deportes, quehaceres, etc., dispone de mucha resistencia física.

El enmascarado corpulento era hombre de pocas palabras. Todavía aguardó un rato en silencio, escuchando con atención cómo el de la cabeza redonda explicaba a Diego Alatriste y al italiano los últimos detalles del asunto. Un par de veces movió afirmativamente la cabeza, mostrando aprobación a lo que oía. Luego dio media vuelta y anduvo hasta la puerta.

—Quiero poca sangre —le oyeron insistir por última vez, desde el umbral.

Por los indicios anteriores, el tratamiento, y sobre todo por el gesto de profundo respeto que le dedicó el otro enmascarado, el capitán dedujo que quien acababa de irse era persona de muy alta condición. Aún pensaba en ello cuando el de la cabeza redonda apoyó una mano en la mesa y miró a los dos espadachines a través de los agujeros de su careta, con atención extrema. Había un brillo nuevo e inquietante en su mirada, como si todavía no estuviese dicho todo. Se instaló entonces un incómodo silencio en la habitación llena de sombras, y Alatriste y el italiano se observaron un momento de soslayo, preguntándose sin palabras qué quedaba todavía por saber. Frente a ellos, inmóvil, el enmascarado parecía aguardar algo, o a alguien.

La respuesta llegó al cabo de un momento, cuando un tapiz disimulado en la penumbra del cuarto, entre los estantes de libros, se movió para descubrir una puerta escondida en la pared, y en ella vino a destacarse una silueta oscura y siniestra, que alguien menos templado que Diego Alatriste habría tomado por una aparición. El recién llegado dio unos pasos, y la luz del farol sobre la mesa le iluminó el rostro marcando oquedades en sus mejillas afeitadas y hundidas, sobre las que un par de ojos coronados por espesas cejas brillaban, febriles. Vestía el hábito religioso negro y blanco de los dominicos, y no iba enmascarado, sino a rostro descubierto: un rostro flaco, ascético, al que los ojos relucientes daban expresión de fanática firmeza. Debía de andar por los cincuenta y tantos años. El cabello gris lo llevaba corto, en forma de **casquete** alrededor de las sienes, con una gran tonsura en la parte superior. Las manos, que sacó de las mangas del hábito al entrar en la habitación, eran secas y descarnadas, igual que las de un cadáver. Tenían aspecto de ser heladas

One of those slippery, **duplicitous**, whichever-way-the-wind-blows types, with a bag of dirty tricks. A man with whom you could never lower your guard, and whom it behooves you to take out of the picture before he stabs you in the back.

duplicitous *A adjective* 1 ambidextrous, deceitful, double-dealing, duplicitous, Janus-faced, two-faced, double-faced, double-tongued
marked by deliberate deceptiveness especially by pretending one set of feelings and acting under the influence of another; «she was a deceitful scheming little thing»- Israel Zangwill; «a double-dealing double agent»; «a double-faced infernal traitor

Their portly soon-to-be-employer was a man of few words. Again he waited without speaking, listening attentively as the round-headed one explained to Diego Alatriste and the Italian the final details of their assignment. Twice the portly man nodded, signaling his approval of what he heard. Then he turned and walked toward the door.

“I do not want much blood,” they heard him insist for the last time from the doorway.

From everything he had seen—the man’s bearing, and especially the profound respect the second masked man showed him the captain deduced that the person who had just left was of very high station. Alatriste was still thinking about that when the round-headed fellow rested one hand on the table and stared intently at him and the Italian. There was a new and disquieting gleam in his eyes, as if he still had not told them everything. An uncomfortable silence fell over the shadow-filled room, and Alatriste and the Italian kept glancing at each other, wordlessly wondering what was yet to come. Facing them, motionless, the masked man seemed to be waiting for something, or someone.

The answer came after a moment, when a tapestry, inconspicuous in the shadows between the bookshelves, moved to reveal a hidden door; in the opening they could see a dark and sinister silhouette, which someone less level-headed than Diego Alatriste might have taken for an apparition. The newcomer stepped forward and the table lamp illuminated his face, exaggerating hollows in his shaved sunken cheeks and the feverish light in a pair of eyes shadowed by thick eyebrows. He was wearing the black and white robes of the Dominicans, and he was not masked. His shining eyes lent an expression of fanaticism to the thin, ascetic face. He must have been close to fifty years old. His gray, tonsured hair was cut short like a **helmet** around his temples, and his hands, which he had taken from the sleeves of his robes when he entered, were dry and bony, like those of a cadaver. They looked as if they would be

como la muerte.

as icy as death.

El enmascarado de la cabeza redonda se volvió hacia el fraile, con extrema deferencia:

–¿Lo ha oído todo Vuestra Paternidad?

The round-headed man turned toward the priest with extreme deference. “You heard everything, Reverend Father?”

Afirmó el dominico con un gesto seco, breve; sin apartar los ojos de Alatriste y el italiano, como si estuviese valorándolos. Luego se volvió al enmascarado, y, cual si el gesto fuese una señal o una orden, éste se dirigió de nuevo a los dos espadachines.

The Dominican nodded briefly, never taking his eyes from Alatriste and the Italian, as though appraising them. Then he turned to the masked man and, as if that movement were a signal or an order, the latter again addressed the two hired swords.

–El caballero que acaba de marcharse –dijo– es digno de todo nuestro respeto y consideración. Pero no es él solo quien decide este negocio, y resulta conveniente que algunas cosas las maticemos un poco.

“The caballero who just left us,” he said, “is worthy of every respect and consideration. But it is not he alone who decides this affair, and it is best that we elaborate on a few details.”

Al llegar a ese punto, el enmascarado cambió una breve mirada con el fraile, en espera de su aprobación antes de continuar; pero el otro permaneció impassible.

When he reached this point, the masked man exchanged a brief look with the priest, awaiting his approval before continuing. But the other remained impassive.

–Por razones de alta política –prosiguió entonces–, y a pesar de cuanto el caballero que acaba de dejarnos ha dicho, los dos ingleses deben ser neutralizados de modo –hizo una pausa, cual si buscara palabras apropiadas bajo la máscara–... más contundente –dirigió de nuevo un rápido vistazo al fraile–. O definitivo.

“For reasons originating at the highest level of government,” the masked man then continued, “and despite what the caballero who has just left said, the two Englishmen must be removed from contention in a more . . .” He paused, as if seeking the appropriate words. “. . . in a more, hmm, *effective* manner.” Again he glanced at the priest. “That is, more definitive.”

–Vuestra merced quiere decir... –empezó Diego Alatriste, que prefería las cosas claras.

“Do you, señor, wish to say. . .” began Diego Alatriste, who preferred to have things clear.

El dominico, que había escuchado en silencio y parecía impacientarse, lo atajó alzando una de sus huesudas manos.

The Dominican, who had listened in silence and seemed to be growing impatient, interrupted, raising one of his bony hands.

–Quiere decir que los dos herejes deben morir.

“He ‘wishes to say’ that the two heretics must die.”

¿Los dos?

“Both?”

–Los dos.

“Both.”

Junto a Alatriste, el italiano volvió a silbar entre dientes el aire musical. Tirurí–ta–ta. Sonreía entre interesado y divertido. Por su parte, perplejo, el capitán miró el dinero que había sobre la mesa. Luego meditó un poco y se encogió de hombros.

Beside Alatriste, the Italian again quietly whistled his little tune. *Ti-ri-tu, ta-ta*. His expression registered an emotion somewhere between interested and amused. The captain, slightly hesitant, looked at the money lying on the table. He thought a moment, then shrugged.

–Igual da –dijo–. Y a mi compañero no parece importarle demasiado el cambio de planes.

“No matter to me,” he said. “And my companion seems not to object to the change in plans.”

–Que me place –apuntó el italiano, todavía sonriente.

“I like it,” the Italian said quickly, still smiling.

–Incluso facilita las cosas –prosiguió Alatriste, ecuánime–. De noche, herir a uno o dos hombres resulta

“It even makes things easier,” Alatriste continued serenely. “At night it is more complicated to wound men

más complicado que despacharlos del todo.

–El arte de lo simple –terció el otro.

Ahora el capitán miraba al hombre de la máscara.

–Sólo hay algo que me preocupa –dijo Alatriste–. El caballero que acaba de marcharse parece gente de calidad, y ha dicho que no desea que matemos a nadie... No sé lo que piensa mi compañero, más yo lamentaría indisponerme con ese a quien vos mismo habéis llamado Excelencia, sea quien sea, por complacer a vuestras mercedes.

–Puede haber más dinero –apuntó el enmascarado, tras ligera vacilación.

–Sería útil precisar cuánto.

–Otras diez piezas de a cuatro. Con las diez pendientes, y estas cinco, suman veinticinco doblones para cada uno. Más las bolsas de los señores Thomas y John Smith.

–A mí me acomoda –dijo el italiano.

Era obvio que igual le daban dos que veinte; heridos, muertos o en escabeche. Por su parte, Alatriste reflexionó de nuevo un instante, y luego negó con la cabeza. Aquellos eran muchos doblones por agujerearle el pellejo a un par de Don nadies. Y ahí estaba justo lo malo de tan extraño negocio: demasiado bien pagado como para no resultar inquietante. Su instinto de viejo soldado olfateaba peligro.

–No es cuestión de dinero.

–Sobran aceros en Madrid –insinuó el de la máscara, irritado; y el capitán no supo si se refería a la búsqueda de un sustituto, o a alguien que le ajustara las cuentas si rechazaba el nuevo trato. La posibilidad de que fuese una amenaza no le gustó. Por costumbre, se retorció el bigote con la mano derecha, mientras la zurda se apoyaba despacio en el pomo de la espada. El gesto no pasó inadvertido a nadie.

En ese momento, el fraile se encaró con Alatriste. Su rostro de asceta fanático se había endurecido, y los ojos hundidos en las cuencas asaeteaban a su interlocutor, arrogantes.

–Soy –dijo con voz desagradable– el padre Emilio Bocanegra, presidente del Santo Tribunal de la Inquisición.

Al decir aquello pareció que un viento helado cruzaba de parte a parte la habitación. Y acto seguido, en el mismo tono, el fraile detalló a Diego Alatriste

than to dispatch them.”

“The art of the simple,” his companion added.

Now the captain looked at the masked man.

“There is one thing that worries me,” he said. “The caballero who just left seems to be a man of high caliber, and he said that he does not wish us to kill anyone. I do not know what my companion thinks, but I would prefer not to get on the wrong side of someone whom you yourself addressed as ‘Excellency,’ whoever he may be, in order to do Your Mercies’ bidding.”

“There could, perhaps, be more money,” the masked one said, after a slight hesitation.

“It would be helpful to know exactly how much.”

“Ten additional four-doubloon pieces. With the ten still to be paid, and these five, that will be twenty-five doubloons for each of you. Plus the purses of the most excellent Mistert Thomas and John Smith.”

“I am comfortable with that,” said the Italian.

It was obvious that two or twenty made no difference to him: wounded, dead, or put up as pickles. As for Alatriste, he reflected again for a moment, then shook his head. That was a lot of doubloons for making sieves out of a pair of nobodies. And there, precisely, was the hitch in such a strange business: It was too well paid not to mean trouble. His instinct as a former soldier signaled danger.

“It isn’t a question of money.”

“There are swords to spare in Madrid,” hinted the man with the mask, annoyed. The captain was not sure whether he meant in regard to looking for a substitute or for someone to settle scores if they refused the new arrangement. Alatriste was not pleased by the possibility that it was a threat. Out of habit, he twisted his mustache with his right hand as he slowly rested his left on the pommel of his sword. No one failed to register his move.

The priest whipped around to face Alatriste squarely. The ascetic’s face had hardened, and his arrogant, sunken eyes bored into the captain’s.

“I,” he said in his disagreeable voice, “am Fray Emilio Bocanegra, president of the Holy Tribunal of the Inquisition.”

With those words, an icy wind seemed to blow across the room. The priest made clear to Diego Alatriste and the Italian,

y al italiano, de modo sucinto y con suma aspereza, que él no necesitaba máscara ni ocultar su identidad, ni venir a ellos como un ladrón en la noche, porque el poder que Dios había puesto en sus manos bastaba para aniquilar en el acto a cualquier enemigo de la Santa Madre Iglesia y de Su Católica Majestad el Rey de las Españas. Dicho lo cual, y mientras sus interlocutores tragaban saliva de modo ostensible, hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras y prosiguió, en el mismo tono amenazante:

—Sois manos mercenarias y pecadoras, manchadas de sangre como vuestras espadas y vuestra conciencia. Pero el Todopoderoso escribe recto con renglones torcidos.

Los renglones torcidos cambiaron entre sí una mirada inquieta mientras el fraile proseguía su discurso.

—Esta noche —dijo— se os confía una tarea de inspiración sagrada, etcétera. La cumpliréis a rajatabla, porque de ese modo servís a la Justicia Divina. Si os negáis, si escurris el bulto, caerá sobre vosotros la cólera de Dios, mediante el brazo largo, terrible, del Santo Oficio. Arrieros somos.

Dicho aquello, el dominico quedó en silencio y nadie osó pronunciar palabra. Hasta al italiano se le había olvidado la musiquilla, lo que ya era mucho decir. En la España de aquella época, enemistarse con la poderosa Inquisición significaba afrontar una serie de horrores que a menudo incluían prisión, tortura, hoguera y muerte. Hasta los hombres más crudos temblaban a la sola mención del Santo Oficio; y por su parte, Diego Alatriste, como todo Madrid, conocía bien la fama implacable de fray Emilio Bocanegra, presidente del Consejo de los Seis Jueces, cuya influencia llegaba hasta el Gran Inquisidor y hasta los corredores privados del Alcázar Real. Sólo una semana antes, por causa del llamado crimen *pessimum* o crimen nefando, el padre Bocanegra había convencido a la Justicia para quemar en la Plaza Mayor a cuatro criados jóvenes del conde de Monteprieto, que se delataron unos a otros como sodomitas en el potro del tormento inquisitorial. En cuanto al conde, un aristócrata maduro, soltero y melancólico, su título de grande de España lo había librado por los pelos de sufrir idéntica suerte, y el Rey se contentó con firmar un decreto para incautarse de sus posesiones y desterrarlo a Italia. El despidado padre Bocanegra había llevado todo el procedimiento de modo personal, y aquel triunfo acababa de afianzar su temible poder en la Corte. Hasta el conde de Olivares, privado del Rey, procuraba estar a bien con el feroz dominico.

Allí no cabía ni parpadear. Con un suspiro interior, el capitán Alatriste comprendió que los dos in-

succinctly, and menacingly, that he did not need a mask to hide his identity, or come to them like a thief in the night, because the power God had placed in his hands was sufficient to annihilate any enemy of the Holy Mother Church or His Catholic Majesty, the King of all the Spains. That said, while his listeners swallowed nervously, he paused to assess the effect of his words, then continued in the same threatening tone.

“Yours are sinful, mercenary hands, stained with blood like your swords and your consciences. But the Omnipotent Heavenly Father writes straight with crooked lines.”

The crooked lines exchanged an uneasy glance as the priest continued. “Tonight,” he said, “I am entrusting to you a task of sacred inspiration,” and he added, “You are to fulfill it regardless of the cost, because in so doing you serve divine justice. If you refuse, if you cast aside the burden, the wrath of God will fall upon you through the long and terrible arm of the Holy Office. We are like muleteers. Ubiquitous and persistent.”

With that the Dominican was silent, and no one dared speak a word. Even the Italian had forgotten his tra-la-las, and that said a lot. In the Spain of that day, to quarrel with the powerful Inquisition meant to confront a series of horrors that often included prison, torture, the stake, and death. Even the toughest men trembled at the mention of the Holy Office, and for his part, Diego Alatriste, like all Madrid, knew very well the infamous reputation of Fray Emilio Bocanegra, president of the Council of Six Judges, whose influence reached as far as the Grand Inquisitor, and even the private corridors of the Royal Palace. Only a week before, because of a so-called *crimen pessimum*, Padre Bocanegra had convinced the tribunal to burn four young servants of the Conde de Monteprieto in the Plaza Mayor when, after being subjected to the Inquisitorial rack, they denounced each other as sodomites. As for the aristocratic count—himself a bachelor and a melancholy man—his title as a grandee of Spain had saved him from an identical fate by only a hair’s breadth. The king contented himself with signing a decree to seize his possessions and send him into exile in Italy. The merciless Bocanegra had personally conducted the entire proceedings, and that triumph was the last step in securing his fearsome power at court. Even the Conde de Olivares, a favorite of the king, tried to please the ferocious Dominican.

This was no time to so much as blink. Captain Alatriste sighed deep inside, realizing that the two

gleses, fueran quienes fuesen y a pesar de las buenas intenciones del enmascarado corpulento, estaban sentenciados sin **remedio**. Con la Iglesia habían topado, y discutir más resultaba, amén de inútil, peligroso.

—¿Qué hay que hacer?—dijo por fin, resignado a lo inevitable.

—Matarlos sin cuartel—respondió fray Emilio en el acto, con el fuego fanático devorándole la mirada.

—¿Sin saber quiénes son?

—Ya hemos dicho quiénes son—apuntó el enmascarado de la cabeza redonda—. Mister Thomas y mister John Smith. Viajeros ingleses.

—Y anglicanos impíos—apostilló el fraile con voz crispada de ira—. Pero no os importa quiénes sean. Basta con que pertenezcan a un país de herejes y a una raza pérfida, funesta para España y la religión católica. Al ejecutar en ellos la justicia de Dios, rendiréis un servicio valioso al Todopoderoso y a la Corona.

Dicho esto, el fraile sacó otra bolsa con veinte monedas de oro y la arrojó con desdén sobre la mesa.

—Ya veis—añadió—que, a diferencia de la terrena, la justicia divina paga por adelantado, aunque cobre a plazo—miraba al capitán y al italiano como grabándose sus caras en la memoria—. Nadie escapa a sus ojos, y Dios sabe muy bien dónde reclamar sus deudas.

Diego Alatriste hizo amago de asentir. Era hombre de agallas, pero el gesto iba encaminado a disimular un estremecimiento. La luz del farol daba un aspecto diabólico al fraile, y la amenaza de sus palabras bastaba para alterar la compostura del más valiente. Junto al capitán, el italiano estaba pálido, esta vez sin tiruri—ta—ta y sin sonrisa. Ni siquiera el enmascarado de la cabeza redonda se atrevía a abrir la boca.

Englishmen, whoever they might be and despite the good intentions of the heavier masked man, had been sentenced without **reprieve**. They were dealing with the Church, and arguing any further would be, in addition to fruitless, dangerous.

“What are we to do?” he said finally, resigned to the inevitable.

“Kill them outright,” Fray Emilio replied instantly, the fire of fanaticism blazing in his eyes.

“Without knowing who they are?”

“We have already told you who they are,” the masked man with the round head reminded him. “Misters Thomas and John Smith. English travelers.”

“And ungodly Anglicans,” added the priest, his voice crackling with anger. “But you have no need to know who they are. It is enough that they come from a land of heretics—a treacherous people, anathema to Spain and the Catholic religion. By executing God’s will, you will render a valuable service to the All Powerful and to the crown.”

Having said this, the priest took out another purse containing twenty gold coins and disdainfully tossed it on the table.

“You see now,” he added, “that divine justice, unlike the earthly kind, pays in advance, although over time it collects its return.” He stared at the captain and the Italian as if engraving their faces in his memory. “No one escapes His eyes, and God knows very well where to come to collect His debts.”

Diego Alatriste made as if to nod in agreement. He was a man with brass, but actually the gesture was an attempt to hide a shudder. The lamplight made the priest look diabolical, and the menace in his voice would have been enough to alter the composure of the bravest of men. Standing beside the captain, the Italian was pale, without his ti-ri-tu, ta-to or his smile. Not even the round-headed man dared open his mouth.

III. UNA PEQUEÑA DAMA

Quizá porque la verdadera patria de un hombre es su niñez, a pesar del tiempo transcurrido recuerdo siempre con nostalgia la taberna del Turco. Ni ese lugar, ni el capitán Alatriste, ni aquellos azarosos años de mi mocedad existen ya; pero en tiempos de nuestro Cuarto Felipe la taberna era una de las cuatrocientas donde podían apagar su sed los 70.000 vecinos de Madrid –salíamos a una taberna por cada 175 individuos– sin contar mancebías, garitos de juego y otros establecimientos públicos de moral relajada o equívoca, que en aquella España paradójica, singular e irreplicable, se veían tan frecuentados como las iglesias, y a menudo por la misma gente.

La del Turco era en realidad un bodegón de los llamados de comer, beber y arder, situado en la esquina de las calles de Toledo y del Arcabuz, a quinientos pasos de la Plaza Mayor. Las dos habitaciones donde vivíamos Diego Alatriste y yo se encontraban sobre ella; y en cierto modo aquel tugurio hacia las veces de cuarto de estar de nuestra casa. Al capitán le gustaba bajar y sentarse allí a matar el tiempo cuando no tenía nada mejor que hacer, que eran las más de las veces. A pesar del olor a fritanga y el humo de la cocina, la suciedad del suelo y las mesas, y los ratones que correteaban perseguidos por el gato o a la caza de migas de pan, el lugar resultaba confortable. También era entretenido, porque solían frecuentarlo viajeros de la posta, golillas, escribanos, ministriles, floristas y tenderos de las cercanas plazas de la Providencia y la Cebada, y también antiguos soldados atraídos por la proximidad de las calles principales de la ciudad y el mentidero de San Felipe el Real. Sin desdeñar la belleza –algo ajada pero aún espléndida– y la antigua fama de la taberna, el vino de Valdemoro, el moscatel, o el oloroso de San Martín de Valdeiglesias; amén de la circunstancia oportunísima de que el local tuviese una puerta trasera que daba a una corrala y a otra calle; procedimiento muy útil para esquivar la visita de alguaciles, corchetes, acreedores, poetas, amigos pidiendo dinero y otras gentes maleantes e inoportunas. En cuanto a Diego Alatriste, la mesa que Caridad la Lebrijana le reservaba cerca de la puerta era cómoda y soleada, y a veces le acompañaba el vino, desde la cocina, con un pastelillo de carne o unos chicharrones. De su juventud, de la que nunca hablaba ni poco ni mucho, el capitán conservaba cierta afición a la lectura; y no era infrecuente verlo sentado en su mesa, solo, la espada y el sombrero colgados en un clavo de la pared, leyendo la impresión de la última obra estrenada por Lope –que era su autor favorito– en los corrales del Príncipe o de la Cruz, o alguna de las gacetas y hojas sueltas con

III. A LITTLE LADY

Perhaps because a man's true homeland is his childhood, despite all the time that has gone by, I always remember the Tavern of the Turk with nostalgia. The place, Captain Alatriste, and those hazardous years of my boyhood are all gone now, but in the days of our Philip the Fourth, the tavern was one of four hundred in which the seventy thousand residents of Madrid could quench their thirst. That comes to about one tavern for every one hundred and seventy-five citizens. And that is not counting brothels, gaming houses, and other public establishments of, shall we say, relaxed or dubious moral ambience, which in a paradoxical, unique, and never-again-to-be-the-same Spain were visited as frequently as the churches—and often by the same people.

La Lebrijana's enterprise was in fact a cellar of the sort where one came to eat, drink, and burn the night away, located on the corner of Calles Toledo and Arcabuz, about five hundred steps from the Plaza Mayor. The two rooms where Diego Alatriste and I lived were on the upper floor, and in a way the den below served as our sitting room. The captain liked to go down there to kill time when he had nothing better to do—which was often. Despite the smell of grease and smoke from the kitchen, the dirty floor and tables, and the mice running around, chased by the cat or looking for bread crumbs, it was a comfortable-enough place. It was also entertaining, because there were frequently travelers brought by post horse, and magistrates, **tipstaves**, flower vendors, and shopkeepers from the nearby Providencia and La Cebada plazas, as well as former soldiers drawn by the proximity of the principal streets of the city and the *mentidero* at San Felipe el Real, a center where idlers gathered to gossip. Not to disdain the tavern's attractions—a little faded but still splendid—and the longtime fame of the tavern-keeper and the Valdemoro wines—a muscatel as well as an aromatic San Martín de Valdeiglesias—but the place had another drawing card. It was blessed with a back gate that opened onto a courtyard and the next street, a very handy feature when one was slipping away from sheriffs, catchpoles, creditors, poets, friends in need of money, and other miscreants and inopportune guests. As for Diego Alatriste, the table that Caridad la Lebrijana reserved for him near the door was commodious and sunny, and sometimes the wine brought with it a meat pie or some cracklings. The captain had carried over from his youth—something he said very little or nothing about—a certain taste for reading. It was not unusual to see him sitting at his table, alone, his sword and hat hung on a peg in the wall, reading the printed version of Lope's latest play—he was the captain's favorite author—recently performed in El Príncipe or La Cruz. Or it might be one of the gazettes or broadsides featuring the anonymous

versos satíricos y anónimos que corrían por la Corte en aquel tiempo a la vez magnífico, decadente, funesto y genial, poniendo como sotana de dómine al valido, a la monarquía y al lucero del alba; en muchos de los cuales, por cierto, Alatriste reconocía el corrosivo ingenio y la proverbial mala uva de su amigo, el **irreductible** gruñón y popular poeta Don Francisco de Quevedo:

*Aquí yace Misser de la Florida
y dicen que le hizo buen provecho
a Satanás su vida.
Ningún coño le vio jamás arrecho.
De Herodes fue enemigo y de sus gentes,
no porque degolló los inocentes,
más porque, siendo niños y tan bellos,
los mandó degollar y no jodellos.*

Y otras lindezas por el estilo. Imagino que mi pobre madre viuda, allá en su pueblecito vasco, no habría estado muy tranquila de imaginar a qué extrañas compañías me vinculaba el oficio de paje del capitán. Pero, en lo que al jovencísimo Íñigo Balboa se refiere, a mis trece años todo aquello suponía un espectáculo fascinante, y una muy singular escuela de vida. Ya referí hace un par de capítulos que tanto Don Francisco como el Licenciado Calzas, Juan Vicuña, el Dómine Pérez, el boticario Fadrique y los otros amigos del capitán solían frecuentar la taberna, enzarzándose en largas discusiones sobre política, teatro, poesía o mujeres, sin olvidar un puntual seguimiento de las muchas guerras en las que había andado o andaba envuelta aquella pobre España nuestra, todavía poderosa y temida en el exterior, pero tocada de muerte en el alma. Guerras cuyos campos de batalla era diestro en reproducir sobre la mesa, usando trozos de pan, cubiertos y jarras de vino, el extremeño Juan Vicuña; que por ser antiguo sargento de caballos, mutilado en Nieuport, se las daba de consumado estratega. A lo de las guerras le había vuelto sobrada actualidad, pues cuando el asunto de los enmascarados y los ingleses iban ya para dos o tres, creo recordar, los años de la reanudación de hostilidades en los Países Bajos, expirada la tregua de doce que el difunto y pacífico Rey Don Felipe Tercero, padre de nuestro joven monarca, había firmado con los holandeses. Esa larga tregua, o sus efectos, era precisamente causa de que tantos soldados veteranos anduviesen todavía sin trabajo por las Españas y el resto del mundo, incrementando las filas de desocupados fanfarrones, jaques y valentones dispuestos a alquilar su brazo para cualquier felonía barata; y que entre ellos se contara Diego Alatriste. Sin embargo, el capitán pertenecía a la variedad silenciosa, y nunca lo vio nadie alardear de campañas o heridas, a diferencia de tantos otros; además, cuando volvió a redoblar el tambor de su viejo Tercio, Alatriste, como mi padre y tantos otros

satiric verses that circulated at court in that time that was at once magnificent, decadent, mournful, and inspired—a time that cast a shadow as black as a curate's cloak over the favorite, the monarchy, and the morning star. In many verses, in fact, Alatriste recognized the corrosive wit and proverbial bad temper of his friend the **unredeemed** grumbler and popular poet don Francisco de Quevedo:

*Here lies Señor Pérez, the swine
Whose life was Satan's appetizer
While his devil's broth was stewing.
No pussy ever meowed to him.
How he rued Herod's misconstruing
The use of power; so much wiser
Not to have slaughtered innocent lambs:
Forsooth! Such succulent cherubim
Should be spared and saved for screwing.*

And other pretty bits of the sort. I imagine that my poor widowed mother, back there in her tiny Basque town, would have been alarmed had she had a hint of what strange company my serving as the captain's page had led me into. But as for the young Íñigo Balboa, at thirteen he found that world to be a fascinating spectacle, and a singular school of life. I mentioned a couple of chapters ago that don Francisco, along with Licenciado Calzas, Juan Vicuña, Dómine Pérez, the pharmacist Fadrique, and others of the captain's friends, often came to the tavern, and engaged in long discussions about politics, theater, poetry, and routinely, a punctilious appraisal of the many wars in which our poor Spain had been or was then involved. She may still have been powerful and feared by other nations, but she was touched with death in her soul. The battlefields of those wars were skillfully re-created on the tavern table by Juan Vicuña, using bits of bread, cutlery, and jugs of wine. Originally from Extremadura, and badly wounded at Nieuwpoort, he had once been a sergeant in the horse guard, and deemed himself a master strategist. War had soon become a real and pressing concern, for it was during the affair of the masked men and the Englishmen, as I recall, that hostilities were renewed in the Low Countries, after the expiration of the twelve-year truce that our deceased and peaceful King Philip the Third, the father of our young monarch, had signed with the Low Dutch. That long interim of peace, or its effects, was precisely the reason so many veteran soldiers were wandering without employ through the Spains and the rest of the world, swelling the ranks of idle braggarts, bullies, and blusterers disposed to hire out for any petty villainy. And among them we may count Diego Alatriste. However, the captain was one of the silent variety, and in contrast to so many others, no one ever saw him boasting of his campaigns or his wounds. And then when the drumrolls of his old company sounded again, Alatriste, like my father and

hombres valientes, se había apresurado a alistarse de nuevo con su antiguo general, Don Ambrosio Spínola, y a intervenir en lo que hoy conocemos como principio de la Guerra de los Treinta Años. En ella habría servido ininterrumpidamente de no mediar la gravísima herida que recibió en Fleurus. De cualquier modo, aunque la guerra contra Holanda y en el resto de Europa era tema de conversación en aquellos días, muy pocas veces oí al capitán referirse a su vida de soldado. Eso me hizo admirarlo todavía más, acostumbrado a cruzarme con varios cientos que, entre escupir por el colmillo y fantasear sobre Flandes, pasaban el día hablando alto y galleando sobre supuestas hazañas, mientras hacían sonar por la Puerta del Sol o la calle Montera la punta de su espada, o se pavoneaban en las gradas de San Felipe con el cinto coruscado de cañones de hojalata llenos de menciones honoríficas por sus campañas y valor acreditado, todas ellas más falsas que un doblón de plomo.

Había llovido un poco muy de mañana y quedaban huellas de barro por el suelo de la taberna, con ese olor a humedad y **serrín** que en los lugares públicos dejan los días de agua. El cielo se despejaba, y un rayo de sol, tímido primero y seguro de sí un poco más tarde, encuadraba la mesa donde Diego Alatriste, el Licenciado Calzas, el Dómine Pérez y Juan Vicuña componían tertulia después del yantar. Yo estaba sentado en un **taburete** cerca de la puerta, haciendo prácticas de caligrafía con una pluma de ave, un tintero y una resma de papel que el Licenciado me había traído a sugerencia del capitán:

—Así podrá instruirse y estudiar leyes para sanjar de su último maravedí a los pleiteantes; como hacen vuestras mercedes los abogados, escribanos y otras gentes de mal vivir.

Calzas se había echado a reír. Gozaba de excelente carácter, una especie de cínico buen humor a prueba de cualquier cosa, y su amistad con Diego Alatriste era antigua y confianzuda.

—A fe mía que gran verdad es ésa —había sentenciado, risueño, guiñándome un ojo—. La pluma, Íñigo, es más rentable que la espada.

—*Longa manus calami* —apostilló por su cuenta el Dómine.

Principio en que todos los contertulios estuvieron de acuerdo, por unanimidad o por disimular la ignorancia del latín. Al día siguiente el Licenciado me trajo recado de escribir, que sin duda había distraído con habilidad de los juzgados donde se ganaba la vida con no poca holgura merced a las corruptelas propias de su oficio. Alatriste no dijo nada, ni me aconsejó el uso a dar a la pluma, el pa-

many other brave men, rushed to reenlist beneath the old general of their old *tercio*, don Ambrosio de Spinola, and to play their part at the beginning of what today we know as the Thirty Years' War. He would have served on and on had he not received the serious wound at Fleurus. At any rate, although the war against Holland and in the rest of Europe was the topic of conversation those days, I rarely heard the captain refer to his life as a soldier. That made me admire him even more, accustomed as I was to crossing paths with a hundred swaggering braggarts who, talking out of both sides of their mouth and fantasizing about Flanders, spent the day trumpeting their supposed feats at full pitch, clanking their swords through the Puerta del Sol or along Calle Montera, and strutting like peacocks on the steps of San Felipe. Their sashes were stuffed with tin tubes filled with documents praising their campaigns and their bravery, all of them ringing falser than a lead doubloon.

It had rained a little, early that morning, and there were muddy tracks on the tavern floor, and that smell of dampness and **sawdust** that public places get on rainy days. The clouds were breaking, and a ray of sun, timid at first but soon after very sure of itself, framed the table where Diego Alatriste, Licenciado Calzas, Dómine Pérez, and Juan Vicuña were chatting after a meal. I was sitting on a **taboret** near the door, practicing my penmanship with a quill, an inkwell, and a ream of paper the *licenciado* had brought me at the captain's suggestion. "So he will be able to instruct himself and read law and bleed the last *maravedís* out of clients, like all you lawyers, scribes, and other bloodsucking varlets."

Calzas had burst out laughing. He was a pleasant fellow with a kind of cynical good humor, and his friendship with Alatriste was old and trusting.

"My faith! What a great truth that is," he had replied, still amused, and winking at me. "The pen, Íñigo, is a better source of income than the sword."

"*Longa manus calami*," the good father put it.

A principle about which all those gathered around the table were in agreement, either in cordial accord or to hide that they did not know Latin. The next day the *licenciado* brought me a gift of writing materials, which no doubt he had skillfully extracted from the courts, where, thanks to the corrupt practices of his office, he earned an easy livelihood. Alatriste said nothing, and he did not offer me counsel on what

pel y la tinta. Pero leí la aprobación en sus ojos tranquilos cuando vio que me sentaba junto a la puerta a practicar caligrafía. Lo hice copiando unos versos de Lope que había oído recitar varias veces al capitán, entre los de aquellas noches en que la herida de Fleurus lo atormentaba más de la cuenta:

*Aún no ha venido el villano
que me prometió venir
a ser honrado en morir
de mi hidalga y noble mano...*

El hecho de que el capitán riese de vez en cuando entre dientes al recitar aquello, tal vez para disimular los pesares de su vieja herida, no bastaba para empañar el hecho de que a mí se me antojaran unos lindos versos. Como aquellos otros, que también me aplicaba a escribir esa mañana, por habérselos oído igualmente en sus noches en blanco a Diego Alatriste:

*Cuerpo a cuerpo he de matalle
donde Sevilla lo vea,
en la plaza o en la calle;
que al que mata y no pelea
nadie puede disculpalle;
y gana más el que muere
a traición, que el que le mata.*

Terminaba justo de escribir la última línea cuando el capitán, que se había levantado a beber un poco de agua de la tinaja, cogió el papel para echarle un vistazo. De pie a mi lado leyó los versos en silencio y luego me miró largamente: una de esas miradas que yo le conocía bien, serenas y prolongadas, tan elocuentes como podían serlo todas aquellas palabras que yo me acostumbré a leer en sus labios aunque nunca las pronunciara. Recuerdo que el sol, todavía un quierpo y no puedo entre los tejados de la calle de Toledo, deslizó un rayo oblicuo que iluminó el resto de las hojas en mi regazo y los ojos glaucos, casi transparentes, del capitán, fijos en mí; terminando de secar la tinta aún fresca de los versos que Diego Alatriste tenía en la mano. No sonrió, ni hizo gesto alguno. Me devolvió la hoja sin decir palabra y volvió a la mesa; pero todavía lo vi dirigirme desde allí una última y larga mirada antes de enfrascarse de nuevo en la conversación con sus amigos.

Llegaron, con poco tiempo de diferencia, el Tuerto Fadrique y Don Francisco de Quevedo. Fadrique venía de su botica de Puerta Cerrada; había estado preparando específicos para sus clientes, y traía el gazzate abrasado de vapores, mejunjes y polvos medicinales. Así que nada más llegar se calzó un cuartillo de vino de Valdemoro y empezó a detallarle al Dómine Pérez las propiedades laxantes de la

use to make of the pen, paper, and ink. But I read the approval in his calm eyes when he saw me sitting beside the door practicing my letters. I did that by copying a few of Lope's verses I had sometimes heard the captain recite on nights when the Fleurus wound tormented him more than usual.

*The bastard has not come, as planned,
Whose design it was on this fair day
To die by my genteel and noble hand
And, in so doing, gain cachet.*

The fact that the captain would occasionally laugh quietly as he recited those lines, perhaps to gloss over the pain of his old wound, was not enough to cloud the fact that I longed for pretty verses. Like others I applied myself to copying that morning, having heard them also during the captain's long, sleepless nights.

*Hand to hand I must duel with him
Where all Seville may see,
In the plaza or in the lane;
For he who kills with treachery
Will ne'er outlive the shame,
And he whose blood is vilely spilled
Gains more than him by whom he's killed.*

I had just finished writing the last line when the captain, who had gotten up to get a drink from the water jug, took my paper to look it over. Standing beside me, he read the verses to himself and then fixed his eyes on me: one of those gazes I knew so well, serene and prolonged, as eloquent as the words I grew used to reading on his lips though they were never voiced. I remember that the sun, still an I-want-to-but-I-can't between the roof tiles of Calle Toledo, aimed an oblique ray at the rest of the pages in my lap, as well as the captain's gray-green, almost transparent eyes, and dried the last of the fresh ink of the verses Diego Alatriste held in his hand. He did not smile, or make a single gesture. Without a word he handed me the sheet of paper and went back to the table, but from there he sent me a last long look before again joining in conversation with his friends.

Then, only a brief interval apart, came El Tuerto Fadrique, his one eye a little red, and don Francisco de Quevedo. Fadrique had come straight from his apothecary shop at the Puerta Cerrada; he had been preparing specifics for ailing clients, and his gullet was burning from the effects of vapors, elixirs, and medicinal powders. Thus the minute he walked in the door, he wrapped an arm around a large bottle of Valdemoro wine

corteza de nuez negra del Indostán+. En ésas estábamos cuando apareció Don Francisco de Quevedo, sacudiéndose el lodo de los charcos que traía en los zapatos.

El barro, que me sirve, me aconseja...

Venía diciendo, malhumorado. Se detuvo a mi lado ajustándose los anteojos, echó un vistazo a los versos que copiaba y enarcó las cejas, complacido, al comprobar que no eran de Alarcón, ni de Góngora. Luego fue, con aquel paso cojitranco característico de sus pies **torcidos** – los tenía así desde niño, lo que no le impedía ser hombre ágil y diestro espadachín–, a sentarse a la mesa con el resto de sus contertulios. Allí echó mano a la **jarra** más próxima.

–Dame, no seas avaro, el divino licor de Baco claro– le dijo a Juan Vicuña.

Era éste, como dije, un antiguo sargento de caballos, muy fuerte y **corpulento**, que había perdido la mano derecha en Nieuport y vivía de su beneficio, consistente en una licencia para explotar un garito o pequeña casa de juego. Vicuña le pasó una jarra de Valdemoro, y Don Francisco, aunque prefería el blanco de Valdeiglesias, lo apuró de un trago, sin respirar.

–¿Cómo va lo del memorial? –se interesó Vicuña.

Se secaba el poeta la boca con el dorso de la mano. Algunas gotas de vino le habían caído sobre la cruz de Santiago que llevaba bordada en el pecho de la ropilla negra.

–Creo –dijo– que Felipe el Grande se limpia el culo con él.

–No deja de ser un honor –apuntó el Licenciado Calzas.

Don Francisco metió mano a otra jarra.

–En todo caso –hizo una pausa mientras bebía– el honor es para su real culo. El papel era bueno, de a medio ducado la resma. Y con mi mejor letra.

Venía bastante atravesado, pues no eran buenos tiempos para él, ni para su prosa, ni para su poesía, ni para sus finanzas. Hacía sólo unas semanas que el Cuarto Felipe había tenido a bien levantar la orden, de prisión primero y luego de destierro, que pesaba sobre él desde la caída en desgracia, dos o tres años atrás, de su amigo y protector el duque de

and began to detail to Dómine Pérez the laxative properties of the hull of a black nut from Hindustan. That was the scene when don Francisco de Quevedo stepped inside, scraping the mud from his shoes.

“The mud that serves me, counsels me”

He was reciting as he entered, and clearly feeling fractious. He stopped at my side, adjusted his spectacles, glanced over the verses I was copying down, and raised his eyebrows, pleased to find that they were not lines from Alarcón or Góngora. Then he limped over to the table, with that gait demanded by his **twisted** feet—he had hobbled since he was a boy, something that had not gotten in the way of his being an agile and skillful swordsman—to sit down with the rest of his companions. And there he grabbed the closest **jug**.

*“Share. Be not miserly with me,
But pour divine Bacchus’s bounty”*

He directed this appeal toward Juan Vicuña. As I have said, Vicuña, who was very strong and **brawny**, had been a sergeant in the horse guard, had lost his right arm at Nieuwpoort, and now lived on his pension, which consisted of a license to run a small gaming house. Vicuña passed him a jug of Valdemoro, and although don Francisco preferred the white from Valdeiglesias, he emptied it without taking a breath.

“What news of your petition?” Vicuña asked with interest.

The poet swiped his mouth with the back of his hand. A few drops of wine had fallen on the cross of Santiago embroidered on the breast of his black sleeved doublet.

“I believe,” he said, “that Philip the Great is wiping his ass with it.”

“That itself is an honor,” Licenciado Calzas argued.

Don Francisco appropriated another jug.

“In that case”-there was a pause as he drank-“the honor is to his royal ass. The paper was good, a half-ducat a ream. And I wrote it in my best hand.”

He was in a foul mood, for these were not good times for him, not for his prose or his poetry, or his finances. Only a few weeks earlier, the fourth Philip had had to lift the decree--first prison and then exile--that had been weighing over Quevedo since the fall from favor, two or three years before, of his friend and protector the Duque

Osuna. Rehabilitado por fin, Don Francisco había podido regresar a Madrid; pero estaba ayuno de recursos monetarios, y el memorial que había dirigido al Rey solicitando la antigua pensión de cuatrocientos escudos que se le debía por sus servicios en Italia –había llegado a ser espía en Venecia, fugitivo y con dos compañeros ejecutados– sólo gozaba de la llamada por respuesta. Aquello lo enfurecía más, aguzaba su malhumor y su ingenio, que iban parejos, y contribuía a buscarle nuevos problemas.

–*Patientia lenietur Princeps* –lo consoló el Dómine Pérez–. La paciencia aplaca al soberano.

–Pues a mi me aplaca una higa, reverendo padre.

Miraba alrededor el jesuita con aire preocupado. Cada vez que uno de sus contertulios se metía en problemas, al Dómine Pérez le tocaba avalarlo ante la autoridad, como hombre de iglesia que era. Incluso absolvía de vez en cuando a sus amigos *sub conditione*, sin que éstos se lo pidieran. A traición, decía el capitán. Menos sinuoso que el común de los miembros de su Orden, el Dómine se creía a menudo en la honrada obligación de moderar trifulcas. Era hombre vivido, buen teólogo, comprensivo con las flaquezas humanas, benévolo y apacible en extremo. Eso le hacía tener manga ancha con sus semejantes, y su iglesia se veía concurrida por mujeres que acudían a reconciliar pecados, atraídas por su fama de poco riguroso en el tribunal de la penitencia. En cuanto a los **asiduos** de la taberna del Turco, nunca hablaban ante él de lances turbios ni de hembras; era ésa la regla en que basaba su compañía, comprensión y amistad. Los lances y amoríos, decía, los trato en el confesionario. Respecto a sus superiores eclesiásticos, cuando le reprochaban sentarse en la taberna con poetas y espadachines, solía responder que los santos se salvan solos, mientras que a los pecadores hay que ir a buscarlos donde se encuentran. Añadiré en su honor que apenas probaba el vino y nunca le oí decir mal de nadie. Lo que en la España de entonces y en la de ahora, incluso para un clérigo, resultaba **insólito**.

–Seamos prudentes, señor Quevedo –añadió aquella vez, afectuoso, tras el correspondiente latín–. No está vuestra merced en posición para murmurar ciertas cosas en voz alta.

Don Francisco miró al sacerdote, ajustándose los anteojos. –¿Murmurar yo?... Erráis, Dómine. Yo no murmuro, sino que afirmo en voz alta.

Y puesto en pie, volviéndose hacia el resto de los parroquianos, recitó, con su voz educada, sonora y clara:

de Osuna. At last reinstated, don Francisco had been able to return to Madrid, but he was in a monetary fast. His petition to the king, soliciting his former pension of four hundred *escudos* owed for service in Italy—he had been a spy in Venice, a fugitive, and two of his companions had been executed—had been answered with silence. That had made him more furious than ever, and his fury nourished his bad humor and his wit, which went hand in hand... and contributed to new problems.

“*Patientia lenietur princeps*,” Dómine Pérez said, consoling him. “Patience placates the sovereign.”

“Well, Reverend Father, it does not placate me one whit.”

The Jesuit looked around with a preoccupied air. Every time one of this group found himself in difficulty, it fell to the *dómine* to speak to his character and his conduct, as befitted his position as man of the Church. From time to time, he absolved his friends *sub conditione*, without their requesting it. Behind their backs, the captain said. Less devious than the norm among members of his order, the *dómine* took seriously the honored obligation to moderate squabbles. He was full of life, a good theologian, tolerant of human weaknesses, benevolent, and placid in the extreme. He made generous allowances for his fellow beings, and his church was crowded with women who came to confess their sins, drawn by his reputation for being generous at the tribunal of penitence. As for the **regulars** at the Tavern of the Turk, in his presence no one spoke of dark deeds or of women; that was the condition upon which his company was based: tolerance, and friendship. Quarrels and affairs, he often said, I will deal with in the confessional. And when his ecclesiastical superiors reproached him for passing time in the tavern with poets and swordsmen, he responded that saints save themselves, while sinners must be sought out. I will add on his behalf that he barely tasted his wine and I never heard him speak ill of anyone. Which in the Spain of that day—and today as well—was something **unheard of** in a cleric.

“Let us be prudent, Señor Quevedo,” he added affectionately that day, after his comment in Latin. “You, sir, are not in a position to speak ill of certain things aloud.”

Don Francisco looked at the priest, adjusting his eyeglasses. “I? Speak ill? You err, Dómine. I do not speak ill, I merely state the truth.”

And then he stood, and turned toward the rest of those in the tavern, reciting, in his educated, sonorous, and clear voice:

*No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises, o amenazas miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*

Aplaudieron Juan Vicuña y el Licenciado Calzas, y el Tuerto Fadrique asintió gravemente con la cabeza. El capitán Alatriste miraba a Don Francisco con una sonrisa larga y melancólica, que éste le devolvió, y el Dómine Pérez abandonó la cuestión por imposible, concentrándose en su moscatel muy rebajado con agua. Volvía a la carga el poeta, emprendiéndola ahora con un soneto al que daba vueltas de vez en cuando:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados...*

Pasó Caridad la Lebrijana llevándose las jarras vacías y pidió moderación antes de alejarse con un movimiento de caderas que atrajo todos los ojos menos los del Dómine, concentrado en su moscatel, y los de Don Francisco, perdidos en combate con silenciosos fantasmas:

*Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.*

Entraban en la taberna unos desconocidos, y Diego Alatriste puso una mano sobre el brazo del poeta, tranquilizándolo. «¡El recuerdo de la muerte!», repitió Don Francisco a modo de conclusión, **ensimismado**, sentándose mientras aceptaba la nueva jarra que el capitán le ofrecía. En realidad, el señor de Quevedo iba y venía por la Corte siempre entre dos órdenes de prisión o dos destierros. Quizá por eso, aunque alguna vez compró casas cuyas rentas a menudo le estafaban los administradores, nunca quiso tener morada fija propia en Madrid, y solía alojarse en posadas públicas. Breves treguas hacían las adversidades, y cortos eran los períodos de bonanza con aquel hombre singular, **coco** de sus enemigos y gozo de sus amigos, que lo mismo era solicitado por nobles e ingenios de las letras, que se encontraba, en ocasiones, sin un ardite o maravedí en el bolsillo. Mudanzas son éstas de la fortuna, que tanto gusta de mudar, y casi nunca muda para nada bueno.

—No queda sino **batirnos** —añadió el poeta al cabo de unos instantes.

*"I shall speak out, despite appeals.
You touch first your lips, and then your brow
Counseling silence or threatening fear.
Should not a man hold courage dear?
Must he not feel the thing he says?
Must he not say the thing he feels?"*

Juan Vicuña and Licenciado Calzas applauded, and El Tuerto Fadrique nodded gravely. Captain Alatriste looked at don Francisco with a broad, melancholy smile, which the poet returned. Dómine Pérez, acknowledging that the question the poet had posed was unanswerable, concentrated on his watered muscatel. The poet took up the charge again, now approaching it via a sonnet that he kept revising.

*"I looked upon the walls of my fatherland,
Though once strong, now tumbling down"*

Caridad la Lebrijana came and took away the empty jars, asking for moderation before swishing away with a walk that captured all eyes except those of the *dómine*, still absorbed in his muscatel, and of don Francisco, sunk in combat with silent ghosts.

*"I walked into my home and saw
A ruin that nothing could assuage;
My staff, more curved and battered.
My sword, now dulled by age,
In all a memory of death:
Nothing was left... nothing that mattered.*

Some strangers strolled into the tavern, and Diego Alatriste placed a hand on the poet's arm, calming him. "The memory of death!" don Francisco repeated in conclusion, **lost in his own thoughts**. He sat, however, and accepted the new jar the captain offered him. In truth, Señor Quevedo's days at court were spent with orders of arrest or exile hanging over his head. Although occasionally he bought a house whose administrator milked him of the rents, that may have been the reason he had never wanted a fixed residence in Madrid, and tended to take lodgings in public inns. Truces from his adversaries, like periods of prosperity, were brief for this singular man, the **hobgoblin** of his enemies and delight of his friends, who one moment might be mingling with nobles and scholars and the next scrabbling in his purse for the last *maravedí*. Changes of fortune . . . which so loves to change, and almost never for the better.

"We have no choice but to **fight**," the poet added after a few seconds.

Había hablado pensativo, para sí mismo, ya con un ojo nadando en vino y el otro ahogado. Aún con la mano en su brazo, inclinado sobre la mesa, Alatriste sonrió con afectuosa tristeza.

—¿Batirnos contra quién, Don Francisco?

Tenía el gesto ausente, cual si de antemano no esperase respuesta. El otro alzó un dedo en el aire. Sus anteojos le habían resbalado de la nariz y colgaban al extremo del cordón, dos dedos encima de la jarra.

—Contra la estupidez, la maldad, la superstición, la envidia y la ignorancia —dijo lentamente, y al hacerlo parecía mirar su reflejo en la superficie del vino—. Que es como decir contra España, y contra todo.

Escuchaba yo aquellas razones desde mi asiento en la puerta, maravillado e inquieto, intuyendo que tras las palabras malhumoradas de Don Francisco había motivos oscuros que no alcanzaba a comprender, pero que iban más allá de una simple rabieta de su agrio carácter. No entendía aún, por mis pocos años, que es posible hablar con extrema dureza de lo que se ama, precisamente porque se ama, y con la autoridad moral que nos confiere ese mismo amor. A Don Francisco de Quevedo, eso pude entenderlo más tarde, le dolía mucho España. Una España todavía temible en el exterior, pero que a pesar de la pompa y el artificio, de nuestro joven y simpático Rey, de nuestro orgullo nacional y nuestros heroicos hechos de armas, se había echado a dormir confiada en el oro y la plata que traían los galeones de Indias. Pero ese oro y esa plata se perdían en manos de la aristocracia, el **funcionariado** y el clero, perezosos, maleados e improductivos, y se derrochaban en vanas empresas como mantener la costosa guerra reanudada en Flandes, donde poner una pica, o sea, un nuevo piquero o soldado, costaba un ojo de la cara. Hasta los holandeses, a quienes combatíamos, nos vendían sus productos manufacturados y tenían arreglos comerciales en el mismísimo Cádiz para hacerse con los metales preciosos que nuestros barcos, tras esquivar a sus piratas, traían desde Poniente. Aragoneses y catalanes se escudaban en sus fueros, Portugal seguía sujeto con alfileres, el comercio estaba en manos de extranjeros, las finanzas eran de los banqueros genoveses, y nadie trabajaba salvo los pobres campesinos, esquilados por los recaudadores de la aristocracia y del Rey. Y en mitad de aquella corrupción y aquella locura, a **contrapelo** del curso de la Historia, como un hermoso animal terrible en apariencia, capaz de asestar fieros zarpazos pero roído el corazón por un tumor maligno, esa des-

His tone was pensive, as if for himself only; one eye was swimming in wine, and the other had gone down for the last time. Alatriste, still holding his friend's arm and bending over the table, smiled with affectionate sadness.

“Against whom, don Francisco?”

The captain seemed almost not to expect an answer. Quevedo raised one finger. His eyeglasses had slipped from his nose and were dangling from their cord, nearly dipping into his wine.

“Against stupidity, evil, superstition, envy, and ignorance,” he enunciated slowly, and as he spoke, he appeared to regard his reflection on the surface of the liquid. “Which is to say, against all Spain. Against everything.”

I was listening from where I was sitting by the door, intrigued and uneasy. I intuited that behind don Francisco's bad-humored words lay dark reasons that he himself could not comprehend, but that went beyond simple tantrums and sour character. I, at my tender age, still did not know that it is possible to speak harshly about what we love, precisely because of that love, and with the moral authority that love bestows upon us. Later, I was able to understand that the state of affairs in Spain was very painful to don Francisco. A Spain still formidable from without, but one that despite the pomp and artifice, despite our young and charming king, our national pride and our heroic battles, Spain had begun to doze, trusting in the gold and silver that the galleons brought from the Indies. But all that gold and silver disappeared into the hands of the aristocracy, and of lazy, corrupt, and unproductive **officials** and clergy who squandered it in vain undertakings such as financing the costly war renewed in Flanders, where providing a pike, that is, a new pikeman or soldier, cost an eye and a leg. Even the Low Dutch whom we were fighting sold us their manufactured products and made commercial deals right in Cadiz, acquiring the precious metals that our ships—which had to outmaneuver pirates—brought from the lands to the west. Aragonese and Catalans were shielded by their laws; Portugal was patched together; commerce was in the hands of foreigners; finances were the purview of Genoese bankers; and no one worked except the wretched peasants, exploited by the tax collectors of the aristocracy and the king. And in the midst of all that corruption and madness, **moving against** the course of history, like a beautiful, terrifying animal that still slashed and clawed yet at the heart was eaten by a malignant tumor, our

graciada España estaba agusanada por dentro, condenada a una decadencia inexorable cuya visión no escapaba a la clarividencia de aquel hombre excepcional que era Don Francisco de Quevedo. Pero yo, en aquel entonces, sólo era capaz de advertir la osadía de sus palabras; y echaba ojeadas inquietas a la Calle, esperando ver aparecer de un momento a otro a los corchetes del corregidor con una nueva orden de prisión para castigar su orgullosa imprudencia.

Fue entonces cuando vi la carroza. Sería mendaz por mi parte negar que esperaba su paso, que tenía lugar por la calle de Toledo más o menos a la misma hora dos o tres veces por semana. Era negra, forrada con cuero y terciopelo rojo, y el cochero no iba en el pescante arreando el tiro de dos mulas, sino que cabalgaba una de ellas, como era habitual en ese tipo de carruajes. El coche tenía un aspecto sólido pero discreto, habitual en propietarios que gozaban de buena posición pero no tenían derecho, o deseos, de mostrarse en exceso. Algo propio de comerciantes ricos, o de altos funcionarios que sin pertenecer a la nobleza **desempeñaban** puestos poderosos en la Corte.

A mí, sin embargo, no me importaba el continente, sino el contenido. Aquella mano todavía infantil, blanca como papel de seda, que asomaba discretamente apoyada en el marco de la ventanilla. Aquel reflejo dorado de cabello largo y rubio peinado en tirabuzones. Y los ojos. A pesar del tiempo transcurrido desde que los vi por primera vez, y de las muchas aventuras y **sinsabores** que aquellos iris azules iban a introducir en mi vida durante los años siguientes, todavía hoy sigo siendo incapaz de expresar por escrito el efecto de esa mirada luminosa y purísima, tan engañosamente limpia, de un color idéntico a los cielos de Madrid que, más tarde, supo pintar como nadie el pintor favorito del Rey nuestro señor, Don Diego Velázquez.

Por esa época, Angélica de Alquézar debía de tener once o doce años, y ya era un prometedor anuncio de la espléndida belleza en que se convertiría más tarde, y de la que dio buena cuenta el propio Velázquez en el cuadro famoso para el que ella posaría tiempo después, hacia 1635. Pero más de una década antes, en aquellas mañanas de marzo que precedieron a la aventura de los ingleses, yo ignoraba la identidad de la jovencita, casi niña, que cada dos o tres días recorría en carroza la calle de Toledo, en dirección a la Plaza Mayor y el Palacio Real, donde –supe más tarde– asistía a la reina y las princesas jóvenes como menina, merced a la posición de su tío el aragonés Luis de Alquézar, a la sazón uno de los más influyentes secretarios del Rey. Para mí, la jovencita rubia de la carroza era sólo una visión ce-

poor Spain was worm-eaten inside, condemned to an inexorable decadence that did not escape the clear eyes of don Francisco de Quevedo. But I, at that time, could see nothing but the daring of his words, and I kept looking anxiously outside, expecting at any moment to see the catchpoles of the *corregidor* appear with a new warrant for don Francisco's arrest, to punish his arrogant lack of caution.

That was when I saw the carriage. It would be shading the truth to deny that I was waiting for it to pass, for it drove up Calle Toledo two or three times a week, more or less at the same hour. It was black, lined with leather and red velvet, and the coachman was not in the coach box driving the mules but, rather, rode one of them—the normal procedure for that kind of carriage. The coach itself was solid but discreet, typical of owners who enjoyed a good position but had no right, or inclination, to parade their wealth. Someone like a rich merchant or a high official who, while not privileged nobility, **held** a powerful post at court.

As for me, I was interested only in the contents, not the container. In that still-childlike hand, white as rice paper, that was just visible, resting discreetly on the frame of the small window. In that golden gleam of long, blond curls. And in those eyes. Despite the years that have passed since I first saw those eyes, and the many adventures and **troubles** those blue irises would bring to my life in the years that followed, still today I am incapable of expressing in writing the effect of that bright, pure gaze . . . so deceptively limpid, and of a color identical to the Madrid skies that don Diego Velázquez, later the favorite painter of our lord and king, learned to paint like no other.

At the time of my story, Angelica de Alquézar must have been around eleven or twelve years old, and she was already a promise of the splendid beauty she would become, beauty of which Velázquez himself would give a good account in the famous portrait she posed for sometime around 1635. But more than a decade earlier, on those March mornings just before the adventure of the Englishmen, I did not know who the youthful, almost childish girl was who every two or three days rode in her carriage up Calle Toledo toward the Plaza Mayor and the Alcazar Real, where—I later learned—she attended the queen and young princesses as a *menina*, a lady-in-waiting. That privilege was due largely to the position of her uncle from Aragon, Luis de Alquézar, at the time one of the king's most influential secretaries. To me, the young blonde girl in the carriage was simply a

lestial, maravillosa, tan lejos de mi pobre condición mortal como podían estarlo el sol o la más bella estrella de esa esquina de la calle de Toledo, donde las ruedas del carruaje y las patas de las mulas salpicaban de barro, altaneras, a quienes se cruzaban en su camino.

Aquella mañana algo alteró la rutina. En vez de pasar como siempre ante la taberna para seguir calle arriba, permitiéndome la acostumbrada y fugaz visión de su rubia pasajera, el carruaje se detuvo antes de llegar a mi altura, a una veintena de pasos de la taberna del Turco. Un trozo de duela se había adherido con el lodo a una de las ruedas, girando con ella hasta bloquear el eje; y el cochero no tuvo más remedio que detener las mulas y echar pie a tierra, o al barro para ser exactos, a fin de eliminar el obstáculo. Ocurrió que un grupo de mozalbetes habituales de la calle se acercó a hacer burla del cochero, y éste, malhumorado, echó mano al látigo para ahuyentarlos. Nunca lo hiciera. Los **pilluelos** de Madrid, en aquella época, eran **zumbones** y reñidores como moscas borriquetas —que a ser en Madrid nacido supiera reñir mejor, decía una vieja jácara—, y además no todos los días se brindaba como diversión una carroza para ejercitar la puntería. Así que, armados con **pellas** de barro, empezaron a hacer gala de un tino en el manejo de sus proyectiles que ya hubieran querido para sí los más hábiles arcabuceros de nuestros tercios.

Me levanté, alarmado. La suerte del cochero me importaba un bledo, pero aquel carruaje transportaba algo que, a tales alturas de mi joven vida, era la más preciosa carga que podía imaginar. Además, yo era hijo de Lope Balboa, muerto gloriosamente en las guerras del Rey nuestro señor. Así que no tenía elección. Resuelto a batirme en el acto por quien, aún desde lejos y con el máximo respeto, consideraba mi dama, cerré contra los pequeños malandrines, y en dos puñadas y cuatro puntapiés disolví la fuerza enemiga, que se esfumó en rápida retirada dejándome dueño del campo. El impulso de la carga —con mi secreto anhelo, todo hay que decirlo—, me había llevado junto al carruaje. El cochero no era hombre agradecido; así que tras mirarme **con hosquedad**, reanudó su trabajo. Estaba a punto de retirarme cuando los ojos azules aparecieron en la ventanilla. La visión me clavó en el suelo, y sentí que el rubor subía a mi cara con la fuerza de un pistoletazo. La niña, la jovencita, me miraba con una fijeza que habría hecho dejar de correr el agua en el caño de la fuente cercana. Rubia. Pálida. Bellísima. Para qué les voy a contar. Ni siquiera sonreía, limitándose a mirarme con curiosidad. Era evidente que mi gesto no había pasado inadvertido. En cuanto a mí, aquella mirada, aquella aparición, compensaba con creces todo el

celestial, wondrous vision; she was as far removed from my poor mortal condition as the sun or the most beautiful star is from this corner on Calle Toledo, where the wheels of her carriage and the hooves of the mules arrogantly spattered anyone in their path.

That morning, however, something altered the routine. Instead of passing the tavern and continuing up the street, allowing me the usual fleeting vision of its blonde passenger, the carriage stopped just before it reached me, some twenty steps from the Tavern of the Turk. The mud had pasted a large sliver from a barrel stave onto one of the spokes, and it had worked its way into the axle, jamming the wheel. The coachman had no choice but to stop the mules and slip down to the ground, or mud, to be exact, to free the wheel. It happened that the group of boys who were always hanging about on that corner gathered closer to jeer at the coachman, and he, annoyed, took up his whip to run them off. He never accomplished it. The street **urchins** of Madrid then were as **pesky** and persistent as a swarm of **bot flies**. *In any quarrel, the one born in Madrid wins the laurel*, goes an old saying—and besides, it was not every day that they were offered a diversion like a carriage on which to practice their aim. And so, armed with **clumps** of mud, they began to exhibit a skill with their projectiles that the most experienced harquebusier would have envied. **pesky** *adj. esp. US colloq.* troublesome; confounded; annoying.

I jumped up, alarmed. The fate of the coachman was of no consequence to me, but the carriage was transporting something that at that stage in my young life was the most precious cargo imaginable. Besides, was I not the son of Lope Balboa, a man who died gloriously in the wars of our lord and king? So I had no choice. Resolved to do battle immediately for someone I considered my lady—always from afar and with the greatest respect—I charged the young hellions, and with two blows of my fists and four stout kicks sent the enemy forces flying, leaving me champion of the field. The direction of my attack—in line with my secret desire, it must be told—had brought me close to the carriage. The coachman was not a grateful type, so after giving me a **surly** look, he returned to his work. I was just about to leave, when those blue eyes appeared at the window. The vision froze me where I stood, and I felt blood rush to my face with the speed of a musket ball. The girl, the young lady, focused on me with an intensity that could have stopped the flow of water in the nearby fountain. Blonde. Pale. Painfully beautiful. Why I am telling you this? She did not even smile, she merely stared at me with curiosity. It was obvious that my gesture had not gone unnoticed. As for me, that look, that apparition, more than compensated

episodio. Hice un gesto con la mano, dirigiéndolo a un sombrero imaginario, y me incliné.

—Íñigo Balboa, a vuestro servicio —balbucí, aunque logrando dar a mis palabras cierta firmeza que juzgué galante—. Paje en casa del capitán Don Diego Alatriste.

Impasible, la jovencita sostuvo mi mirada. El cochero había montado y arreaba el tiro, de modo que el carruaje volvió a ponerse en marcha. Di un paso atrás para esquivar las salpicaduras de las ruedas, y en ese momento ella apoyó una mano diminuta, perfecta, blanca de nácar, en el marco de la ventanilla, y yo me sentí como si acabara de darme a besar esa mano. Entonces su boca, perfectamente dibujada en suaves labios pálidos, se curvó un poco, ligeramente; apenas un mínimo gesto que podía interpretarse como una sonrisa distante, muy enigmática y misteriosa. Oí restallar el látigo del cochero, y el carruaje arrancó para llevarse con él esa sonrisa que todavía hoy ignoro si fue real o imaginada. Y yo me quedé en mitad de la calle, enamorado hasta el último rincón de mi corazón, viendo alejarse a aquella niña semejante aun ángel rubio e ignorando, pobre de mí, que acababa de conocer a mi más dulce, peligrosa y mortal enemiga.

IV. LA EMBOSCADA

En marzo anocheecía pronto. Aún quedaba un rastro de claridad en el cielo; pero las calles estrechas, bajo los aleros sombríos de los tejados, estaban negras como boca de lobo. El capitán Alatriste y su compañero habían elegido una travesía angosta, oscura y solitaria, por la que los dos ingleses iban a pasar forzosamente cuando se encaminaran a la casa de las Siete Chimeneas. Un mensajero había avisado de la hora y el itinerario. También había aportado la más reciente descripción, para evitar errores: micer Thomas Smith, el joven más rubio y de más edad, montaba un caballo tordo y vestía un traje de viaje gris con adornos discretos de plata, botas altas de piel también teñida de gris, y un sombrero con cinta del mismo color. En cuanto a micer John Smith, el más joven, montaba un bayo. Su traje era de color castaño, con botas de cuero y sombrero con tres pequeñas plumas blancas. Ambos tenían aspecto polvoriento y fatigado, de llevar varios días cabalgando. Su equipaje era escaso, contenido en dos portamanteos sujetos con correas a la grupa de sus cabalgaduras.

for my trouble. I lifted my hand to an imaginary hat and bowed.

“Íñigo Balboa, at your s-service,” I stammered, although managing to give my words a certain firmness I judged to be gallant. “Page in the service of Captain don Diego Alatriste.”

The girl held my gaze, never changing expression. The coachman had climbed onto his mule and slapped the reins, and the carriage began to roll. I took one step back to avoid being spattered by the wheels, and at that instant she again placed a small, perfect, white-as-mother-of-pearl hand on the edge of the window frame, and I felt as if I had been given it to kiss. Then the corners of her mouth, perfectly sketched on pale lips, lifted slightly, nothing more than a flicker that could be interpreted as a distant, enigmatic, and mysterious smile. I heard the coachman's whip crack, and the carriage jerked away, carrying with it that smile which I still today cannot swear was real or imagined. And I was left standing in the middle of the street, enslaved by love, watching that girl who to me was a blonde angel. Poor fool that I was, oblivious of the fact that I had just met my sweetest, most dangerous, and mortal enemy.

V. THE AMBUSH

In March it grew dark early. There were streaks of light in the sky, but beneath the eaves of the roof tiles the streets were black as a wolf's mouth. Captain Alatriste and his companion had chosen a narrow, lonely lane that the two Englishmen would have to follow on the way to the House of Seven Chimneys. A messenger had advised them of the hour and the route. He had also brought the most recent description of their victims, to prevent error. Mister Thomas Smith, the blonder and older of the two, was riding a dapple-gray horse and wearing a gray travel suit with discreet silver adornments, high boots also dyed gray, and a hat with a band of the same color. As for Mister John Smith, the younger man, he was riding a bay. His suit was chestnut brown, his boots saddle-colored, and his hat sported three small white plumes. After several days of riding, both were looking dusty and fatigued. They had little luggage: two portmanteaus strapped onto the Groups of their mounts.

Oculto en la sombra de un portal, Diego Alatriste miró hacia el farol que él y su compañero habían colocado en un recodo de la calle, a fin de que iluminase a los viajeros antes de que éstos alcanzasen a verlos a ellos. La calle, que torcía en ángulo recto, arrancaba de la del Barquillo, junto al palacio del conde de Guadalmedina, y tras discurrir junto a la tapia del huerto del convento de los Carmelitas Descalzos iba a morir ante la casa de las Siete Chimeneas, en el cruce de la calle de Torres con la de las Infantas. El lugar elegido para la encerrona era el primer tramo con su ángulo más oscuro, estrecho y solitario, donde dos jinetes atacados por sorpresa podían ser desmontados con facilidad.

Refrescaba un poco, y el capitán se embozó mejor en su capa nueva, comprada con el adelanto en oro de los enmascarados. Al hacerlo tintineó el hierro que llevaba oculto debajo: roce de la daga vizcaína con la empuñadura de la espada, y con la culata de la pistola cargada y bien cebada que guardaba en la parte posterior del cinto, por si era necesario recurrir, en última instancia, a ese expediente ruidoso y definitivo, prohibido expresamente por pragmáticas reales, pero que en lances difíciles era oportuno llevar encima, por si un aquel. Esa noche, Alatriste completaba su equipo con el *colet* de cuero de búfalo que le protegía el torso de eventuales cuchilladas, y con la puntilla de matarife oculta en la caña de una de sus botas viejas, de suelas cómodas y gastadas que le permitirían afirmar bien los pies en tierra cuando empezara el baile.

Oh, malhaya el hombre loco
que se descíñe la espada...

Empezó a recitar entre dientes, para distraer la espera. Aún murmuró algunos fragmentos más del Fuenteovejuna de Lope, que era uno de sus dramas favoritos, antes de quedar de nuevo en silencio, oculto el rostro bajo el ala ancha del chapeo calado hasta las cejas. Otra sombra se movió ligeramente a unos pasos de su apostadero, bajo el arco de un portillo que daba a la huerta de los padres carmelitas. El italiano debía de estar tan entumecido como él, tras casi media hora larga de inmovilidad. Extraño personaje. Había acudido a la cita vestido de negro, envuelto en su capa negra y con sombrero negro, y su rostro cubierto de marcas de viruela sólo se había animado con una sonrisa cuando Alatriste propuso colocar el farol para iluminar el ángulo de la calle elegido para la emboscada.

—Que me place —se había limitado a decir con su voz ahogada, áspera—. Ellos en luz y nosotros en sombra. Visto y no visto.

Hidden in the shadow of an arched entry, Diego Alatriste looked toward the lantern that he and his companion had placed at a bend in the street so that it would throw light on the travelers before they could see their attackers. The lane, which turned at a sharp right angle, began at Calle Barquillo, near the palace of the Conde de Guadalmedina and, after skimming the orchard wall of the Discalced Carmelite convent, ended at the House of Seven Chimneys, near the crossing of Calle Tomes and Las Infantas. The place chosen for the ambush was in the first section, which had the darkest and tightest turn, where two horsemen taken by surprise could easily be overcome.

It grew a little cooler, and the captain wrapped himself more tightly in his new cape, bought with the advance, in gold, from the masked men. As he moved, the clink of metal was audible: the *vizcaína* ticked the hilt of the sword and the grip of the loaded and well-oiled pistol thrust in the back of his belt. It might be necessary, in the worst case, to resort to such a noisy and definitive expedient, something expressly forbidden for pragmatic reasons but in difficult situations an opportune solution. That night, Alatriste had rounded out his attire with a buffalo-hide jerkin that would protect his body from an antagonist's knife, and his own slaughterer's blade hidden in the leg of one of his old boots, the ones with comfortable and well-worn soles that would give him good footing once the dance began.

"Oh unlucky the madman
Who unbuckles his sword..."

Alatriste began to recite to himself, to make the time pass. He murmured a few more fragments from Lope de Vegas *The Sheep Well*, one of his favorite dramas, before he again fell silent, his face hidden beneath the wide brim of his hat, which he had pulled down to his eyebrows. Another shadow moved slightly, a few steps from where he was standing beneath the arch of the gate that led to the garden of the Carmelite priests. After a long half-hour of immobility, the Italian must have been as cold and stiff as the captain was. The Italian was a strange one. He had come to the rendezvous dressed in black, wrapped in his black cape and wearing a black hat, and his pockmarked face had brightened with a smile only when Alatriste suggested they set the lantern where it would light the bend of the lane they had chosen for the ambush.

"I like that," was all the Italian said, in that choked, harsh voice. "They will be in the light and we in the shadow. Seen and unseen."

Después se había puesto a silbar aquella musiquilla a la que parecía aficionado, tiruri-ta-ta, mientras en tono quedo, presto y profesional, se repartían los adversarios. Alatriste se ocuparía del mayor de los dos jóvenes, el inglés de traje gris y caballo tordo, mientras que el italiano despacharía al joven del traje marrón que montaba el bayo. Nada de pistoletazos, pues todo debía transcurrir con la discreción suficiente para, zanjada la cuestión, registrar los equipajes, encontrar los documentos y, por supuesto, aligerar a los fiambres del dinero que llevaran encima. Si levantaban mucho ruido y acudía gente, todo iba a irse al diablo. Además, la casa de las Siete Chimeneas no estaba lejos, y la servidumbre del embajador inglés podía venir en auxilio de sus compatriotas. Se trataba por tanto de un lance rápido y mortal: *cling, clang, hola y adiós*. Y todos al infierno, o a donde diablos fuesen los anglicanos herejes. Al menos esos dos no iban a pedir a gritos confesión como hacían los buenos católicos, despertando a medio Madrid.

El capitán se acomodó mejor la capa sobre los hombros y miró hacia el ángulo de la calle iluminado por la macilenta luz del farol. Bajo el paño cálido, su mano izquierda descansaba en el pomo de la espada. Por un instante se entretuvo intentando recordar el número de hombres que había matado: no en la guerra, donde a menudo resulta imposible conocer el efecto de una estocada o un arcabuzazo en mitad de la refriega, sino de cerca. Cara a cara. Eso del cara a cara era importante, o al menos lo era para él; pues Diego Alatriste, a diferencia de otros bravos a sueldo, jamás acuchillaba a un hombre por la espalda. Verdad es que no siempre ofrecía ocasión de ponerse en guardia de modo adecuado; pero también es cierto que nunca asestó una estocada a nadie que no estuviese vuelto hacia él y con la **herreruza** fuera de la vaina, salvo algún centinela holandés degollado de noche. Pero ése era azar propio de la guerra, como lo fueron ciertos tudescos amotinados en Maastricht o el resto de los enemigos despachados en campaña. Tampoco aquello, en los tiempos que corrían, significaba gran cosa; pero el capitán era uno de esos hombres que necesitan coartadas que mantengan intacto, al menos, un ápice de propia estimación. En el tablero de la vida cada cual escaquea como puede; y por endeble que parezca, eso suponía su justificación, o su descargo. Y si no resultaba suficiente, como era obvio en sus ojos cuando el aguardiente asomaba a ellos todos los diablos que le retorcían el alma, sí le daba, al menos, algo a lo que agarrarse cuando la náusea era tan intensa que se sorprendía a sí mismo mirando con excesivo interés el agujero negro de sus pistolas.

Once hombres, sumó por fin. Sin contar la guerra, cuatro en duelos soldadescos de Flandes e Ita-

Then he had whistled the little phrase he seemed so fond of, *ti-ri-tu, ta-ta*, while in an expeditious, professional tone they planned the assault. Alatriste would take on the older of the two men, the gray-suited Englishman riding the dapple-gray, while the Italian would dispatch the man in brown riding the bay. No pistol shots, if possible, for everything should happen with enough stealth that when the job was done they could search the luggage, find the documents, and, of course, relieve the cold meat of the money they were carrying. If there was an uproar that attracted witnesses, it would blow the whole plan to hell. In addition, the House of Seven Chimneys was not far away, and the servants of the English ambassador might come to the aid of their compatriots. What was needed, therefore, was a quick and deadly operation: *cling, clang*; greetings and godspeed. And their English starlings would be halfway to Hell, or wherever Anglican heretics ended up. At least those two were not going to yell at the top of their lungs for confession, as good Catholics did, waking half of Madrid.

The captain settled his cape more comfortably and looked toward the bend of the lane lighted by the wan glow of the lantern. Beneath the warm cloak, his left hand rested on the pommel of his sword. For a while he entertained himself by trying to remember the number of men he had killed-not in war, where in the midst of battle it was impossible to know the result of a sword thrust or ball from a harquebus-but, rather, up close. Face to face. The matter of the face was important, or at least it was to Diego Alatriste; unlike other hired bravos, he had never knifed a man in the back. True, he did not always allow much time for his victim to assume an ideal stance, but it is also true that he never made a move toward anyone who was not facing him with his **weapon** unsheathed-except for one Hollandish sentinel whose neck he slit at night. But that was war, which was also the case of certain Germans who had mutinied in Maastricht, and all the other opponents killed during campaigns. None of this meant a great deal according to the standards of the time, but the captain was a man who needed something that would enable him to preserve at least a shred of self-respect. On the chessboard of life, every man makes what moves he can, and however feeble his alibi may be, it is a kind of justification. And though it might not be sufficient-as could be seen in his eyes when liquor floated up the devils that tied his soul in knots-it did, at least, give him something to cling to when the nausea was so intense that he caught himself staring down the round black barrel of a pistol.

Eleven, he concluded. Without counting the wars. Four in duels with Flemish and Italian

lia, uno en Madrid y otro en Sevilla. Todos por asuntos de juego, palabras inconvenientes o mujeres. El resto habían sido lances pagados: cinco vidas a tanto la estocada. Todos hombres hechos y derechos, capaces de defenderse y, algunos, rufianes de mala calaña. Nada de remordimientos, excepto en dos casos: uno, galán de cierta dama cuyo marido no contaba con agallas para afeitarse los cuernos él mismo, había bebido demasiado la noche que Diego Alatriste le salió al encuentro en una calle mal iluminada; y el capitán no olvidó nunca su mirada turbia, falta de comprensión ante lo que estaba ocurriendo, cuando apenas sacada la titubeante espada de la vaina el desgraciado se vio con un palmo de acero dentro del pecho. El otro había sido un lindo de la Corte, un mocito boquirrubio lleno de lazos y cintas cuya existencia molestaba al conde de Guadalmedina por cuestiones de pleitos, y de testamentos, y de herencias. Así que el de Guadalmedina le había encargado a Diego Alatriste simplificar los trámites legales. Todo se resolvió durante una excursión del joven, un tal marquesito Álvaro de Soto, a la fuente del Acero con unos amigos, para requebrar a las damas que acudían a tomar las aguas al otro lado de la puente segoviana. Un pretexto cualquiera, un empujón, un par de insultos que se cruzan, y el joven – apenas contaba veinte años – entró ciegamente a por uvas, echando mano fatal a la espada. Todo había ocurrido muy rápido; y antes de que nadie pudiera reaccionar, el capitán Alatriste y los dos secuaces que le cubrían la espalda se esfumaron, dejando al marquesito boca arriba y bien sangrado ante la mirada horrorizada de las damas y sus acompañantes. El asunto hizo algún ruido; pero las influencias de Guadalmedina procuraron resguardo al matador. Sin embargo, incómodo, Alatriste tuvo tiempo de llevarse consigo el recuerdo de la angustia en el pálido rostro del joven, que no deseaba batirse en absoluto con aquel desconocido de mostacho fiero, ojos claros y fríos y aspecto amenazador; pero que se vio forzado a meter mano al acero porque sus amigos y las damas lo estaban mirando. Sin preámbulos, el capitán le había atravesado el cuello con una estocada sencilla de círculo entero cuando el jovencuelo aún intentaba acomodarse de modo airoso en guardia, recto el compás y ademán compuesto, intentando desesperadamente recordar las enseñanzas elegantes de su maestro de esgrima.

Once hombres, rememoró Alatriste. Y salvo el joven marqués y uno de los duelos flamencos, un tal soldado Carmelo Tejada, no era capaz de recordar el nombre de ninguno de los otros nueve. O tal vez no los había sabido nunca. De cualquier modo, allí, oculto en las sombras del portal, esperando a las víctimas de la emboscada, con el malestar de aquella herida aún reciente que lo mantenía anclado en la Corte, Diego Alatriste añoró una vez más los cam-

soldiers, then another in Madrid, and another in Seville. All over gambling, angry words, or women. The rest had been for pay: five lives at so much per death. All strong, sturdy men capable of defending themselves, and a few of them ruffians of ill repute. No remorse, except in two cases: one--a certain lady's lover whose cuckolded husband did not have the backbone to saw off his cuckold's horns himself--had drunk too much the night that Diego Alatriste stepped out before him in a badly lighted street. The captain never forgot his stunned look, his inability to comprehend what was happening, and by the time his victim had drawn a trembling sword from its sheath, he found himself with a handspan of steel in his chest. The other had been a pretty-boy at court, a conceited youth always beribboned and **beblounced**, whose very existence was a thorn in the side of the Conde de Guadalmedina because of certain lawsuits, wills, and inheritances. So the count had engaged Diego Alatriste to simplify the legal tangles. Everything was resolved during young Marques Álvaro de Soto's outing with some friends to the Acero fountain to flirt with the ladies who came to take the waters on the far side of the Segovia bridge. Some pretext: a push, a couple of exchanged insults, and the youth, barely twenty, cursing the whoreson who had bumped him, slapped a fatal hand to his sword. Everything happened in a flash, and before anyone could react, Captain Alatriste and the two men who covered his back had vanished, leaving young Álvaro de Soto flat on his back and bleeding to death before the horrified eyes of the ladies and their attendants. That matter caused a bit of a stir, but Guadalmedina's influence provided protection for his hired swordsman. Nonetheless uncomfortable, Alatriste took with him the memory of the anguish in the face of the young man, who hadn't the slightest desire to fight this stranger with the fierce mustache, pale, cold eyes, and threatening mien, but was forced to put hand to steel because his friends and the ladies were watching. Without preamble, the captain had pierced the youth's throat with a simple circular thrust while he was still struggling to strike an airy stance-en garde: torso erect and face composed--trying desperately to remember the elegant moves his fencing master had taught him.

Eleven, Alatriste remembered. And except for the young marquis and one of the Flemish duelers, a soldier named Carmelo Tejada, he could not remember their names. Or perhaps he had never known them. At any rate, there in the shadows of the archway, waiting for the victims of the ambush, with the pain of that still-recent wound that kept him anchored in the capital, Diego Alatriste longed for the

pos de Flandes, el crepitar de los arcabuces y el relinchar de los caballos, el sudor del combate junto a los camaradas, el batir de tambores y el paso tranquilo de los tercios entrando en liza bajo las viejas banderas. Comparada con Madrid, con aquella calle donde se disponía a matar a dos hombres a quienes no había visto en su vida, comparada con su propia memoria, la guerra, el campo de batalla, se le antojaban esa noche algo limpio y lejano, donde el enemigo era quien se hallaba enfrente y Dios —decían— siempre estaba de tu parte.

Dieron las ocho en la torre del Carmen Descalzo. Y sólo un poco más tarde, como si las campanadas de la iglesia hubieran sido una señal, un ruido de cascos de caballos se dejó oír al extremo de la calle, tras la esquina formada por la tapia del convento. Diego Alatriste miró hacia la otra sombra emboscada en el portillo, y el silbido de la musiquilla de su compañero le indicó que también estaba alerta. Soltó el fiador de la capa, despojándose de ella para que no le embarazase los movimientos, y la dejó doblada en el portal. Estuvo observando el ángulo de la calle alumbrado por el farol mientras el ruido de dos caballos herrados se acercaba despacio. La luz amarillenta iluminó un reflejo de acero desnudo en el escondrijo del italiano.

El capitán se ajustó el **colet** de cuero y sacó la espada de la vaina. El ruido de herraduras sonaba en el mismo ángulo de la calle, y una primera sombra enorme, desproporcionada, empezó a proyectarse moviéndose a lo largo de la pared. Alatriste respiró hondo cinco o seis veces, para vaciar del pecho los malos humores; y sintiéndose lúcido y en buena forma salió del resguardo del portal, la espada en la diestra, mientras desenvainaba con la siniestra la daga vizcaína. A medio camino, de la tiniebla del portillo emergió otra sombra con un destello metálico en cada mano; y aquella, junto a la del capitán, se movió por la calle al encuentro de las otras dos formas humanas que el farol ya proyectaba en la pared. Un paso, dos, un paso más. Todo estaba endiabladamente cerca en la estrecha calleja, y al doblar la esquina las sombras se encontraron en confuso desconcierto, reluciente acero y ojos espantados por la sorpresa, brusca respiración del italiano cuando eligió a su víctima y se tiró a fondo. Los dos viajeros venían desmontados, a pie, llevando de las riendas a los caballos, y todo fue muy fácil al principio, salvo el instante en que los ojos de Alatriste fueron del uno al otro, intentando reconocer al suyo. Su compañero italiano fue más rápido, o improvisador, pues lo sintió moverse como una exhalación contra el más próximo de los contrincantes, bien porque había reconocido a su presa o bien porque, indiferente al acuerdo que asignaba uno a cada cual, se lanzaba sobre el que iba en cabeza y

fields of Flanders, the crack! of the harquebuses and the neighing of horses, the sweat of combat alongside his comrades, the beat of drums, and the tranquil pace of men marching onto the battlefield, old flags flying. Rather than Madrid, and that lane where he was prepared to kill two men he had never seen in his life, what he longed for was a clear, faraway night when the enemy was the man you found before you, and God-it was said-was always on your side.

The clock in the Carmelite tower struck eight. And only shortly after, as if the bells of the church had been a signal, the sound of horses' hooves echoed down the lane from around the corner formed by the convent wall. Diego Alatriste looked toward the other shadow huddled in the archway, and a whistled tune indicated that his companion, too, was alert. The captain untied the cord at the neck of his cape, slid out of it so it would not hinder his movements, then rolled it up and left it in the archway. His eyes never left the corner lighted by the lantern as the sound of shod horses slowly came nearer. From the Italian's hiding place, yellowish light glinted off bare steel.

The captain adjusted his **buffcoat** and drew his sword from its scabbard. Now the sound of hooves came from the very bend in the lane, and a first, disproportionately large, shadow fell on the wall and moved along it. Alatriste took five or six deep breaths to empty the bad humors from his chest and, feeling lucid and in good form, stepped from the shelter of the archway, sword in his right hand as with his left he drew the vizcaína. As he emerged from the darkness of the entryway, another shadow moved forward, metal gleaming in both hands, and alongside the captain's, slipped down the lane toward the two human forms the lantern was throwing against the wall. One step, two, another. Everything was devilishly tight in the narrow alleyway, and as the shadows turned the corner they merged into a great jumble: burnished steel, startled eyes, the rough breathing of the Italian as he chose his victim and rushed toward him. The two travelers were walking their horses, reins in hand, and at first everything was very easy, except for the instant when Alatriste looked from one to the other, trying to identify his target. His Italian companion was quicker, or was improvising, for the captain heard him rush like an exhalation toward the closer of the candidates, perhaps because he had recognized his prey,

tenía menos tiempo para mostrarse prevenido. De un modo u otro acertó, pues Alatriste pudo ver a un joven rubio, vestido con traje castaño, la mano en las riendas de un caballo bayo, lanzar una exclamación de alarma mientras saltaba hacia un lado para esquivar, milagrosamente, la cuchillada que el italiano acababa de largar sin darle tiempo a echar mano a la espada.

—¡Steenie!... ¡Steenie!

Parecía más una llamada para alertar al acompañante que un reclamo de auxilio. Alatriste oyó al joven gritar eso dos veces mientras pasaba a su lado, y esquivando la grupa del caballo, que al sentir libre la rienda empezó a caracolear, alzó la espada hacia el otro inglés, el vestido de gris, que a la luz del farol se reveló extraordinariamente bien parecido, de cabello muy rubio y fino bigote. Este segundo joven acababa de soltar la rienda de su montura, y tras retroceder unos pasos sacaba el acero de la vaina con la celeridad de un rayo. Hereje o buen cristiano, eso situaba las cosas en sus correctos términos; así que el capitán se fue a él por derecho, y en cuanto el inglés tendió la espada para defenderse a distancia, afirmó un pie, avanzó el otro, dio un rápido toque de su acero contra el enemigo, y apenas apartó aquél la espada, Alatriste lanzó un golpe lateral con la vizcaína para desviar y confundir el arma del contrario. Un instante después éste había retrocedido otros cuatro pasos y se batía a la desesperada, la espalda contra el muro y sin espacio para obrar, mientras el capitán se disponía, metódico y seguro, a meterle tres cuartas de acero por el primer hueco y zanjar la cuestión. Lo que era cosa hecha, pues aunque el mozo reñía con valor y buen puño, era demasiado fogoso y estaba ahogándose en su propio esfuerzo. En ésas, Alatriste oía a su espalda el tintineo de las espadas del italiano y el otro inglés, su resuello y sus imprecaciones. Por el rabillo del ojo alcanzaba a ver el movimiento de las sombras en la pared.

De pronto, en el entrecocar de espadas sonó un gemido, y el capitán percibió la sombra del inglés más joven cayendo de rodillas. Parecía herido, cubriéndose desde abajo cada vez con mayor dificultad ante las acometidas del italiano. Aquello pareció sacar de sí al adversario de Alatriste: de golpe lo abandonaron su instinto de supervivencia y la destreza con que, hasta ese momento, había intentado, mal que bien, tenerlo a raya.

—¡Cuartel para mi compañero! —gritó mientras paraba una estocada, en un español elemental cargado de fuerte acento—... ¡Cuartel para mi compañero!

Aquello, la distracción y sus gritos, le hicieron

or perhaps because, ignoring their earlier agreement, he had simply chosen the one in the lead, who had less time to react. Alatriste could see a young blond man in a chestnut-brown suit holding the reins of a bay horse; the young man cried out with alarm as he jumped aside to avoid, miraculously, the knife the Italian had aimed at him.

“Steenie! Steenie!”

It seemed more a shout to alert his companion than a call for help. Alatriste heard the Englishman yell twice as he ran past him. Skirting the horse—which, feeling itself free of the reins, was rearing and striking out with its forelegs—the captain raised his sword toward the other Englishman, the one dressed in gray. By the light of the lantern, Alatriste could see that he was extraordinarily handsome, with very blond hair and a fine mustache. This second youth had just dropped the reins of his mount, and as he stepped back he drew his sword with the speed of lightning. Heretic or good Christian, that placed things in the proper perspective, so as the Englishman, some distance away, positioned his sword to defend himself, Alatriste planted one foot, stepped forward on the other, and engaged his opponent. As soon as he freed his sword, Alatriste made a lateral slash with the vizcaína to ward off the next thrust and rattle his opponent. An instant later, the younger man had been driven back four paces and was desperately defending himself, back against the wall, with no room to maneuver. The captain, methodically and confidently, prepared to thrust three-quarters of his blade through the first available opening and finish things off. Which was as good as done, for although the youth fought skillfully and valiantly, he was too fiery and too wild: he was defeating himself. Through his concentration, Alatriste heard the clash of the Italian’s and the other Englishman’s swords, their heavy breathing, and their curses. Out of the corner of his eye he caught a glimpse of their shadows on the wall.

Then, along with the clatter of the swords, the captain heard a moan, and saw the shadow of the younger Englishman slip down the wall. He seemed to be wounded, defending himself, on one knee, with greater and greater difficulty. That distracted Alatriste’s adversary, and he abandoned his instinct for survival and the skill with which, up to that moment, he had defended himself.

Parrying a thrust, he shouted, “Mercy for my friend,” in an elementary, strongly accented Spanish. And again, “Mercy for my friend!”

He had dropped his guard slightly, and at his first

ceder un poco la guardia; y al primer descuido, tras una **finta** con la daga, el capitán lo desarmó sin esfuerzo. Pardiez con el hereje de los cojones, pensaba. Qué diablos era aquello de pedir cuartel para el otro, cuando él mismo estaba a punto de criar malvas. Aún volaba por el aire la espada del extranjero cuando Alatriste dirigió la punta de la suya a la garganta de éste y retrocedió el codo una cuarta, lo necesario para atravesársela sin problemas y resolver el asunto. Cuartel para mi compañero. Se necesitaba ser menguado, o inglés, para gritar aquello en una calle oscura de Madrid, lloviendo estocadas.

Entonces, de nuevo, el inglés hizo algo extraño. En lugar de pedir clemencia para sí, o —estaba claro que era un mozo valeroso— echar mano al inútil puñalito que aún conservaba al cinto, dirigió un desesperado vistazo al otro joven, que se defendía débilmente en el suelo, y señalándose a Diego Alatriste volvió a gritar:

—¡Cuartel para mi compañero!

El capitán detuvo el brazo un instante, desconcertado. Aquel joven rubio de cuidado bigote, largos cabellos en desorden por el viaje y elegante traje gris cubierto de polvo, únicamente temía por su amigo, que estaba a punto de ser atravesado por el italiano. Sólo en ese momento, a la luz del farol que seguía iluminando el escenario de la refriega, Alatriste se permitió considerar los ojos azules del inglés, el rostro fino, pálido, crispado por una angustia que, saltaba a la vista, no era miedo a perder la propia vida. Manos blancas, suaves. Rasgos de aristócrata. Todo olía a gente de calidad. Y aquello —se dijo mientras recordaba rápidamente la conversación con los enmascarados, el deseo de uno de no hacer mucha sangre y la insistencia del otro, respaldado por el inquisidor Bocanegra, en asesinar a los viajeros— empezaba a mostrar demasiados ángulos oscuros como para despacharlo en dos estocadas y quedarse tranquilo.

Así que mierda. Mierda y más mierda. Voto a Dios y al Chápiro Verde y a todos los diablos del infierno. Aún con la espada a una cuarta del inglés, Diego Alatriste dudó, y el otro se dio cuenta de que dudaba. Entonces, con gesto de extrema nobleza, algo increíble habida cuenta de la situación en que se veía, lo miró a los ojos y llevó la mano derecha despacio hasta el pecho, sobre su corazón, como si estuviese formulando un juramento solemne, y no una súplica.

—¡Cuartel!

Pidió por última vez, ahora casi confidencial, en voz baja. Y Diego Alatriste, que seguía dándose a

careless instant, the captain, after a feint with the dagger, easily disarmed him. Pardiez, the heretic's balls are hung right, he thought. What the devil was this business of asking for mercy for the other man when he himself was about to give up the ghost? The foreigner's sword was still flying through the air when Alatriste pressed the tip of his own to the young man's throat, and drew back his elbow slightly, which he needed to do in order to obtain the best line for his thrust. Do away with him once and for all. Mercy for my friend, indeed. The man had to be a bit dim, or English, to shout something like that in a dark lane in Madrid, with swords flashing all around him.

Then the Englishman repeated his strange behavior. Instead of asking for mercy for himself—it was clear that he was brave—or trying to pull out the useless poniard still at his waist, he threw a desperate look toward his companion, who was weakly defending himself on one knee, and again cried to Diego Alatriste, “Mercy for my friend!”

The captain held up for a moment, bewildered. This blond youth with the carefully tended mustache, long hair-tousled, it was true, from travel—his elegant gray suit covered with dust, feared only for his friend, who was at the point of being dispatched by the Italian. Only at that moment, in the light of the lantern faithfully illuminating the scene of combat, did Alatriste allow himself to truly look at the Englishman: blue eyes; pale, finely modeled face contorted by anguish that was palpably not fear of losing his own life. Soft white hands. All marks of an aristocrat. Everything shouted breeding. And that, the captain told himself quickly, as he reviewed his conversation with the masked men—the wish of one not to have much blood, and the insistence of the other, backed by the Inquisitor Bocanegra, to murder the travelers—began to light too many dark corners for him to do away with this man and still live in peace.

So shit. A shithouse of shit. God damn him! *And* all the powers of night and devils of Hell! Still with his sword pressed to the Englishman's throat, Diego Alatriste hesitated, and his victim realized he was hesitating. Then, with a gesture of supreme nobility, incredible in his situation, he looked into Alatriste's eyes and slowly placed his hand on his breast, over his heart, as if he were making a solemn oath, not a plea.

“Mercy.”

He asked for the last time, almost confidentially, in a low voice. And Diego Alatriste, who was still

todos los demonios, supo que ya no podía matar a sangre fría al maldito inglés, por lo menos aquella noche y en aquel sitio. Y supo también, mientras bajaba el acero y se volvía hacia el italiano y el otro joven, que estaba a punto de meterse, como el completo imbécil que era, en una trampa más de su azarosa vida.

Saltaba a la vista que el italiano disfrutaba de lo lindo. Podía haber rematado varias veces al herido, pero se complacía en asediarlo con falsas **estocadas** y **fintas**, cual si encontrase placer en demorar el golpe definitivo y mortal. Parecía un gato negro y flaco jugando con el ratón antes de zampárselo. A sus pies, rodilla en tierra y hombro contra la pared, una mano taponándose la cuchillada que sangraba a través de la ropilla, el inglés más joven se batía con desmayo, parando a duras penas los ataques del adversario. No pedía clemencia, sino que su rostro, mortalmente pálido, mostraba una digna decisión, apretadas las mandíbulas, resuelto –a morir sin proferir una exclamación, o una queja.

–¡Dejadlo! –le gritó Alatriste al italiano. Entre dos estocadas al inglés, éste miró al capitán, sorprendido de ver junto a él al otro inglés, desarmado y todavía en pie. Dudó un instante, volvió a mirar a su adversario, le lanzó una nueva estocada sin excesiva convicción y miró de nuevo al capitán.

–¿Bromeáis? –dijo, dando un paso atrás para tomar aliento, mientras hacía zumbir la espada con dos tajos en el aire, a diestra y siniestra.

–Dejadlo –insistió Alatriste.

El italiano se lo quedó mirando de hito en hito, sin dar crédito a lo que acababa de oír. A la luz macilenta del farol, su rostro devastado por la viruela parecía una superficie lunar. El bigote negro se torció en siniestra sonrisa sobre los dientes blanquísimos.

–No jodáis –dijo al fin.

Alatriste dio un paso hacia él, y el italiano miró la espada que tenía en la mano. Desde el suelo, incapaces de comprender lo que ocurría, los ojos del joven herido iban de uno al otro, aturdidos.

–Esto no está claro –apuntó el capitán–. Nada claro. Así que ya los mataremos otro día.

El otro seguía mirándolo fijamente. La sonrisa se hizo más intensa e incrédula y de pronto cesó de golpear. Movía la cabeza.

calling on all the demons, knew that now he could not kill the accursed Englishman in cold blood, at least not that night, in that place. And he also knew, as he lowered his sword and turned toward the Italian and the other youth, that he was on the verge, complete imbecile that he was, of walking into yet one more trap in his eventful life.

It was clear that the Italian was doing very well. He could have killed the wounded man any number of times, but he was satisfied to harass him with false **lunges** and **feints**, as though he were enjoying delaying the thrust home. He resembled a thin black cat toying with a mouse before sinking its claws into it. At his feet, knee on the ground and back against the wall, one hand clutching the wound bleeding through his clothing, the younger Englishman was trying not to faint, and barely parrying his adversary's attacks. He did not ask for mercy; instead, his face, mortally pallid, showed dignified determination; his teeth were clenched, and he was resolved to die without crying out or moaning.

“Leave off I” Alatriste shouted to the Italian. Between thrusts, the captain's cohort looked at him, surprised to see him beside the second Englishman, who was disarmed and still standing. The attacker hesitated an instant, looked back at his subjected opponent, made a halfhearted feint, and again looked toward the captain.

“Is that a jest?” he asked, stepping back to catch his breath, as he whipped his sword through the air, right and left.

“Leave off,” Alatriste insisted.

The Italian stared at him open-mouthed, unable to believe what he had just heard. In the dying light of the lantern, his pockmarked face looked like the surface of the moon. His black mustache twisted into a sinister smile, revealing his gleaming white teeth.

“Don't fuck this up now,” the Italian said finally.

Alatriste took one step toward him, and the Italian looked at the sword in his hand. On his knee, uncomprehending, the wounded youth shifted his eyes from one to the other.

“There is more to this than we thought,” the captain stated. “So we will kill them another day.”

The Italian stared even harder. His smile grew wider and more incredulous, and then disappeared. He shook his head.

–Estáis loco –dijo–. Esto puede costarnos el cuello.

–Asumo la responsabilidad.

–Ya.

Parecía reflexionar el italiano. De pronto, con la rapidez de un relámpago, le largó al inglés que estaba en el suelo una estocada tan fulminante que, de no haber interpuesto Alatriste su acero, habría clavado al joven contra la pared. Se revolvió el adversario con un juramento, y esta vez fue el propio Alatriste quien hubo de recurrir a su instinto de esgrimidor y a toda su destreza para esquivar la segunda estocada, distante sólo dos pulgadas de alcanzarlo en el corazón, que el italiano le dirigió con las más **aviesas** intenciones del mundo.

–¡Ya nos veremos! –gritó el espadachín–. ¡Por ahí!

Y apagando el farol de una patada echó a correr, desapareciendo en la oscuridad de la calle, de nuevo sombra entre las sombras. Y su risa sonó al cabo de un instante, lejana, como el peor de los augurios.

“You are mad,” he said. “This could cost us our necks.”

“I will take the responsibility.”

<<So?>>

The Italian seemed to be thinking it over. Then, with the speed of a comet, he lunged at the Englishman with a thrust so forceful that had Alatriste not blocked his sword it would have pinned the youth to the wall. Stymied, the black-clad figure whirled toward the captain with an oath, and this time it was Alatriste who had to call on his instincts as a swordsman to fend off a second thrust, which came within a hair of the site of his heart. The Italian had attacked with the most **vicious** intentions in the world.

“We will meet again!” he cried. “Somewhere.”

And kicking over the lantern as he ran, the Italian disappeared into the darkness of the street, again a shadow among shadows. From far away, his laugh echoed for an instant, like the worst of auguries.

vicious no es vicioso, sino feroz / fiero [*perro, animal*], bad-tempered, spiteful, furioso, de mil de demonios [*temperamento*], despiadado / sanguinario, con saña [*criminal*], virulento, fuerte [*dolor*], arisco [*caballo*], malicioso, rencoroso, malsano, nocivo, atroz / horrible [*crimen*], malintencionado, y se usa para describir personas, animales o cosas. En cambio vicioso solo se aplica a personas para licentious, depraved / perverted y, en tono menos serio, defective, faulty, habit-forming, spoiled [*mimado*] y, refiriéndose a bosque o jungla, luxuriant / lush / thick [*frondoso*].

V. LOS DOS INGLESES

El más joven no estaba herido de gravedad. Lo habían llevado entre su acompañante y Diego Alatriste más cerca del farol, que encendieron de nuevo; y allí, recostado en la tapia del huerto de los carmelitas, le echaron un vistazo a la cuchillada que había recibido del italiano: uno de esos rasguños superficiales, muy aparatosos de sangre pero sin consecuencia alguna, que luego permitían a los jóvenes pisaverdes pavonearse ante las damas con el brazo en cabestrillo y a muy poco coste. En aquel caso, ni siquiera el cabestrillo iba a ser preciso. Su compañero del traje gris le puso un pañuelo limpio sobre la herida que tenía bajo la axila izquierda, y luego volvió a cerrarle la camisa, el jubón y la ropilla mientras le hablaba en su lengua suavemente, en voz queda. Durante la operación, que el inglés realizó dándole la espalda al capitán Alatriste como si ya no temiera nada de él, éste tuvo oportunidad de considerar algunos detalles interesantes. Por ejemplo que,

V. THE TWO ENGLISHMEN

The younger man was not seriously wounded. His companion and Diego Alatriste had carried him closer to the lantern, which they lighted again. There they propped him against the Carmelites' garden wall and examined the knife wound he had received. It was a superficial cut that bled freely but was of no great consequence, the much-favored kind that allowed young dandies to strut before the ladies with an arm in a sling, at very little cost. The man in the gray suit placed a clean handkerchief over the wound, which was beneath the left armpit, and then buttoned his friend's shirt and doublet, all the while speaking softly in their own tongue. During this procedure, which the Englishman performed with his back turned to Alatriste, as if he no longer feared anything from him, the captain had the opportunity to mull over

desmintiendo la aparente serenidad del joven vestido de gris, las manos le temblaban al principio, cuando abría la ropa de su compañero para comprobar la gravedad de la herida. También, pese a no saber de la parla inglesa otras palabras que las que solían cambiarse de barco a barco o de parapeto a parapeto en un campo de batalla –vocabulario que en el caso de un soldado veterano español se limitaba a *fockyú* (que os jodan), *sons ofde gyitbich* (hijos de la gran puta) y *uergoi'n tucat yurbols* (os vamos a cortar los huevos)–, el capitán pudo advertir que el inglés vestido de gris hablaba a su compañero con una especie de afectuoso respeto; y que mientras aquél lo llamaba Steenie, que sin duda era un nombre o un apelativo amistoso y familiar, éste utilizaba el formal término *milord* para dirigirse al herido. Allí había gato encerrado, y el gato no era precisamente callejero y sarnoso, sino de Angora.

Tanto despertó aquello la curiosidad de Alatriste que, en vez de tomar las de Villadiego como pedía a gritos su sentido común, se quedó allí quieto, junto a los dos ingleses a quienes había estado a punto de enviar al otro barrio, mientras reflexionaba amargamente sobre un hecho cierto: de curiosos están los camposantos llenos. Pero no era menos cierto que a tales alturas, tras el incidente con el italiano, y con los dos fulanos de las caretas y fray Emilio Bocanegra esperando resultados, lo del camposanto era naipe fijo; así que irse, quedarse o bailar una chacona venía a dar lo mismo. Ocultar la cabeza como aquel raro pájaro que contaban del África, el avestruz, no solucionaría nada; y además no iba con el carácter de Diego Alatriste. Era consciente de que estorbar el acero del italiano había sido un paso irreparable, sin vuelta atrás; así que no quedaba más remedio que jugar la partida con las nuevas cartas que el burlón Destino acababa de ponerle en las manos, aunque éstas fueran pésimas. Miró a los dos jóvenes, que a esas horas y según lo acordado –llevaba en el bolsillo parte del oro percibido por ello– ya tenían que ser fiambres, y sintió gotas de sudor en el cuello de la camisa. Perra suerte la suya, maldijo en silencio. Bonito momento había elegido para jugar a hidalgos, y caballeros, y escrúpulos de conciencia en semejante callejón de aquel Madrid, con la que estaba cayendo. Y con la que iba a caer.

El inglés vestido de gris se había incorporado y observaba al capitán. Pudo éste a su vez estudiarlo a la luz del farol: bigotillo rizado y rubio, aire elegante, cercos de fatiga bajo los ojos azules. Apenas treinta años y mucha calidad. Y como el otro, pálido como la cera. La sangre aún no había vuelto a sus rostros desde que Alatriste y el italiano les cayeron encima.

–Estamos en deuda con vuestra merced –dijo el

certain interesting details. For example: Belying the apparent calm of the youth in gray, his hands were trembling as he opened his companion's clothing to ascertain the gravity of the wound. Also, although the captain knew only a few words of English, those shouted from one ship to another or from parapet to parapet in battle—a veteran soldier's vocabulary, limited to *Fock you, sunsa beechez, and We gon eslice off yu balls*—the captain could hear that the gray-clad man addressed his companion with a kind of affectionate respect. Further, though the injured man had called him Steenie, which was undoubtedly a friendly and familiar name or nickname, the latter used the formal “Milord” when speaking to the younger man. There was a cat in the creamery, here, but not exactly an alley cat: a purebred Angora.

All these things piqued Alatriste's curiosity, enough that instead of making himself scarce, as his common sense was screaming at him to do, he stood there quietly beside the two Englishmen whom he had been on the verge of sending to a far different neighborhood, reflecting bitterly on one sure reality: cemeteries are filled with curious people. But he was no less sure that after the incident with the Italian, and with the two masked men and Fray Emilio Bocanegra awaiting results, the possibility of the cemetery was not a “perhaps.” So staying, leaving, or dancing a chaconne was all one and the same. Sticking his head in the sand, like that rare bird from Africa, would not solve anything, and furthermore, it was not Diego Alatriste's nature. He was aware that in blocking the Italian's sword he had taken a definitive step, and there was no turning back. Thus the only remedy was to play the hand with the cards dealt by that old joker Destiny, even though they were terrible. He looked at the two young Englishmen. By this time, according to the agreement the one he was carrying gold in his purse for executing—they should be cold cuts on a platter. He felt drops of sweat trickle down the back of his neck. What a whore luck was, he cursed silently. A fine moment he'd chosen to play at being a gentleman and suffer a crisis of conscience in some alleyway in Madrid—an old girl on her way down. And he with her.

The Englishman dressed in gray was on his feet and looking at the captain. Now it was his turn to be studied by Alatriste in the light of the lantern: blond, curling mustache, elegant air, circles of fatigue beneath his blue eyes. Barely thirty, and obviously well-bred. And like his friend, pale as wax. There had been no color in their faces since Alatriste and the Italian fell upon them.

“We are in your debt,” said the man in gray,

de gris, y tras una breve pausa, añadió— A pesar de todo.

Era el suyo un español lleno de imperfecciones, con fuerte acento de allá arriba, o sea, británico. Y su tono parecía sincero; resultaba evidente que él y su compañero habían visto de verdad la muerte cara a cara, sin paños calientes ni heroicos redobles, sino a oscuras y casi por la espalda, cual ratas en un callejón distante varias leguas de todo lo remotamente parecido a la gloria. Experiencia que de vez en cuando no está de más vivan algunos miembros de las clases altas, demasiado acostumbrados a cascarla de perfil entre **pifanos** y tambores. El caso es que de vez en cuando parpadeaba sin apartar los ojos del capitán, como sorprendido de seguir vivo. Y lo cierto es que ya podía estarlo, el hereje.

—A pesar de todo —repitió.

El capitán no supo qué decir. A fin de cuentas, pese al desenlace de la escaramuza, él y su compañero de fortuna habían intentado asesinar a aquellos jóvenes señores Smith, o quien infiernos fuesen. Para llenar la embarazosa pausa miró alrededor, y vio relucir en el suelo la espada del inglés. Así que fue a por ella y se la devolvió. El tal Steenie, o Thomas Smith, o como diantre se llamara realmente, la sopesó pensativo antes de meterla en la vaina. Seguía mirando a Alatriste con aquellos ojos azules y francos que tan incómodo hacían sentirse al capitán.

—En el primer momento os creímos... —dijo, y aguardó como si esperase que Alatriste completara sus palabras. Pero éste se limitó a encoger los hombros. En ese momento el herido hizo gesto de incorporarse, y el llamado Steenie se volvió hacia él para ayudarlo. Ambos tenían ahora sus espadas en las vainas y, a la luz del farol que seguía ardiendo en el suelo, observaban al capitán con curiosidad.

—No sois un vulgar salteador —concluyó por fin el tal Steenie, que iba recobrando poco a poco el color.

Alatriste le echó un vistazo al más joven, a quien su compañero había llamado varias veces milord. Bigotito rubio, manos finas, apariencia aristocrática a pesar de la ropa de viaje, el polvo y la suciedad del camino. Si aquel individuo no era de muy buena familia, el capitán estaba dispuesto a profesar en la fe del turco. Por su vida que sí.

—¿Vuestro nombre? —preguntó el del traje gris.

Era extraño que siguieran vivos, porque aquellos herejes eran unos ingenuos. O quizá seguían vivos

and after a brief pause he added, “In spite of everything.”

His Spanish was riddled with imperfections, with the strong accent of “those up there,” that is, the English. His tone seemed sincere. It was evident that he and his companion had seen death face to face, with no soft lights or heroic drumrolls, but in the dark, and nearly in the back, like rats in an alleyway and several leagues from anything remotely resembling glory. An encounter that few members of the upper classes had experienced, accustomed as they were to departing this mortal coil amid **fifes** and drums, serene as the elegant profile on a coin. The fact is that from time to time he blinked without taking his gaze from the captain’s, as if surprised to find himself alive. And the truth was that now he was going to live, heretic or no.

“In spite of everything,” the heretic repeated.

The captain did not know what to say. After all, despite the denouement of the ambush, he and his soldier-of-fortune companion had intended to murder the two Misters Smith, or whoever these bastards were. To fill the embarrassing pause, the captain glanced away, and the glint of the Englishman’s sword caught his eye. He walked over, picked it up, and returned it to him. The so-called Thomas Smith, or Steenie—and what the devil kind of name was that?—weighed it pensively before putting it back in its scabbard. He kept looking at Alatriste with those frank blue eyes that made the captain feel so uneasy.

“At the beginning we thought . . .” the Englishman said, then waited as though expecting Alatriste to complete his sentence. The captain merely shrugged. At that moment the wounded youth made a move to get up, and “Steenie” turned to help. Both men’s swords were now sheathed, and in what little light remained they observed the captain speculatively.

“You are not a common thief,” said Steenie, who slowly was recovering his color.

Alatriste glanced toward the young man whom his companion had several times addressed as “Milord.” Thin blond mustache, fine hands, aristocratic-looking despite the clothing stiff with the dust and filth of the road. If that individual was not from a good family, the captain would pledge himself to the faith of the Turks. By his life he would.

“Your name?” the man in gray asked.

It truly was amazing that these heretics were still alive, for they were innocent as lambs. Or perhaps that

precisamente por eso. La cuestión es que Alatriste permaneció silencioso e impasible; no era hombre dado a confidencias, y menos ante dos fulanos a los que había estado a punto de despachar. Así que no podía imaginar en nombre de qué pensaba ese pisaverde que iba a abrirle su corazón por las buenas. De todos modos, a pesar del interés que sentía por averiguar qué **carajo** era todo aquello, el capitán empezó a pensar si no sería mejor poner tierra de por medio. Entrar en el terreno de las preguntas y las explicaciones no era algo que conviniera lo más mínimo. Además, podía aparecer alguien: la ronda de corchetes o algún inoportuno que complicase las cosas. Incluso, puestos en lo peor, al italiano podía ocurrírsele regresar silbando su tirurí-ta-ta y con refuerzos para rematar la faena. El pensamiento le hizo echar un vistazo a la calle oscura a su espalda, preocupado. Había que irse de allí, y rápido.

—¿Quién os envía? —insistió el inglés.

Sin contestar, Alatriste fue en busca de su capa y se la puso terciada sobre un hombro, dejando libre la mano de manejar la espada, por si acaso. Los caballos seguían cerca, arrastrando las riendas por el suelo.

—Monten y váyanse —dijo por fin.

El llamado Steenie no se movió, limitándose a consultar con su compañero, que no había pronunciado una palabra en castellano y apenas parecía comprender el idioma. A veces cambiaban unas frases en su lengua, en voz baja, y el herido terminaba asintiendo con la cabeza. Por fin, el joven del traje gris se dirigió a Alatriste.

—Vuestra merced iba a matarme y no lo hizo —dijo—. También salvó la vida de mi amigo... ¿Por qué?

—Los años. Me vuelven blando.

Negó el inglés con la cabeza.

—Ésto no es casual —miró a su compañero y luego al capitán, con renovada atención—. Alguien los envió contra nosotros, ¿verdad?

El capitán empezaba a amostazarse con tanta pregunta, y más cuando vio que su interlocutor iniciaba un gesto hacia la bolsa que le pendía del cinto, dando a entender que cualquier palabra útil podía ser remunerada de modo conveniente. Entonces frunció el ceño, se retorció el bigote y apoyó la mano en el pomo de la espada.

—Míreme bien la cara vuestra merced —dijo—

was the reason they were. All Alatriste could do was stay silent. He was not a man given to confidences, even less one to spill his feelings to two strangers he had been about to kill. So he could not, God knows, imagine what made this dandified young stranger think he was going to open his heart to him, just to be a good fellow. In any case, despite how much he wanted to find out what the **fuck** this was all about, the captain began to think that it might be better to put a little distance between himself and the two men. Getting into questions and answers was not something that suited him in the least. Besides, someone might appear at any moment: the watchman making his rounds or... Anything unexpected could complicate things. Indeed, given the worst possibility, it might occur to the Italian, whistling his ti-ri-tu, ta-ta, to return with reinforcements to get the job done. That thought made the captain take a worried look down the dark lane behind him. He had to get out of there, and quickly.

“Who sent you?” the Englishman insisted.

Without answering, Alatriste went to retrieve his cape. He threw it over one shoulder, leaving the hand that wielded his sword free, just in case. The horses were close by, dragging their reins on the ground.

“Get on your horses and go,” he said.

The one called Steenie did not move, but turned to consult with his companion, who had not spoken a word in Spanish and seemed to have only a rudimentary comprehension of it. They exchanged a few phrases in their tongue, speaking very low, and the wounded youth nodded. At last the one in gray spoke to Alatriste.

“You were going to kill me, but you relented,” he said. “You also saved my friend’s life. Why?”

“Old age. I am turning soft.”

The Englishman shook his head.

“This was not a chance encounter.” He looked toward his companion and then at the captain, with sharpened attention. “Someone hired you, is that not true?”

The captain was beginning to lose patience answering so many questions, and even more when he saw that his questioner’s hand was moving toward the purse at his waist, suggesting that any helpful word would be generously remunerated. At that Alatriste frowned, twisted his mustache, and placed his hand on the pommel of his sword.

“Look at me carefully, Your Mercy,” he said. “Do I

... ¿Tengo aspecto de ir contándole mi vida a la gente?

El inglés lo miró fijo, de hito en hito, y apartó despacio la mano de la bolsa.

—No —concedió—. Realmente no lo tiene.

Alatriste movió la cabeza, aprobador.

—Celebro que se dé cuenta de eso. Ahora cojan sus caballos y lárguense. Mi compañero podría volver.

—¿Y vos?

—Yo soy cosa mía.

Volvieron a cambiar unas palabras los ingleses. El del traje gris parecía reflexionar cruzados los brazos, apoyada la barbilla en los dedos pulgar e índice. Un gesto desusado, lleno de afectación, más propio de los palacios elegantes de Londres que de una calleja sombría del viejo Madrid, que en él, sin embargo, parecía habitual; como si estuviese acostumbrado a adoptar con frecuencia cuidadas poses ante la gente. Tan blanco y rubio tenía todo el aire de un **lindo** o un cortesano; pero lo cierto era que se había batido con destreza y valor, igual que su compañero. Cuyos modales, observó el capitán, estaban cortados por el mismo patrón. Un par de mozos de buena crianza, concluyó. Con mujeres, religión o política de por medio. Quizá las tres cosas a la vez.

—Esto no debe saberse —dijo por fin el inglés; y Diego Alatriste se echó a reír quedo, entre dientes.

—No soy el más interesado en que se sepa.

Su interlocutor pareció sorprendido por aquella risa, o tal vez le costó comprender el sentido de las palabras; pero al cabo de un instante sonrió también. Una sonrisa leve, cortés. Un poco desdeñosa.

—Hay muchas cosas en juego —apuntó.

En eso Alatriste estaba por completo de acuerdo.

—Mi cabeza —murmuró—. Por ejemplo.

Si el inglés había captado la ironía, no pareció prestarle atención. De nuevo reflexionaba.

—Mi amigo necesita descansar un poco. Y el hombre que lo hirió puede estar aguardándonos más adelante... —de nuevo dedicó un momento a estudiar a quien tenía ante sí, intentando calibrar cuánto de conspiración y cuánto de sinceridad había en su actitud. Al cabo encogió los hombros, dando a enten-

look like someone who tells his life story to anyone who happens along?"

The Englishman stared at him, hard, and slowly removed his hand from his purse. "No," he conceded. In truth you do not."

Alatriste nodded approvingly.

"I am very happy that you agree with me. Now fetch your horses and get out of here. My companion may return."

"And you, sir?"

"That is my affair."

Again the two young men exchanged words in English. The one in gray seemed to be considering something, elbow cupped in one hand, chin on fist. An unusual stance, notably affected, more suitable to the elegant palaces of London than to a dark lane in Madrid. In him, however, it seemed natural, as if he were accustomed to striking a pose. So white and so blond, he had the air of a **popinjay** [vain], or a courtier, but it was also true that he had fought with skill and courage, just as his companion had. Their patterns of behavior, the captain observed, were cut from the same cloth. A pair of well-bred youths, he concluded. In over their heads with women, religion, or politics. Or perhaps all three.

"No one must know about this," the Englishman said at last. A quiet laugh escaped Diego Alatriste.

"I am not the most eager among us to have it known."

The youth seemed surprised by the captain's laugh, or perhaps he did not fully understand what he said; but after a moment he, too, smiled. A faint, courteous smile. A bit superior.

"There is much at stake," he added.

The captain was in complete agreement.

"My head," he murmured. "For example."

If the Englishman captured the irony, he paid scant attention. Again he struck his thoughtful pose.

"My friend needs to rest a little. And the man who wounded him could be waiting for us farther down the lane." Again he made a point of studying the man before him, attempting to measure from his attitude how sincere or how deceitful he was. In the end, he raised his eyebrows, suggesting that

der que ni él ni su compañero disponían de muchas opciones para elegir—... ¿Conoce vuestra merced nuestro destino final?

Alatriste sostuvo impávido su mirada.
—Puede ser.

¿Conoce la casa de las Siete Chimeneas?

—Quizás.

—¿Nos guiaría hasta allí?

—No.

—¿Iría a llevar un mensaje nuestro?

—Ni lo soñéis.

Aquel fulano debía de haberlo tomado por imbécil. Era justo lo que faltaba: ir a meterse en la boca del lobo, poniendo sobre aviso al embajador inglés y a sus criados. La curiosidad mató al gato, se dijo mientras echaba un vistazo inquieto alrededor. Se repitió que ya iba siendo ocasión de cuidar el pellejo que, sin duda, más de uno estaría dispuesto a agujerearle a aquellas horas. Era tiempo de ocuparse de sí mismo; de modo que hizo ademán de terminar la conversación. Pero el inglés aún lo retuvo un instante.

—¿Conoce vuestra merced algún lugar cercano donde podamos encontrar ayuda?... ¿O descansar un poco?

Iba a negar Diego Alatriste por última vez, antes de desaparecer entre las sombras, cuando una idea cruzó su pensamiento con el fulgor de un relámpago. Él mismo no tenía donde guarecerse, pues el italiano y más gente provista por los enmascarados y el padre Bocanegra podía ir a buscarlo a su casa de la calle del Arcabuz, donde a esas horas yo dormía como un bendito. Pero a mí nadie iba a hacerme daño; y a él, sin embargo, le rebanarían el gaznate antes de que tuviera tiempo de echar mano a la blanca. Había una oportunidad de conseguir resguardo aquella noche y ayuda para lo que estuviera por venir; y al mismo, tiempo socorrer a los ingleses, averiguando más sobre ellos y sobre quienes con tanto afán procuraban su despacho para el otro mundo. Esa carta en la manga, de la que Diego Alatriste procuraba no usar en exceso jamás, se llamaba Álvaro de la Marca, conde de Guadalmedina. Y su casa palacial estaba a cien pasos de allí.

—Te has metido en un buen lío.

Álvaro Luis Gonzaga de la Marca y Álvarez de

neither he nor his companion had many choices.

“Do you, sir, know our final destination?”

Alatriste met his gaze without blinking.
“I may.”

“Do you know the house of Seven Chimneys?”

“Perhaps.”

“Will you take us there?”

“No.”

“Would you take a message for us?”

“Not a chance.”

This man must take me for an imbecile, he thought. That was exactly what he needed: Walk right into the wolf’s mouth and alert the English ambassador and his servants. Curiosity killed the cat, he reminded himself as he glanced around uneasily. Now was the moment to be thinking of saving his skin, which more than one person was eager to perforate. Yes, it was time to look after himself, time to put an end to the conversation. But the Englishman stopped him.

“Do you know of any place nearby where we might find help? Or rest awhile?”

Alatriste was going to say no for the last time, before fading into the shadows, when an idea flooded his mind like sunlight bursting from the clouds. He himself had nowhere to hide, for the Italian and others sent by the masked men and Padre Bocanegra would come to look for him at his lodgings on Calle del Arcabuz, where at that hour I was sleeping like a dormouse. But no one would harm me; his gullet, on the other hand, would be slit before he had time to pick up his sword. This might be an opportunity to secure protection for the night and help for what lay ahead. At the same time he would be aiding the Englishmen, finding out more about them and about the men who were so eager to see them leave this earth. The card up his sleeve, one Diego Alatriste tried not to play too often, was named Álvaro de la Marca, Conde de Guadalmedina. And his palatial home was only a hundred steps away.

“This is a fine fix you have got yourself into.”

Álvaro Luis Gonzaga de la Marca y Alvarez de

Sidonia, conde de Guadalmedina, era apuesto, elegante, y tan rico que podía perder en una sola noche 10.000 ducados en el juego o con una de sus queridas sin alzar siquiera una ceja. Por la época de la aventura de los dos ingleses debía de tener treinta y tres o treinta y cuatro años, y se hallaba en la flor de la vida. Hijo del viejo conde de Guadalmedina – Don Fernando Gonzaga de la Marca, héroe de las campañas de Flandes en tiempos del gran Felipe II y de su sucesor Felipe III–, Álvaro de la Marca había heredado de su progenitor una grandeza de España, y podía estar cubierto en presencia del joven monarca, el Cuarto Felipe, que le dispensaba su amistad; y a quien, se decía, acompañaba en nocturnos lances amorosos con actrices y damas de baja estofa, a las que uno y otro eran aficionados. Soltero, mujeriego, cortesano, culto, algo poeta, galante y seductor, Guadalmedina había comprado al Rey el cargo de correo mayor tras la escandalosa y reciente muerte del anterior beneficiario, el conde de Villamediana: un punto de cuidado, asesinado por asunto de faldas, o de celos. En aquella España corrupta donde todo estaba en venta, desde la dignidad eclesiástica a los empleos más lucrativos del Estado, el título y los beneficios de correo mayor acrecentaban la fortuna e influencia de Guadalmedina en la Corte; una influencia que además se veía prestigiada por un breve pero brillante historial militar de juventud, desde que con veintipocos años había formado parte del estado mayor del duque de Osuna, peleando contra los venecianos y contra el turco a bordo de las galeras españolas de Nápoles. De aquellos tiempos, precisamente, databa su conocimiento de Diego Alatriste.

–Un lío endiablado –repitió Guadalmedina.

El capitán se encogió de hombros. Estaba destocado y sin capa, de pie en una pequeña salita decorada con tapices flamencos, y junto a él, sobre una mesa forrada de terciopelo verde, tenía un vaso de aguardiente que no había probado. Guadalmedina, vestido con **exquisito** batín de noche y zapatillas de raso, frunció el ceño con preocupación, se paseaba de un lado a otro ante la chimenea encendida, reflexionando sobre lo que Alatriste acababa de contarle: la historia verdadera de lo ocurrido, paso a paso excepto un par de omisiones, desde el episodio de los enmascarados hasta el desenlace de la emboscada en el callejón. El conde era una de las pocas personas en que podía fiar a ciegas; y como había decidido mientras conducía hasta su casa a los dos ingleses, tampoco tenía mucho donde elegir.

–¿Sabes a quiénes has intentado matar hoy?

–No. No lo sé –Alatriste escogía con sumo cui-

Sidonia, Conde de Guadalmedina, was handsome, elegant, and so rich that he could lose ten thousand ducats at cards in one night, or squander it on one of his lady friends, without lifting an eyebrow. At the time of the adventure of the two Englishmen, he must have been about thirty-three or thirty-four, in the prime of his life. Son of the now deceased Conde de Guadalmedina---don Fernando Gonzaga de la Marca, hero of the Flemish campaigns in the time of the great Philip the Second and his heir Philip the Third Álvaro de la Marca had inherited from his progenitor the title of grandee of Spain, along with the right to wear his hat in the presence of the young monarch, the fourth Philip, whose friendship he enjoyed, and whom, it was said, he accompanied on nocturnal amorous escapades with the actresses and beauties of low estate favored by both king and count. Bachelor, womanizer, courtier, sophisticate, a bit of a poet, a gallant, and a seducer, Guadalmedina had bought from the king the sinecure of Master of the Post upon the recent and scandalous death of the previous beneficiary, the Conde de Villamediana (a point of caution here: he himself murdered over a matter of skirts, or jealousy). In that corrupt Spain in which everything could be bought, from ecclesiastical dignity to the most lucrative state positions, the title and the income of Master of the Post swelled Guadalmedina's fortune and influence at court. In addition, as a youth he had gained prestige in his brief but brilliant military career, when at twenty-some years of age he had served on the staff of the Duque de Osuna, fighting against the Venetians and the Turks on Spanish galleys that sailed out of Naples. It was precisely from those days that his acquaintance with Diego Alatriste dated.

“A devilishly fine fix,” Guadalmedina repeated.

The captain had no response. He was hatless and without his cape, standing in a small salon decorated with Flemish tapestries, and beside him, on a table covered with green velvet, was a glass of liquor he had not tasted. Guadalmedina, dressed in an **exquisite** jacket and satin slippers, was frowning and pacing back and forth before the fire, thinking about what Alatriste had just told him. It was the true story of what had happened, step by step-with only one or two omissions-from the episode with the masked men to the denouement of the ambush in the alley. The count was one of the few men the captain trusted blindly, though, as he had decided when he led the two Englishmen to the count's dwelling, that was an honor for which there was not much competition.

“Do you know these men you intended to kill?”

“No. No, I do not.” Alatriste chose his words

dado sus palabras—. En principio, a un tal Thomas Smith y a su compañero. Al menos eso me dicen. O me dijeron.

—¿Quién te lo dijo?

—Es lo que quisiera saber yo.

Álvaro de la Marca se había detenido ante él y lo miraba, entre admirado y reprobador. El capitán se limitó a mover la cabeza en un breve gesto afirmativo, y oyó al aristócrata murmurar «cielo santo» antes de recorrer de nuevo el cuarto arriba y abajo. En ese momento los ingleses estaban siendo atendidos en el mejor salón de la casa por los criados del conde, movilizados a toda prisa. Mientras Alatriste esperaba, había estado oyendo el trajín de puertas abriéndose y cerrándose, voces de criados en la puerta y relinchos en las caballerizas, desde las que llegaba, a través de las ventanas emplomadas, el resplandor de antorchas. La casa toda parecía en pie de guerra. El mismo conde había escrito urgentes billetes desde su despacho antes de reunirse con Alatriste. A pesar de su sangre fría y su habitual buen humor, pocas veces el capitán lo había visto tan alterado.

—Así que Thomas Smith —murmuró el conde.

—Eso dijeron.

—Thomas Smith tal cual, a secas.

—Eso es.

Guadalmedina se había detenido otra vez ante él.

—Thomas Smith mis narices —remachó por fin, impaciente—. El del traje gris se llama Jorge Villiers. ¿Te suena?... —con gesto brusco cogió de la mesa el vaso que Alatriste mantenía intacto y se lo bebió de un solo trago—. Más conocido en Europa por su título inglés: marqués de Buckingham.

Otro hombre con menos temple que Diego Alatriste y Tenorio, antiguo soldado de los tercios de Flandes, habría buscado con urgencia una silla donde sentarse. O para ser más exactos, donde dejarse caer. Pero se mantuvo erguido, sosteniendo la mirada de Guadalmedina como si nada de aquello fuera con él. Sin embargo, mucho más tarde, ante una jarra de vino y conmigo como único testigo, el capitán reconocería que en aquel momento hubo de colgar los pulgares del cinto para evitar que las manos le temblaran. Y que la cabeza se puso a darle vueltas como si estuviese en el ingenio giratorio de una feria. El marqués de Buckingham, eso lo sabía cualquiera en España, era el joven favorito del Rey

with supreme care. “In principle, one Thomas Smith and his companion. At least that is what they tell me. Or told me.”

“Who told you?”

“That is what I would like to know”

Álvaro de la Marca had stopped before him and was looking at him with a mixture of admiration and reproach. The captain merely nodded slightly, and he heard the aristocrat murmur, “All the saints above,” before he again paced the length of the room. At that moment, the count’s servants, who had been quickly mobilized, were attending the Englishmen in the best room of the house. While Alatriste was waiting, he had heard the sounds of scurrying footsteps, opening and closing doors, servants at the gate, and neighing in the stables, where, through the mansion’s leaded windows, he could see the glow of torches. The house seemed to be preparing for war. The count had written urgent messages in his office before joining Alatriste. Despite his host’s sangfroid and his habitual good humor, the captain had seldom seen him so agitated.

“So . . . Thomas Smith,” the count said quietly.

“That is what they said.”

“Thomas Smith. Just that, nothing more.”

“Correct.”

Guadalmedina faced him again.

“Thomas Smith, my left pinky,” he spit out impatiently. “The one in the gray suit is named George Villiers. You have heard the name?” Brusquely he swept up the glass Alatriste had not touched, and downed it in one gulp. “Better known throughout Europe by his English title: the Marquis of Buckingham.”

A man with a less even keel than Diego Alatriste y Tenorio, former soldier in the regiments that fought in Flanders, would have looked desperately for a chair to sit down in. Or to be more exact, to drop into. But the captain stood square, meeting Guadalmedina’s eyes as if this had nothing to do with him. Much later, however, over a jar of wine and with only me as witness, the captain would acknowledge that he had had to anchor his thumbs in his waistband to keep his hands from shaking, and that his head had begun to spin like a whirligig at a fair. The Marquis of Buckingham; everyone in Spain knew who that was. The youthful favorite of King

Jacobo I de Inglaterra: flor y nata de la nobleza inglesa, famoso caballero y elegante cortesano, adorado por las damas, llamado a muy altos destinos en el regimiento de los asuntos de Estado de Su Majestad británica. De hecho lo hicieron duque semanas más tarde, durante su estancia en Madrid.

–Resumiendo –concluyó, ácido, Guadalmedina–. Que has estado a punto de despachar al valido del Rey de Inglaterra, que viaja de incógnito. Y en cuanto al otro...

–¿John Smith?

Esta vez había una nota de resignado humor en el tono de Diego Alatriste. Guadalmedina inició el gesto de llevarse las manos a la cabeza, y el capitán observó que la sola mención de micer John Smith, fuera quien fuese, hacía palidecer al aristócrata. Al cabo de un instante, Álvaro de la Marca se pasó la uña de un pulgar por la barbita que llevaba recortada en perilla y volvió a mirar al capitán de arriba abajo, admirado.

–Eres increíble, Alatriste –dio dos pasos por el cuarto, se detuvo de nuevo y volvió a mirarlo del mismo modo–. Increíble.

Hablar de amistad sería excesivo para definir la relación entre Guadalmedina y el antiguo soldado; pero sí podríamos hablar de mutua consideración, en los límites de cada cual. Álvaro de la Marca estimaba sinceramente al capitán; la historia arrancaba de cuando, en su juventud, Diego Alatriste había servido en Flandes destacándose bajo las banderas del viejo conde de Guadalmedina, que ya entonces tuvo oportunidad de **mostrarle** afición y aprecio. Más tarde, los azares de la guerra pusieron al joven conde cerca de Alatriste, en Nápoles, y se contaba que, aunque simple soldado, éste rindió al hijo de su antiguo general algunos servicios importantes cuando la desastrosa jornada de las Querquenes. Álvaro de la Marca no había olvidado aquello, y con el tiempo, heredada fortuna y títulos, trocadas las armas por la vida cortesana, no echó en vacío al capitán. De vez en cuando alquilaba sus servicios como espada-chín para solventar asuntos de dinero, escoltarlo en aventuras galantes y peligrosas, o ajustar cuentas con maridos cornudos, rivales en amores y acreedores molestos, como en el caso del marquesito de Soto, a quien, recordemos, Alatriste había administrado en la fuente del Acero, por prescripción del propio Guadalmedina, una dosis letal de lo mismo. Pero lejos de abusar de aquella situación, cual sin duda habría hecho buena parte de los valentones licenciados que andaban por la Corte tras un beneficio o unos doblones, Diego Alatriste mantenía las distancias, sin acudir al conde salvo en ocasiones como aqué-

James the First of England, the cream of English nobility, famous gentleman and elegant courtier, adored by the ladies and destined for a leading role in His Britannic Majesty's affairs of state. Only a few weeks later, during his stay in Madrid, he would be made a duke.

“To sum up,” Guadalmedina concluded acidly. “You were on the verge of murdering the favorite of the King of England. As for the other one. . .”

“John Smith?”

This time there was a note of resigned humor in Diego Alatriste's voice. Guadalmedina had clapped his hands to his head, and the captain observed that the mere mention of Mister John Smith, whoever the man was, had made the aristocrat turn pale. A moment or two later, Álvaro de la Marca ran his thumbnail through his goatee and looked the captain up and down once more, this time with admiration.

“You are incredible, Alatriste.” He took two steps, stopped again, and looked at the captain with the same expression. “Incredible.”

To use the word “friendship” would be an exaggeration in defining the relationship between Guadalmedina and the former soldier, but we could speak of mutual appreciation-within the limits of both men. Álvaro de la Marca felt sincere esteem for the captain. That tale had begun when in his youth Diego Alatriste served with distinction in Flanders, fighting under the flags of the old Conde de Guadalmedina, who had more than one opportunity to **demonstrate** his fondness and appreciation. Later, the fortunes of war had brought the two together, in Naples, and though Alatriste was a simple soldier, he had rendered the son of his former general some services during the disastrous day of the Kerkennah Islands. Álvaro de la Marca had not forgotten, and when, after inheriting fortune and titles he had exchanged his weapons for life at court, he did not turn away from the captain. From time to time he hired his services as a swordsman: to collect debts, to escort him on romantic and dangerous adventures, or to settle accounts with cuckolded husbands, rivals in love, and annoying creditors. That, incidentally, had been the case with the young Marques de Soto at the Acero fountain, to whom, we remember, following Guadalmedina's prescription, Alatriste had administered a lethal dose of steel. But far from taking advantage of that information, with which a good number of the arrogant sycophants who hung around at court seeking a benefice or doubloons would have made hay, Diego Alatriste kept his distance, never coming to the count

lla, de absoluta y desesperada necesidad. Algo que, por otra parte, nunca hubiera hecho de no tener por cierta la calidad de los hombres a quienes había atacado. Y la gravedad de cuanto estaba a punto de caerle encima.

—¿Estás seguro de que no reconociste a ninguno de los enmascarados que te encargaron el negocio?

—Ya lo he dicho a vuestra merced. Parecía gente de respeto, más no pude identificar a ninguno.

Guadalmedina se acarició de nuevo la perilla.
—¿Sólo estaban ellos dos contigo aquella noche?

—Ellos dos, que yo recuerde.

—Y uno dijo de no matarlos, y el otro que sí.

—Más o menos.

El conde miró detenidamente a Alatriste.
—Algo me ocultas, pardiez.

El capitán volvió a encoger los hombros, sosteniendo la mirada de su protector.
—Quizás —repuso con calma.

Álvaro de la Marca sonrió torcidamente, manteniendo sobre él sus ojos escrutadores. Se conocían de sobra como para saber que Alatriste no iba a decir nada más de lo que había dicho, aun en el caso de que el conde amenazara con desentenderse del asunto y echarlo a la calle.

—Está bien —concluyó—. Al fin y al cabo, es tu cuello el que está en juego.

El capitán asintió con gesto fatalista. Una de las pocas imprecisiones en el relato hecho al conde consistía en callar la actuación de fray Emilio Bocanegra. No porque deseara proteger la persona del inquisidor —que más bien debía ser temido que protegido—, sino porque, a pesar de la ilimitada confianza que tenía en Guadalmedina, él no era ningún delator. Una cosa era hablar de dos enmascarados, y otra muy distinta denunciar a quien le había encomendado un trabajo; por más que uno de éstos fuese el fraile dominico, y toda aquella historia, y su desenlace, pudiera costarle al propio Alatriste acabar en las poco simpáticas manos del verdugo. El capitán pagaba la benevolencia del aristócrata poniendo en sus manos la suerte de aquellos ingleses y también la suya propia. Pero aunque viejo soldado y acero a sueldo, él también tenía sus retorcidos códigos. No estaba dispuesto a violentarlos aunque le

except on occasions of absolute and desperate need, such as this. Something which, in addition, he would never have done had he not been sure of the nobility of the men he had attacked. And the gravity of what was about to befall him.

“Are you sure that you did not recognize either of the two masked men who charged you with this commission?”

“I have told Your Mercy. They seemed respectable men, but I was not able to identify either.”

Guadalmedina again stroked his goatee. “There were only two of them that night?”

“Two that I recall.”

“And one said to let them live, and the other said to kill them.”

“More or less.”

The count was staring hard at Alatriste. “By my oath!! You are hiding something, sir!”

The captain shrugged, holding his protector's gaze. “Perhaps,” he replied calmly.

Álvaro de la Marca smiled sarcastically, his scrutiny of Alatriste never lessening. They both knew that Alatriste was not going to say a word more than he already had, even if the count threatened to wash his hands of the matter and put him out on the street.

“Very well,” he concluded. “After all, it is your neck.”

The captain nodded fatalistically. One of the few omissions in the tale told to the count was the role of Fray Emilio Bocanegra. Not because Alatriste had any wish to protect the Inquisitor—who was more to be feared than to be protected—but because, in spite of Alatriste's boundless faith in Guadalmedina, he was not an informer. It was one thing to tell about the masked men, but something else again to denounce the persons who had given him employ, no matter that one of them was the Dominican priest, and that the whole story, and its outcome, might cause Alatriste himself to end up in the less than friendly care of the executioner. The captain was repaying the aristocrat's kindness to him by placing the fate of those Englishmen in his hands—and his along with theirs. But although he was an old soldier and a hired sword, he too had his twisted codes. He was not prepared to break them,

fuese la vida en ello, y eso Guadalmedina lo sabía de sobra. Otras veces, cuando era el nombre de Álvaro de la Marca el que andaba en juego, el capitán se había negado a revelarlo a terceros, siempre con idéntico aplomo. En la reducida porción de mundo que, pese a sus vidas tan dispares, ambos compartían, aquéllas eran las reglas. Y Guadalmedina no estaba dispuesto a infringirlas, ni siquiera con aquel inesperado marqués de Buckingham y su acompañante sentados en el salón de la casa. Era evidente, por su expresión, que Álvaro de la Marca meditaba a toda prisa sobre el mejor partido que podía sacar al secreto de Estado que el azar y Diego Alatriste habían ido a poner en sus manos.

Un criado se detuvo respetuosamente en el umbral. El conde fue hasta él, y Diego Alatriste los oyó cambiar algunas palabras en voz baja. Cuando se retiró el fámulo, Guadalmedina vino al capitán, pensativo.

—Había previsto avisar al embajador inglés, pero esos caballeros dicen que no resulta conveniente que el encuentro tenga lugar en mi casa... Así que, como ya están repuestos, voy a hacer que varios hombres de mi confianza, y yo mismo con ellos, los escolten hasta la casa de las Siete Chimeneas, para evitar más encuentros desagradables.

—¿Puedo hacer algo para ayudar a vuestra merced?

El conde lo miró con irónico fastidio.

—Ya has hecho bastante por hoy, me temo. Lo mejor es que te quites de en medio.

Alatriste asintió, y con un íntimo suspiro hizo el gesto resignado, lento, de despedirse. Era obvio que no podía volver a su casa, ni a la de ningún conocido habitual; y si Guadalmedina no le ofrecía alojamiento, se exponía a vagar por las calles a merced de sus enemigos o de los corchetes de Martín Saldaña, que tal vez estaban alertados sobre el suceso. El conde sabía todo eso. Y sabía también que Diego Alatriste nunca le pediría ayuda claramente; era demasiado orgulloso para hacerlo. Y si Guadalmedina no daba por recibido el mensaje tácito, el capitán no tendría más remedio que afrontar de nuevo la calle sin otro recurso que su espada. Pero ya sonreía el conde, distraído en sus reflexiones.

—Puedes quedarte aquí esta noche —dijo—. Y mañana veremos qué nos depara la vida... He ordenado que te dispongan una habitación.

Alatriste se relajó imperceptiblemente. Por la puerta entreabierta vio cómo al aristócrata le preparaban la ropa. Observó que los criados traían también un **colet** de ante y varias pistolas cargadas.

even if it cost him his life, and Guadalmedina knew that very well. There had been times when Álvaro de la Marca's name was the one to be given up, but with equal poise the captain had refused to reveal it to questioners. In the limited portion of the world that the two men shared despite their very different lives, those were the rules. And Guadalmedina was not prepared to infringe on them, not even with the Marquis of Buckingham and his companion sitting in his home. It was evident from his expression that Álvaro de la Marca was calculating as quickly as possible the best use he could make of the state secret that chance and Diego Alatriste had placed in his hands.

A servant was standing respectfully at the door. The count went to him, and Diego Alatriste heard them exchange a few words in low voices. When the domestic retired, Guadalmedina returned to the captain, looking thoughtful.

"I had advised the English ambassador, but those gentlemen say that it is not desirable for the meeting to take place in my home. So since they have rested, I will have several men I can trust, and me along with them, escort our two guests to the House of Seven Chimneys, to spare them further unpleasant encounters."

"May I do anything to help Your Mercy?"

The count looked at him with ironic irritation. "I fear that you have already done enough for today. The most helpful thing you can do is to stay out of it."

Alatriste nodded, and with a private sigh, resigned, slowly started to leave. Clearly, he could not return home, or take refuge with any close friend, and if Guadalmedina did not offer him lodging, he would be forced to roam the streets at the mercy of his enemies or the constables of Martín Saldaña, who might already have been alerted. The count knew all that. He knew also that Diego Alatriste would never ask directly for help; he was too proud. If Guadalmedina did not acknowledge the tacit message, the captain had no choice but to face his fate in the street, with no resources but his sword. But the count was smiling, drawn from his thoughts.

"You may stay here this night," he said. "And tomorrow we shall see what life has in store. I have ordered that a room be prepared for you."

Imperceptibly, Alatriste relaxed. Through the half-open door he saw the aristocrat's servants laying out clothing. He watched as two of them brought an old **buffcoat** and several loaded pistols. Álvaro de

Álvaro de la Marca no parecía dispuesto a que sus invitados de fortuna corrieran más riesgos.

—Dentro de unas horas se extenderá la noticia de la llegada de estos señores, y todo Madrid estará patas arriba —suspiró el conde—. Ellos me piden bajo palabra de gentilhomme que se silencie la noticia de la escaramuza contigo y con tu acompañante, y que tampoco se sepa que los ayudaste a buscar refugio aquí... Todo esto es muy delicado, Alatriste. Y va en ello bastante más que tu cuello. Oficialmente el viaje ha de terminar, sin incidentes, ante la residencia del embajador inglés. Y es lo que vamos a procurar ahora mismo.

Había iniciado el movimiento hacia el cuarto donde le aderezaban las ropas, cuando de pronto pareció recordar algo.

—Por cierto —añadió, parándose—, desean verte antes de irse. No sé cómo diantre resolviste al final la cuestión, pero después que les conté quién eres y cómo se fraguó todo, no parecen guardarte demasiado rencor. ¡Esos ingleses y su condenada flema británica! ... Voto a Dios que si me hubieras dado a mí el susto que les diste a ellos, yo estaría pidiendo a gritos tu cabeza. No habría tardado un minuto en hacerte asesinar.

La entrevista fue breve, y tuvo lugar en el enorme vestíbulo, bajo un cuadro del Tiziano que mostraba a Dánae a punto de ser fecundada por Zeus en forma de lluvia de oro. Álvaro de la Marca, ya vestido y equipado como para asaltar una galera turca, con culatas de pistolas sobresaliéndole del cinto junto a la espada y la daga, condujo al capitán al lugar donde los ingleses se disponían a salir envueltos en sus capas, rodeados de criados del conde que también iban armados hasta los dientes. Afuera aguardaban más criados con antorchas y alabardas, y sólo faltaba un tambor para que aquello pareciera una ronda nocturna de soldados en vísperas de escaramuza.

—He aquí al hombre —dijo Guadalmedina, irónico, mostrándoles al capitán.

Los ingleses se habían aseado y repuesto del viaje. Sus ropas estaban cepilladas y razonablemente limpias, y el más joven llevaba un amplio pañuelo alrededor del cuello, sosteniéndole el brazo, del que tenía cercana la herida. El otro inglés, el del traje gris, identificado como Buckingham por Álvaro de la Marca, había recuperado una arrogancia que Alatriste no recordaba haberle visto durante la refriega del callejón. Por aquel tiempo, Jorge Villiers, marqués de Buckingham, era ya gran almirante de Inglaterra y gozaba de considerable influencia cerca

la Marca did not seem inclined to expose his unexpected guests to further risk.

“Within a few hours the news of these gentlemen’s arrival will have spread, and all Madrid will be abuzz.” The count sighed. “They ask me as a gentleman to keep secret the news of the ambush that you and your companion prepared for them, and also ask that no one know that you helped them find refuge here. All this is very delicate, Alatriste. And more than your neck is involved. Officially, their trip ended without incident at the home of the English ambassador. And that is where we are going to attempt to go right now”

The count was moving toward the room where his clothing awaited, when suddenly he appeared to remember something.

“Oh,” he added, pausing, “they wish to see you before they go. I do not know how in the devil you came to a peaceful resolution, but after I told them who you are, and how the thing came about, they did not seem to hold too much rancor. Those English and their damned British phlegm! I swear by God and all that is holy that if you had given me the fright you gave them, I would be yelling for your head. I would not have lost a minute in having you murdered.”

The interview was brief, and took place in the enormous vestibule beneath a canvas by Titian that showed Danae on the verge of being impregnated by Zeus in the form of a shower of gold. Álvaro de la Marca, now dressed and equipped as if he planned to assault a Turkish galley, with several pistol grips showing above his waist sash, along with his sword and dagger, led the captain to the place where the Englishmen were waiting to leave, wrapped in their capes and surrounded by the count’s servants, they, too, armed to the teeth. Only the drums were lacking to complete their resemblance to a night patrol of soldiers on the eve of a skirmish.

“Here you have your man,” said Guadalmedina sarcastically, indicating the captain.

The Englishmen had cleaned up and rested from their journey. Their clothing had been brushed and was reasonably presentable, and the younger man was wearing a folded cloth around his neck, supporting the arm on the side of his injury. The other Englishman, the one in gray, whom Álvaro de la Marca had identified as Buckingham, had recovered an arrogance that Alatriste did not recall having seen during the fracas in the lane. George Villiers, Marquis of Buckingham, was already the Lord High Admiral of the English fleet and enjoyed considerable influence

del Rey Jacobo I. Apuesto, ambicioso, inteligente, romántico y aventurero, estaba a punto de recibir el título ducal con que lo conocerían la Historia y la leyenda. Ahora, todavía joven y en plena ascensión hasta la más alta privanza de la corte de Saint James, el favorito del Rey de Inglaterra miraba con displicente atención a su agresor, y Alatriste soportó impávido el escrutinio. Marqués, arzobispo o villano, aquel tipo elegante de rasgos agraciados no le daba frío ni calor, ya fuera valido del Rey Jacobo o primo hermano del Papa. Eran fray Emilio Bocanegra y los dos enmascarados los que iban a quitarle el sueño aquella noche, y mucho se temía que también algunas más.

—Casi nos mata hoy, en la calle —dijo muy sereno el inglés en su español con fuerte acento extranjero, dirigiéndose más a Guadalmedina que a Alatriste.

—Siento lo ocurrido —respondió el capitán, tranquilo, con una inclinación de cabeza—. Pero no todos somos dueños de nuestras estocadas.

El inglés aún lo miró con fijeza unos instantes. Asomaba un aire despectivo a sus ojos azules, esfumada de ellos la sorprendida espontaneidad de los primeros momentos tras la lucha en el callejón. Había tenido tiempo para recapacitar, y el recuerdo de haberse visto a merced de un espadachín desconocido lastimaba su amor propio. De ahí aquella recién estrenada arrogancia, que Alatriste no había visto por ninguna parte cuando a la luz del farol cruzaban las espadas.

—Creo que estamos en paz —dijo por fin. Y volviendo con brusquedad la espalda, empezó a ponerse los guantes.

A su lado, el inglés más joven, el **supuesto** John Smith, permanecía en silencio. Tenía la frente despejada, blanca y noble, y sus rasgos eran finos, con manos delicadas y pose elegante. Aquello, a pesar de las ropas de viaje, delataba a la legua a un jovencito de buenísima familia. El capitán vislumbró una leve sonrisa bajo el todavía suave bigote rubio. Iba a hacer una nueva inclinación de cabeza y retirarse, cuando el joven pronunció unas palabras en su lengua que hicieron volver la cabeza al otro inglés. Por el rabillo del ojo, Alatriste vio sonreír a Guadalmedina, que además del francés y el latín hablaba la parla de los herejes.

—Mi amigo dice que os debe la vida —Jorge Villiers parecía incómodo, como si por su parte ya hubiera dado por concluida la conversación, y ahora tradujera a su pesar las palabras del más joven—. Que la última estocada que le tiró el hombre de negro era

in the circle around King James the First. He was ambitious, intelligent, romantic, and adventurous, and it would be only a brief time before he received the ducal title by which history and legend would know him. Now, still young, and quickly ascending toward the highest levels in the Court of Saint James's, he showed obvious annoyance as he stared at his attacker, but Alatriste bore his inspection without **wincing**. Marquis, archbishop, or villain, this fine-looking fellow brought neither heat nor chill to the captain, be he favorite of King James or first cousin to the pope. It was Fray Emilio Bocanegra and the two masked men who would keep Alatriste from sleeping that night and, he feared, for many more.

"You came close to killing us tonight in the lane," the Englishman said very serenely in his heavily accented Spanish, addressing himself more to Guadalmedina than to Alatriste.

"I regret what happened," the captain replied evenly, with a nod. "But we are not all privileged to do as we will with our swords."

The Englishman stared at him a few instants longer. Scorn was apparent in his blue eyes; all the surprise and spontaneity of the first moments after the struggle in the lane had vanished. He had had time to think things over, and the recollection of having found himself at the mercy of an unknown swordsman wounded his self-esteem. Thence the newly emerged arrogance, which Alatriste had not so much as glimpsed when they crossed blades earlier in the lantern light.

"I believe we are even," Buckingham said after a moment. And turning abruptly, he began to put on his gloves.

Beside him, the younger Englishman, the **purported** John Smith, his brow clear, white, and noble, his features finely chiseled, stood in silence. Despite the traveling clothes, the delicate hands and elegant stance betrayed from afar that he was a young man of distinguished family. Beneath his smooth mustache the captain glimpsed the suggestion of a smile. Alatriste nodded again and was about to leave, when the still-unidentified man spoke a few words in his language that made his companion turn toward him. Out of the corner of his eye, Alatriste saw Guadalmedina smile: in addition to French and Latin, he spoke the heretics' tongue.

"My friend says that he owes you his life." George Villiers appeared uncomfortable. As far as he was concerned, the conversation was clearly closed, but grudgingly he translated the younger man's words. "He says that the last thrust from the man in black would

mortal.

–Es posible –Alatriste también se permitió una breve sonrisa–. Todos tuvimos suerte esta noche, me parece.

El inglés terminó de ponerse los guantes mientras escuchaba con atención las palabras que le dirigía su compañero.

–También pregunta mi amigo qué fue lo que hizo a vuestra merced cambiar de bando, y de idea.

–No he cambiado de bando –dijo Alatriste–. Yo siempre estoy en el mío. Yo cazo solo.

El más joven lo miró un rato, reflexivo, mientras le traducían aquella respuesta. De pronto parecía maduro y con más autoridad que su acompañante. El capitán observó que hasta Guadalmedina le mostraba más deferencia que al otro, a pesar de ser Buckingham quien era. Entonces el joven habló de nuevo, y su compañero protestó en su lengua, como si no estuviese de acuerdo en traducir aquellas últimas palabras. Pero el más joven insistió, con un tono de autoridad que Alatriste no le había oído antes.

–Dice el caballero –tradujo Buckingham de mala gana, en su imperfecto español– que no importa quién seáis y cuál sea vuestro oficio, pero que vuestra merced obró con nobleza al no permitir que lo asesinaran como un perro, a traición... Dice que a pesar de todo se considera en deuda con vos y desea que lo sepáis... Dice –y en este punto el traductor dudó un momento y cambió una mirada de preocupación con Guadalmedina antes de proseguir– que mañana toda la Europa sabrá que el hijo y heredero del Rey Jacobo de Inglaterra está en Madrid con la única escolta y compañía de su amigo el marqués de Buckingham... Y que, aunque por razones de Estado resulte imposible publicar lo ocurrido esta noche, él, Carlos, príncipe de Gales, futuro Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, no olvidará nunca que un hombre llamado Diego Alatriste pudo asesinarlo, y no quiso.

have been lethal.”

“Possibly.” Alatriste, too, allowed himself a slight smile. “We all were blessed tonight, I believe.”

The Englishman finished fitting on his gloves as he listened carefully to what his companion told him.

“My friend would like to know what it was that made you reconsider and change sides.”

“I have not changed sides,” said Alatriste. “I am always on my own. I hunt alone.”

As his friend translated, the younger man studied the captain thoughtfully. Suddenly, he seemed more mature and more authoritative than his companion. The captain had observed that even Guadalmedina deferred to him more than he did to Buckingham. Then the younger man spoke again, and his companion protested in their language, as if he did not agree that he should translate those last words. But his friend insisted, with a tone of authority that Alatriste had not heard from him before.

“The gentleman says,” Buckingham translated, unwillingly, in his broken Spanish, “that it does not matter who you are or what your office may be, only that you acted nobly when you saved him from being killed like a common dog, a victim of treachery. He says that despite everything, he considers himself in your debt and wants you to know . . . He says. . .” The translator hesitated a moment and exchanged a worried glance with Guadalmedina before he continued. “He says that tomorrow all Europe will know that the son and heir of King James of England is in Madrid with the sole escort and company of his friend the Marquis of Buckingham And he says that though for reasons of state it is impossible to publish what happened tonight, he, Charles, Prince of Wales, future King of England, Scotland, and Ireland, will never forget that a man named Diego Alatriste could have killed him, but chose not to.”

purport 1. to present, esp. deliberately, the appearance of being; profess or claim, often falsely: a document purporting to be official. 2. to convey to the mind as the meaning or thing intended; express or imply.

1. the meaning, import, or sense: the main purport of your letter. 2. purpose; intention; object: the main purport of their visit to France.

purported reputed or claimed; assumed, alleged: We saw no evidence of his purported wealth.

VI. EL ARTE DE HACER ENEMIGOS

Al día siguiente, Madrid despertó con la noticia increíble. Carlos Estuardo, cachorro del leopardo inglés, impaciente por la lentitud de las negociaciones matrimoniales con la infanta doña María, hermana de nuestro Rey Don Felipe Cuarto, había concebido con su amigo Buckingham ese proyecto extraordinario y descabellado: viajar a Madrid de incógnito para conocer a su novia, transformando en novela de amor caballeresco la fría combinación diplomática que llevaba meses dilatándose en las cancellerías. La boda entre el príncipe anglicano y la princesa católica se había convertido, a tales alturas, en un complicadísimo encaje de bolillos en el que terciaban embajadores, diplomáticos, ministros, gobiernos extranjeros y hasta Su Santidad el Papa de Roma, que debía autorizar el enlace y que, por supuesto, trataba de sacar la mejor tajada posible. De modo que, harto de que le marearan la perdiz —o como se llame lo que cazan los condenados ingleses—, la imaginación juvenil del príncipe de Gales, secundada por Buckingham, decidió abreviar el trámite. De ese modo habían proyectado entre los dos aquella aventura llena de azares y peligros, en la seguridad de que marchar a España sin avisos ni protocolos suponía conquistar en el acto a la infanta para llevarla a Inglaterra, ante la mirada asombrada de la Europa entera y con el aplauso y las bendiciones de los pueblos español e inglés.

Ése, más o menos, era el meollo del negocio. Vencida la inicial resistencia del Rey Jacobo, éste dio a ambos jóvenes su bendición y los autorizó a ponerse en camino. A fin de cuentas, si para el viejo Rey el riesgo de la empresa acometida por su hijo era grande —un accidente, fracaso o desaire español pondrían en entredicho el honor de Inglaterra—, las ventajas a obtener de su feliz término equilibraban el asunto. En primer lugar, tener de cuñado de su vástago al monarca de la nación que entonces seguía siendo la más poderosa del mundo, no era cosa baladí. Además, aquel matrimonio, deseado por la corte inglesa y acogido con más frialdad por el conde de Olivares y los consejeros ultra católicos del Rey de España, pondría fin a la vieja enemistad entre las dos naciones. Consideren vuestras mercedes que apenas habían transcurrido treinta años desde la Armada Invencible; ya saben, cañonazo va y ola viene y todo a tomar por saco, con aquel pulso fatal entre nuestro buen Rey Don Felipe Segundo y esa arpía pelirroja que se llamó Isabel de Inglaterra, amparo de protestantes, hideputas y piratas, más conocida por la Reina Virgen, aunque maldito si puede uno imaginarse virgen de qué. El caso es que una boda del jovencito hereje con nuestra infanta —que no era Venus pero tenía buen ver, según la pintó Don Diego

VI. THE ART OF MAKING ENEMIES

The next morning Madrid awakened to the incredible news. Charles Stuart, cub of the English lion, impatient with the pace of matrimonial negotiations with the Infanta Bona Maria, sister of our King Philip the Fourth, had with his friend Buckingham conceived this extraordinary and preposterous project of traveling to Madrid, incognito, to meet his future bride. In so doing, he hoped to transform the cold diplomatic exchanges that had been languishing for months in the chancelleries into a novel of chivalric love. The marriage between the Anglican prince and the Catholic princess had at this point become a complicated imbroglio in which ambassadors, diplomats, ministers, foreign governments, and even His Holiness the Roman Pope were caught up. The pope would have to authorize the union and was, of course, angling for the largest slice of this tasty pie. So, impatient that no one was flushing his partridge-or whatever those accursed English hunt-the Prince of Wales, seconded by Buckingham, had with his boyish imagination devised a plan to hasten negotiations. Between them they had plotted, confident that traveling to Spain without notice or protocol would immediately conquer the Infants, and they would carry her off to England before the astonished gaze of all of Europe, and with the applause and approval of the Spanish and English peoples.

That, more or less, was the heart of the matter. Once King James's initial resistance had been overcome, he gave both youths his benediction and authorized them to set out. Though the risk of his son's undertaking was great—an accident, failure, or a Spanish rebuff would put England's honor on the line—the advantages of achieving a happy ending balanced the risk. First of all, to have the monarch of the nation that was still the most powerful in the world as brother-in-law to his heir was not a small thing. In addition, the marriage, desired by the English court but received more coolly by the Conde de Olivares and the ultra-Catholic counselors of the King of Spain, would put an end to the old enmity between the two nations. Consider, Your Mercies, that barely thirty years had gone by since the defeat of the Invincible Armada; and you know how that went, with cannon shot here and the briny deep there. Yes, the Devil takes all, in that fatal arm-wrestling contest between our good King don Philip the Second and that redheaded harpy named Elizabeth of England, **harborer** of Protestants, bastards, and pirates, and better known as the Virgin Queen, though be damned if it is possible to imagine her Virgin anything. The fact is that a wedding between the young heretic and our infants—who was no Venus but was not all that bad, if you go by how Diego

Velázquez algo más tarde, joven y rubia, una señora, con aquel labio suyo tan de los Austrias— abriría pacíficamente a Inglaterra las puertas del comercio en las Indias Occidentales, resolviendo según los intereses británicos la patata caliente del Palatinado; que no pienso resumir aquí porque para eso están los libros de Historia.

Así pintaban los naipes la noche que yo dormí como un bendito en mi jergón de la calle del Arcabuz, ignorante de la que se estaba cociendo, mientras el capitán Alatriste pasaba las horas en blanco, una mano en la culata de la pistola y la espada al alcance de la otra, en una habitación de servicio del conde de Guadalmedina. En cuanto a Carlos Estuardo y Buckingham, se alojaron con bastante más comodidad y todos los honores en casa del embajador inglés; y a la mañana siguiente, conocida la noticia y mientras los consejeros del Rey nuestro señor, con el conde de Olivares a la cabeza, intentaban buscar una salida a semejante compromiso diplomático, el pueblo de Madrid acudió en masa ante la casa de las Siete Chimeneas a vitorear al osado viajero. Carlos Estuardo era joven, ardiente y optimista; acababa de cumplir los veintidós años y, con ese aplomo que tienen los jóvenes con aplomo, estaba tan seguro de la seducción de su gesto como del amor de una infanta a la que aún no conocía; con la certeza de que los españoles, haciendo honor a nuestra fama de caballerosos y hospitalarios, quedaríamos conquistados, igual que su dama, por tan gallardo gesto. Y en eso tenía razón el mozo. Si en el casi medio siglo de reinado de nuestro buen e inútil monarca Don Felipe Cuarto, por mal nombre llamado el Grande, los gestos caballerescos y hospitalarios, la misa en días de guardar y el pasearse con la espada muy tiesa y la barriga vacía llenaran el puchero o pusieran picas en Flandes, otro gallo nos hubiese cantado a mí, al capitán Alatriste, a los españoles en general y a la pobre España en su conjunto. A ese tiempo infame lo llaman Siglo de Oro. Más lo cierto es que, quienes lo vivimos y sufrimos, de oro vimos poco; y de plata, la justa. Sacrificio estéril, gloriosas derrotas, corrupción, picaresca, miseria y poca vergüenza, de eso sí que tuvimos a espuestas. Lo que pasa es que luego uno va y mira un cuadro de Diego Velázquez, oye unos versos de Lope o de Calderón, lee un soneto de Don Francisco de Quevedo, y se dice que bueno, que tal vez mereció la pena.

Pero a lo que iba. Les estaba contando que la noticia de la aventura corrió como pólvora seca, y ésta ganó el corazón de todo Madrid; aunque al Rey nuestro señor y al conde de Olivares, como se supo a los postres, la llegada sin ser invitado del heredero de la corona británica les sentó como un buen pistoletazo entre las cejas. Se guardaron las formas, por supuesto, y todo fueron agasajos y parabienes. Y de

Velázquez painted her a little later, young and blonde, a lady . . . with that very Hapsburg lip, of course—would peacefully open the ports of commerce in the West Indies to England, resolving the burning problem of the Palatinado in favor of the British. That is a story I do not choose to go into here, because that is what history tomes are for.

So that is how the cards had been dealt the night that I was sleeping like a dormouse on my pallet in Calle del Arcabuz, unaware of what was brewing, while Captain Alatriste, with one hand on the grip of his pistol, and his sword within reach of the other, spent sleepless hours in a servant's room in the Conde de Guadalmedina's mansion. As for Charles Stuart and Buckingham, they lodged in considerably greater comfort, and with every honor, in the home of the English ambassador. The following morning, when the news had spread and while the counselors of our lord and king, with the Conde de Olivares at their head, attempted to seek a way out of the diplomatic crisis, the people of Madrid gathered en masse before the House of Seven Chimneys to cheer the daring traveler. Charles Stuart was young, ardent, and optimistic. He had recently turned twenty-two, and, with that aplomb the young have in copious supply, he was as sure of the seductiveness of his gesture as he was of the love of an infanta whom he had never met. He was similarly sure, counting on our reputation for being gentlemanly and hospitable, that the Spanish, along with his lady, would be conquered by such a gallant gesture. And in that he was correct. Yes, if the nearly half-century reign of our good and ineffective monarch don Philip the Fourth, mistakenly called the Great—all chivalry and hospitality, mass on holidays, parading around with splendor and sword and empty belly—had filled Spain's coffers and put pikemen in Flanders, it is also true that I, my captain Alatriste, the Spanish in general, and poor Spain in all its kingdoms had danced to a different tune. And that infamous period was called the Siglo de Oro? *That* Golden Age, eh? The truth is that those of us who lived and suffered through it saw little gold and barely enough silver. Sterile sacrifice, glorious defeats, corruption, rogues, misery, and shame, *that* we had up to the eyebrows. But then when one goes and looks at a painting by Diego Velázquez, listens to verses by Lope or Calderon, reads a sonnet by Francisco de Quevedo, one says to oneself that perhaps it was all worthwhile.

But back to my tale. I was telling you that the news of the adventure raced around the city like a trail of gunpowder, and won the heart of all Madrid, though for our lord and king and the Conde de Olivares, as we later learned, the uninvited arrival of the heir to the English crown had hit them like lead shot between the eyes. Protocol was maintained, of course, and everything was all consideration and

la escaramuza del callejón, ni media palabra. De los pormenores se enteró Diego Alatriste cuando el conde de Guadalmedina regresó a casa, ya entrada la mañana, feliz por el éxito que acababa de apuntarse escoltando a los dos jóvenes y haciéndose acreedor de su gratitud y de la del embajador inglés. Después de las cortesías de rigor en la casa de las Siete Chimeneas, Guadalmedina había sido llamado con urgencia al Alcázar Real, donde puso al corriente del episodio al Rey nuestro señor y al primer ministro. Empeñada su palabra, el conde no podía revelar los pormenores de la emboscada; pero Álvaro de la Marca supo, sin incurrir en el desagrado regio ni faltar a su fe de caballero, expresar sobrados detalles, gestos, sobreentendidos y silencios, para que tanto el monarca como el válido comprendieran, horrorizados, que a los dos imprudentes viajeros habían estado apunto de hacerlos filetes en un callejón oscuro de Madrid.

La explicación, o al menos algunas de las claves que bastaron para darle a Diego Alatriste idea de con quién se jugaba los maravedís, le vino por boca de Guadalmedina; que tras pasar media mañana haciendo viajes entre la casa de las Siete Chimeneas y Palacio, traía noticias frescas, aunque no muy tranquilizadoras para el capitán.

—En realidad el negocio es simple —resumía el conde—. Inglaterra lleva tiempo presionando para que se celebre la boda, pero Olivares y el Consejo, que está bajo su influencia, no tienen prisa. Eso de que una infanta de Castilla matrimonia con un príncipe anglicano les huele a azufre... A sus dieciocho años, el Rey es demasiado joven; y en esto, como en todo lo demás, se deja guiar por Olivares. En realidad los del círculo íntimo creen que el válido no tiene intención de dar su visto bueno a la boda, salvo que el Príncipe de Gales se convierta al catolicismo. Por eso Olivares da largas, y por eso el joven Carlos ha decidido coger el toro por los cuernos y plantearnos el hecho consumado.

Álvaro de la Marca despachaba un refrigerio sentado a la mesa forrada de terciopelo verde. Era media mañana, estaban en la misma habitación donde había recibido la noche anterior a Diego Alatriste, y el aristócrata comía con mucha afición trozos de empanada de pollo y un cuartillo de vino en jarra de plata: su éxito diplomático y social en aquella jornada le **avivaba** el apetito. Había invitado a Alatriste a acompañarlo tomando un bocado, pero el capitán rechazó la invitación. Permanecía de pie, apoyado en la pared, viendo comer a su protector. Estaba vestido para salir, con capa, espada y sombrero sobre una silla próxima, y en el rostro sin afeitar mostraba las trazas de la noche pasada en blanco.

compliments. And of the skirmish in the lane, not so much as a whisper. Diego Alatriste learned the particulars when the Conde de Guadalmedina returned home early in the morning, happy over the success he had just scored by escorting the two young men and being the recipient of their gratitude and that of the English ambassador. After the obligatory courtesies in the House of Seven Chimneys, Guadalmedina had been urgently summoned to the Royal Palace, where he brought the king and first minister up-to-date on the happenings. Bound by his word, the count could not reveal the details of the ambush. But without incurring the displeasure of the king, on the one hand, or betraying his word as a gentleman, on the other, Álvaro de la Marca knew how to communicate enough details through gestures, hints, and silences, that the monarch and his prime minister comprehended, to their horror, how close the two imprudent travelers had come to being filleted in a dark lane in Madrid.

The full story, or at least some of the key points that were enough to give Diego Alatriste an idea of who his shadowy employers were, came from Guadalmedina's mouth. After spending half the morning traveling back and forth between the House of Seven Chimneys and the palace, he brought fresh, though not especially calming, news for the captain.

"In truth, it is very simple," the count summarized. "For some time, England has been pressing for this marriage, but Olivares and the Council, which is still under his influence, are in no hurry. That an infanta of Castile should marry an Anglican prince brought the smell of sulfur to their nostrils. The king is young, and in this, as in everything else, he lets himself be guided by Olivares. Those within the close personal circle of the king believe that the prime minister has no intention of giving his stamp of approval to the wedding—unless the Prince of Wales should convert to Catholicism. That is why Olivares has been dragging his feet, and that is also why the young Charles decided to take the bull by the horns and present us with a *fait accompli*."

Álvaro de la Marca was sitting at the green-velvet-covered table, wolfing down a small snack. It was mid-morning, and they were in the same room in which he had received Diego Alatriste the night before. The aristocrat was giving his devoted attention to a chicken *empanada*, meat pies being one of his favorite dishes, and drinking wine from a small silver jug; his diplomatic and social success the night before had clearly **whetted** his appetite. He had invited Alatriste to join him at table, but the captain rejected the invitation. He remained standing, leaning against the wall, watching his protector eat. Alatriste was dressed to go out; his cape, sword, and hat were on a nearby chair, and his unshaven face showed traces of his sleepless night.

—¿A quién cree vuestra merced que incomoda más ese matrimonio?

Guadalmedina lo miró entre dos bocados.

—Uf. A mucha gente —dejó la empanada en el plato y se puso a contar con los dedos relucientes de grasa—. En España, la Iglesia y la Inquisición están rotundamente en contra. A eso hay que añadir que el Papa, Francia, Saboya y Venecia siguen dispuestos a cualquier cosa con tal de impedir la alianza entre Inglaterra y España... ¿Te imaginas lo que hubiera ocurrido si anoche llegáis a matar al príncipe y a Buckingham?

—La guerra con Inglaterra, supongo.

El conde atacó de nuevo su refrigerio.

—Supones bien —apuntó, sombrío—. De momento hay acuerdo general para silenciar el incidente. El de Gales, y Buckingham sostienen que fueron objeto de un ataque de salteadores comunes, y el Rey y Olivares han hecho como que se lo creían. Después, a solas, el Rey le pidió una investigación al válido, y éste prometió ocuparse de ello —Guadalmedina se detuvo para beber un largo trago de vino, secándose luego bigote y perilla con una enorme servilleta blanca, crujiente de almidón—. Conociendo a Olivares, estoy seguro de que él mismo podría haber montado el golpe; aunque no lo creo capaz de llegar tan lejos. La tregua con Holanda está a punto de romperse, y sería absurdo distraer el esfuerzo de guerra en una empresa innecesaria contra Inglaterra...

El conde liquidó la empanada mirando distraídamente el tapiz flamenco colgado en la pared a espaldas de su interlocutor: caballeros asediando un castillo e individuos con turbante tirándoles flechas y piedras desde las almenas con muy mala sangre. El tapiz llevaba más de treinta años allí colgado, desde que el viejo general Don Fernando de la Marca lo requisó como botín durante el último saqueo de Amberes, en los tiempos gloriosos del gran Rey Don Felipe. Ahora, su hijo Álvaro masticaba despacio frente a él, reflexionando. Después sus ojos volvieron a Alatriste.

—Esos enmascarados que alquilan tus servicios pueden ser agentes pagados por Venecia, Saboya, Francia, o vete a saber.. ¿Estás seguro de que eran españoles?

—Tanto como vuestra merced y como yo. Y gente de calidad.

—No te fíes de la calidad. Aquí todo el mundo pre-

“Your Mercy, who do you think is most disturbed by the idea of this marriage?”

Between bites, Guadalmedina looked up.

“Oof. Many people.” He set the *empanada* on the plate and began to count on fingers shiny with grease.

“In Spain, the Church and the Inquisition are soundly against it. To them you would have to add that the pope, France, Savoy, and Venice are still open to anything that would impede an alliance between England and Spain. Can you imagine what would have happened if you had succeeded in killing the prince and Buckingham?”

“War with England, I suppose.”

Again the count attacked his food.

“You suppose correctly” He nodded somberly. “At the moment there is general agreement that the incident should be kept quiet. The prince and Buckingham maintain that they were the object of an attack by common footpads, and the king and Olivares are acting as if they believe them. Afterward, when they were alone, the king asked the prime minister to conduct an investigation, and he promised to see to it immediately.” Guadalmedina paused to take a long swallow of wine, then dried his mustache and goatee with an enormous napkin rustling with starch. “Knowing Olivares, I am sure that he himself was *capable* of setting up an ambush, although I do not think he would go that far. The truce with Holland is falling through, and it would be absurd to distract from the war effort by taking on an unnecessary conflict with England.”

The count finished off the *empanada*, staring distractedly at the Flemish tapestry on the wall behind the captain: horsemen attacking a castle, and hostile individuals in turbans aiming arrows and stones at them from the **merlons**. The tapestry had been hanging there for more than thirty years, ever since the old general, don Fernando de la Marca, took it as booty during the last sacking of Antwerp, in the glorious days of the great King Philip. Now don Fernando's son was slowly chewing and staring at it reflectively. He turned to look at Alatriste.

“Those masked men who hired your services could be paid agents for Venice, Savoy, France, or who knows where Are you sure they were Spanish?”

“As Spanish as you or I. And men of breeding.”

“Do not put your faith in breeding. Here everyone

sume de lo mismo: de cristiano viejo, hijodalgo y caballero. Ayer tuve que despedir a mi barbero, que pretendía afeitarme con su espada colgada del cinto. Hasta los lacayos la llevan. Y como el trabajo es mengua de la honra, no trabaja ni Cristo.

—Estos que yo digo sí eran gente de calidad. Y españoles.

—Bueno. Españoles o no, viene a ser lo mismo. Como si los de afuera no pudieran pagarse cualquier cosa aquí adentro... —el aristócrata soltó una risita amarga—. En esta España austriaca, querido, con oro puede comprarse por igual al noble que al villano. Todo lo tenemos en venta, salvo la honra nacional; e incluso con ella traficamos de tapadillo a la primera oportunidad. En cuanto a lo demás, qué te voy a contar. Nuestra conciencia... —le dirigió un vistazo al capitán por encima de su jarra de plata—. Nuestras espadas...

—O nuestras almas —rubricó Alatriste.

Guadalmedina bebió un poco sin dejar de mirarlo.

—Sí —dijo—. Tus enmascarados pueden, incluso, estar a sueldo de nuestro buen pontífice Gregorio XV. El Santo Padre no puede ver a los españoles ni en pintura.

La gran chimenea de piedra y mármol estaba apagada, y el sol que entraba por las ventanas sólo era tibio; pero aquella mención a la Iglesia bastó para que Diego Alatriste sintiera un calor incómodo. La imagen siniestra de fray Emilio Bocanegra cruzó de nuevo su memoria como un espectro. Había pasado la noche viéndola dibujarse en el techo oscuro del cuarto, en las sombras de los árboles al otro lado de la ventana, en la penumbra del corredor; y la luz del día no era suficiente para hacerla desvanecerse. Las palabras de Guadalmedina la materializaban de nuevo, a modo de mal presagio.

—Sean quienes sean —proseguía el conde—, su objetivo está claro: impedir la boda, dar una lección terrible a Inglaterra, y hacer estallar la guerra entre ambas naciones. Y tú, al cambiar de idea, lo arruinaste todo. Lo tuyo ha sido de licenciado en el arte de hacerse enemigos, así que yo, en tu lugar, cuidaría el pellejo. El problema es que no puedo protegerte más. Contigo aquí podría verme implicado. Yo que tú haría un viaje largo, muy lejos... Y sepas lo que sepas, no lo cuentes ni bajo confesión. Si de esto se entera un cura, cuelga los hábitos, vende el secreto y se hace rico.

claims to be from an old Christian family, a gentleman, someone of stature. Yesterday I had to dismiss my barber, who had the brass to try to shave me while his sword hung at his waist. Even servants carry them. And as work degrades honor, not even Christ lifts a hand."

"But these I speak of were gentlemen. And Spanish."

"Very well. Spanish or not, it is all the same. As if a foreigner could not pay someone to carry out his underhanded schemes." The aristocrat laughed a bitter little laugh. "In this Hapsburg Spain, my dear fellow, the gold of nobleman and villain alike is equally welcome. Everything is for sale, except the nation's honor; and even that we secretly barter at the first opportunity. As for the rest, what can I tell you? Our conscience..." He looked at the captain over the silver jug. "Our swords. . ."

"And our souls," Alatriste finished with a flourish.

Guadalmedina took another sip, never removing his eyes from the captain.

"Yes," he said. "Your masked men could even be in the pay of our good pontiff, Gregory. Our Holy Father cannot abide the sight of a Spaniard."

The fire in the great stone-and-marble hearth had burned down, and the sun shining through the windows was barely warm, but that mention of the Church was enough to make Diego Alatriste feel uncomfortably flushed. The sinister image of Fray Emilio Bocanegra floated through his mind like a specter. He had spent the night seeing him materialize on the dark ceiling of the room, in the shadows of the trees outside the window, in the dark corridor, and the light of day was not bright enough to make him fade completely. Guadalmedina's words brought him back again, like a bad omen.

"Whoever they may be," the count continued, "their objective is clear: to avert the marriage, to teach a terrible lesson to England, and to see war explode between the two nations. And you, by changing your mind, **poleaxed** everything. You earned your degree in the art of making enemies, so, were I you, I would take good care to guard my back. The problem is that I cannot protect you any longer. With you here, I myself could become implicated. Again, if I were in your shoes, I would take a long journey . . . a very long journey . . . And whatever it is you know, do not tell anyone, even in confession. If a priest learned anything of this, he would hang up his habit, sell the secret, and live life as a wealthy man."

—¿Y qué pasa con el inglés?... ¿Ya está a salvo?

Guadalmedina aseguró que por supuesto. Con toda Europa al corriente, el inglés podía considerarse tan seguro como en su condenada Torre de Londres. Una cosa era que Olivares y el Rey estuviesen dispuestos a seguir dándole largas, a agasajarlo mucho y a hacerle promesa tras promesa hasta que se aburriera y se fuese con viento fresco, y otra que no garantizaran su seguridad.

—Además —prosiguió el conde— Olivares es listo y sabe improvisar. Igual cambia de idea, y el Rey con él. ¿Sabes qué le ha dicho esta mañana delante de mí al de Gales?... Que si no obtenían **dispensa** de Roma y no podía darle a la infanta como esposa, se la daría como amante... ¡Es grande, ese Olivares! Un hideputa con pintas, hábil y peligroso, más listo que el hambre. Y Carlos tan contento, seguro de tener ya a doña María en los brazos.

—¿Se sabe cómo ve ella el asunto?

—Tiene veinte años, así que imagínate. Se deja querer. Que un hereje de sangre real, joven y guapo, sea capaz de lo que ha hecho éste por ella, la repele y fascina al mismo tiempo. Pero es una infanta de Castilla, así que el protocolo lo tiene todo previsto. Dudo que los dejen pelar la pava a solas ni para decir un avemaría... Precisamente volviendo para acá se me ha ocurrido el comienzo de un soneto:

*Vino Gales a bodas con la infanta
en procura de tálamo y princesa,
ignorante el leopardo que esta empresa
no corona el audaz, sino el que aguanta.*

—... ¿Qué te parece? —Álvaro, de la Marca miró inquisitivo a Alatriste, que sonreía un poco, divertido y prudente, absteniéndose de opinar—. Bueno, yo no soy Lope, pardiez. E imagino que tu amigo Quevedo pondría serios reparos; más para tratarse de versos míos no están mal... Si los ves circulando por ahí en hojas anónimas, ya sabes de quién son... En fin —el conde apuró el resto del vino y se puso en pie, tirando la servilleta sobre la mesa—. Volviendo a temas graves, lo cierto es que una alianza con Inglaterra nos compondría bien contra Francia; que después de los protestantes, y aún diría yo que más, es nuestra principal amenaza en Europa. A lo mejor con el tiempo cambian de idea y se celebra el casorio; aunque por los comentarios que conozco en privado del Rey y de Olivares, me sorprendería mucho.

“And what about the Englishman? Is he safe now?”

Guadalmedina assured Alatriste that he was. With all Europe knowing where he was, the Englishman could consider himself as safe as if he were in his foul Tower of London. It was one thing for Olivares and the king to keep dragging their feet, to lionize the prince and make promise after promise, until he got bored and followed a fair wind home. It was altogether different to claim that they could not guarantee his safety.

“Besides,” the count went on, “Olivares is wily, and he knows how to improvise. He can easily change his plan, and the king with him. Do you know what he told the prince this morning in my presence? That if they did not obtain **dispensation** from Rome and could not give him the infanta as a wife, they would give her to him as a lover. A fine one, that Olivares! A whoreson to end all whoresons—clever and dangerous, and sharper than the pangs of hunger. And Charles, completely content now, is sure that he will hold doña Maria in his arms.”

“Does anyone know how she feels about the matter?”

“She is young, so use your imagination. She is not averse to love. That a young, handsome heretic of royal blood would do what he did for her both repels and fascinates her. But she is an infanta of Castile, so protocol is to be observed. I doubt that they will let them anywhere near each other, even to pray an Ave Maria. And by the way, just as I was coming home, I composed the first lines of a little sonnet.

*“Wales came to seek his infanta fair
And a bridal bed, but if truth be told,
The coveted prize, the Lion learned,
Goes to the patient, not the bold.”*

“What do you think?” Álvaro de la Marca looked at Alatriste, who was smiling lightly, amused but prudently abstaining from comment.

“I am not Lope, forsooth! And I imagine that your friend Quevedo would make some serious objections, but for something of mine, it is not at all bad. If you come across it on one of those anonymous broadsheets, you will know whose it is Well, then.”

The count downed the rest of his wine and stood, tossing his napkin on the table. “Getting back to serious questions, one thing is true: An alliance with England would put us in a better position regarding France. After the Protestants—I would say even more than those dissenters—that is our principal threat in Europe. We must hope that over time Olivares and the king will change their minds and the wedding will take place, although from the comments I heard from them in private, that would surprise me greatly.”

Anduvo unos pasos por la habitación, miró de nuevo el tapiz robado por su padre en Amberes y se detuvo, pensativo, ante la ventana.

—De una u otra forma —prosiguió— una cosa era acuchillar anoche a un viajero anónimo que oficialmente no estaba aquí, y otra muy distinta atender hoy contra la vida del nieto, de María Estuardo, huésped del Rey de España y futuro monarca de Inglaterra. El momento ha pasado. Por eso imagino que tus enmascarados estarán furiosos, clamando venganza. Además, no les conviene que los testigos puedan hablar; y la mejor manera de silenciar a un testigo es convertirlo en cadáver... —se había vuelto a mirar con fijeza a su interlocutor—. ¿Captas la situación? Me alegro. Y ahora, capitán Alatriste, te he dedicado demasiado tiempo y tengo cosas que hacer; entre ellas concluir mi soneto. Así que búscate la vida. Y que Dios te ampare.

Todo Madrid era una gran fiesta, y la curiosidad popular había convertido la casa de las Siete Chimeneas en pintoresca romería. Grupos de curiosos subían por la calle de Alcalá hasta la iglesia del Carmen Descalzo, congregándose al otro lado ante la residencia del embajador inglés, donde algunos alguaciles mantenían blandamente alejada a la gente que aplaudía el paso de cualquiera de las carrozas que iban y venían desde las cocheras de la casa. Se pedía a gritos que el príncipe de Gales saliera a saludar; y cuando a media mañana un joven rubio se asomó un momento a una de las ventanas, lo acogió estruendosa ovación, a la que el mozo correspondió con un gesto de la mano, tan gentil que de inmediato le ganó la voluntad del populacho congregado en la calle. Generoso, simpático, acogedor con quien sabía llegarle al corazón, el pueblo de Madrid había de dispensar al heredero del trono de Inglaterra, durante los meses que pasó en la Corte, siempre idénticas muestras de aprecio y benevolencia. Otra hubiera sido la historia de nuestra desgraciada España si los impulsos del pueblo, a menudo generoso, hubieran primado con más frecuencia frente a la árida razón de Estado, el egoísmo, la venalidad y la incapacidad de nuestros políticos, nuestros nobles y nuestros monarcas. El cronista anónimo se lo hace decir a ese mismo pueblo en el viejo romance del Cid, y uno recuerda con frecuencia sus palabras cuando considera la triste historia de nuestras gentes, que siempre dieron lo mejor de sí mismas, su inocencia, su dinero, su trabajo y su sangre, viéndose en cambio tan mal pagadas: «Qué buen vasallo que fuera, si tuviese buen señor».

El caso es que el entusiasta vecindario madrileño

The count walked aimlessly around the room, again examined the tapestry his father had stolen in Antwerp, and stopped, thoughtful, at the window.

“It might somehow have been understandable,” he went on, “if an anonymous traveler, one who officially was not even here, had been the victim of an unknown swordsman last night. But now... If an attempt were made now on the life of the grandson of Mary Stuart, a guest of the King of Spain, and the future monarch of England . . . ‘Sblood! That could not be as easily explained. The moment has passed. And for that reason I imagine that your masked men must be enraged, clamoring for vengeance. Furthermore, it is not in their best interest that there be witnesses who might speak out, and the best way to silence a witness is to fit him for a coffin.” Again his eyes bored into Alatriste’s. “Do you understand your situation? Yes? I am happy to hear that. And now, Captain Alatriste, I have devoted too much time to you. I have things to do, among them completing my sonnet. You must look to your safety, and may God help you.”

All Madrid was one great fiesta. The people’s curiosity had converted the House of Seven Chimneys into a colorful place of pilgrimage. Large numbers of curious Madrileños followed Calle de Alcalá to the church of the Discalced Carmelites, passed it, and congregated before the residence of the English ambassador, where mild-mannered constables kept pushing back the spectators, who cheered every time one of the carriages going to or coming from the house passed. There were constant calls for the Prince of Wales to come out to greet them, and when at mid-morning a young blond appeared for a moment at one of the windows, he received a thunderous ovation, to which he replied with a wave of the hand so genteel that he immediately won the approval of the crowd gathered in the street. Generous, sympathetic, welcoming to anyone who knew how to reach their hearts, the people of Madrid would show to the heir of the English throne the same evidence of their appreciation and goodwill during all the months he was to spend at court. The history of our benighted Spain would have been very different had the generous impulses of the people won out more frequently over the arid doctrine of the state and the self-interest, venality, and ineptitude of our politicians, nobles, and monarchs. The anonymous chronicler who composed the ballad of *El Cid* says the same of the ordinary people of that day. His words come to mind when one considers the sad history of our people, who always have given the best of themselves—their innocence, their money, their labors, and their blood—only to find themselves ill repaid in return: “*What a fine vassal would he have made, had he but served a good lord.*”

The case is that the Madrileños came that

acudió aquella mañana a festejar al de Gales, y yo mismo estuve allí acompañando a Caridad la Lebrijana, que no quería perderse el espectáculo. No sé si les he contado que la Lebrijana tenía por entonces treinta o treinta y cinco años y era una andaluza vulgar y hermosa, morena, todavía de trapío y buenas trazas, ojos grandes, negros y vivos, y pecho opulento, que había sido actriz de comedias durante cinco o seis años, y puta otro tanto en una casa de la calle de las Huertas. Cansada de aquella vida, con las primeras patas de gallo había empleado sus ahorros en comprar la taberna del Turco, y de ella vivía ahora con relativas decencia y holgura. Añadiré, sin que sea faltar a ningún secreto, que la Lebrijana estaba enamorada hasta los tuétanos de mi señor Alatriste, y que a tal título le fiaba en condumio y materia líquida; y que la vecindad del alojamiento del capitán, comunicada por la misma corrala con la puerta trasera de la taberna y la vivienda de la Lebrijana, facilitaba que ambos compartieran cama con cierta frecuencia. Cierto es que el capitán siempre se mostró discreto en mi presencia; pero cuando vives con alguien, a la larga esas cosas se notan. Y yo, aunque jovencito y de Oñate, nunca fui ningún pardillo.

Aquel día, les contaba, acompañé a Caridad la Lebrijana por las calles Mayor, Montera y Alcalá, hasta la residencia del embajador inglés, y allí nos quedamos con la muchedumbre que vitoreaba al de Gales, entre ociosos y gentes de toda condición convocadas por la curiosidad. Convertida la calle en mentidero más zumbón que las gradas de San Felipe, pregonaban sus bebidas aguadores y alojeros, vendíanse pastelillos y vidrios de conserva, se instalaban improvisados bodegones de puntapié para saciar el hambre por unas monedas, pordioseaban los mendigos, alborotaban criadas, pajes y escuderos, corrían todo tipo de especies e invenciones fabulosas, se parloteaban en corros los acontecimientos y los rumores de palacio, y eran alabados el cuajo y la audacia caballerisca del joven príncipe, haciéndose todos lenguas, y en especial las mujeres, de su elegancia y figura, así como las demás prendas de su persona y la de Buckingham. Y de ese modo, animadamente, muy a la española, iba transcurriendo la mañana.

—¡Tiene buen porte! —decía la Lebrijana, después que vimos al presunto príncipe asomarse a la ventana—. Talle fino y donaire... ¡Hará linda pareja con nuestra infanta!

Y se enjugaba las lágrimas con la punta de la toquilla. Como la mayor parte del público femenino, estaba de parte del enamorado; pues la audacia de su gesto había ganado las voluntades, y todos consideraban el asunto cosa hecha.

morning to celebrate the Prince of Wales, and I myself was there accompanying Caridad la Lebrijana, who did not want to miss the spectacle. I do not know whether I have told you, but at that time La Lebrijana was about thirty or thirty-five years old, a common but beautiful Andalusian, still spirited and well formed; she had olive skin, large black shining eyes, and a generous bosom. For five or six years she had been an actress, and about that many more a whore in a house on Calle de las Huertas. Weary of that life, at the first sign of crow's-feet she had used her savings to buy the Tavern of the Turk, and with that asset she was now living in relative decency and comfort. I will add, and this is no secret, that La Lebrijana was painfully in love with my master Alatriste. Under that binding indenture she guaranteed him bread and drink, and also-because of the situation of the captain's lodgings, which communicated via the same courtyard with the back door of the tavern and the dwelling of La Lebrijana-a certain frequency in sharing of beds. I must make it clear that the captain was always very discreet in my presence, but when you live with another person, some things cannot be hidden. And though I may still have been a little wet behind the ears, I was not a ninny.

That day, as I was telling Your Mercies, I accompanied Caridad la Lebrijana up Mayor, Montera, and Alcalá to the residence of the English ambassador, where we joined the throng cheering the prince, along with all the other idlers and assorted humanity drawn there by curiosity. The street was buzzing louder than the steps of San Felipe, and vendors were offering water and mead, meat pies and conserves. Street stalls had been hastily set up where a morning's hunger could be satisfied for a few coins; beggars were busy, servants, pages, and squires were scurrying about, creating an uproar, and tit and tittle and fabulous invention swirled through the crowd like the wind. Events and rumors from the palace were parroted in group after group, and the aplomb and chivalric daring of the young prince were praised to the heavens. Tongues-especially those of the women-were wagging over his elegance and bearing, as well as other virtues of the prince and his friend Buckingham. And so the morning raced by in a very lively, very Spanish manner.

"How well he carries himself!" said La Lebrijana, after someone presumed to be the prince was seen at a window.

"A fine figure of a man, and such grace. He would make a great match for our infanta!"

She **dried** her tears with the tail of her shawl. Like most of the female spectators, she was on the side of the suitor. The audacity of his gesture had won hearts, and everyone considered the matter signed and sealed.

—Lástima que ese boquirrubio sea hereje. Pero eso lo arregla un buen confesor, y un bautismo a tiempo —la buena mujer, en su ignorancia, creía que los anglicanos eran como los turcos, que no los bautizaba nadie—... ¡Pueden más dos mamellas que dos centellas!

Y se reía, agitando aquel pecho opulento que a mi me tenía fascinado, y que en cierto modo —entonces me resultaba difícil explicarlo— me recordaba el de mi madre. Recuerdo perfectamente la sensación que me producía el escote de Caridad la Lebrijana cuando se inclinaba a servir la mesa y la blusa insinuaba, moldeados por su propio peso, aquellos volúmenes grandes, morenos y llenos de misterio. Con frecuencia me preguntaba qué haría el capitán con ellos cuando me mandaba a comprar algo, o a jugar a la calle, y se quedaba solo en casa con la Lebrijana; y yo, bajando la escalera de dos en dos peldaños, la oía a ella reír arriba, muy fuerte y alegre.

En ésas estábamos, aplaudiendo con entusiasmo a toda figura que se asomaba a las ventanas, cuando apareció el capitán Alatriste. Aquélla no era, ni mucho menos, la primera noche que pasaba fuera de nuestra casa; de modo que yo había dormido a pierna suelta, sin inquietud alguna. Pero al verlo ante la casa de las Siete Chimeneas intuí que algo ocurría. Llevaba el sombrero bien calado sobre la cara, la capa envuelta en torno al cuello y las mejillas sin rasurar a pesar de lo avanzado de la mañana; él, que con su disciplina de viejo soldado tan cuidadoso era de una digna apariencia. Sus ojos claros también parecían cansados y recelosos al mismo tiempo, y se le veía caminar entre la gente con el gesto suspicaz de quien, de un momento a otro, espera una mala pasada. Tras las primeras palabras pareció más relajado, cuando aseguré que nadie había preguntado por él, ni durante la noche ni por la mañana. La Lebrijana dijo lo mismo respecto a la taberna: ni desconocidos ni preguntas. Después, al apartarme un poco, la oí inquirir en voz baja en qué malos pasos andaba metido de nuevo. Volvime a mirarlos con disimulo, la oreja atenta; pero Diego Alatriste se limitaba a permanecer silencioso, mirando las ventanas del embajador inglés con expresión impasible.

Había también entre los curiosos gente de calidad, sillas de manos, literas y coches, incluso dos o tres carrozas con damas y sus dueñas acechando tras las cortinillas; y los vendedores ambulantes se acercaban a ofrecerles refresco y golosinas. Al echarles un vistazo me pareció reconocer uno de los carruajes: era oscuro, sin escudo en la portezuela, con dos buenas mulas en los arreos. El cochero charlaba en un corro de curiosos, así que pude ir hasta el estribo sin que nadie me importunase. Y allí, en la ventani-

“What a shame that such a handsome fellow is a heretic. But a good confessor will remedy that, and in time, a baptism.” In her ignorance, the woman believed that Anglicans were like the Turks, and were never baptized. “A bosom like a pouter pigeon will win out over any religion.”

And she laughed, and the opulent bosom that so enthralled me quivered delectably, and in a certain way that I have great difficulty explaining, reminded me of my mother's. I can recall in every detail the sensation I felt every time Caridad la Lebrijana bent down to serve at table, and her blouse hinted of those great, mysterious, olive-skinned orbs, modeled by their own weight. Often I wondered what the captain might be doing with them those times that he sent me out to make a purchase, or to find something to do outside, leaving La Lebrijana and him alone in the house. As I ran down the steps two at a time, I would hear her laughing upstairs, very loud and very happy.

So there we were, enthusiastically cheering any figure that appeared at a window, when Captain Alatriste came along. It was not the first night he had not come home, not by any stretch of the imagination, and I had slept the sleep of the dead, without a worry. But the minute I saw him at the House of Seven Chimneys, I sensed that something was wrong. His hat was pulled low over his face, his cape wrapped high around his neck, and his cheeks were not shaved despite the lateness of the hour, even though with his discipline as an old soldier he was always particular about how he looked. His gray-green eyes seemed tired and suspicious at the same time, and I watched him thread his way through the crowd with the wary attitude of someone who is expecting something bad to befall him at any moment. Once I had assured him that no one had asked for him, neither during the night nor this morning, he seemed a bit more at ease. La Lebrijana said the same in regard to the tavern: no strangers, no inquiries. Later, when I moved a little apart, I heard her ask in a low voice what trouble he had gotten himself into this time. I took care to watch them, without appearing to, and kept my ears cocked, but Diego Alatriste said nothing more, only stared at the windows of the English ambassador's mansion, his expression unreadable.

Mixed in among the curious were people of quality: sedan chairs and coaches, including two or three carriages with ladies and their duennas peering between the curtains. I glanced at them through the itinerant vendors hurrying to offer them their wares, and thought I recognized one of the carriages. It was dark, with no coat of arms on the door, and had two good mules in the harness. The coachman was chatting with a group of bystanders, so I was able to approach the carriage without being run off. And

lla, una mirada azul y unos tirabuzones rubios bastaron para darme la certeza de que mi corazón, que palpitaba alocadamente hasta quererse salir del pecho, no había errado.

—A vuestro servicio —dije, afirmando la voz a duras penas.

Ignoro cómo, con los pocos años que por aquel entonces tenía Angélica de Alquézar, alguien puede llegar a sonreír como ella lo hizo esa mañana ante la casa de las Siete Chimeneas; pero lo cierto es que lo hizo. Una sonrisa lenta, muy lenta, de desdén y de sabiduría infinita al mismo tiempo. Una de aquellas sonrisas que ninguna niña ha tenido tiempo de aprender en su vida, sino que son innatas, hechas de esa lucidez y esa mirada penetrante que en las mujeres constituye exclusivo patrimonio; fruto de siglos y siglos de ver, en silencio, a los hombres cometiendo toda suerte de estupideces. Yo era entonces demasiado joven para advertir lo menguados que podemos ser los varones, y lo mucho que puede aprenderse en los ojos y en la sonrisa de las mujeres. No pocos percances de mi vida adulta se habrían resuelto a mayor satisfacción de haber dedicado más tiempo a tal menester. Pero nadie nace enseñado; y a menudo, cuando gozas de las debidas enseñanzas, es demasiado tarde para que éstas sirvan a tu salud o a tu provecho.

El caso es que la mocita rubia, de ojos como el cielo claro y frío de Madrid en invierno, sonrió al reconocerme; incluso se inclinó un poco hacia mí entre crujidos de seda de su vestido mientras apoyaba una mano delicada y blanca en el marco de la ventanilla. Yo estaba junto al estribo del coche de mi pequeña dama, y la euforia de la mañana y el ambiente caballeresco de la situación me acícateaban la audacia. También reforzaba mi aplomo el hecho de vestir aquel día con cierto decoro, gracias a un jubón marrón oscuro y unas viejas medias calzas pertenecientes al capitán Alatriste, que el hilo y la aguja de Caridad la Lebrijana habían ajustado a mi talla, dejándolas como nuevas.

—Hoy no hay barro en la calle —dijo, y su voz me estremeció hasta la punta de la coronilla. Era el suyo un tono quedo y seductor, nada infantil. Casi demasiado grave para su edad. Algunas damas usaban ese mismo tono al dirigirse a sus galanes en las jácaras representadas en las plazas, y en las comedias. Pero Angélica de Alquézar —cuyo nombre yo ignoraba todavía— no era actriz, y era una niña. Nadie le había enseñado a fingir aquel eco oscuro, aquel modo de pronunciar las palabras de un modo capaz de hacerte sentir como un hombre hecho y derecho, y además el único existente en mil leguas a la redonda.

there, at the little window, I needed only to see blue eyes and blond curls to confirm that my heart, which was pounding so madly I thought it might leap from my chest, had not erred.

“At your service,” I said, controlling my voice with great effort.

I vow I do not know how, as young as Angelica de Alquézar was at the time, she-or anyone else-could learn to smile the way she smiled that morning in front of the House of Seven Chimneys. All I know is that she did. A slow smile, very slow, conveying both disdain and infinite wisdom. One of those smiles that no young girl has had time to learn in her brief life but that is born of the lucidity and penetrating gaze that is a female's exclusive territory, the fruit of centuries and centuries of silently observing men commit every manner of stupidity. I was too young to have learned how foolish we males can be, or how much can be learned from a woman's eyes and smile. No few misadventures in my adult life would have had a happier outcome had I devoted more time to that lesson. But no one is born wise, and often, just when a man is beginning to profit from such teachings, it is too late to benefit either health or fortunes.

The fact is that the girl with the blond curls and eyes like the cold, clear skies of a Madrid winter smiled when she recognized me; she even leaned slightly toward me, accompanied by the sound of rustling silk, and placed a small, delicate white hand on the window frame. I was right by the footboard of my lady's coach, and the euphoria of the morning and the atmosphere of chivalry surrounding us spurred my audacity. My self-confidence was reinforced by the fact that I had dressed that day with a certain decorum, thanks to a dark brown doublet and a pair of old hose that had belonged to Captain Alatriste but looked like new after I had fitted them to my size with Caridad la Lebrijana's needle and thread.

“Today there is no mud in the street,” she said, and her voice shook me from my toes to the tip of my noggin. She spoke in a quiet, seductive tone; there was nothing childlike about it. Almost too serious for her age. Some ladies used that tone when addressing their gallants in the shows that strolling players presented in the plazas, and in the comedies in the theaters. But Angelica de Alquézar--whose name I did not yet know--was a young girl, not an actress. No one had taught her to feign that low throb in her voice, to enunciate her words in a way that made me feel like a grown man, and more . . . the only man for a thousand leagues around.

–No hay barro –repetí, sin prestar atención a lo que yo mismo decía–. Y lo siento, porque eso me impide tal vez servirlos de nuevo.

Con las últimas palabras me llevé la mano al corazón. Reconozcan, por tanto, que no me las com-puse mal; y que la respuesta galante y el gesto estu-vieron a la altura de la dama y de las circunstancias. Así debió de ser, pues en vez de desentenderse de mí, ella sonrió otra vez. Y yo fui el mozo más feliz, y más galante, y más hidalgo del mundo.

–Es el paje del que os hablé –dijo entonces ella, dirigiéndose a alguien que estaba a su lado, en el interior del coche, y a quien yo no podía ver–. Se llama Íñigo, y vive en la calle del Arcabuz –estaba vuelta de nuevo hacia mí, que la miraba con la boca abierta, fascinado por el hecho de que fuera capaz de recordar mi nombre–. Con un capitán, ¿no es cierto?... Un tal capitán Batiste, o Eltriste.

Hubo un movimiento en la penumbra del interior del coche y, primero una mano de uñas sucias, y luego un brazo vestido de negro, surgieron detrás de la niña para apoyarse en la ventanilla. Les siguió una capa también negra y un jubón con la insignia roja de la orden de Calatrava; y por fin, sobre una golilla pequeña y mal almidonada, apareció el rostro de un hombre de unos cuarenta y tantos a cincuenta años, redonda la cabeza, villano el pelo escaso, deslucido y gris como su bigote y su perilla. Todo en él, a pesar de su vestimenta solemne, transmitía una indefinible sensación de vulgaridad ruin; los rasgos ordinarios y antipáticos, el cuello grueso, la nariz ligeramente enrojecida, la poca limpieza de las manos, la manera en que ladeaba la cabeza y, sobre todo, la mirada arrogante y taimada de menestral enriquecido, con influencia y poder, me produjeron una incómoda sensación al considerar que aquel sujeto, compartía coche, y tal vez lazos de familia, con mi rubia y jovencísima enamorada. Pero lo más inquietante fue el extraño brillo de sus ojos; la expresión de odio y cólera que vi aparecer en ellos cuando la niña pronunció el nombre del capitán Alatriste.

“No, there is no mud,” I repeated, unaware of what I was saying. “And I regret that, for it prevents me from being of service again.”

With those last words I placed my hand over my heart. You may conclude that I behaved rather well, and that the gallant reply and gesture were worthy of the lady and the circumstances. And it must have been so, because instead of turning away, she smiled again. And I was the happiest, the most gallant, the most hidalgo lad in the world.

“This is the page I spoke of,” she said then, turning to someone beside her in the coach, whom I could not see. “His name is Íñigo, and he lives on Calle Arcabuz.” Once more she turned toward me. I was staring at her openmouthed, stunned that she had remembered my name. “With some captain, is that not true? A Captain Batiste, was it? Or Eltriste?”

There was a movement inside the coach, and first a hand with dirty fingernails, then a black-clad arm emerged from the dark carriage to rest on the window frame. They were followed by a cloak-that, too, black-and a doublet bearing the red insignia of the Order of Calatrava. And finally, above a narrow, badly starched ruff, appeared the face of a man in his late forties or early fifties. His head was round, the sparse hair coarse, the mustache and goatee dull and gray. Everything about him, despite his solemn garb, seemed somehow vulgar: common, unpleasant features, thick neck, ruddy nose, filthy hands, the way he held his head to one side, and especially the arrogant and crafty expression that suggested the past of a laborer fallen on good times, a man puffed up with influence and power. In all, I had an uneasy feeling when I considered that this **uncouth** man shared a coach, and perhaps family ties, with the blonde and very young lady who had me enslaved. But the most disturbing thing about him was the strange brilliance of his eyes, and the hatred and choler I saw in them when the girl spoke the name of Captain Alatriste.

VII. LA RÚA DEL PRADO

El día siguiente era domingo. Empezó en fiesta, y a pique estuvo para Diego Alatriste y para mí de terminar en tragedia. Pero no adelantemos acontecimientos. La parte festiva del asunto transcurrió en torno a la rúa que, en espera de la presentación oficial ante la Corte y la infanta, el Rey Don Felipe IV ordenó en honor de sus ilustres huéspedes. En aquel tiempo se llamaba hacer la rúa al paseo tradicional que todo Madrid recorría en carroza, a pie o a caballo, bien por la carrera de la calle Mayor, entre Santa María de la Almudena y las gradas de San Felipe y la puerta del Sol, o bien prolongando el itinerario calle abajo, hasta las huertas del duque de Lerma, el monasterio de los Jerónimos y el Prado del mismo nombre.

Respecto a la calle Mayor, ésta era vía de tránsito obligada desde el centro de la villa al Alcázar Real, y también lugar de plateros, joyeros y tiendas elegantes; por eso al caer la tarde se llenaba de carrozas con damas, y caballeros luciéndose ante ellas. En cuanto al Prado de San Jerónimo, grato en días de sol invernal y en tardes de verano, era lugar arbolado y verde, con veintitrés fuentes, muchas tapias de huertas y una alameda por donde circulaban carruajes y paseantes en amena conversación. También era sitio de cita social y galanteo, propicio para lances furtivos de enamorados, y lo más granado de la corte se solazaba en su paisaje. Pero quien mejor resumió todo esto de hacer la rúa fue Don Pedro Calderón de la Barca, algunos años más tarde, en una de sus comedias:

*Por la mañana estaré
en la iglesia a que acudís;
por la tarde, si salís
en la Carrera os veré;
al anochecer iré
al Prado, al coche arrimado;
luego, en la calle embozado:
ved si advierte bien mi amor
horas de calle Mayor
misa, reja, coche y Prado.*

Ningún lugar, pues, más idóneo para que nuestro monarca el Cuarto Felipe, galante como cosa propia de sus jóvenes años, decidiera organizar el primer conocimiento oficioso entre su hermana la infanta y el gallardo pretendiente inglés. Todo debía transcurrir, naturalmente, dentro de los límites del decoro y el protocolo propios de la Corte española; cuyas reglas eran tan estrictas que la regia familia tenía establecido, de antemano, lo por hacer en todos y cada uno de los días y horas de su

VII. THE PRADO RÚA

The next day was Sunday. It began in celebration but soon went downhill for Diego Alatriste and me, finally ending in tragedy. But let us not get ahead of ourselves. The festivities centered around the rúa—the rue, the street, the via—which, in expectation of their official presentation at court and to the infanta, King Philip the Fourth ordered in honor of his illustrious guests. In those days, pacer la rúa—doing the rúa—was what the traditional paseo was called. All Madrid participated, on foot, on horseback, or in a carriage, whether along Calle Mayor, between Santa Maria de la Almudena and the steps of San Felipe and the Puerta del Sol, or whether continuing down to the gardens of the Duque de Lerma, the monastery of Saint Jerome—the Hieronymites—and the meadowland park, El Prado.

Calle Mayor was the obligatory part of the rúa, from the center of the town to the Royal Palace, and it was also the location of silversmiths, jewelers, and elegant shops, which was why at dusk it was crowded with ladies' carriages and caballeros posturing before them. As for the *prado* of Saint Jerome, pleasant on sunny winter days and summer evenings, it was a green and leafy park with twenty-three fountains, many walled gardens, and a poplar-lined promenade where dignitaries in carriages and people strolling paused to exchange pleasantries. It was also a place for social meetings and trysts, perfect for furtive encounters, as well as the place where illustrious members of the court took their leisure. The one who best summed up the phenomenon of *hater la rúa* was don Pedro Calderon de la Barca, several years later in one of his plays.

*In early morning you will find me
At the church you often come to;
And as dusk falls, at the rúa,
Pray, may we rendezvous?
That night I shall drive through
The Prado, in the dark of my coach;
Then go on foot, in the dark of my cloak.
In this manner, I shall learn whether
With coach, mass, Prado, and my
Many hours on Calle Mayor
I have proven it is you I adore.*

Nowhere, then, more suitable for our monarch, the fourth Philip—a romantic, as was proper for his young years—to propose as the site of the first official meeting between his sister, the infanta, and her gallant English suitor. Everything, naturally, was to occur within the limits of the decorum and protocol demanded by the Spanish court; rules so stringent that it was established long in advance what the royal family were to do every day and every hour of their lives. It is therefore not surprising that the unexpected

vida. No es de extrañar, por tanto, que la visita inesperada del ilustre aspirante a cuñado fuese acogida por el monarca como pretexto para romper la rígida etiqueta palatina, e improvisar fiestas y salidas. Pusiéronse manos a la obra, organizándose un paseo de carrozas en el que participó todo aquel que era algo en la Corte; y el pueblo ofició como testigo de aquella exhibición caballerescas que tanto halagaba el orgullo nacional y que, sin duda, a los ingleses parecería singular y asombrosa. Por cierto, cuando el futuro Carlos I inquirió sobre la posibilidad de saludar a su novia, aunque fuera con un simple buenas tardes, el conde de Olivares y el resto de los consejeros españoles se miraron gravemente unos a otros antes de comunicar a Su Alteza, con mucho protocolo diplomático y mucha política, que verdes las habían segado. Era impensable que nadie, ni siquiera un príncipe de Gales, que oficialmente aún no había sido presentado, hablase o pudiera acercarse a la infanta doña María, o a cualquier otra dama de la familia real. Con todo recato se verían al pasar, y gracias.

Yo mismo estaba en la calle con los curiosos, y reconozco que el espectáculo fue el colmo de la galantería y la finura, con la flor y la nata de Madrid vestida de sus mejores galas; pero, al mismo tiempo, y a causa del todavía oficial incógnito de nuestros visitantes, todo el mundo se comportó con la mayor naturalidad, como quien no quiere la cosa. El de Gales, Buckingham, el embajador inglés y el conde de Gondomar, nuestro diplomático en Londres, estaban en una carroza cerrada en la puerta de Guadalajara —una carroza invisible, pues se había prohibido expresamente vitorearla o señalar su presencia— y desde allí Carlos vio pasar por primera vez los carruajes que llevaban de paseo a la familia real. En uno de ellos, junto a nuestra bellísima reina de veinte años doña Isabel de Borbón, vio por fin el de Gales a la infanta doña María, que en plena juventud lucía rubia, guapa y discreta, con un vestido de brillante brocado y, al brazo, la cinta azul convenida para que la reconociera su pretendiente. Entre idas y venidas por la calle Mayor y el Prado, tres veces pasó la carroza aquella tarde junto a la de los ingleses; y aunque apenas dio tiempo al príncipe de ver unos ojos azules y un dorado cabello adornado con plumas y piedras preciosas, cuentan que quedó rendidamente enamorado de nuestra infanta. Y así debió de ser, pues durante los cinco meses siguientes permanecería en Madrid, en demanda de conseguirla como esposa, mientras el Rey lo agasajaba como a un hermano y el conde de Olivares le daba largas y lo toreaba con la mayor diplomacia del mundo. La ventaja es que, mientras hubo esperanzas de boda, los ingleses hicieron una tregua en lo de hacernos la puñeta apresándonos galeones de Indias con sus piratas, sus corsarios, sus amigos holandeses y la puta

visit of the illustrious aspiring brother-in-law-tobe should be seized upon by the monarch as a pretext for breaking from rigid royal etiquette to improvise parties and outings. Metaphorical shoulders were set to the wheel, and a *paseo* of carriages organized in which everyone who was anyone at court participated; the people were thereby witness to the kind of palace pomp that gratified their national pride, ceremonies the English undoubtedly found singular and astonishing. Of course, when the future Charles the First inquired about the possibility of greeting his betrothed in person, exchanging even so much as a simple “Good evening,” the Conde de Olivares and the other Spanish counselors looked gravely at one another before communicating to His Highness, with much diplomatic and political circumlocution, that he was reaching for a star. It was unthinkable that anyone, even a Prince of Wales, who had yet to be officially presented, should speak or approach the Infanta doña María, or any other lady of the royal family. With great discretion, they would see each other in passing, and be grateful for that.

I myself was among the curious lining the street, and I realized that the spectacle was the pinnacle of elegance and refinement, with the cream of Madrid decked out in their finery; but at the same time, because the visitors were still officially incognito, everyone was acting normally, as if this were a day like any other. The prince, Buckingham, the English ambassador, and the Conde de Gondomar, our diplomat for London, took up a place at the Guadalajara gate, in a closed coach—an *invisible* coach, for express orders had been issued not to cheer or note its presence—and from that vantage Charles watched as the carriages carrying the royal family rolled by. In one of them, beside our beautiful twenty-year-old queen, Isabel of Bourbon, was the Infanta, doña María. At last the Prince of Wales caught a glimpse of the blonde, pretty, circumspect girl she was in her youth. She was wearing a satiny brocade gown and, around her wrist, the blue ribbon that identified her to her suitor. Parading up and down Calle Mayor and the Prado, the carriage passed before the Englishmen three times that afternoon, and although the prince caught only glimpses of blue eyes and a head of golden hair adorned with plumes and precious stones, it was reported that he was immediately in thrall to our infanta. And that must have been true, because he stayed on in Madrid for several months, seeking her hand as his wife while the king entertained him like a brother and the Conde de Olivares played him like a torero plays a bull, always with the greatest diplomacy. The advantage for Spain was that as long as there was hope of a marriage, the English stopped thumbing their noses at us while their pirates, their corsairs, their Dutch friends—the whole mutual ass-wiping lot—picked off

que los parió; así que bueno fue lo comido por lo servido.

Desoyendo los consejos del conde de Guadalmedina, el capitán Alatriste no puso pies en polvorosa ni quiso esconderse de nadie. Ya he contado en el capítulo anterior que, la misma mañana en que Madrid conoció la llegada del de Gales, el capitán vino a pasear ante la misma casa de las Siete Chimeneas; y aún tuve ocasión de encontrarlo entre el gentío de la calle Mayor cuando la célebre rúa de aquel domingo, mirando pensativo la carroza de los ingleses. Inclínada, eso sí, el ala del chapeo sobre el rostro, y bien dispuesto el disimulado rebozo de la capa. Después de todo, ni lo cortés ni lo valiente suponen dar tres cuartos al pregonero.

Aunque nada me había contado de la aventura, yo estaba al tanto de que algo ocurría. La noche siguiente me había mandado a dormir a casa de la Lebrijana, so pretexto de que tenía gente que recibir para cierto negocio. Pero luego supe que la pasó en vela, con dos pistolas cargadas, espada y daga. Nada ocurrió, sin embargo; y con las luces del alba pudo echarse a dormir tranquilo. De ese modo lo hallé al regresar por la mañana: humeante el candil sin aceite, y él echado sobre la cama con la ropa puesta y arrugada, armas al alcance de la mano, respirando recia y acompasadamente por la boca entreabierta, con una expresión obstinada en el ceño fruncido.

Era fatalista el capitán Alatriste. Tal vez su condición de viejo soldado —había peleado en Flandes y el Mediterráneo tras escapar de la escuela para alistarse como paje y tambor a los trece años— dejó impresa en él aquella manera tan suya de encajar el riesgo, los malos tragos, las incertidumbres y sinsabores de una vida bronca, difícil, con el estoicismo de quien se acostumbra a no esperar otra cosa. Su talante encajaba en la definición que ese mariscal francés, Grammont, haría de los españoles un poco más tarde: «El valor les es bastante natural, así como la paciencia en los trabajos y la confianza en la adversidad.. Los señores soldados rara vez se asombran de los malos sucesos, y se consuelan con la esperanza del pronto retorno de su buena fortuna ... ». O esa otra francesa, Madame de Aulnoy, que contó: «Se les ve expuestos a la injuria de los tiempos, en la miseria; y a pesar de ello, más bravos, soberbios y orgullosos que en la opulencia y la prosperidad»... Vive Dios que todo esto es muy cierto; y yo, que conocí tales tiempos y aun los peores que vinieron después, puedo dar buena fe. En cuanto a Diego Alatriste, el orgullo y la soberbia le iban por dentro, y sólo se manifestaban en sus testarudos silencios.

our galleons returning from the Indies. So, we made merry as long as it lasted.

Ignoring the counsel of the Conde de Guadalmedina, Captain Alatriste did not raise a trail of dust getting out of town, or try to hide from anyone. I have recounted, in the previous chapter, how on the very morning that Madrid learned of the arrival of the Prince of Wales, the captain, as calm as you please, strolled back and forth in front of the House of Seven Chimneys. I even ran into him in the crowd on Calle Mayor in the midst of that festive Sunday rúa, staring pensively at the Englishmen's carriage. True, the brim of his hat was pulled low over his face, and the concealing folds of his cape were carefully arranged. After all, neither courtesy nor courage demands sharing one's secrets with the town crier.

Although the captain had not told me anything of his adventure, I was well aware that something had happened. The next night he had sent me to sleep at La Lebrijana's house, under the pretext that he was expecting guests in regard to a certain business dealing. But later I learned that he had spent the night awake, with two loaded pistols, a sword, and a dagger at his side. Nothing had happened, however, and with the light of dawn he lay down and slept the sleep of the just. That was how I found him when I returned in the morning; the lamp had burned down, and was smoking, and he was sprawled across the bed, still in his wrinkled outergarments, his weapons within reach, breathing loudly and regularly through his mouth, an obstinate frown on his face.

Captain Alatriste was a fatalist. Perhaps his status as a former soldier—having fought in Flanders and the Mediterranean after running away from school to enlist as a page and drummer at the age of thirteen—was the reason he faced risk, misfortune, uncertainty, and the vagaries of a harsh and difficult life with the stoicism of one accustomed to expect nothing more. His nature was well defined in a description the French Marechal de Grammont would later write of the Spanish: "*Courage comes quite naturally to them, as does patience in their labors and assurance in adversity... Their gentleman soldiers rarely are amazed when things go badly, and they console themselves with the hope that soon their good fortune will return.*" Or what a Frenchwoman, Madame d'Aulnoy, once said: "You see them exposed to the affronts of weather and in extreme misery, yet despite all that, braver, haughtier, and prouder than they are amid opulence and prosperity." God knows that all this is true, and I, who knew such times, and some even worse that came later, give good witness to its truth. As for Diego Alatriste, he carried his hauteur and pride inside, and exhibited them only in his bullheaded

Ya dije que, a diferencia de tantos valentones que se retorcián el mostacho y hablaban fuerte en las calles y mentideros de la Corte, a él nunca lo oí fanfarronear sobre los recuerdos de su larga vida militar. Pero a veces viejos camaradas de armas sacaban a relucir, en torno a una jarra de vino, historias relacionadas con él que yo escuchaba con avidez; pues, para mis pocos años, Diego Alatriste no era sino el trasunto del padre que había perdido honrosamente en las guerras del Rey nuestro señor: uno de esos hombres pequeños, duros y bragados en los que tan pródiga fue siempre España para lo bueno y para lo malo, y a los que se refería Calderón —mi señor Alatriste, esté en la gloria o donde esté, disimulará que cite tanto a Don Pedro Calderón en vez de a su amado Lope— al escribir:

*...Sufren a pie quedo
con un semblante, bien o malpagados.
Nunca la sombra vil vieron del miedo,
y aunque soberbios son, son reportados.
Todo lo sufren en cualquier asalto;
sólo no sufren que les hablen alto.*

Recuerdo un episodio que me impresionó de modo especial, sobre todo porque marcaba bien a las claras— el talante del capitán Alatriste. Juan Vicuña, que había sido sargento de caballos cuando el desastre de nuestros tercios en las dunas de Nieuport —triste la madre que allí tuvo hijo—, describió varias veces, componiendo trozos de pan y jarras de vino sobre la mesa de la taberna del Turco, la derrota sufrida por los españoles. Él, mi padre y Diego Alatriste habían sido de los afortunados que llegaron a ver ponerse el sol en aquella funesta jornada; cosa que no puede decirse de los 5.000 compatriotas, incluidos 150 jefes y capitanes, que dejaron la piel frente a holandeses, ingleses y franceses; que aunque a menudo guerreaban entre sí, no tenían reparo en coaligarse unos con otros cuando se trataba de jodernos bien. En Nieuport les salió a pedir de boca: era muerto el maestre de campo Don Gaspar Zapena, y apresados el almirante de Aragón y otros jefes principales. Ya nuestras tropas en desbandada, Juan Vicuña, caídos todos sus oficiales, herido él mismo en el brazo que perdería de gangrena semanas más tarde, se retiró con su diezmada compañía junto a los restos de las tropas extranjeras aliadas. Y contaba Vicuña que, al mirar por última vez atrás antes de escapar a uña de caballo, vio cómo el veterano Tercio Viejo de Cartagena —en cuyas filas formaban mi padre y Alatriste— intentaba abandonar el campo de batalla sembrado de cadáveres, entre una turba de enemigos que lo arcabuceaban y acribillaban con mosquetes y artillería. Había muertos, agonizantes y fugiti-

silences. I have said already that unlike many braggarts who twirl their mustaches and talk loudly on street corners and at court, the captain was never heard to preen on the subject of his long military career. But sometimes, over a jug of wine, old comrades-in-arms dusted off stories about him, and I listened avidly. For to me in my young life, Diego Alatriste was the closest copy I had of the father who had fallen honorably in the wars of our lord and king. The captain was one of those small, tough, adamant men with whom Spain was always so well supplied, in good times and in bad, and to whom Calderon referred—and may my master Alatriste, be he in glory, or elsewhere, forgive me that I so often quote don Pedro Calderon instead of his beloved Lope—when he wrote:

*. . . they stand foursquare,
Stalwart, stolid, whether well or poorly paid.
They have never known the vile shadow of fear,
And though haughty, come to am man's aid.
They are firm in the face of the worst danger,
And rebel only when addressed in anger.*

I remember one episode that especially impressed me, more than anything because of how clearly it showed the nature of Captain Alatriste's character. Juan Vicuña, the one who had been a sergeant in the horse guard of our regiments during the disaster among the dunes at Nieuwpoort—heavy-hearted the mother who had a son there—several times described the defeat suffered by the Spanish by laying out the battle lines on the table in the Tavern of the Turk, using hunks of bread and jugs of wine to demonstrate. He, my father, and Diego Alatriste had been among the fortunate who saw the sun set on that ill-fated day, something that cannot be said of five thousand of his compatriots, including a hundred and fifty officers and captains whose hides were tanned by the Dutch, English, and French. Although those countries often fought among themselves, they were quick enough to join together when it came to shoving it up our asses. In Nieuwpoort, everything went their way: our field commander, don Gaspar Zapena, was dead, and Admiral de Aragon and other principal commanders captured. Our troops were in disarray, and Juan Vicuña, who had lost all his officers, and was himself wounded in one arm, which he would lose to gangrene several weeks later, retired with his decimated companies, along with the remaining foreign allied troops. And Vicuña recounted that when he looked back for the last time, before putting on all speed to retreat, he saw the veteran Tercio Viejo de Cartagena—which was the company of my father and Alatriste—attempting to quit a corpse-strewn battlefield through an impenetrable wall of enemies, who with harquebuses and muskets and artillery were making lace of the Spanish soldiers. There were dead,

vos hasta donde abarcaba la vista, refería Vicuña. Y en pleno desastre, bajo el sol abrasador que deslumbraba las dunas de arena, entre el fuerte viento y los remolinos que lo cubrían de humo y polvo, las compañías del viejo Tercio, **erizadas** de picas, formadas en cuadro alrededor de sus banderas desgarradas por la metralla, escuchando mosquetazos por los cuatro costados, se retiraban muy despacio sin romper la formación, impávidas, estrechando filas después de cada brecha abierta por la artillería enemiga que no osaba acercárseles. En los altos, los soldados conversaban en calma con sus oficiales y luego volvían a ponerse en marcha sin dejar de batirse, terribles incluso en la derrota; cerrados y serenos como si estuvieran en un desfile, al paso que les marcaba el lentísimo redoble de sus tambores.

—El Tercio de Cartagena llegó a Nieuport al anochecer —concluía Vicuña, moviendo con su única mano los últimos trozos de pan y jarras que quedaban sobre la mesa—. Siempre al paso y sin apresurarse: setecientos de los mil ciento cincuenta hombres que habían empezado la batalla... Lope Balboa y Diego Alatriste venían con ellos, negros de pólvora, sedientos, exhaustos. Se habían salvado por no romper la formación; por mantener la sangre fría en medio del desastre general. ¿Y saben vuestras mercedes lo que respondió Diego cuando acudí a darle un abrazo, felicitándolo por seguir vivo?... Pues me miró con esos ojos suyos, helados como los malditos canales holandeses, y dijo: «Estábamos demasiado cansados para correr».

No fueron a buscarlo de noche, como esperaba, sino a la atardecida y de modo más o menos oficial. Llamaron a la puerta, y cuando abrí encontré en ella la recia figura del teniente de alguaciles Martín Saldaña. Había corchetes acompañándolo en la escalera y el patio —conté media docena— y algunos llevaban las espadas desenvainadas.

Entró Saldaña, solo, bien herrado el cinto de armas, y cerró la puerta tras de sí conservando puesto el sombrero y la espada en el tahalí. Alatriste, en mangas de camisa, se había levantado y aguardaba en el centro de la habitación. En ese momento apartaba la mano de su daga, que había requerido con presteza al oír los golpes.

—Por la sangre de Cristo, Diego, que me lo pones fácil —dijo Saldaña, malhumorado, haciendo como que no veía las dos pistolas de chispa puestas sobre la mesa—. Podías haberte ido de Madrid, al menos. O cambiar de casa.

—No te esperaba a ti.

dying, and fleeing soldiers as far as the eye could see, Vicuña said. And in the midst of the disaster, under the blazing sun reflecting dazzling light off the dunes, amid howling wind and swirling sand that cloaked them in smoke and gunpowder, were the companies of the Tercio Viejo, **bristling** with pikes, standing in square formation around flags shredded by gunfire, and spitting musket balls in all four directions. Amazingly, they were retreating at a measured pace, without breaking ranks, dauntless, closing every breach opened by an enemy artillery that did not dare come any closer to attack. On higher ground, the soldiers calmly consulted with their officers, and then resumed their march without missing a beat, terrifying even in defeat, as tightly organized and collected as if they were on parade, moving at the tempo set by the slow tattoo of their drums.

“The Cartagena *tercio* reached Nieuwpoort at nightfall,” Vicuña concluded, using his only hand to move the jugs and last pieces of bread. “Always in step and unhurried, just seven hundred left of the fifteen hundred and fifty who had begun the battle. Lope Balbuena and Diego Alatriste were with them, black with gunpowder, thirsty, exhausted. They had been saved by not breaking formation, by keeping their heads in the midst of the general disaster. And do Your Mercies know what Diego replied when I ran to embrace him and congratulate him for still being alive? Well, he looked at me with those eyes of his, icy as the ball-freezing Holland canals, and said, ‘We were too tired to run.’”

They did not come looking for him at night, as I expected, but in the late afternoon, and more or less officially. Someone knocked at the door, and when I opened it I saw the substantial figure of the head constable, Martín Saldaña. His bailiffs were stationed on the stairs and in the courtyard—I counted half a dozen—and some had their swords unsheathed.

Saldaña came in alone, his belt sagging with the metal it held, and closed the door after himself, keeping his hat on and his sword in his baldric. Alatriste, in shirtsleeves, had jumped up and was waiting in the center of the room. As the constable entered, he took his hand from his dagger, which he had quickly grasped when he heard the knocking.

“Christ’s blood, Diego, you are making this difficult for me,” said Saldaña with bad humor, pretending not to see the two pistols on the table. “You should at least have left Madrid. Or moved to new lodgings.”

“I was not expecting you.”

–Imagino que no me esperabas a mí –Saldaña le dirigió al fin un breve vistazo a las pistolas, dio unos pasos por la habitación, se quitó el sombrero y lo puso sobre ellas, cubriéndolas–. Aunque esperases a alguien.

–¿Qué se supone que he hecho?

Yo estaba asomado a la puerta del otro cuarto, inquieto por todo aquello. Saldaña me miró un momento y luego dio unos pasos por la habitación. También él había sido amigo de mi padre, en Flandes.

–Que me parta un rayo si lo sé –le dijo al capitán–. Mis órdenes son llevarte detenido, o muerto si opones resistencia.

–¿De qué se me acusa?

El teniente de alguaciles encogió los hombros, evasivo.
–No se te acusa. Alguien quiere hablar contigo.

–¿Quién dio esa orden?

–No es de tu incumbencia. Me la dieron, y sobra –se había vuelto a mirarlo con fastidio, como echándole en cara verse en tal compromiso–... ¿Se puede saber qué pasa, Diego? No imaginas lo que tienes encima.

Alatriste le dirigió una sonrisa torcida, sin rastro de humor.

–Me limité a aceptar el trabajo que tú me recomendaste.

–¡Pues maldita sea la hora y maldita sea mi estampa! –Saldaña emitió un largo y rudo suspiro–... Voto a Dios que quienes te emplearon no parecen satisfechos con la ejecución del negocio.

–Es que era demasiado sucio, Martín.

–¿Sucio?... ¿Y qué importa eso? No recuerdo haber hecho un trabajo limpio en los últimos treinta años. Ni creo que tú tampoco.

–Era sucio hasta para nosotros.

–No sigas –Saldaña levantaba las manos, alejando la tentación de averiguar más–. No quiero saber nada de nada. En estos tiempos, saber de más es peor que saber de menos... –miró de nuevo a Alatriste, incómodo y decidido al mismo tiempo– ¿Vas a venir por las buenas, o no?

–¿Cuáles son mis naipes?

“Yes, I can believe that I am not the one you were expecting.” Saldaña finally looked at the pistols, walked a few steps into the room, took off his hat and set it over them, covering them. “Although you were expecting someone.”

“And what am I supposed to have done?”

I was watching from the doorway to the other room, uneasy about this development. Saldaña looked at me a moment and then walked the other way. He had also been a friend of my father's, in Flanders.

“May I be struck by a thunderbolt if I know,” he told the captain. “My orders are to arrest you, or kill you if you resist.”

“Of what am I accused?”

The lieutenant was evasive. He shrugged and said, “You are not accused of anything. Someone wants to speak with you.”

“Who gave the orders?”

“That is none of your concern. Those are the orders I was given, and that is enough for me.” Again he was looking at Alatriste with annoyance, as if chastising him for creating this mess. “May I know what is going on, Diego? You have no idea what you have stirred up.”

Alatriste gave him a twisted smile, one with no trace of humor. “All I did was accept the assignment you recommended.”

“Well, I curse the hour I did, ‘pon my oath, I do!” Saldaña sighed a long, loud sigh. “By God, the men who employed you are not at all satisfied with how you carried it out.”

“It was too dirty, Martin.”

“Too dirty? And what does that matter? I cannot remember having done anything clean in the last thirty years. And I believe that may also be said of you.”

“It was foul even by our standards.”

“Say no more.” Saldaña threw his hands up. “I do not want to know anything about anything. In these times knowing too much is worse than knowing too little.” Again he looked at Alatriste, uncomfortable but resolute. “Are you going to come along quietly, or not?”

“What cards are you dealing me?”

Saldaña lo consideró mentalmente. Hacerlo no le llevó mucho tiempo.

–Bueno –concluyó–. Puedo demorarme aquí mientras pruebas suerte con la gente que tengo ahí afuera... No tienen muy buen puño, pero son seis; y dudo que ni tan siquiera tú llegues a la calle sin, al menos, un par de buenas cuchilladas en el cuerpo y algún pistoletazo.

–¿Y el trayecto?

–En coche cerrado, así que olvídale. Tenías que haberte largado antes de que viniéramos, hombre. Has tenido tiempo de sobra para hacerlo –la mirada que Saldaña le dirigió al capitán estaba cargada de reproches... ¡Que se condene mi alma si esperaba encontrarte aquí!

–¿Dónde vas a llevarme?

–No te lo puedo decir. En realidad he dicho mucho más de lo que debo –yo seguía en la puerta del otro cuarto, muy callado y quieto, y el teniente de alguaciles reparó en mí por segunda vez... ¿Quieres que me ocupe del muchacho?

–No, déjalo –Alatriste ni me miró, absorto en sus reflexiones–. Ya lo hará la Lebrijana.

–Como quieras. ¿Vas a venir?

–Dime dónde vamos, Martín.

Movió el otro la cabeza, hosco.
–Ya te he dicho que no puedo.

–No es a la cárcel de Corte, ¿verdad?

El silencio de Saldaña fue elocuente. Entonces vi dibujarse en la cara del capitán Alatriste aquella mueca que a menudo le hacía las veces de sonrisa.

–¿Tienes que matarme? –preguntó, sereno.

Saldaña volvió a negar con la cabeza.

–No. Te doy mi palabra de que las órdenes son llevarte vivo si no te resistes. Otra cosa es que después te dejen salir de donde yo te lleve... Pero entonces habrás dejado de ser asunto mío.

–Si no les importara el revuelo, me habrían despachado aquí mismo –Alatriste se deslizó un dedo índice por delante del cuello, imitando el movimiento de un cuchillo–. Te mandan porque quieren sigilo oficial... Detenido, interrogado, dicen que puesto en libertad después, etcétera. Y en el entretanto, vayan vuestras mercedes a saber.

Saldaña had little time to consider, but after a moment he came to a conclusion. “Very well. I can stay here while you test your luck with the men I have outside. They are not very skilled with their swords, but there are six of them. I doubt that even you can get to the street without a couple of souvenir slashes and likely a shot or two.”

“And which way will we travel?”

“We go in a closed carriage, so you can forget about the route. You should have been away long before we came. You had more than enough time.” The look Saldaña threw at the captain was heavy with reproach. “Damn my soul if I expected to find you here!”

“But where are you taking me?”

“I cannot tell you that. In truth, I have said much more than I should.” I was still in the doorway, not moving, not talking, but the high constable noticed me for a second time. “Do you want me to look after the boy?”

“No, leave him here.” Alatriste did not even turn toward me, absorbed in his thoughts. “La Lebrijana will see to him.”

“As you wish. Are you coming?”

“Tell me *where*, Martin.”

Saldaña shook his head, annoyed.
“I have told you that I cannot.”

“It would not be to the town prison, would it?”

Saldaña’s silence was eloquent. Then on Captain Alatriste’s face I saw that grimace that sometimes took the place of a smile.

“Do you have orders to kill me?” he asked serenely.

Again Saldaña shook his head.

“No. I give you my word that my orders were to bring you back if you did not resist. Whether they will let you leave after I take you in is a different question. But by then you will no longer be my responsibility.”

“If it weren’t for the fuss it might make, they would have dispatched me right here.” Alatriste pulled his finger across his throat, imitating the path of a knife. “They have sent you because they want official secrecy. Arrested, interrogated, and, they will say, set free afterward, and so on and so on. And in the meantime, who will know?”

Sin rodeos, Saldaña se mostró de acuerdo.

–Eso creo yo –dijo, ecuánime–. Me extraña que no medien acusaciones, que verdaderas o falsas son lo más fácil de preparar en este mundo. Quizá temen que hables en público... En realidad, mis órdenes me prohíben cambiar una sola palabra contigo. Tampoco quieren que registre tu nombre en el libro de detenidos... ¡Cuerpo de Dios!

–Déjame llevar un arma, Martín.

El teniente de alguaciles miró a Alatriste, boquiabierto.
–Ni hablar –dijo, tras una larga pausa.

Con gesto deliberadamente lento, el capitán había sacado la cuchilla de matarife y se la mostraba.
–Sólo ésta.

–Estás loco. ¿Me tomas por un imbécil?

Alatriste hizo un gesto negativo.

–Quieren asesinarme –dijo, con sencillez–. Eso no es grave en este oficio; ocurre tarde o temprano. Pero no me gusta poner las cosas fáciles –de nuevo afloró la mueca parecida a una sonrisa—. Te juro que no la usaré contra ti.

Saldaña se rascó la barba de soldado viejo. El tajo que ésta le tapaba, y que le iba desde la boca a la oreja derecha, se lo habían hecho los holandeses en el asedio de Ostende, cuando el asalto a los reducidos del Caballo y de la Cortina. Entre sus compañeros de aquella jornada, y de algunas más, se contaba Diego Alatriste.

–Ni contra ninguno de mis hombres –dijo Saldaña, al cabo.

–Jurado.

Todavía dudó un poco el teniente de alguaciles. Al cabo se volvió de espaldas, blasfemando entre dientes, mientras el capitán escondía la cuchilla de matarife en la caña de una bota.

–Maldita sea, Diego –dijo Saldaña, por fin–. Vámonos de una condenada vez.

Se fueron sin más conversación. El capitán no quiso llevar capa, por verse más desembarazado, y Martín Saldaña estuvo de acuerdo. También le permitió ponerse el **colet** de piel de búfalo sobre el jubón. «Te abrigará del frío», había dicho el veterano teniente disimulando una sonrisa. En cuanto a mí, ni me quedé en la casa ni fui con Caridad la

Without hesitation, Saldaña nodded his agreement. “That is what I think,” he said, matter-of-factly. “I am only surprised that they did not dream up charges; whether true or false, an accusation is the easiest thing in the world to fabricate. Maybe they are afraid you will speak out in public. If truth be known, my orders were to not exchange a single word with you. And they did not want me to list your name in my ledger of prisoners. God help you!”

“Let me bring a weapon, Martin.”

The constable’s jaw dropped open. “A *weapon*? . . . Not a chance,” he said after a long pause.

Moving with extreme deliberation, the captain pulled out his slaughterer’s knife and showed it to the constable. “Just this one.”

“You have lost your senses. Do you take me for a blockhead?”

Alatriste shook his head no. “They want to kill me,” he replied simply. “That is no surprise in my trade-it will happen sooner or later. But I never like to make things easy” Again that twisted smile flowered. “I swear that I will not use it against you.”

Saldaña scratched his soldier’s beard, which covered the long scar running from his mouth to his left ear. He had received it during the siege of Ostend, in the attacks on the redoubts of El Caballo and La Corona, outside the walls. Among his companions on that day-and others-had been Diego Alatriste.

“Nor against any of my men,” said Saldaña at last.

“On my oath.”

The constable still hesitated. Then he turned his back, uttering blasphemous curses under his breath, as the captain slid the knife down the leg of a boot.

“Damn your eyes, Diego,” said Saldaña, finally. “Let’s get our asses out of here.”

They left with no further conversation. The captain chose not to wear his cloak, to suggest he was defenseless, and Martin Saldaña agreed. He also allowed his old friend to wear a **buffcoat** over his doublet. “It will guard against the cold,” he said, hiding a smile. As for me, I neither stayed at home nor went to Caridad la Lebrijana’s. The

Lebrijana. Apenas bajaron la escalera, sin pensarlos dos veces cogí las pistolas de la mesa y la espada colgada de la pared, y componiéndolo todo en un fardo con la capa, me lo puse bajo el brazo y corrí tras ellos.

Apenas quedaba día en el cielo de Madrid; si acaso alguna claridad recortando tejados y campanarios hacia la ribera del Manzanares y el Alcázar Real. Y así, entre dos luces, con las sombras adueñándose poco a poco de las calles, anduve siguiendo de lejos el carruaje, cerrado y con tiro de cuatro mulas, donde Martín Saldaña y sus corchetes se llevaban al capitán. Pasaron ante el colegio de la Compañía de Jesús, calle de Toledo abajo, y en la plazuela de la Cebada, sin duda para evitar vías concurridas, torcieron hacia el cerrillo de la fuente del Rastro antes de volver de nuevo a la derecha, casi en las afueras de la ciudad; muy cerca del camino de Toledo, del matadero y de un viejo lugar que era antiguo cementerio moro, y de ahí conservaba, por mal nombre, el de Portillo de las Ánimas. Sitio que, por su macabra historia y a tan funesta hora, no resultaba tranquilizador en absoluto.

Se detuvieron cuando ya entraba la noche, ante una casa de apariencia ruin, con dos pequeñas ventanas y un zaguán grande que más parecía entrada de caballerías que otra cosa; sin duda una vieja posada para tratantes de ganado. Los estuve observando, jadeante, escondido junto al guardacantón de una esquina con mi atado bajo el brazo. De ese modo vi bajar a Alatriste, resignado y tranquilo, rodeado por Martín Saldaña y los corchetes; y al cabo los vi salir sin el capitán, subir al carruaje y marcharse todos de allí. Aquello me inquietó, pues ignoraba quién más podía estar dentro. Acercarme era excusado, pues corría riesgo cierto de que me atraparan. Así que, lleno de angustia pero paciente como –según le había oído alguna vez al mismo Alatriste– debía serlo todo hombre de armas, apoyé la espalda en la pared hasta confundirme con la oscuridad, y me dispuse a esperar. Confieso que tenía frío y tenía miedo. Pero yo era hijo de Lope Balboa, soldado del Rey, muerto en Flandes. Y no podía abandonar al amigo de mi padre.

minute they started down the stairs, without thinking twice I grabbed the pistols from the table and the sword hanging on the wall, and bundled them all up in the captain's cloak, then tucked them under my arm and ran after them.

There was very little day left in the sky of Madrid, barely a glow outlining rooftops and bell towers toward the Manzanares River and the Royal Palace. And so, at dusk, with shadows slowly creeping over the streets, I followed behind the closed carriage pulled by four mules, in which Martín Saldaña and his catchpoles were transporting the captain. They drove past the Jesuit school, down Calle Toledo, and into La Cebada plaza-undoubtedly to avoid busy streets-then turned toward the small hill of the Rastro fountain before again bearing right. They were almost at the outskirts of the city, very near the Toledo road, the slaughterhouse, and a site that had been a Moorish cemetery long before, but now, because of its bad reputation, was called the Portillo de las Animas. Given its macabre history and the gloomy hour, this Gate of Lost Souls was not the most comforting place in the world to be.

Night had definitely fallen when the carriage stopped before a deserted-looking house with two small windows and a large carriage courtyard that seemed better suited for horses than for anything else. I guessed that in the past it had been an inn for cattle traders. I stood at the corner, panting, hidden by a large carriage guard, with my bundle beneath my arm. I saw Alatriste, resigned and calm, get out of the carriage, surrounded by Saldaña and his bailiffs. They all went inside, and after a while I watched them come out without the captain, climb into the carriage, and leave. That disturbed me, for I did not know who else might be inside the house. I eliminated the idea of going any closer because I would run the certain risk of being caught.

And so, twitching with anxiety, but patient, “as every man-of-arms must be”-as I had heard Alatriste himself say-I squeezed back against the wall to blend into the darkness, and prepared to wait. I confess that I was cold and afraid. But I was the son of Lope Balboa, a soldier of the king who had died in Flanders. And I could not abandon my father's friend.

VIII. EL PORTILLO DE LAS ÁNIMAS

Aquello parecía un tribunal, y a Diego Alatriste no le cupo la menor duda de que lo era. Echaba en falta a uno de los enmascarados, el hombre corpulento que había exigido poca sangre. Pero el otro, el de la cabeza redonda y el cabello ralo y escaso, estaba allí, con el mismo antifaz sobre la cara, sentado tras una larga mesa en la que había un candelabro encendido y recado de escribir con plumas, papel y tintero. Su hostil aspecto y actitud hubieran parecido lo más inquietante del mundo de no ser porque alguien todavía más inquietante estaba sentado junto a él, sin máscara y con las manos **emergiendo** como serpientes huesudas de las mangas del hábito: fray Emilio Bocanegra.

No había más sillas, así que el capitán Alatriste permaneció de pie mientras era interrogado. Se trataba, en efecto, de un interrogatorio en regla, menester en que el fraile dominico se veía a sus anchas. Era obvio que estaba furioso; mucho más allá de todo lo remotamente relacionado con la caridad cristiana. La luz trémula del candelabro envilecía sus mejillas cóncavas, mal afeitadas, y sus ojos brillaban de odio al clavarse en Alatriste. Todo él, desde la forma en que hacía las preguntas hasta el menos perceptible de sus movimientos, era pura amenaza; de modo que el capitán miró alrededor, preguntándose dónde estaría el potro en que, acto seguido, iban a ordenar darle tormento. Le sorprendió que Saldaña se hubiera retirado con sus esbirros y allí no hubiera guardias a la vista. En apariencia estaban solos el enmascarado, el fraile y él. Advertía algo extraño, una nota discordante en todo aquello. Algo no era lo que debía ser. O lo que parecía.

Las preguntas del inquisidor y su acompañante, que de vez en cuando se inclinaba sobre la mesa para mojar la pluma en el tintero y anotar alguna observación, se prolongaron durante media hora; y al cabo de ese tiempo el capitán pudo hacerse composición de lugar y circunstancias, incluido por qué se encontraba allí, vivo y en condiciones de mover la lengua para articular sonidos, en vez de degollado como un perro en cualquier vertedero. Lo que a sus interrogadores preocupaba, antes, era averiguar cuánto había contado y a quién. Muchas preguntas apuntaron al papel desempeñado por Guadalmedina en la noche de los dos ingleses; e iban dirigidas, sobre todo, a establecer cómo se había visto implicado el conde y cuánto sabía del asunto. Los inquisidores mostraron también especial interés en conocer si había alguien más al corriente, y los nombres de quienes pudieran tener detalles del negocio a que tan mal remate había dado Diego Alatriste. Por su parte, el capitán se mantuvo con la guardia

VIII. THE GATE OF LOST SOULS

It looked like a tribunal, and Diego Alatriste did not have the least doubt that it was. One of the masked men was absent, the corpulent one who had insisted that there be little blood. His companion, however—the man with the round head and coarse, thin hair—was there, wearing the same mask and sitting behind a long table on which there were a lighted candelabrum and writing materials: goose quills, paper, and inkwell. His hostile aspect and his attitude would have been the world had it not most disturbing thing in the been for someone more disturbing seated beside him. That person wore no mask, and his hands were bony serpents **slithering** from the sleeves of his habit: Fray Emilio Bocanegra.

There were no other chairs, so Captain Alatriste stood as he was questioned. It was, in fact, a standard interrogation, a task with which the Dominican priest was well acquainted. It was obvious that he was furious, worlds away from anything remotely related to Christian charity. The wavering light from the candelabrum deepened his sunken, badly shaved cheeks, and his eyes glittered with hatred as they bore into Alatriste. His entire person, from the way in which he asked questions to the least perceptible of his movements, conveyed distilled menace; the captain glanced around, looking for the rack on which, very soon, he would be tortured. He was surprised that Saldaña had left with his men, and that there were no guards in sight; it appeared that only the masked man, the priest, and he were present. He sensed something strange, a discordant note in all this. Something was not as it should be. Or seemed to be.

The questioning by the Inquisitor and his companion, who from time to time bent over the table to dip a feather pen into the inkwell and jot down some observation, lasted half an hour. In that time the captain had woven together a fabric of places and circumstances, including why he found himself there, alive, able to move his tongue and articulate sounds, instead of sprawled on some dumping ground with his throat cut like a dog. What most concerned his interrogators was the question of how much he had told, and to whom. Many questions were directed toward the role of Guadalmedina on the night of the adventure of the Englishmen, and especially toward establishing how the count had become implicated, and how much he knew about the matter. The inquisitors also showed special interest in learning whether other parties had been informed, and the names of any who might have partial knowledge of the affair. For his part, the captain kept his guard high, not admitting any

alta, sin reconocer nada ni a nadie, y sostuvo que la intervención de Guadalmedina era casual; aunque sus interlocutores parecían convencidos de lo contrario. Sin duda, reflexionó el capitán, contaban con alguien dentro del Alcázar Real, que había informado de las idas y venidas del conde en la madrugada y la mañana siguientes a la escaramuza del callejón. De cualquier modo, se mantuvo firme en sostener que ni Álvaro de la Marca, ni nadie, sabían de su entrevista con los dos enmascarados y el dominico. En cuanto a sus respuestas, la mayor parte consistieron en monosílabos, inclinaciones o negaciones de cabeza. El **coleto** de piel de búfalo le daba mucho calor; o tal vez sólo fuese efecto de la aprensión cuando miraba alrededor, suspicaz, preguntándose de dónde iban a salir los verdugos que debían de estar ocultos, dispuestos a caer sobre él y conducirlo maniatado a la antesala del infierno. Hubo una pausa mientras el enmascarado escribía con una letra muy despaciosa y correcta, de amanuense, y el fraile mantenía fija en Alatriste aquella mirada hipnótica y febril capaz de ponerle los pelos de punta al más ahigadado. En el ínterin, el capitán se preguntó para sus adentros si nadie iba a interrogarlo sobre por qué había desviado la espada del italiano. Por lo visto a todos les importaban un carajo sus personales razones en el asunto. Y en ese instante, cual si fuera capaz de leer sus pensamientos, fray Emilio Bocanegra movió una mano sobre la mesa y la dejó inmóvil, **apoyada** en la madera oscura, con su lívido dedo índice apuntando al capitán.

—¿Qué impulsa a un hombre a desertar del bando de Dios y pasarse a las filas impías de los herejes?

Tenía gracia, pensó Diego Alatriste, calificar como bando de Dios al formado por él mismo, el amanuense del antifaz y aquel siniestro espada-chín italiano. En otras circunstancias se habría echado a reír; pero no estaba el horno para bollos. Así que se limitó a sostener sin pestañear la mirada del dominico; y también la del otro, que había dejado de escribir y lo observaba con muy escasa **simpatía** a través de los agujeros de su careta.

sympathy no es simpatía, sino pésame, condolencia, comprensión, compasión, afinidad, lástima, acuerdo, apoyo, mientras que simpatía traduce charm, affection, liking, attraction, friendliness / warmth [ambiente], fondness.

—No lo sé —dijo el capitán—. Tal vez porque uno de ellos, a punto de morir, no pidió cuartel para él, sino para su compañero.

El inquisidor y el enmascarado cambiaron una breve mirada incrédula.

—Dios del Cielo —murmuró el fraile.

Sus ojos lo medían llenos de fanatismo y desprecio. Estoy muerto, pensó el capitán, leyéndolo en aquellas pupilas negras y despiadadas. Hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijese, esa mirada implacable

act or divulging the identity of any person. He continued to maintain that Guadalmedina's intervention had been coincidental—although his questioners seemed to be convinced otherwise. Without a doubt, the captain reflected, someone inside the Alcázar Real had been informed of the comings and goings of the count that night, as well as the morning after the skirmish in the lane. But he held firm, sustaining that neither Álvaro de la Marca nor anyone else knew of his interview with the two masked men and the Dominican. For the most part, he answered in monosyllables, or by nodding or shaking his head. He was beginning to feel hot in the **buffcoat**, or perhaps it was only apprehension. He looked around the room, wondering which direction the executioners—who must be hidden somewhere—would come from, to take him prisoner and lead him in manacles to the anteroom of Hell. There was a pause as the masked man took notes in a very deliberate and correct hand, that of a professional scribe, and the priest stared at Alatriste with that hypnotic, feverish gaze that would raise gooseflesh on the bravest of men. In the interim, the captain wondered when someone was going to ask him why he had blocked the Italian's sword. Apparently his personal motives in the matter were not worth a fart in a windstorm. At just that instant, as if he were able to read the captain's thoughts, Fray Emilio Bocanegra put out his hand and **rested** it on the dark table; with his waxy index finger pointed at the captain.

“What impels a man to desert the legions of God and pass into the iniquitous ranks of the heretics?”

It was nearly comic, thought Diego Alatriste, for the priest to qualify as God's legions the unit formed by him, the masked scribe, and that sinister Italian swordsman. In other circumstances, he would have burst out laughing, but this stage was not set for comedy. He choked back his laughter and, unflinching, met the Dominican's eyes, and then those of the scribe, who had stopped writing. The eyes glinting through the holes of his mask showed very little **sympathy**.

“I cannot say,” said the captain. “It may have been because although the man was facing death, he asked for mercy for his companion, not himself”

The Inquisitor and the masked man exchanged incredulous looks.

“God save and protect us,” muttered the priest.

Eyes filled with fanaticism and scorn measured the captain. I am a dead man, thought Alatriste, reading his sentence in those black and pitiless pupils. Whatever he did, whatever he said, his doom was

lo tenía tan sentenciado como la aparente flema con que el enmascarado manejaba de nuevo la pluma sobre el papel. La vida de Diego Alatriste y Tenorio, soldado de los tercios viejos de Flandes, espadachín a sueldo en el Madrid del Rey Don Felipe Cuarto, valía lo que a esos dos hombres aún les interesara averiguar. Algo que, según podía deducirse del giro que tomaba la conversación, ya no era mucho.

—Pues vuestro compañero de aquella noche —el hombre de la careta hablaba sin dejar de escribir, y su tono desabrido sonaba funesto para el destinatario— no pareció tener tanto escrúpulo como vos.

—Doy fe —admitió el capitán—. Incluso parecía disfrutar.

El enmascarado dejó un momento la pluma en alto para dirigirle una breve mirada irónica.

—Cuán malvado. ¿Y vos?

—Yo no disfruto matando. Para mí, quitar la vida no es una afición, sino un oficio.

—Ya veo —el otro mojó la pluma en el tintero, retornando a su tarea—. Ahora va a resultar que sois hombre dado a la caridad cristiana...

—Yerra vuestra merced —respondió sereno el capitán—. Soy conocido por hombre más inclinado a estocadas que a buenos sentimientos.

—Así os recomendaron, por desgracia.

—Y así es, en verdad. Pero aunque mi mala fortuna me haya rebajado a esta condición, he sido soldado toda la vida y hay ciertas cosas que no puedo evitar.

El dominico, que durante el anterior diálogo se había mantenido quieto como una esfinge, dio un respingo, inclinándose después sobre la mesa como si pretendiera fulminar a Alatriste allí mismo, en el acto.

—¿Evitar?... Los soldados sois chusma —declaró, con infinita repugnancia—... Gentuza de armas blasfema, saqueadora y lujuriosa. ¿De qué infernales sentimientos estáis hablando?... Una vida se os da un ardite.

El capitán recibió la andanada en silencio, y sólo al final hizo un encogimiento de hombros.

—Sin duda tenéis razón —dijo—. Pero hay cosas difíciles de explicar. Yo iba a matar a aquel inglés.

written in that implacable stare and in the icy calm with which the man in the mask again put pen to paper. The life of Diego Alatriste y Tenorio, soldier of the Tercios Viejos in Flanders, hired swordsman in the Madrid of King Philip the Fourth, was worth only whatever those two men still wanted to learn. As one could deduce from the turn the conversation was taking, that was very little indeed.

“Your companion that night”—the scribe spoke without interrupting his writing, and his surly tone sounded a death knell for the captain—“did not seem to have as many scruples as you.”

“I give faith to that,” the captain admitted. “He seemed even to be enjoying it.”

The writer’s quill paused a moment in midair, as he flashed a look of irony toward the captain.

“How wicked of him. And you?”

“I do not enjoy killing. For me, taking a life is a business, not a pleasure.”

“Yes, so we noted.” The man dipped the quill into the inkwell and turned back to his task. “And next, I suppose, we shall learn that you are a man given to Christian charity.”

“You err, Your Mercy,” the captain responded serenely. “I am known to be a man more inclined toward the sword than toward sentiment.”

“That is why you were recommended to us as a man of the sword. To our misfortune.”

“But in truth, it is so. Fortune has reduced me to this sad estate. I have been a soldier all my life, and there are certain things one cannot avoid.”

The Dominican, who had been as quiet as the Sphinx during this exchange, sat straight up and leaned across the table toward Alatriste as if he would obliterate him on the spot. That instant.

“Avoid? You soldiers are offal,” he declared with infinite repugnance. “Rabble . . . blaspheming, looting, wallowing with women. What infernal ‘sentiment’ do you refer to? Taking a life is as easy as breathing to you.”

The captain received the reproof in silence, and only when the priest had finished did he shrug.

“You are undoubtedly right,” he said. “But some things are difficult to explain. I was going to kill that

Y lo hubiera hecho, de haberse defendido o pedido clemencia para él... Pero cuando solicitó gracia lo hizo para el otro.

El enmascarado de la cabeza redonda dejó otra vez inmóvil la pluma.

—¿Acaso os revelaron entonces su identidad?

—No, aunque pudieron hacerlo y tal vez salvarse. Lo que ocurre es que fui soldado durante casi treinta años. He matado y hecho cosas por las que condenaré mi alma... Pero sé apreciar el gesto de un hombre valiente. Y herejes o no, aquellos jóvenes lo eran.

—¿Tanta importancia dais al valor?

—A veces es lo único que queda —respondió con sencillez el capitán—. Sobre todo en tiempos como éstos, cuando hasta las banderas y el nombre de Dios sirven para hacer negocio.

Si después de aquello esperaba comentarios, no los hubo. El enmascarado se limitó a seguir mirándolo con fijeza.

—Ahora, naturalmente, ya sabéis quiénes son esos dos ingleses.

Alatriste guardó silencio, y por fin dejó escapar un corto suspiro.

—¿Me creeríais si lo negara?... Desde ayer lo sabe todo Madrid —miró al dominico y luego al enmascarado de modo significativo—. Y me alegro de no haber echado eso en mi conciencia.

Hizo un gesto hosco el del antifaz, cual si pretendiera sacudirse aquello que Diego Alatriste no había querido echarse encima.

—Nos aburrís con vuestra inoportuna conciencia, capitán.

Era la primera vez que así lo llamaba. Había ironía en el tratamiento, y Alatriste frunció el ceño. No le gustaba aquello.

—Me da igual que os aburra o no —repuso—. A mi no me gusta asesinar a príncipes sin saber que lo son —se retorció el mostacho, malhumorado—. Ni que me engañen y manipulen a mis espaldas.

—¿Y no sentís curiosidad —intervino fray Emilio Bocanegra, que escuchaba con atención— por saber qué ha decidido a algunos hombres justos a procurar esas muertes?... ¿A impedir que los malvados sorprendan la buena fe del Rey nuestro señor, lle-

Englishman. And I would have, had he defended himself or sought mercy for himself. But when he pled for mercy, it was as I told you, he pled for the other man."

The round-headed man again paused in his writing. "Did they, by any chance, reveal their identity to you?"

"No, although they could have, and perhaps saved themselves. I was a soldier for nearly thirty years. I have killed, and I have done things for which my soul will be damned through eternity. But I know how to appreciate the gesture of a courageous man. And heretics or not, those men were courageous."

"You give that much importance to courage?"

"There are times when courage is all that is left," the captain said with utter simplicity "Especially in times like these, when even flags and the name of God are used to strike deals."

If he had expected a reply, there was none. The masked man did nothing but continue to stare at him.

"By now, of course, you have learned who those two Englishmen are."

Alatriste said nothing, but finally allowed a weak sigh to escape.

"Would you believe me if I denied it? Since yesterday, all of Madrid has known." He looked at the Dominican and then the masked man with an expression that was easy to read. "And I am happy not to have that on my conscience."

The scribe made a brusque movement, as if attempting to shake off the thing Diego Alatriste had not wanted to be responsible for. "You bore us with your inopportune conscience, Captain."

This was the first time he had used that form of address. It was consciously ironic, and Alatriste frowned, not pleased.

"It matters little whether I bore you or not," he replied. "I do not like to murder princes without knowing who they are." Irritated, he twisted his mustache. "Or to be deceived and manipulated."

"And you feel no curiosity," intervened the priest, who had been listening closely, "as to why just men had determined to procure those deaths? Or prevent evil men from usurping the good faith of our lord and king, and from taking

vándose a una infanta de España como rehén a tierra de herejes?...

Alatriste negó despacio con la cabeza.

—No soy curioso. Fíjense vuestras mercedes en que ni siquiera intento averiguar quién es este caballero tapado con su máscara... —los miró con una seriedad burlona y insolente—. Ni tampoco ese que, antes de irse la otra noche, exigió que a los señores John y Thomas Smith sólo se les diera un escarmiento, quitándoles cartas y documentos, pero con resguardo de sus vidas.

El dominico y el enmascarado quedaron callados unos instantes. Parecían reflexionar. Fue el enmascarado quien habló por fin, mirándose las uñas manchadas de tinta.

—¿Acaso sospecháis la identidad de ese otro caballero?

—Yo no sospecho nada, pardiez. Me he visto envuelto en algo excesivo para mí, y lo lamento. Ahora sólo aspiro a salir con el cuello intacto.

—Demasiado tarde —dijo el fraile, en tono tan bajo que le recordó al capitán el siseo de una serpiente.

—Volviendo a nuestros dos ingleses —apuntó por su parte el enmascarado—. Recordaréis que, tras la marcha del otro caballero, recibisteis de Su Paternidad fray Emilio y de mí instrucciones bien distintas...

—Lo recuerdo. Pero también recuerdo que vos mismo parecíais mostrarle una especial deferencia a aquel otro caballero; y que no discutisteis sus órdenes sino cuando se fue, y apareció tras el tapiz Su... —Alatriste miró de soslayo al inquisidor, que permanecía impassible como si nada fuera con él— Su Paternidad. También eso pudo influir en mi decisión de respetar la vida a los ingleses.

—Habíais cobrado buen dinero por no respetarla.

—Cierto —el capitán echó mano al cinto—. Y helo aquí.

Las monedas de oro rodaron sobre la mesa y quedaron brillando a la luz del candelabro. Fray Emilio Bocanegra ni siquiera las miró, como si estuvieran malditas. Pero el enmascarado alargó la mano y las fue contando una a una, colocándolas en dos pequeños montones junto al tintero.

an infanta of Spain to the land of heretics as a hostage?"

Alatriste slowly shook his head.

"No, I am not curious. Please consider, Your Mercies, that I have not even attempted to find out who this gentleman is who covers his face with a mask." Alatriste looked at his questioners with mocking, insolent seriousness. "Nor the identity of the one who, before he left the other night, insisted that I should merely frighten Masters John and Thomas Smith, take their letters and documents, but spare their lives."

For a moment the Dominican and his companion said nothing. They seemed to be thinking. It was the latter who finally spoke, staring at his ink-stained fingernails.

"Perhaps you suspect who that other caballero might be?"

"Sblood! I suspect nothing. I find myself involved in something that is too rich for my fancy, and I regret it. Now all I hope to do is to leave with my head attached to my body."

"Too late," said the priest, in a tone so low and menacing that it reminded the captain of the hissing of a snake.

"Returning to our two Englishmen," the masked man put in. "You will recall that after the other caballero left, you received different instructions from the holy father and from me."

"I remember. But I also remember that you yourself seemed to show special deference to that 'other caballero,' and that you did not reveal your orders until he was gone and the . . . holy father"—Alatriste looked out of the corner of his eye at the Inquisitor: remote, impassive, as if all this had nothing to do with him—"had stepped from behind the tapestry. That too may have influenced my decision regarding the lives of the Englishmen."

"You accepted good money not to respect them."

"True." The captain put his hand to his belt. "And here it is."

The gold coins rolled across the table and lay gleaming in the light of the candles. Fray Emilio Bocanegra did not even look at them, as though they were cursed. But the masked man reached for them and counted them one by one, stacking them into two small piles beside the inkwell.

–Faltan cuatro doblones –dijo.

–Sí. A cuenta de las molestias. Y de haberme tomado por un imbécil.

El dominico rompió su inmovilidad con ademán de cólera.

–Sois un traidor y un irresponsable –dijo, vibrándole el odio en la voz–. Con vuestros inoportunos escrúpulos habéis favorecido a los enemigos de Dios y de España. Todo eso lo purgaréis, os lo prometo, con las peores penas del infierno; pero antes lo pagaréis bien caro aquí, en la tierra, con vuestra carne mortal –el término mortal parecía serlo aún más en sus labios fríos y apretados–... Habéis visto demasiado, habéis oído demasiado, habéis errado demasiado. Vuestra existencia, capitán Alatriste, ya no vale nada. Sois un cadáver que, por algún extraño azar, todavía se sostiene en pie.

Desinteresado de aquella amenaza espantosa, el enmascarado echaba polvos para secar la tinta del papel. Después dobló y guardó lo escrito, y al hacerlo Alatriste volvió a entrever el extremo de una cruz roja de Calatrava bajo su ropón negro. Observó que también se guardaba las monedas de oro, aparentemente sin recordar que parte de ellas habían salido de la bolsa del dominico.

–Podéis iros –le dijo a Alatriste, tras mirarlo como si acabara de recordar su presencia.

El capitán lo miró, sorprendido.

–¿Libre?

–Es una forma de hablar –terció fray Emilio Bocanegra, con una sonrisa que parecía una excomunión–. Lleváis al cuello el peso de vuestra traición y nuestras maldiciones.

–No embarazan mucho tales pesos –Alatriste seguía mirando al uno y al otro, suspicaz–... ¿Es cierto que puedo marcharme así, por las buenas?

–Eso hemos dicho. La ira de Dios sabrá dónde encontraros.

–La ira de Dios no me preocupa esta noche. Pero vuestras mercedes sí.

El enmascarado y el dominico se habían puesto en pie.

–Nosotros hemos terminado –dijo el primero.

“You are four doubloons short,” he said.

“Yes. That is payment for my trouble. And for having been taken for an imbecile.”

The Dominican exploded with a flash of choler.

“You are a traitor, and totally untrustworthy,” he said, contempt vibrating in his voice. “With your untimely attack of scruples, you have favored the enemies of God and of Spain. All this will be purged from you, I promise, in the cauldrons of Hell, but before that you will pay dearly here on earth. With your mortal flesh.” The word “mortal” sounded even more terrifying coming from those icy, clenched lips. “You have seen too much, you have heard too much, you have made too many errors. Your life, Captain Alatriste, is worth nothing. You are a cadaver that-through some strange chance-is still walking and talking.”

As the Dominican made that fearsome threat, the masked man was sprinkling powder on the sheet before him, to dry the ink. Then he folded it and put it into a pocket, and as he did, Alatriste again glimpsed the tip of the red cross of Calatrava beneath his black cloak. He also observed that the hands with the blackened nails collected the coins, apparently forgetting that part of them had come from the purse of the Dominican.

“You may go,” the priest said to Alatriste, looking at him as if he had just remembered he was there.

The captain looked back at him with surprise.

“I am free?”

“In a manner of speaking,” added Fray Emilio Bocanegra, with a smile equivalent to excommunication. “You go with the weight of your treachery and our curses around your neck.”

“That will not be heavy.” Alatriste turned from one to the other, incredulous. “Is it true that I may leave? Now?”

“That is what we said. The wrath of God will know where to find you.”

“The wrath of God does not worry me tonight. But Your Mercies...”

The Dominican and the scribe were on their feet.

“We have concluded,” said the former.

Alatriste escrutaba la faz de sus interlocutores. El candelabro les imprimía, desde abajo, inquietantes sombras.

–No me lo creo –concluyó–. Después de haberme traído aquí.

–Eso –zanjó el enmascarado– ya no es asunto nuestro.

Salieron llevándose el candelabro, y Diego Alatriste tuvo tiempo de ver la mirada terrible que el dominico le dirigió desde el umbral antes de meter las manos en las mangas del hábito y desaparecer como una sombra con su acompañante. De modo instintivo, el capitán llevó la mano a la empuñadura de la espada que no llevaba al cinto.

–¿Dónde está la trampa, voto a Dios?

Preguntó inútilmente, midiendo a largos pasos la habitación vacía. No hubo respuesta. Entonces vino a su memoria la cuchilla de matarife que llevaba en la caña de una bota. Se inclinó para sacarla de allí y la empuñó con firmeza, aguardando la acometida de los verdugos que, sin duda, iban a caer acto seguido sobre él. Pero no vino nadie. Todos se habían ido y estaba inexplicablemente solo, en la habitación iluminada por el rectángulo de claridad de luna que entraba por la ventana.

No sé cuánto tiempo aguardé afuera, fundido con la oscuridad e inmóvil tras el guardacantón de la esquina. Abrazaba el atado con la capa y las armas del capitán para quitarme un poco el frío –había ido tras el coche de Martín Saldaña y sus corchetes con sólo mi jubón y unas calzas–, y de ese modo estuve mucho rato, apretando los dientes para que no castañetearan. Al cabo, viendo que ni el capitán ni nadie salían de la casa, empecé a preocuparme. No podía creer que Saldaña hubiera asesinado a mi amo, pero en aquella ciudad y en aquel tiempo todo era posible. La idea me inquietó en serio. Cuando me fijaba bien, por una de las ventanas parecía asomar un **resquicio** de luz, como si alguien estuviese dentro con una lámpara; pero desde mi posición resultaba imposible comprobarlo. Así que decidí acercarme con cuidado, a echar un vistazo.

Iba a hacer la descubierta cuando, por una de esas inspiraciones a las que a veces debemos la vida, advertí un movimiento algo más lejos, en el zaguán de una casa vecina. Fue apenas un instante; pero cierta sombra se había movido como se mueven las sombras de las cosas inanimadas cuando dejan de serlo. Así que, sobrecogido, reprimí mi impaciencia y permanecí en vilo, sin quitar ojo. Al cabo de un rato movióse de nuevo, y en ese momento llegó hasta mi,

Alatriste studied their faces. The candlelight from below cast ominous shadows.

“I find that difficult to believe,” Alatriste concluded. “After you had me brought here.”

“That,” said the masked man as a last word, “no longer has anything to do with us.”

They walked out, taking the candelabrum with them, and the last thing Diego Alatriste saw was the terrible gaze the Dominican threw his way before crossing his arms and thrusting his hands into the sleeves of his habit. The two men faded away like shadows. Instinctively, the captain reached for the grip of the sword that was not at his waist.

“A pox on them! Where is the trap in all this?”

His question was pointless, echoing through the empty room. There was no answer. As he strode toward the door, he remembered the slaughterer’s knife he carried in his bootleg. He bent down and pulled it out, gripping it firmly, awaiting the attack of the executioners who, he was sure, were waiting for him. But none came. He was inexplicably alone in the room dimly illuminated by the rectangle of moonlight falling through the window.

I do not know how long I waited outside, blending into the darkness, motionless behind the carriage guard on the corner post. I clutched the captain’s cape and weapons closer, to borrow a little warmth from them—I was wearing only my doublet and hose when I ran after the coach of Martin Saldaña and his catchpoles—and stood there a long while, clenching my teeth to keep them from chattering. Finally, when neither the captain nor anyone else came out of the house, I began to be concerned. I could not believe that Saldaña had murdered my master, but in that city at that time, anything was possible. The idea truly alarmed me. When I looked closely I thought I could see a **sliver** of light escaping through one of the windows, as if someone were inside with a lamp, but from where I stood it was impossible to verify. I decided, despite the danger, to try to get near enough to peek inside.

I was about to step into the open, when, in one of those strokes of fortune to which we *sometimes owe our lives*, I caught a glimpse of movement some distance away, in the entry to a neighboring house. It was only a flicker, but a shadow had moved as the shadows of motionless objects do when they become animate. Surprised, I swallowed my impatience and stood there, undecided, keeping my eyes glued to the spot. After a while, it moved again, and at that same moment, from

del otro lado de la pequeña plaza, un silbido suave parecido a una señal; una musiquilla que sonaba tirurí-ta-ta. Y oírla me heló la sangre en las venas.

Eran al menos dos, decidí al cabo de un rato de escudriñar las tinieblas que llenaban el Portillo de las Ánimas. Uno, escondido en el zaguán más cercano, era la sombra que había visto moverse al principio. El otro, que había silbado, se encontraba más lejos, cubriendo el ángulo de la plaza que daba a la tapia del matadero. El lugar tenía tres salidas, así que durante un rato me apliqué a vigilar la tercera; y por fin, cuando una nube descubrió la media luna turca que había sobre la noche, alcancé a divisar, en su contraluz, un tercer bulto oscuro apostado en esa esquina.

El negocio estaba claro y aparentaba mal cariz; más yo no tenía medio de recorrer los treinta pasos que distaba la casa sin que me vieran. Cavilando en ello, deshice cauto el fardo de la capa y puse sobre mis rodillas una de las pistolas. Su uso estaba prohibido por pragmáticas del Rey nuestro señor, y bien conocía que, de hallármelas la justicia, podía dar con mis jóvenes huesos en galeras sin que los pocos años excusaran el lance. Pero, a fe de vascongado, en aquel momento se me daba un ardite. Así que, como tantas veces lo había visto hacer al capitán, comprobé a tientas que la piedra de chispa estaba en su sitio y eché hacia atrás, procurando ahogar su chasquido con la capa, la llave para montar el perrillo que la disparaba. Después me la puse entre el jubón y la camisa, monté la segunda y estuve con ella en la mano, teniendo la espada en la otra. La capa, desembarazada por fin, la puse sobre mis hombros. De ese modo volví a quedarme quieto, aguardando.

No fue mucho tiempo más. Una luz brilló en el enorme zaguán de la casa, apagándose luego, y un carruaje pequeño asomó por una de las salidas de la plazuela. Junto a él se destacó una silueta negra que se aproximó al zaguán, y durante un brevísimo instante conferenció allí con otras dos sombras que acababan de aparecer. Después la silueta negra regresó a su esquina, las sombras subieron al carruaje, y éste pasó con sus mulas negras y la presencia fúnebre de un cochero en el pescante, casi rozándome, antes de alejarse en la oscuridad.

No tuve holgura para reflexionar sobre el misterioso carruaje. Aún sonaba el eco de los cascos de las mulas, cuando en el lugar donde estaba apostada la silueta negra sonó un nuevo silbido, otra vez aquel tirurí-ta-ta, y de la sombra más cercana llegóme el sonido inconfundible de una espada saliendo despacio de su vaina. Rogué desesperadamente a Dios que apartase otra vez las nubes que cubrían la luna, y me permitiera ver mejor. Pero una cosa piensa el bayo y

across the small plaza I heard a soft whistle that sounded like a signal: a little tune, something like ti-ri-tu, ta-ta. When I heard that, the blood froze in my veins.

There must be at least two, I decided, after scrutinizing the shadows that covered the Gate of Lost Souls. One of them was hiding in the nearest entryway; that was the first shadow that had moved. The second, the one that had whistled, was farther away, covering the angle of the plaza that led to the wall of the slaughterhouse. There were three ways out, so for a while I concentrated on the third. Finally, when the clouds parted to reveal a crescent moon, I was rewarded: I made out a third dark shape, silhouetted against the moonlight.

The plan was clear, and boded ill for the captain, but I had no way to run the thirty steps to the house without being seen. I pondered these developments, and sat down and unrolled the cape, then placed one of the pistols on my knees. Its use was forbidden by edict of our lord and king, and I was well aware that if the law found me with them, my young bones would end up in a galley, and my youth would not excuse me. But, upon my word as a Basque, at that moment I did not give a fig. So, as I had watched the captain do so many times, I felt to see that the flint stone was in place, and trying to muffle the click with the cape, I pulled back the hammer to cock the pistol for firing. That one I stuck between my doublet and my shirt. I primed the second pistol, and waited with it in one hand and the captain's sword in the other. I put the now empty cape around my shoulders, and thus equipped, I continued my vigil.

I did not have long to wait. A light shone briefly in the enormous entry to the house, then was extinguished. I heard a carriage and turned to see it approaching from one of the exits of the small plaza. Along with it, I made out a black silhouette that entered the courtyard and for a brief instant consulted with two dark figures that had emerged from the house. The first shadow returned to its corner, and the other figures climbed into the carriage. As it started off, with its black mules and funereal coachman, it passed so close that it nearly brushed against me, then it rolled off into the darkness.

I did not have long to reflect upon the mysterious carriage. The sound of the mules' hooves was still echoing across the plaza when from the spot where the black silhouette was posted came another whistle, again that ti-ri-tu, ta-ta, and from the nearest corner the unmistakable sound of a sword being slowly drawn from its scabbard. Desperately, I prayed to God to part the clouds once more, and allow me to see. But it is a long way from thinking about the horse to saddling it.

otra el que lo ensilla; nuestro Sumo Hacedor debía de andar ocupándose en otros menesteres, pues las nubes siguieron en su sitio. Empecé a perder la cabeza, y todo me daba vueltas. De modo que dejé caer la capa y me puse en pie, intentando alcanzar mejor lo que estaba a punto de ocurrir. Entonces la silueta del capitán Alatriste apareció en el zaguán.

A partir de ahí todo discurrió con extraordinaria rapidez. La sombra que estaba más cerca de mí se destacó de su resguardo, moviéndose hacia Diego Alatriste casi al mismo tiempo que yo. Contuve el aliento mientras daba hacia ella, inadvertida de mi presencia, uno, dos, tres pasos. En ese momento Dios quiso parar mientes en mí, y apartó la nube; y pude distinguir bien, a la escasa luz de la luna turca, la espalda de un hombre fornido que avanzaba con el acero desnudo en la mano. Y por el rabillo del ojo vi a otros dos que se destacaban desde las esquinas de la plaza. Y mientras, con la espada del capitán en la zurda, alzaba la diestra armada con la pistola, vi también que Diego Alatriste se había detenido en mitad de la plazuela y en su mano brillaba el pequeño destello metálico de su inútil cuchilla de matarife. Entonces di dos pasos más, y ya tenía prácticamente apoyado el cañón de la pistola en la espalda del hombre que caminaba delante, cuando éste sintió mis pasos y giró en redondo. Y tuve tiempo de ver su rostro cuando apreté el gatillo y salió el pistoletazo, y el resplandor del tiro le iluminó la cara desencajada por la sorpresa. Y el estruendo de la pólvora atronó el Portillo de las Ánimas.

El resto fue aún más rápido. Grité, o creí hacerlo, en parte para alertar al capitán, en parte por el terrible dolor del retroceso del arma, que casi me descoyunta el brazo. Pero el capitán estaba apercebido de sobra por el tiro, y cuando le arrojé su espada por encima del hombre que estaba ante mí —o por encima del lugar donde había estado el hombre que antes se hallaba ante mí—, ya saltaba hacia ella, apartándose para evitar que lo lastimara, y empuñóla apenas tocó el suelo. Entonces la luna volvió a ocultarse tras una nube, yo dejé caer la pistola descargada, saqué del jubón la otra y, vuelto hacia las dos sombras que cerraban sobre el capitán, apunté, sosteniendo el arma con ambas manos. Pero me temblaban tanto que el segundo tiro salió a ciegas, perdiéndose en el vacío, mientras el retroceso me empujaba de espaldas al suelo. Y al caer, deslumbrado por el flogonazo, vi durante un segundo a dos hombres con espadas y dagas; y al capitán Alatriste que les tiraba estocadas, batiéndose como un demonio.

Diego Alatriste los había visto acercarse un momento antes del primer pistoletazo. Cierto es que apenas salió a la calle aguardaba algo como aquello, y conocía lo vano del intento de vender

Our Supreme Maker must have been busy with other duties, because the clouds stayed where they were. I began to feel light-headed; everything around me was whirling. So I shed the cape and stood, meaning to run more quickly to the place where things were going to happen. That was when I saw Captain Alatriste come out into the courtyard.

Then everything happened with extraordinary speed. The shadow closest to me moved from its hiding place, starting toward Diego Alatriste at almost the same time I did. I held my breath as I followed it: one, two, three steps. At just that moment, God chose to shed his light on me, and parted the clouds. In the pale glow of the crescent moon I could clearly make out the back of a heavysset man moving forward with naked steel in his hand. I also saw the other two starting from their corners of the plaza. And as I held the captain's sword in my left hand and raised my right, armed with the pistol, I saw Diego Alatriste stop in the middle of the plaza, and caught the glint from his useless knife. I took two steps more, and now the barrel of the pistol was nearly prodding the back of the man in front of me . . . but he heard my footsteps and whirled about. I had time to see his face before I pulled the trigger and the pistol went off. The flash of the shot lighted features distorted with surprise. The roar of the gunpowder thundered through the Gate of Lost Souls.

The rest happened even more rapidly. I yelled, or thought I did, partly to alert the captain, and partly because of the terrible pain from the recoil of the weapon; it felt as if my arm had been torn from its socket. But the captain had more warning than he needed from the shot, and when I threw him his sword, over the shoulder of the man in front of me—or over the place where the man in front of me had been—he was already running toward it. He danced aside to avoid being hit, and picked it up the moment it touched the ground. Then, once again, the moon hid behind the clouds. I dropped the discharged pistol, pulled the other from my doublet, and turned toward the two shadows closing in on the captain. I aimed, holding the pistol with both hands. But I was trembling so hard that the second shot went wild, and this time the recoil knocked me backward to the ground. As I fell, my eyes dazzled by the flash, I had a second's glimpse of two men with swords and daggers, and of Captain Alatriste, sword flashing, battling like a demon.

Diego Alatriste had seen them coming toward him before the first pistol shot. The moment he stepped outside he was watching for something of the sort, and he knew how futile it would be to try to

cara su piel con la ridícula cuchilla. El fogonazo del arma lo desconcertó tanto como a los otros, y en un primer momento creyó ser objeto de éste. Luego oyó mi grito, y todavía sin comprender cómo diablos andaba yo a tan menguada hora en aquel paraje, vio venir su espada por el aire como caída del cielo. En un abrir y cerrar de ojos se había hecho con ella, justo a tiempo de enfrentarse a los **aceros** que lo requerían con saña. Fue el resplandor del segundo disparo el que le permitió hacerse idea de la situación, una vez la bala pasó zurreando orejas entre sus atacantes y él; y pudo así afirmarse contra ellos, conociendo que uno lo acosaba desde la zurda y otro por el frente, en un ángulo aproximado de noventa grados, de modo que el que tenía ante sí obraba para fijarlo en esa postura, mientras el segundo aprovechaba para intentar largarle una cuchillada mortal hacia el costado izquierdo o el vientre. Se había visto en situación parecida otras veces, y no era fácil batirse contra uno, cubriéndose del otro con sólo la mano izquierda armada de la corta cuchilla. Su destreza consistió en girar cada vez bruscamente a diestra y siniestra para ofrecerles menos espacio, aunque el cuidado lo obligaba a hacerlo más a la izquierda que a la derecha. Seguían ellos cerrándole a cada movimiento, de modo que a la docena de fintas y estocadas ya habían descrito un círculo completo a su alrededor. Dos cuchilladas de través resbalaron sobre el **coletto** de piel de búfalo. El *cling clang* de las toledanas resonaba a lo largo y ancho de la plazuela, y no dudo que, de ser lugar más habitado, entre ellas y mis pistoletazos habrían llenado las ventanas de gente. Entonces, la suerte, que como fortuna de armas socorre a quien se mantiene lúcido y firme, vino en auxilio de Diego Alatriste; pues quiso Dios que una de sus estocadas entrase por los **gavilanes** de la guarda hasta los dedos o la muñeca de un adversario, quien al sentirse herido se retiró dos pasos con un por vida de. Para cuando se rehizo, Alatriste ya había lanzado tres mandobles como tres relámpagos sobre el otro contrario, a quien la violencia del asalto hizo perder pie y retroceder a su vez. Aquello bastó al capitán para afirmarse de nuevo con serenidad, y cuando el tocado en la mano acudió de nuevo, el capitán soltó la cuchilla de la zurda, se protegió la cara con la palma abierta, y lanzándose a fondo le metió una buena cuarta de acero en el pecho. El impulso del otro hizo el resto, y él mismo se pasó de parte a parte mientras soltaba el arma con un ¡Jesús! y ésta sonaba, metálica, en el suelo a espaldas del capitán.

El segundo espadachín, que ya acudía, se detuvo en seco. Alatriste tiró hacia atrás para sacar la espada clavada en el primero, que cayó como un fardo, y se encaró con su último enemigo, intentando recobrar el aliento. Las nubes se habían apartado lo suficiente para, al claro de luna, reconocer

save his hide with his ridiculous knife. The blast of the pistol had shocked him as much as it had the others, and for an instant he had thought he was the target. Then he heard my yell, and still not understanding what the devil I was doing there at such a late hour, he saw his sword flying toward him as if it had fallen from the skies. In the blink of an eye he had it in his hand, just in time to confront two furious, **deadly blades**. It was the flash from the second shot that allowed him, once the ball went whizzing by between his attackers and himself, to size up the situation and prepare. Now he knew that one was on his left and the other straight ahead of him, forming an angle of approximately ninety degrees. The role of the one was to keep him engaged as the other plunged a knife into his ribs or belly from the side. Alatriste had found himself in similar situations before; it was not an easy task to combat one while protecting himself from another with only a short knife. His defense was to slash a wide swath from right to left, to cut into their space, although to protect his vulnerable left side he was forced to swing more to the left than to the right. The two attackers met move with move, so that after a dozen feints and thrusts they had traced a complete circle around him. Two oblique stabs had glanced off his **buffcoat**. The *cling, clang* of the Toledo blades sounded the length and breadth of the plaza, and I have no doubt that had the place been more inhabited, between that noise and my pistol shots the windows would have been filled with observers. Then Fate, which like the winds of war, favors those who keep a clear head, came to the aid of Diego Alatriste. It was God's will that one of his thrusts went through the **quillons** of the sword guard and cut either the fingers or the wrist of the adversary at his left, who when he felt the wound, stepped back two paces with a "For the love of . . ." By the time his opponent regrouped, Alatriste had already delivered three two-handed slashes, like three lightning bolts, against the other opponent, who had lost his balance and been forced by the violence of the attack to retreat. That was all the captain needed to get his feet firmly set, and when the one who had been wounded on the hand advanced, the captain dropped the knife in his left hand, protected his face with his open palm, and lunging forward, thrust a good fourth of his blade into his opponent's chest. His victim's momentum did the rest: the sword drove through to the guard. The man cried out, "Jesus!" and dropped his sword, which clanged to the ground behind the captain.

The second swordsman, already on the attack, pulled up short. Alatriste leaped backward to pull his sword free of the first man-who had dropped to the ground like a sack of meal-and turned to face his remaining enemy, panting to catch his breath. The clouds had parted just enough to see, in the moonlight

al italiano.

–Ya estamos parejos –dijo el capitán, entrecortado el resuello.

–Que me place –repuso el otro, reluciente en su cara el destello blanco de una sonrisa. Y aún no había terminado de hablar cuando lanzó una estocada baja y rápida, tan vista y no vista como el ataque de un áspid. El capitán, que bien había estudiado al italiano cuando los dos ingleses, y la esperaba, hurtó el cuerpo, opuso la mano izquierda para eludirla, y el acero enemigo se deslizó **en el vacío**; aunque, al retroceder, sintió una cuchillada de daga en el dorso de la mano. Confiando en que el italiano no le hubiera cortado ningún tendón, cruzó el brazo derecho con el puño alto y la espada hacia abajo, apartando con un seco tintineo la espada que volvía a la carga en una segunda estocada, tan asombrosa y hábil como la primera. Retrocedió un paso el italiano y de nuevo quedaron quietos uno frente a otro, respirando ruidosamente. La fatiga empezaba a hacer mella en ambos. El capitán movió los dedos de la mano herida, comprobando aliviado que respondían: los tendones estaban intactos. Sentía la sangre gotear lenta y cálida, dedos abajo.

–¿Hay arreglo posible? –preguntó.

El otro estuvo un poco en silencio. Después movió la cabeza.

–No –dijo–. Fuisteis demasiado imprudente la otra noche.

Su voz opaca sonaba cansada, y el capitán imaginó que estaba tan harto de todo aquello como él mismo.

–¿Y ahora?

–Ahora es vuestra cabeza o la mía.

Sobrevino un nuevo silencio. El otro se movió un poco y Alatriste lo hizo también, sin relajar la guardia. Giraron muy despacio el uno ante el otro, midiéndose. Bajo el **colete** de búfalo, el capitán notaba la camisa empapada en sudor.

–¿Puedo conocer vuestro nombre?

–No viene al caso.

–Lo ocultáis, pues, como un bellaco.

Sonó la risa áspera del italiano.

–Tal vez. Pero soy un bellaco vivo. Y vos estáis

. . . the Italian.

“We are even now,” said the captain, gasping for air.

“Delighted to hear that,” the Italian replied, white teeth flashing in his dark face. The words were not yet out of his mouth when he made a quick, low thrust, as visible, and invisible, as the strike of an asp. The captain, who had studied the Italian carefully on the night of the attack on the two Englishmen, was waiting. He shifted to one side, and put out his left hand to parry the thrust, and the enemy sword plunged into **thin air**—although, as the captain stepped back, he became aware that he had a dagger cut across the back of his hand. Confident that the Italian had not severed a tendon, he reached to the left with his right arm, hand high and sword tip pointing down, parrying with a sharp *ting!* a second thrust, as surprising and skillful as the first. The Italian retreated one step, and again the two men stood facing each other, breathing noisily. Fatigue was beginning to affect both. The captain moved the fingers of his wounded hand, finding, to his relief, that they responded: the tendons were not cut. He felt blood, dripping warm and slow down his fingers.

“Can we not come to some agreement?” Alatriste asked.

The Italian stood in silence a moment. Then shook his head.

“No,” he said. “You went too far the other night.”

His throaty voice sounded tired. The captain could imagine that, like him, the Italian had had his fill.

“So now?”

“Now it is your head or mine.”

A new silence. Alatriste’s erstwhile accomplice made a slight move, and Alatriste responded, without relaxing his guard. Very slowly they circled, each taking the other’s measure. Beneath the **buffcoat**, the captain could feel his shirt soaked in sweat.’

“Will you tell me your name?”

“It has no bearing on this.”

“You hide it, then—that is the sign of a scoundrel.”

Alatriste heard the Italian’s harsh laugh.

“Perhaps. Yet I am a live scoundrel, and you,

muerto, capitán Alatriste.

–No será esta noche.

El adversario pareció considerar la situación. Le dirigió un vistazo al cuerpo inerte del otro **espadachín**. Después miró hacia donde yo estaba, aún en el suelo, cerca del tercer esbirro que se removía débilmente en tierra. Debía de estar muy malherido por el pistoletazo, pues lo oíamos gemir en voz baja, pidiendo confesión.

–No –concluyó el italiano–. Creo que tenéis razón. Esta noche no me acomoda.

Dicho esto amagó el gesto de irse, y en el mismo movimiento hizo saltar en su mano izquierda la daga del puño a la hoja, lanzándola con rápida precisión contra el capitán, que la esquivó de milagro.

–Hideputa –masculló Alatriste.

–Voto a Dios –respondió el otro–. No esperaríais que os pidiera licencia.

Después de aquello estuvieron quietos otra vez durante un corto rato, observándose atentos. Al cabo el italiano hizo un pequeño movimiento, Alatriste respondió con otro, y todavía alzaron prudentes las espadas, rozándolas con un leve **cling** metálico, antes de abatirlas de nuevo.

–Por Belcebú –suspiró al fin roncamente el italiano– que no hay dos sin tres.

Y empezó a caminar hacia atrás sin perderle la cara al capitán, alejándose muy despacio, interpuesto el acero. Sólo al final, casi en la esquina, se decidió a volver la espalda.

–Por cierto –dijo cuando estaba a punto de desaparecer entre las sombras–. Mi nombre es Gualterio Malatesta, ¿lo oís?... Y soy de Palermo... ¡Quiero que lo recordéis bien cuando os mate!

El hombre malherido por el pistoletazo seguía pidiendo confesión. Tenía un gran destrozo en el hombro, y el hueso de la clavícula rota asomaba por la herida, astillado. Iba a tardar poco antes que el Diablo quedara bien servido. Diego Alatriste le echó un vistazo rápido, indiferente, registró su faltriquera como había hecho antes con el muerto, y luego vino hasta mí, arrodillándose a mi lado. No dio las gracias, ni dijo nada de todo lo que se supone debería decir alguien cuando un muchacho de trece años le ha salvado la vida. Sólo preguntó si estaba bien; y cuando respondí que sí, colocóse la espada bajo un brazo y, pasando el otro bajo mis hombros, me ayu-

Captain Alatriste, are a dead man.”

“Not this night.”

His adversary seemed to be taking stock. He glanced toward the inert body of his **henchman**. Then he looked at me, still on the ground beside the third of the figures who had been lurking in the plaza, and who was now stirring weakly. He must have been badly wounded by my pistol shot, for we could hear him moaning and asking for confession.

“No,” concluded the Italian. “I believe you are right. This is not the night.”

He seemed to be readying himself to leave, but as I watched, I saw him flip the dagger in his left hand from grip to blade. Then, all in the same movement, he flung it toward the captain, who somehow miraculously dodged it.

“Underhanded dog!” grunted Alatriste.

“Well, by God,” the other responded. “You surely didn’t think I would ask your permission.”

Again the two swordsmen stood studying each other. The Italian ended that with a twirl of his blade, Alatriste responded with another, and again each cautiously raised his sword, and steel brushed steel with a faint metallic *ching*, before they lowered their swords again.

“Devil take it,” the Italian sighed hoarsely. “There is no end to this.”

He began to back away from the captain, very slowly, his sword held horizontally between them. Only when he was safely away, almost at the corner post, did he turn his back.

“Incidentally,” he called as he was fading into the shadows, “the name is Gualterio Malatesta. Did you hear? And I come from Palermo. I want that burned into your brain when I kill you!”

The man I had shot was still whimpering for confession. His shoulder was shattered, and splinters of his clavicle were protruding from the wound. Very soon, the Devil would be well served. Diego Alatriste gave him a quick, impersonal look, went through his purse, as he had earlier with the dead man’s, and then came over and knelt beside me. He did not thank me, or say any of the things one might expect would be said when a thirteen-year-old boy has saved a man’s life. He simply asked if I was all right, and when I replied that I was, he tucked his sword beneath one arm and, putting the other around my shoulders, helped me

dó a incorporar. Al hacerlo, el mostacho rozó un instante mi cara, y vi que sus ojos, más claros que nunca a la luz de la luna, me observaban con extraña fijeza, cual si me conociesen por primera vez.

Gimió de nuevo el moribundo, tornando a pedir confesión. Volvióse un instante el capitán, y lo vi reflexionar.

—Llégate a San Andrés —dijo al cabo— y busca a un cura para ese desgraciado.

Lo miré indeciso, pareciéndome adivinar en su rostro una mueca malhumorada y amarga.

—Se llama Ordóñez —añadió—. Lo conozco de Flandes.

Después cogió del suelo las pistolas y echó a andar. Antes de cumplir su orden, fui hasta el guardacantón en busca de la capa, y luego corrí tras él y se la di. La terció sobre el hombro mientras alzaba una mano para tocarme levemente una mejilla, con un roce de afecto desusado en él. Y me seguía mirando como antes, cuando había preguntado si estaba bien. Y yo, entre **avergonzado** y orgulloso, sentí, en la cara, deslizarse una gota de sangre de su mano herida.

IX. LAS GRADAS DE SAN FELIPE

Después de aquella noche toledana hubo unos días de calma. Pero como Diego Alatriste seguía empeñado en no salir de la ciudad ni esconderse, vivíamos en perpetua vigilia, cual si estuviéramos en campaña. Mantenerse vivo, descubrí durante esos días, da muchas más fatigas que dejarse morir, y requiere los cinco sentidos. El capitán dormía más de día que de noche, y al menor ruido, un gato en el tejado o un peldaño de madera que crujiere en la escalera, yo me despertaba en mi cama para verlo en camisa, incorporado en la suya con la vizcaína o una pistola en la mano. Tras la escaramuza del Portillo de las Ánimas había intentado mandarme una temporada

to my feet. His mustache brushed my cheek for an instant, and I saw that his eyes, paler than ever in the light of the moon, were observing me with strange intensity, as if he were seeing me for the first time.

The dying man moaned again, again pleading for confession. The captain turned back, and I could see him thinking.

“Run over to San Andrés,” he said finally, “and fetch a priest for this miserable fellow”

I stared at him, hesitating; it seemed to me that I had glimpsed that bitter, ill-humored grimace on his lips.

“His name is Ordonez,” he added. “I recognize him from Flanders.”

Then he picked up the pistols and started off. Before I obeyed his orders, I went back to the carriage guard on the corner to look for his cape, then ran after him and handed it to him. He tossed it over one shoulder and lightly touched my cheek—with a show of affection unusual in him. And he kept looking at me with the same expression he had had when he asked if I was all right. Half **embarrassed**, half proud, I felt a drop of blood from his wounded hand drip onto my face.

IX. THE STEPS OF SAN FELIPE

A few days of calm followed that sleepless night. But as Diego Alatriste continued to refuse to leave the city, or hide, we lived in a perpetual state of alert; we might as well have been in a campaign. Staying alive, I discovered, can be much more tiring than letting oneself be killed, and requires all five senses. The captain slept more during the day than he did at night, and at the least sound—a cat on the roof, or the creak of wood on the stairs—I would awaken in my bed to see him in his nightshirt, sitting up in his, with the vizcaína or a pistol in his hand. After the skirmish at the Gate of Lost Souls, he had tried

de vuelta con mi madre, o a casa de algún amigo; pero dije que no pensaba abandonar el campo, que su suerte era la mía, y que si yo había sido capaz de dar dos pistoletazos, igual podía dar otros veinte, si se terciaba. Estado de ánimo que reforcé expresando mi decisión de fugarme, fuera cual fuese el lugar a donde me enviara. Desconozco si Alatriste apreció mi decisión o no lo hizo, pues ya he contado que no era hombre aficionado a expresar sus sentimientos. Pero logré, al menos, que se encogiera de hombros y no volviera a plantear el asunto. Por cierto que al día siguiente encontré sobre mi almohada una buena daga, recién comprada en la calle de los Espaderos: mango damasquinado, cruz de acero y una cuarta larga de hoja de buen temple, fina y con doble filo. Una daga de esas que nuestros abuelos llamaban de misericordia, pues con ellas solía rematarse, introduciéndolas por resquicios de la armadura o la celada, a los caballeros caídos en tierra durante un combate. Aquel arma blanca fue la primera que poseí en mi vida; y la conservé con mucho aprecio durante veinte años hasta que un día, en Rocrol, tuve que dejarla clavada entre las junturas del coselete de un francés. Que no es, por cierto, mal fin para una buena daga como ésa.

Mientras nosotros dormíamos con un ojo abierto y recelábamos hasta de nuestras sombras, Madrid ardía en fiestas con la venida del príncipe de Gales, acontecimiento que ya era oficial. Siguiéron días de cabalgatas, saraos en el real Alcázar, banquetes, recepciones, máscaras, y una fiesta de toros y cañas en la Plaza Mayor que recuerdo como uno de los espectáculos más lucidos que en su género conoció el Madrid de los Austrias, con los mejores caballeros de la Corte —entre ellos nuestro joven Rey—, corriendo cañas y alanceando toros de Jarama en un alarde de apostura y valor. Ésta de los toros era, como lo sigue siendo hoy en día, fiesta favorita del pueblo de Madrid y de no pocos lugares de España; y el propio Rey y nuestra bella reina Isabel, aunque hija del gran Enrique IV el Bearnés y por tanto francesa, salían muy aficionados. Mi señor el Cuarto Felipe, cual resulta sabido, era galán jinete y buen tirador, aficionado a la caza y a los caballos —una vez perdió uno matando en una sola jornada tres jabalíes con su propia mano—, y así lo immortalizó en sus lienzos Don Diego Velázquez, igual que en verso hicieronlo muchos autores y poetas, como Lope, Don Francisco de Quevedo, o Don Pedro Calderón de la Barca en aquella comedia célebre, *La banda y la flor*:

*¿Diré qué galán bridón,
calzadas botas y espuelas,
airoso el brazo, la mano*

to send me back to my mother for a while, or to the house of a friend. I told him that I had no intention of abandoning our camp, that his fate was mine, and that if I had been capable of getting off two pistol shots, I could fire off another twenty if the occasion demanded. A position I reinforced by expressing my determination to run away from any place he might send me. I do not know whether Alatriste was grateful for my decision, for I have told you that he was not a man given to revealing his feelings. But at least I had made my point. He shrugged and did not bring up the matter again. In fact, the next day I found a fine dagger on my pillow, recently purchased on Calle de los Espaderos: damascened handle, steel cross-guard, and a long, finely tempered blade, slim and double-edged. It was one of those daggers our grandfathers called a *misericordia*, for it was used to put caballeros fallen in battle out of their misery. That was the first weapon I ever possessed, and I kept it, with great fondness, for twenty years, until one day in Rocroi I had to leave it buried between the fastenings of a Frenchman's corselet. Which is actually not a bad end for a fine dagger like that one.

All the time that we were sleeping with one eye open, and jumping at our own shadows, Madrid was ablaze with celebrations occasioned by the visit of the Prince of Wales, an event that was by now official. There were days of cavalcades, soirees in the Alcázar Real, banquets, receptions, and masked balls, all topped off with a festival of "bulls and canes" in the Plaza Mayor that I remember as one of the most outstanding spectacles of its kind ever seen in our Madrid of the Austrias. The finest caballeros in the whole city—among them our young king—took part, wielding lances or pikes and pitting themselves against Jarama bulls in a glorious display of grace and courage. This fiesta of the *corrida* was, as it continues to be today, the favorite celebration of the people of Madrid—and of no few other places in Spain. The king himself, and our beautiful Queen Isabel—though a daughter of the great Henri IV, the Béarnais, and through him Elizabeth of France—were very fond of them. My lord and king, the fourth Philip, was known to be an elegant horseman and a fine shot, an aficionado of the hunt and of horses—once, in a single day, killing three wild boars by his own hand but losing a fine mount in the process. His sporting skills were immortalized in the paintings of don Diego Velázquez, as well as in poems by many authors and poets such as Lope de Vega or Francisco de Quevedo. These lines by don Pedro Calderon de la Barca are from his popular play *La banda y la flor*:

*Shall I tell what gallant horseman
Decked out in high boots and spurs,
Arms at a pleasing angle, the hand*

*baja, ajustada la rienda,
terciada la capa, el cuerpo
igual y la vista atenta
paseó galán las calles
al estribo de la reina?*

Ya he dicho en alguna parte que a sus dieciocho o veinte años nuestro buen Rey era, y lo fue durante mucho tiempo, simpático, mujeriego, gallardo y querido por su pueblo: ese buen y desgraciado pueblo español que siempre consideró a sus reyes los más justos y magnánimos de la tierra, incluso a pesar de que su poderío declinaba, que el reinado del anterior Rey Don Felipe III había sido breve pero funesto en manos de un favorito incompetente y venal, y también pese a que nuestro joven monarca, cumplido caballero pero abúlico e incapaz para los negocios de gobierno, estaba a merced de los aciertos y errores –y hubo más de los segundos que de los primeros– del conde y más tarde duque de Olivares. Mucho ha cambiado desde entonces el pueblo español, o lo que de él queda como tal. Al orgullo y la admiración por sus reyes siguió el menosprecio; al entusiasmo, la acerba crítica; a los sueños de grandeza, la depresión más profunda y el pesimismo general. Recuerdo bien, y creo sucedió durante la fiesta de toros del príncipe de Gales o en alguna posterior, que uno de los animales, por su bravura, no podía ser desjarretado ni reducido; y nadie, ni siquiera las guardias española, borgoñona y tudesca que guarnecían el recinto, osaba acercarse a él. Entonces, desde el balcón de la Casa de la Panadería, nuestro Rey Don Felipe, con tranquilo continente, pidió un arcabuz a uno de los guardias, y sin perder la medida real ni alterar el semblante con ademanes, lo tomó galán, bajó a la plaza, compuso la capa con brío, requirió el sombrero con despejo, e hizo la puntería de modo que encarar el arma, salir el disparo y morir el toro fue todo uno. El entusiasmo del público se desbordó en aplausos y vítores, y se habló de aquello durante meses, tanto en prosa como en verso: Calderón, Hurtado de Mendoza, Alarcón, Vélez de Guevara, Rojas, Saavedra Fajardo, el propio Don Francisco de Quevedo y todos los que en la Corte eran capaces de mojar una pluma, invocaron a las musas para inmortalizar el lance y adular al monarca, comparándolo ora con Júpiter fulminando el rayo, ora con Teseo matando al toro de Maratón. Recuerdo que el celebrado soneto de Don Francisco empezaba diciendo:

*En dar al robador de Europa muerte
de quien eres señor monarca ibero...*

Y hasta el gran Lope escribió, dirigiéndose al cornúpeta liquidado por la mano regia:

*Held low to rein in his steed,
Cape neatly arranged, back
Ramrod-straight, eyes alert,
Trotted elegantly through the streets
Beside the carriage of the queen?*

I have already said elsewhere that in his eighteenth or twentieth year, Philip was—and would be for many years—congenial, fond of the ladies, elegant, and beloved of his people. Ali, our good, mistreated Spanish people, who always considered their kings to be the most just and magnanimous on earth, even when their power was on the decline; even though the reign of the previous king, Philip the Third, had been brief, but with time enough to be calamitous left in the hands of an incompetent and venal favorite; and even though our young monarch, a consummate horseman, if lethargic and incapable in affairs of government, was at the mercy of the accomplishments and disasters—and there were many more of the latter—of the Conde, and later Duque, de Olivares.

The Spanish people—or at least what is left of them—have changed a great deal since then. Their pride and admiration for their king was followed by scorn; enthusiasm by acerbic criticism; dreams of greatness by deep depression and general pessimism.

I well remember—and I believe this happened during the festival of the bulls honoring the Prince of Wales, or perhaps a later one—that one of the beasts was so fierce that it could not be hamstrung or slowed. No one—not even the Spanish, Burgundian, and German guards ornamenting the plaza—dared go near it. Then, from the balcony of the Casa de la Panadería, our good King Philip, calm as you please, asked one of the guards for his harquebus. Without losing a whit of royal composure or making any grandiose gestures, he casually took the gun, went down to the plaza, threw his cape over his shoulder, confidently requested his hat, and aimed so true that lifting the weapon, firing it, and dropping the bull were all one and the same motion.

The public exploded in applause and cheers, and for months the feat was celebrated in both prose and verse. Calderon, Hurtado de Mendoza, Alarcón, Vélez de Guevara, Rojas, Saavedra Fajardo, and don Francisco de Quevedo himself—everyone at court capable of dipping a quill into an inkwell—invoked the Muses to immortalize the act and adulate the monarch, comparing him now with Jupiter sending down his bolt of lightning, now with Theseus slaying the bull at Marathon. I remember that don Francisco's sonnet began with a clever wordplay, in which he combined the continent of Europe and the mythic figure of Europa.

*In leaving dead the rapist of Europa,
Of whom you are lord, as monarch of Spain . . .*

And the great Lope, addressing his lines to the charging bull eliminated by the royal hand, wrote:

*Dichosa y desdichada fue tu suerte,
pues, como no te dio razón la vida,
no sabes lo que debes a tu muerte.*

*Both blessing and tragedy was your death,
For, though life gave you no reason to live,
Greatness came with your dying breath.*

Y eso que Lope a tales alturas no necesitaba darle jabón a nadie. Para que vean vuestras mercedes lo que son las cosas, y lo que somos España y los españoles, y cómo aquí se abusó siempre de nuestras buenas gentes, y lo fácil que es ganarlas por su impulso generoso, empujándonos al abismo por maldad o por incompetencia, cuando siempre merecimos mejor suerte. Si Felipe IV se hubiera puesto al frente de los viejos y gloriosos tercios y hubiera recobrado Holanda, vencido a Luis XIII de Francia y a su ministro Richelieu, limpiado el Atlántico de piratas y el mediterráneo de turcos, invadido Inglaterra, izado la cruz de San Andrés en la Torre de Londres y en la Sublime Puerta, no habría despertado tanto entusiasmo entre sus súbditos como el hecho de matar un toro con personal donaire... ¡Cuán distinto de aquel otro Felipe Cuarto que yo mismo habría de escoltar treinta años después, viudo y con hijos muertos o enclenques y degenerados, en lenta comitiva a través de una España desierta, devastada por las guerras, el hambre y la miseria, tibiamente vitoreado por los pocos infelices campesinos que aún quedaban para acercarse al borde del camino! Enlutado, envejecido, cabizbajo, rumbo a la frontera del Bidasoa para consumir la humillación de entregar a su hija en matrimonio a un Rey francés, y firmar así el acta de defunción de aquella infeliz España a la que había llevado al desastre, gastando el oro y la plata de América en festejos vanos, en enriquecer a funcionarios, clérigos, nobles y validos corruptos, y en llenar con tumbas de hombres valientes los campos de batalla de media Europa.

Pero de nada aprovecha adelantar años ni acontecimientos. El tiempo que relato aún estaba lejos de tan funesto futuro, y Madrid era todavía la capital de las Españas y del mundo. Aquellos días, como las semanas que siguieron y los meses que duró el noviazgo de nuestra infanta María con el príncipe de Gales, los pasó la Villa y Corte en festejos de toda suerte, con las más lindas damas y los más gentiles caballeros luciéndose con la familia real y su ilustre invitado en rúas de la calle Mayor y el Prado, o en elegantes paseos por los jardines del Alcázar, la fuente del Acero y los pinares de la Casa de Campo. Respetando, naturalmente, las reglas más estrictas de etiqueta y decoro entre los novios, a quienes no se dejaba solos ni un momento, y siempre –para desesperación del fogoso doncel– se veían vigilados por una nube de mayordomos y dueñas. Ajenos a

This even though at that point in his life, Lope did not need to fawn on anyone. I tell these things that Your Mercies may see what Spain is, and what we Spaniards are like, how our good and gentle people have always been abused, and how easy, because of our generous impulses, it is to win us over, and push us to the brink of the abyss out of meanness or incompetence, when we have always deserved better. Had Philip IV commanded the glorious tercios of old, had he retaken Holland, conquered Louis XIII of France and his minister Richelieu, cleared the Atlantic of pirates and the Mediterranean of Turks, invaded England and raised the cross of Saint Andrew at the Tower of London and before the Sublime Porte, he could not have awakened as much enthusiasm among his subjects as he did with his elan in killing a bull. How different from that other Philip IV, the widower with dead, weak, or degenerate sons, whom I myself would have to escort-along with his retinue-more than thirty years later across a deserted Spain devastated by wars, hunger, and misery, tepidly cheered by the few miserable peasants with energy enough to gather along the roadside. Bereaved, aged, head bowed, traveling to the border at the Bidasoa River to undergo the humiliation of delivering his daughter in marriage to a French king, and in so doing, sign the death certificate of that unhappy Spain he had led to disaster, squandering the gold and silver from America in vain frivolities, in enriching officials, clergy, nobles, and corrupt favorites, and in filling the battlefields of Europe with the graves of courageous men.

But it is not my wish to skip over years or events. The time I am writing about was still many years from such a dismal future, and Madrid still the capital of the Spains and the world. Those days, like the weeks that followed, and the months the engagement between our Infanta Maria and the Prince of Wales lasted, both town and court spent in entertainments of every nature. The most beautiful ladies and most genteel caballeros outdid themselves to fete the royal family and their illustrious guest during *rúas* along Calle Mayor and into El Prado park, and in elegant *paseos* through the gardens of the Alcazar, past the Acero fountain, and into the pine forests of the Casa de Campo, the royal country estate. The strictest rules of etiquette and decorum between the courting pair were, naturally, respected; they were never alone for a moment, always-to the despair of the impetuous young swain-watched over by a swarm of majordomos and duennas. Indifferent

la sorda **lucha** diplomática que se libraba en las chancillerías a favor o en contra del enlace, la nobleza y el pueblo de Madrid rivalizaban en homenaje al heredero de Inglaterra y al séquito de compatriotas que, poco a poco, fue reuniéndose en la Corte. Decíase en los mentideros de la ciudad que la infanta estaba en trance de aprender la parla inglesa; e incluso que el propio Carlos estudiaba con teólogos la doctrina católica, a fin de abrazar la verdadera fe. Nada más lejos esto último de la realidad, como pudo comprobarse más tarde. Pero en el momento, y en tal clima de buena voluntad, esos rumores, amén de la apostura, comedimiento y buenas trazas del joven pretendiente, acrecentaron su popularidad. Algo que más tarde animaría a disculpar los desplantes y caprichos de Buckingham, quien, según fue ganando confianza —acababa de ser nombrado duque por su Rey Jacobo—, y tanto él como Carlos comprendieron que lo del matrimonio iba a ser arduo y para largo, desveló un antipático talante de joven favorito, malcriado y lleno de arrogancia frívola. Algo que a duras penas toleraban los graves hidalgos españoles, sobre todo en tres cuestiones que a la sazón eran sagradas: protocolo, religión y mujeres. A qué punto no llegaría con el tiempo Buckingham en sus desaires, que sólo la hospitalidad y buena crianza de nuestros gentiles hombres evitó, en más de una ocasión, que algún guante cruzara la cara del inglés en respuesta a una insolencia, antes de resolver la cuestión del modo adecuado, con padrinos y a espada, en un amanecer cualquiera del Prado de los Jerónimos o la Puerta de la Vega. En cuanto al conde de Olivares, sus relaciones con Buckingham fueron de mal en peor tras los primeros días de obligada cortesía política, y eso tuvo a la larga, cuando se deshizo el compromiso, funestas consecuencias para los intereses de España. Ahora que han pasado los años me pregunto si no hubiera hecho mejor Diego Alatriste en agujerearle la piel al inglés aquella famosa noche, a pesar de sus escrúpulos, por muy gallardo que se hubiera mostrado el maldito hereje. Pero quién lo iba a decir. De todas formas ya le ajustaron las cuentas al amigo Villiers más tarde en su propia tierra; cuando un oficial puritano llamado Felton, dicen que incitado por una tal Milady de Winter, lo puso mirando a Triana dándole más puñaladas en las asaduras que oremus tiene un misal.

En fin. Esos pormenores se encuentran de sobra en los anales de la época. A ellos remito al lector interesado en más detalles, pues ya no guardan relación directa con lo que atañe al hilo de esta historia. Sólo diré, en lo concerniente al capitán Alatriste y a mí, que ni participábamos en los festejos de la Corte, que no tuvo a bien invitarnos, ni maldita la gana, aunque alguien lo hubiese hecho. Los días siguien-

to the quiet diplomatic **tussles** unleashed in the chancelleries—for or against the union—the nobility and the common people of Madrid tried to outdo each other in their homage to the heir to the English throne, and to the compatriots joining him at court. Tittle-tattle flew on street corners and in drawing rooms: the infanta was learning the English tongue, and Charles himself was studying Catholic doctrine with theologians, with the goal of embracing the true faith. Nothing was further from reality in regard to the latter, as would be proved later. But at the moment, and in such a climate of goodwill, whispers about the charm, consideration, and good looks of the young heir merely added to his popularity. This reputation would later serve to offset the caprices and insolence of Buckingham, who, as he gained more confidence—he had just been named a duke by his king, James—and as both he and Charles came to realize that the negotiations for the marriage would be arduous and long, was revealing all the earmarks of a spoiled, bad-mannered, arrogant young man. Something that serious Spanish hidalgos found difficult to tolerate, especially in regard to three matters that were sacred at the time: protocol, religion, and women. Buckingham's **uncouth** behavior reached such an extreme that, on more than one occasion, only the hospitality and good breeding of our caballeros prevented their slapping the Englishman across the face with a glove in answer to some insolence or other, which would have led to settling the question with seconds and swords, at dawn, in El Prado park or at the Puerta de la Vega. As for the Conde de Olivares, his relationship with Buckingham went from bad to worse after the first days of obligatory political courtesy, and in the long run, after the engagement was dissolved, there were unfortunate consequences for Spanish interests. Now that years have gone by, I wonder whether it would not have been better had Diego Alatriste skewered the Englishman that famous night, despite his scruples and no matter how noble the accursed heretic had showed himself to be. But who could have known? At any rate, our friend Buckingham would get his comeuppance in his own country, when some years later a Puritan lieutenant named Felton—upholding, they say, the honor of a certain Milady de Winter—gave him what he deserved: more stabs in the gut than a missal has prayers.

Well, to sum up: Those particulars are plentiful in the annals of the epoch. I recommend them to the reader interested in more details, for they have no direct relation to the thread of this story. I shall say only, in regard to Captain Alatriste and myself, that we neither participated in the festivities, to which it had been thought best not to invite us, nor had any desire to do so, should the invitation have been given.

tes al lance del Portillo de las Ánimas transcurrir como ya dije sin sobresaltos, sin duda porque quienes movían los hilos andaban hartos ocupados con las idas y venidas públicas de Carlos de Gales como para resolver pequeños detalles –y al hablar de pequeños detalles me refiero a nosotros–; pero éramos conscientes de que tarde o temprano recibiríamos la factura, y ésta no sería parva. A fin de cuentas, por mucho que nuble, la sombra siempre termina despuntando cosida a los pies de uno. Y nadie puede escapar de su propia sombra.

Me he referido antes a los mentideros de la Corte, lugar de cita de los ociosos y centro de toda suerte de noticias, hablillas y murmuraciones que por Madrid corrían. Los principales eran tres, y entre ellos –San Felipe, Losas de Palacio y Representantes– el de las gradas de la iglesia agustina de San Felipe, entre las calles de Correos, Mayor y Esparteros, era el más concurrido. Las gradas formaban la entrada de la iglesia, y por el desnivel con la calle Mayor quedaban elevadas sobre ésta, constituyendo por debajo una serie de pequeñas tiendas o covachuelas donde se vendían juguetes, guitarras y baratijas, y por encima una vasta azotea a la intemperie, cubierta de losas de piedra, en forma de alto paseo protegido con barandillas. Desde aquella especie de palco podía verse pasar gente y carruajes, y también pasear y departir de corro en corro. San Felipe era el sitio más animado, bullicioso y popular de Madrid; su proximidad al edificio de la Estafeta de los correos reales, donde se recibían las cartas y noticias del resto de España y de todo el mundo, así como la circunstancia de dominar la vía principal de la ciudad, lo convertían en vasta tertulia pública donde se cruzaban opiniones y chismes, fanfarroneaban los soldados, chismorreaban los clérigos, se afanaban los ladrones de bolsas y lucían su ingenio los poetas. Lope, Don Francisco de Quevedo y el mejicano Alarcón, entre otros, frecuentaban el mentidero. Cualquier noticia, rumor, embuste allí lanzado, rodaba como una bola hasta multiplicarse por mil, y nada escapaba a las lenguas que de todo conocían, vistiendo de limpio desde el Rey al último villano. Muchos años después todavía citaba ese lugar Agustín Moreto, cuando en una de sus comedias hizo decir a un paisano y a un bizarro militar:

–*¡Que no sepáis salir de aquestas gradas!*
–*Amigo, aquí se ven los camaradas.*
Estas losas me tienen hechizado;
que en todo el mundo tierra no he encontrado
tan fértil de mentiras.

Y hasta el gran Don Miguel de Cervantes, que Dios tenga en lo mejor de su gloria, había dejado

The days after the altercation at the Gate of Lost Souls went by, as I have said, without incident, undoubtedly because the puppeteer pulling the strings was too occupied with the public comings and goings of Charles of Wales to tend to such small details and when I speak of small details, I am referring to the captain and me. We were aware, however, that sooner or later the bill would be delivered, and it would not be inconsequential. After all, however cloudy it may be, the shadow is always sewn to one's feet. No one can escape his own shadow.

This is not the first time I have referred to the *mentideros* devoted to gossip-meeting places for the idle and centers for all the news, rumors, and whispers that traveled around Madrid. There were three main *mentideros*—*San Felipe*, Losas de Palacio, and Representantes—and among these, the one in front of the Augustinian church of San Felipe, between Correos, Mayor, and Esparteros, was the most crowded. The steps were at the entrance to the church, and because the building was not on a level with Calle Mayor, they were higher than the street, leaving room beneath for a row of small shops, cubbyholes where toys, guitars, and trinkets were sold. Their roofs, in turn, formed an area paved with large flat stones: a kind of elevated promenade protected with railings. From that theater box one had a wonderful view of people and carriages passing by, and could comfortably stroll from one group to another. San Felipe was the liveliest, noisiest, and most popular spot in Madrid. Its proximity to the Estafeta, the building that housed the royal mails, where letters and notices from the rest of Spain, indeed, the entire world, were received, as well as its location overlooking the principal street of the city, made it an ideal site for the great public party in which opinions and gossip were exchanged, soldiers preened, clergy spread tales, thieves pilfered purses, and poets aired their talent and wit. Lope, don Francisco de Quevedo, and the Mexican Alarcón, among others, were regulars. Any news, rumor, or lie that originated there rolled like a ball gaining momentum; nothing escaped the tongues that knew everything, that shredded the reputations of everyone from king to lowest of low. Many years later, Agustín Moreto mentioned San Felipe in one of his plays, when a countryman and a gallant military man meet:

“I see these steps are something you cannot leave!”
“These knowing stones have me bewitched,
My friends and I invariably leave enriched,
For nowhere in all the world have I
Encountered such a fertile ground for lies.”

Even the great don Miguel de Cervantes, may he sit forever at the right hand of God, wrote in his *Voyage*

escrito en su Viaje al Parnaso:

*Adiós, de San Felipe el gran paseo,
donde si baja el turco o sube el galgo,
como en gaceta de Venecia leo.*

Lo que cito a vuestras mercedes para que vean hasta qué punto era el lugar famoso. Discutíanse en sus corrillos los asuntos de Flandes, Italia y las Indias con la gravedad de un Consejo de Castilla, repetíanse chistes y epigramas, se cubría de fango la honra de las damas, las actrices y los maridos cornudos, se dedicaban pullas sangrientas al conde de Olivares, narrábanse en voz baja las aventuras galantes del Rey.. Era, en fin, lugar amenísimo y chispeante, fuente de ingenio, novedad y maledicencia, que se congregaba cada mañana en torno a las once; hasta que el tañido de la campana de la iglesia, tocando una hora más tarde al ángelus, hacía que la multitud se quitase los sombreros y se dispersara luego, dejando el campo a los mendigos, estudiantes pobres, mujerzuelas y desharrapados que aguardaban allí la sopa boba de los agustinos. Las gradas volvían a animarse por la tarde, a la hora de la rúa en la calle Mayor, para ver pasar a las damas en sus carrozas, a las mujeres equívocas que se las daban de señoras, o a las pupilas de las mancebías cercanas –había, por cierto, una muy notoria justo al otro lado de la calle–: motivo todas ellas de conversación, requiebros y chanzas. Duraba esto hasta el toque de oración de la tarde, cuando, tras rezar sombrero en mano, de nuevo se dispersaban hasta el día siguiente, cada uno a su casa y Dios a la de todos.

He dicho más arriba que Don Francisco de Quevedo frecuentaba las gradas de San Felipe; y en muchos de sus paseos se hacía acompañar por amigos como el Licenciado Calzas, Juan Vicuña o el capitán Alatriste. Su afición a mi amo obedecía, entre otros, a un aspecto práctico: el poeta andaba siempre en querellas de celos y pullas con varios de sus colegas rivales, cosa muy de la época de entonces y muy de todas las épocas en este país nuestro de **caínes**, zancadillas y envidias, donde la palabra ofende y mata tanto o más que la espada. Algunos, como Luis de Góngora o Juan Ruiz de Alarcón, se la tenían jurada, y no sólo por escrito. Decía, por ejemplo, Góngora de Don Francisco de Quevedo:

*Musa que sopla y no inspira,
y sabe por lo traidor
poner sus dedos mejor
en mi bolsa que en su lira.*

Y al día siguiente, viceversa. Porque entonces contraatacaba Don Francisco con su más gruesa ar-

to Parnassus:

*Farewell, San Felipe, the grand paseo,
Where if the Turk descends or the English menace,
I read of it in the gazette of Venice.*

I quote these lines that Your Mercies may see just how famous the place was. In its cliques, the state of affairs in Flanders, Italy, and the Indies were argued with the gravity of a meeting of the Council of Castile. Jokes and witticisms were traded; the honor of ladies, actresses, and cuckolded husbands was besmirched; foul obscenities were directed toward the Conde de Olivares; and the amorous adventures of the king spread in whispers from ear to ear. It was, all told, a most pleasant and sparkling place, a font of wit, news, and wicked tongues that drew a gathering every morning about eleven. That lasted until the pealing of the church bell one hour after the noontime Angelus had stirred people in the crowd to remove their hats, stand respectfully, then drift away, leaving the field to the beggars, students, slatterns, and ragamuffins waiting for the soup from the charitable Augustinians. The steps came back to life in the evening, at the hour of the *rúa* on Calle Mayor, where rumor-mongers and tale-bearers could watch the passing parade of coaches: fine ladies; women of questionable reputation who gave themselves the airs of ladies; and “schoolgirls” from nearby brothels—there was a notorious one, actually, right across the street—all of them a source of conversation, flirtation, and jest. That lasted until the call to evening prayer, when, after praying with hat in hand, people in the crowd again dispersed until the following day, each to his own home—and God to all of theirs.

I stated earlier that don Francisco de Quevedo frequented the steps of San Felipe; and in many of his *paseos* he was accompanied by such friends as Licenciado Calzas, Juan Vicuña, or Captain Alatriste. His fondness for my master was based, among other factors, in practicality. The poet was always involved in quarrels rooted in jealousy and exchanging obscenities with various rivals--something very typical in that day, and in all epochs of this benighted country of ours, with its **Cains**, calumny, trickery, and envy, where words offended, even maimed, as surely as or more surely than the sword. Some, like Luis de Góngora and Juan Ruiz de Alarcón, were always belittling each other, and not merely for what they wrote. Góngora, for example, said of Francisco de Quevedo:

*Muse that babbles inanities
Can earn no ducats or hope to inspire;
His fingers know better to rob my purse
Than pluck at that unmelodious lyre.*

And the next day it would be the other way around. Don Francisco would counterattack with his heaviest

tillería:

*Esta cima del vicio del insulto;
éste en quien hoy los pedos son sirenas.
Éste es el culo, en Góngora y en culto,
que un **bujarrón** le conociera apenas.*

O se despachaba con aquellos otros versos, tan celebrados por feroces, que corrieron de punta a punta la ciudad, poniendo a Góngora como chupa de dómine:

*Hombre en quien la limpieza fue tan poca,
no tocando a su cepa,
que nunca, que yo sepa,
se le cayó la mierda de la boca.*

Lindezas que el implacable Don Francisco hacía también extensivas al pobre Ruiz de Alarcón, con cuya desgracia física –una corcova, o joroba– gustaba de ensañarse con despiadado ingenio:

*¿Quién tiene con lamparones
pecho, lado y espaldilla?
Corcovilla.*

Tales versos circulaban anónimos, en teoría; pero todo el mundo sabía perfectamente quién los fabricaba con la peor intención del mundo. Por supuesto, los otros no se quedaban cortos; y menudeaban los sonetos, y las décimas, y leerlos en los mentideros y afilar su talento Don Francisco atacando y contraatacando con pluma mojada en su más corrosiva hiel, era todo uno. Y si no se trataba de Góngora o de Alarcón podía tratarse de cualquiera; pues los días en que el poeta se levantaba con ganas, hacía fuego con bala rasa contra cuanto se movía:

*Cornudo eres, Fulano, hasta los codos,
y puedes rastrillar con las dos sienes;
tan largos cuernos y tendidos tienes,
que si no los enfaldas, harás lodos.*

Y cosas así. De modo que, aun siendo bravo y diestro con la espada, llevar al lado a un hombre como Diego Alatriste a la hora de pasear entre eventuales adversarios siempre resultaba tranquilizador para el malhumorado poeta. Precisamente el citado Fulano del soneto –o alguien que se vio retratado como tal, porque en aquel Madrid de Dios andaban los cornudos de dos en dos– acudió a pedir explicaciones a las gradas de San Felipe, escoltado por un amigo, cierta mañana que Don Francisco paseaba con el capitán Alatriste. El asunto se resolvió al caer la noche con un poco de acero tras la tapia de los Recoletos, de modo que tanto el presunto cornudo como el

artillery:

*This Góngora, who blasts a mighty fart,
This acme of vice and fanfaronade,
This asshole, in flesh and also in art,
Is a man even buggerers seek to evade.*

And along with these lines, he fired off other verses, as famous as they were ferocious, that flew from one end of the city to another, portraying Góngora as filthy in both body and lineage.

*In person and breeding-so far from clean,
In fact, so precisely the opposite,
That never, as far as I have heard,
Did a word leave his mouth that wasn't shit.*

Such sweet sentiments. He also turned out cruel lines aimed at poor Ruiz de Alarcón, whose physical impediment—a hunchback—he loved to deride with pitiless wit.

*Sacks of meal on back and chest.
Who's the one with those effects?
Alarconvex!*

Such verses circulated anonymously, in theory; but everyone knew perfectly well who had composed them and with the worst intentions in the world. Naturally, other poets did not hold back: sonnets and *decimal* flew back and forth. To sharpen his claws, don Francisco would read his aloud in the *mentideros*, attacking and counterattacking, his pen dipped in the most corrosive bile. And if he wasn't defiling Góngora or Alarcón, it might be anyone at all; for on those days when the poet woke up spewing vitriol, he fired randomly at anyone who moved.

*In regard to those horns you are forced to wear,
Don Whoever You Be, who put them there?
Your unfaithful wife, and if they are trimmed
She will help you grow them all over again!*

Lines of that nature. So many that even though Quevedo was courageous, and skillful with the sword, having a man like Diego Alatriste beside him when he strolled among prospective adversaries was comforting for him. And it happened that one morning when don Francisco was out with Captain Alatriste, Señor Whoever You Be of the sonnet—or someone who saw himself so portrayed, because in God's Madrid the cuckolded walked in double lines—escorted by a friend, came up to seek an explanation on the steps of San Felipe. The matter was resolved at nightfall with a taste of steel behind the wall of Los Recoletos, so thoroughly that both the

amigo, una vez sanaron de las respectivas mojadadas recibidas a escote, se dedicaron a leer prosa y no volvieron a encarar un soneto durante el resto de sus vidas.

Aquella mañana, en las gradas de San Felipe, el tema de conversación general eran el príncipe de Gales y la infanta; alternándose las hablillas cortesanas con noticias de la guerra que se reavivaba en Flandes. Recuerdo que hacía sol, y el cielo era muy azul y muy limpio sobre los tejados de las casas cercanas, y el mentidero bullía de gente. El capitán Alatriste, que seguía mostrándose en público sin miedo aparente a las consecuencias –la mano, vendada tras el lance del Portillo de las Ánimas, estaba fuera de peligro–, vestía polainas, calzas grises y jubón oscuro cerrado hasta el cuello; y aunque la mañana era tibia, llevaba sobre los hombros la capa para cubrir la culata de una pistola que cargaba en la parte posterior del cinto, junto a la daga y la espada. Al contrario que la mayor parte de los soldados veteranos de la época, Diego Alatriste era poco amigo de usar prendas o adornos de color, y la única nota llamativa en su indumento era la pluma roja que le adornaba la toquilla del chapeo de anchas alas. Aun así, su aspecto contrastaba con la oscura sobriedad del traje negro de Don Francisco de Quevedo, sólo desmentida por la cruz de Santiago cosida al pecho, bajo la capa corta, también negra, que llamábamos **herreruelo**. Me habían permitido acompañarlos, pues acababa de hacer unos recados para ellos en la Estafeta, y componían el resto del grupo el Licenciado Calzas, Vicuña, el Dómine Pérez y algunos conocidos, departiendo junto a la barandilla de las gradas que daba sobre la calle Mayor. Se comentaba la última impertinencia de Buckingham, quien, se decía de buena tinta, osaba galantear a la esposa del conde de Olivares.

–La pérfida Albión –apuntaba el Licenciado Calzas, que no podía tragar a los ingleses desde que años atrás, viniendo de las Indias, había estado a punto de ser apresado por Walter Raleigh, un corsario que les desarboló un palo y mató quince hombres.

–Mano dura –sugería Vicuña, cerrando el único puño que le quedaba–. Esos herejes sólo entienden que se les asiente bien la mano dura... ¡Así agradecen la hospitalidad del Rey nuestro señor!

Asentían circunspectos los contertulios, entre ellos dos **presuntos** veteranos de fieros bigotes que no habían oído un arcabuzazo en su vida, dos o tres ociosos, un estudiante de Salamanca de capa raída, alto y con cara de hambre llamado Juan Manuel de Parada, o de Pradas, un pintor joven recién llegado a la Corte y recomendado a Don Francisco por su amigo Juan de Fonseca, y un zapatero remendón de

presumed betrayed husband, as well as the friend-once their respective chest wounds had healed–turned to prose and never looked at a sonnet for the rest of their lives.

That morning on the steps of San Felipe, the general topic of conversation was the Prince of Wales and the infanta, alternating with the latest rumors from court on the war, which was reviving in Flanders. I recall that it was a sunny day, and that the sky was very blue and clean above the roof tiles of the nearby houses, and that the *mentidero* was a beehive of activity. Captain Alatriste continued to show himself in public without apparent fear-and now the hand that had been bandaged after the affair at the Gate of Lost Souls had healed. That day he was unobtrusive in dark hose, gray breeches, and a doublet fastened to the neck, and although the morning was warm, he was also wearing a cape to cover the grip of the pistol stuck in the back of his belt, in addition to his usual dagger and sword. Unlike most of the veteran soldiers of the period, Diego Alatriste was not fond of colorful adornments or trim, and the only bright note in his ensemble was the red plume in the band of his wide-brimmed hat. Even so, his appearance contrasted with the sobriety of don Francisco de Quevedo's dark clothing, brightened only by the cross of Santiago showing beneath the short cape, also black, that we called a *herreruelo*. I had been allowed to accompany them, and had just run some errands at the Estafeta. The rest of the group had already gathered: Licenciado Calzas, Juan Vicuña, Dómine Pérez, and a few acquaintances who chatted at the railing of the steps overlooking Calle Mayor. The bone they were chewing was the latest impertinence of Buckingham, who-they had on good authority-had the brass to be disporting himself with the wife of the Conde de Olivares.

“Perfidious Albion!” declaimed Licenciado Calzas, who had not been able to abide the English for years. Once, returning from the Indies, he had come close to being captured by Walter Raleigh, a corsair who had splintered a mast and killed fifteen men.

“Harsh treatment,” opined Vicuña, making a fist with his one remaining hand. “The only thing those heretics understand is harsh treatment. So that is how he repays the hospitality of our lord and king!”

Those grouped around him nodded circumspectly, among them two **purported** veterans with fierce mustaches who had never heard a arquebus fired in their lives; two or three idlers; a tall student from Salamanca named Juan Manuel de Parada, or de Pradas, who was wrapped in a threadbare cape and whose face spoke of hunger; a young painter recently arrived in Madrid and recommended to don Francisco by his friend Juan de Fonseca; and a cobbler from

la calle Montera llamado Tabarca, conocido por ejercer la jefatura de los llamados mosqueteros: la chusma teatral o público bajo que seguía las comedias en pie, aplaudiéndolas o silbándolas, y decidía de ese modo su éxito o fracaso. Aunque villano y analfabeto, el tal Tabarca resultaba hombre grave, temible, que se las daba de entendido, cristiano viejo e hidalgo venido a menos –como casi todo el mundo– y era, debido a su influencia entre la gentuza de los corrales, halagado por los autores que buscaban darse a conocer en la Corte, e incluso por algunos que ya lo eran.

–De todos modos –terciaba Calzas, con guiño cínico–. Dicen que la legítima del valido no hace ascos a la hora de tomar varas. Y Buckingham es buen mozo.

Se escandalizaba el Dómine Pérez:

–¡Por Dios, señor Licenciado!... Repórtese vuestra merced. Conozco a su confesor, y puedo asegurar que la señora doña Inés de Zúñiga es mujer piadosa, y una santa.

–Y entre santa y santa –repuso Calzas, procaz– a nuestro Rey se la levantan.

Reía, atravesado y guasón, viendo al Dómine hacerse cruces mientras echaba miradas temerosas de soslayo. Por su parte, el capitán Alatriste le dirigía fieras ojeadas de censura por hablar con semejante desahogo en mi presencia, y el pintor joven, un sevillano de veintitrés o veinticuatro años, simpático, con mucho acento, llamado Diego de Silva, nos observaba a unos y otros como preguntándose dónde se había metido.

–Con er permiso de vuesa mercede... –empezó a decir, tímido, levantando un dedo índice manchado de pintura al óleo.

Pero nadie le hizo mucho caso. A pesar de la recomendación de su amigo Fonseca, Don Francisco de Quevedo no olvidaba que el joven pintor había ejecutado nada más llegar a Madrid un retrato de Luis de Góngora, y aunque no tenía nada contra el mozo, procuraba hacerle purgar semejante pecado con unos pocos días de **ninguneo**. Aunque la verdad es que muy pronto Don Francisco y el joven sevillano se hicieron asiduos, y el mejor retrato que se conserva del poeta es, precisamente, el que hizo después aquel mismo joven. Que con el tiempo también fue muy amigo de Diego Alatriste y mío, cuando ya era más conocido por el apellido de su madre: Velázquez.

En fin. Les contaba que, tras el infructuoso in-

Calle Montera named Tabarca, famous for leading the mosqueteros—the rowdy hoi polloi at the theater who stood in the open space at the back of the yard to watch the play, applauding or whistling their disapproval and thereby determining its success or failure. Although of lowly birth, and illiterate, this Tabarca was a man to be reckoned with. He presented himself as a supreme authority, an old Christian and hidalgo down on his luck—as nearly everyone was and because of his influence among the rabble in the open-air theaters, he was flattered by authors attempting to make their name at court, and even by some who already had.

“At any rate,” Calzas put in with a cynical wink, “I have heard that the wife of the favorite is not a bad judge of blades. And Buckingham is a fine specimen of a man.”

Dómine Pérez was scandalized.

“Please God, Señor Licenciado! Curb your tongue. I know the lady’s confessor, and I can assure you that Señora Bona Inés de Zuniga is a pious woman. A saint.”

“And saints,” Calzas impudently replied, “always get a rise out of our king.”

He laughed maliciously, watching the *dómine* cross himself as he looked nervously around. For his part, Captain Alatriste was frowning at Calzas disapprovingly for speaking so frankly in my presence. The likable young painter named Diego de Silva, a Sevillano with a heavy accent, was observing us as if wondering what he had gotten himself into.

“With your leave, Your Mercies,” he began timidly, lifting an index finger stained with oil paint.

But no one paid much attention to him. Despite his friend Fonseca’s recommendation, don Francisco de Quevedo had not forgotten that the minute the young artist reached Madrid, he had painted a portrait of Luis de Góngora, and although he had no reason not to like the youth, he meant to purge that capital sin by **ignoring** him for a few days. Although the truth is that don Francisco and the young Sevillian were soon as thick as thieves, and the best portrait we have of the poet is precisely the one that the same young man later painted. Over time, he also became a very good friend to Diego Alatriste and to me, but that was when he was better known by his mother’s family name: Velázquez.

Well, then. I was telling you that after the painter’s

tento del pintor por intervenir en la conversación, alguien mencionó la cuestión del Palatinado, y todos se enzarzaron en una animada discusión sobre la política española en Centroeuropa, donde el zapatero Tabarca echó su sota de espadas con todo el aplomo del mundo, opinando sobre el duque Maximiliano de Baviera, el Elector Palatino y el Papa de Roma, quienes tenía por probado se entendían bajo cuerda. Terció uno de los presuntos *miles gloriosus*, que aseguraba poseer noticias frescas sobre el asunto, suministradas por un cuñado suyo que servía en Palacio; y la conversación quedó interrumpida cuando todos, salvo el *Dómine*, se inclinaron sobre la barandilla para saludar a unas damas que pasaban en carricoche descubierto, sentadas entre faldas, brocados y guardainfantes, camino de las platerías de la Puerta de Guadalajara. Eran **tusonas**, o sea, rameras de lujo. Pero en la España de los Austrias, hasta las putas se daban aires.

Cubriéronse todos de nuevo y prosiguió la charla. Don Francisco de Quevedo, que prestaba poca atención, se acercó un poco a Diego Alatriste y, con un gesto de la barbilla, señaló a dos individuos que se mantenían a distancia, entre la gente.

—¿Os siguen a vos, capitán? —preguntó en voz baja, con aire de hablar de otra cosa— ¿O me siguen a mí?

Alatriste echó un discreto vistazo a la pareja. Tenían aspecto de corchetes, o de gente a sueldo. Al sentirse observados volvieron ligeramente la espalda, con disimulo.

—Yo diría que a mí, Don Francisco. Pero con vuestra merced y con sus versos, nunca se sabe.

El poeta miró a mi amo con el ceño fruncido.
—Supongamos que se trate de vos. ¿Es grave?

—Puede serlo.

—Voto a tal. En ese caso no queda sino batirse... ¿Necesitáis ayuda?

—No, por el momento —el capitán miraba a los espadachines con los párpados un poco entornados, como si pretendiera grabarse sus caras en la memoria—... Además, bastantes enojos tiene ya vuestra merced para cargar con los míos.

Don Francisco estuvo unos instantes callado. Luego se retorció el mostacho y, tras ajustarse los anteojos, dirigió abiertamente a los dos fulanos una mirada resuelta y furiosa.

—De cualquier modo —concluyó— si hay lance, dos

unfruitful attempt to intervene in the conversation, someone brought up the question of the Palatinate, and everyone dived into an animated discussion of Spanish politics in central Europe, in which the cobbler Tabarca threw in his jack of spades with all the assurance in the world, giving his opinion on Maximilian of Bavaria, the Prince Elector of the Palatinate, and the Pope of Rome, who, it was generally agreed, had a secret agreement. One purported *miles gloriosus* (and here a bow to Plautus) swore that he had the latest word on the matter, passed on to him by a brother-in-law of his who served in the palace . . . but that conversation was interrupted when all the men, except the *dómine*, leaned over the railing to greet some ladies passing in an open carriage. Buried in a pouf of skirts, brocades, and farthingales, they were on their way to the silver shops at the Guadalajara gate: they were harlots, but very high-class harlots. In our Spain of the Austrias, even whores put on airs.

The men donned their hats again and continued their conversation. Quevedo, who was not listening very carefully, moved a little closer to Alatriste and pointed his bearded chin toward two individuals standing some distance away.

“Are they following you, Captain?” he asked in a low voice, looking off in the opposite direction. “Or are they following me?”

Alatriste chanced a discreet glance toward the pair. They had the look of bailiffs, or hired “problem solvers.” When they realized they were being watched, they turned slightly away.

“I would say that they are following me, don Francisco. But considering your verses, one never knows.”

The poet looked at my master, frowning.
“Let us suppose that it is you. Is it serious?”

“It may be.”

“By my oath, it must be so. In that case there is no choice but to fight! Do you need my assistance?”

“No, not at the moment.” The captain studied the swordsmen through half-closed eyes, as if attempting to engrave their faces in his memory. “Besides, you have enough trouble without taking on mine.”

For a few seconds don Francisco said nothing. Then he twirled his mustache and, after adjusting his eyeglasses, stared openly, angrily, at the two strangers.

“In any case,” he concluded, “if there is a challenge, two

a dos resulta cifra pareja. Podéis contar conmigo.

–Lo sé –dijo Alatriste.

–Zis, zas, sus y a ellos –el poeta **apoyaba** la mano en el pomo de su espada, que le alzaba por detrás el herreruelo—. Os debo eso y más. Y mi maestro no es precisamente Pacheco.

El capitán compartió su maliciosa sonrisa. Luis Pacheco de Narváez era el más reputado maestro de esgrima de Madrid, habiendo llegado a serlo del Rey nuestro señor. Había escrito varios tratados sobre la destreza de las armas, y hallándose en casa del presidente de Castilla hubo discusión entre él y Don Francisco de Quevedo sobre algunos puntos y conclusiones; de resultas que, tomadas las espadas para una demostración amistosa, al primer asalto dióle Don Francisco al maestro Pacheco en la cabeza, derribándole el sombrero. Desde entonces la enemistad entre ambos era mortal: el uno había denunciado al otro ante el tribunal de la Inquisición, y el otro había retratado al uno con escasa caridad en la Vida del buscón llamado Pablos; que aunque fue impresa dos o tres años más tarde, ya corría en copias manuscritas por todo Madrid.

–Ahí viene Lope –dijo alguien.

Todos se quitaron los sombreros cuando Lope, el gran Félix Lope de Vega Carpio, apareció caminando despacio entre los saludos de la gente que se apartaba para dejarle paso, y se detuvo unos instantes a departir con Don Francisco de Quevedo, quien lo felicitó por la comedia que representaban al día siguiente en el corral del Príncipe: acontecimiento teatral al que Diego Alatriste había prometido llevarme, y yo iba a presenciar por primera vez en mi vida. Después, Don Francisco hizo algunas presentaciones.

–El capitán Don Diego Alatriste y Tenorio... Ya conoce vuestra merced a Juan Vicuña... Diego Silva... El jovencito es Íñigo Balboa, hijo de un militar caído en Flandes.

Al oír aquello, Lope me tocó un momento la cabeza con espontáneo gesto de simpatía. Fue la primera vez que lo vi, aunque tendría después otras ocasiones; y recordaré siempre su continente sexagenario y grave, su digna figura clerical vestida de negro, el rostro enjuto con cabellos cortos, casi blancos, el bigote gris y la sonrisa cordial, algo ausente, como fatigada, que nos dedicó a todos antes de proseguir camino rodeado por muestras de respeto.

–No olvides a ese hombre ni este día –me dijo el

and two would make an even fight. You may count on me.”

“I know,” said Alatriste.

“Hiss, aass! We will take care of them.” The poet **rested** his hand on the pommel of his sword, which was poking up the hem of his cape. “I owe you that much, and more. And my maestro is not exactly Pacheco.”

The captain shared his malicious smile. Luis Pacheco de Narváez was reputed to be the best fencing master in Madrid, having become the instructor of our lord and king. He had written several treatises on weapons, and once when he was in the home of the president of Castile, he had argued with don Francisco de Quevedo about several points and conclusions. As a result, they took up swords for a friendly demonstration, and don Francisco made the first move, striking Maestro Pacheco on the head and dislodging his hat. From that moment on, the enmity between the two men was legend: one had denounced the other before the tribunal of the Inquisition, and that one had portrayed *him*, with little charity, in *The Life of a Petty Thief Named Pablos*, which although it was printed two or three years later, was already circulating in manuscript copies throughout Madrid.

“Here comes Lope!” someone said.

To a man, they doffed their hats when the great Felix Lope de Vega Carpio was seen strolling toward them amid the greetings of people standing back to let him pass. He paused a few moments to converse with don Francisco de Quevedo, who congratulated him on the play to be performed the next day in El Príncipe. Diego Alatriste had promised to take me to this important theater event, the first play I would see in my life. Then don Francisco made some introductions.

“Captain don Diego Alatriste y Tenorio . . . You already know Juan Vicuña This is Diego de Silva The lad is Íñigo Balboa, son of a soldier killed in Flanders.”

When he heard that, Lope patted my head with a spontaneous gesture of sympathy. It was the first time I had seen him, although I would later have other opportunities. I will always remember him as a grave sixty-year-old with distinguished bearing, a dignified figure clad in clerical black, with a lean face, short, nearly white hair, gray mustache, and a cordial, somewhat distracted, almost weary smile that he bestowed on one and all before continuing on his way, surrounded by murmurs of respect.

“Do not ever forget that man or this day,” the

capitán, dándome un afectuoso pescozón en el mismo sitio donde Lope me había tocado.

Y no lo olvidé nunca. Todavía hoy, tantos años después de aquello, me llevo la mano a la coronilla y siento allí el contacto de los dedos afectuosos del Fénix de los Ingenios. Ni él, ni Don Francisco de Quevedo, ni Velázquez, ni el capitán Alatriste, ni la época miserable y magnífica que entonces conocí, existen ya. Pero queda, en las bibliotecas, en los libros, en los lienzos, en las iglesias, en los palacios, calles y plazas, la huella indeleble que aquellos hombres dejaron de su paso por la tierra. El recuerdo de la mano de Lope desaparecerá conmigo cuando yo muera, como también el acento andaluz de Diego de Silva, el sonido de las espuelas de oro de Don Francisco al cojear, o la mirada glauca y serena del capitán Alatriste. Pero el eco de sus vidas singulares seguirá resonando mientras exista ese lugar impreciso, mezcla de pueblos, lenguas, historias, sangres y sueños traicionados: ese escenario maravilloso y trágico que llamamos España.

Tampoco he olvidado lo que ocurrió después. En ésas estábamos, cercana ya la hora del ángelus, cuando frente a las covachuelas que había al pie de San Felipe se detuvo una carroza negra que yo conocía bien. Estaba apoyado en la barandilla de las gradas, algo apartado, oyendo hablar a los mayores. Y la mirada que descubrí allá abajo, fija en mí, parecía reflejar el color del cielo que se abría sobre nuestras cabezas y los tejados pardos de Madrid, hasta el punto de que todo cuanto me rodeaba, salvo ese color, o ese cielo, o esa mirada, desapareció de mi vista. Era como una dulce agonía de azul y de luz, a la que resultaba imposible sustraerse. Si un día muero – pensé en ese mismo instante –, quiero morir así: sumergido en semejante color. Entonces me separé un poco más del grupo y fui bajando despacio las escaleras, sin apenas voluntad; como prisionero de un filtro hipnótico. Y por un instante, como relámpago de lucidez en medio de mi enajenación, mientras bajaba de San Felipe hacia la calle Mayor sentí que me seguían, desde miles de leguas de distancia, los ojos preocupados del capitán Alatriste.

captain said, giving me an affectionate rap on the spot where Lope had touched me.

And I never forgot. Still today, so many years later, I put my hand to the crown of my head and feel the affectionate touch of the Phoenix of Geniuses. All of them—he, don Francisco de Quevedo, Velázquez, Captain Alatriste, the miserable and magnificent epoch I knew—all are gone now. But in libraries, in books, on canvases, in churches, in palaces, streets, and plazas, those men left an indelible mark that lives on. The memory of Lope's hand will disappear with me when I die, as will Velázquez's Andalusian accent, the sound of don Francisco's golden spurs jingling as he limped along, the serene gray-green gaze of Captain Alatriste. Yet the echoes of their singular lives will resound as long as that many-faceted country, that mix of towns, tongues, histories, bloods, and betrayed dreams exists: that marvelous and tragic stage we call Spain.

Neither have I forgotten what happened a little later. The hour of the Angelus was approaching and San Felipe was still buzzing when, just in front of the small shops below, I saw a carriage pull to a stop—a carriage I knew very well. I had been leaning on the railing of the steps, a little separated from my elders but close enough to hear what they were saying. The eyes looking up-at me-seemed to reflect the color of the magnificent sky far above our heads. They were so blue that everything around me except that color, that sky, that gaze, evaporated from my consciousness. It was like a delectable torment of blueness and light, a lagoon that was impossible to pull myself from. If I am to die someday—I thought at that instant—this is how I want to die: drowning in that color. I eased a little farther away from the group and slowly went down the stairs, almost as if I had no will of my own, or had swallowed a philter brewed by Hypnos. And as I walked down the San Felipe steps to Calle Mayor, I could feel upon me—for an instant, like a flash of lucidity in the midst of my rapture, from thousands of leagues away—the worried eyes of Captain Alatriste.

X. EL CORRAL DEL PRÍNCIPE

Caí en la trampa. O, para ser más exacto, cinco minutos de conversación bastaron para que ellos urdieran la **trampa**. Todavía hoy, tanto tiempo después, deseo imaginar que Angélica de Alquézar sólo era una mocita manejada por sus mayores; pero ni siquiera tras haberla conocido como más tarde la conocí puedo estar seguro. Siempre, hasta su muerte, intuí en ella algo que no se aprende de nadie: una maldad fría y sabia que en algunas mujeres está ahí, desde que son niñas. Incluso desde antes, quizás; desde hace siglos. Decidir quiénes son los auténticos responsables de todo eso ya es otra cuestión que llevaría largo rato discutir; y éste no es lugar ni oportunidad para ello. Podemos resumirlo diciendo, por ahora, que de las armas con que Dios y la naturaleza dotaron a la mujer para defenderse de la estupidez y la maldad de los hombres, Angélica de Alquézar estaba dotada en grado sumo.

Al día siguiente por la tarde, camino del corral del Príncipe, su recuerdo en la ventanilla de la carroza negra, bajo las gradas de San Felipe, me desazonaba como cuando durante una ejecución musical que parece perfecta descubres una nota o un movimiento inseguros, o falsos. Me había limitado a acercarme y cambiar unas palabras, fascinado por su cabello rubio en tirabuzones y su misteriosa sonrisa. Sin bajar de la carroza, mientras una dueña se ocupaba de comprar algunas cosas en las covachuelas y el cochero permanecía inmóvil junto a las mulas, sin molestarme –cosa que hubiera debido ponerme sobre aviso–, Angélica de Alquézar volvió a agradecer mi ayuda contra los golfillos de la calle Toledo, preguntó qué tal me iba con aquel capitán Batiste, o Triste, al que servía, y se interesó por mi vida y mis proyectos. Fanfarroneé un poco, lo confieso. Aquellos ojos muy azules y muy abiertos que parecían escuchar asombrados me alentaron a contar más de la cuenta. Hablé de Lope, a quien acababa de conocer arriba en las gradas, como de un viejo amigo. Y mencioné el propósito de asistir, con el capitán, a la representación de la comedia *El Arenal de Sevilla*, que tendría lugar en el corral del Príncipe al día siguiente. Charlamos un poco, le pregunté su nombre y, tras dudar un delicioso instante rozándose los labios con un diminuto abanico, me lo dijo. «Angélica viene de ángel», respondí, embelesado. Y ella me miró divertida, sin decir palabra, durante un rato tan largo que me sentí transportado a las puertas del Paraíso. Después vino el ama, reparó en mí el cochero, alejóse el carruaje, y quedé inmóvil entre la gente que iba y venía, con la sensación de haber sido arrancado, paf, de algún lugar maravilloso. Sólo de noche, al no conciliar el sueño pensando en ella, y al día siguiente camino del tea-

X. EL PRINCIPE CORRAL

I fell right into the trap. Or to be more exact, five minutes of conversation was all it took for them to **bait** it. Even now, after so many years, I want to believe that Angelica de Alquézar was just a girl manipulated by her elders, but not even knowing her as I later knew her can I be sure. Always, to the day of her death, I sensed in her something that no one can learn from another person: an evil, cold wisdom that you see in some women from the time they are girls. Even before that; perhaps for centuries. Deciding who was truly responsible for all that followed is another matter, one that would take a while to analyze, and this is not the place or time. We can sum it up by saying, for now, that of the weapons that God and nature gave woman to defend herself from the stupidity and baseness of man, Angelica de Alquézar had far more than her share.

The afternoon of the next day, on the way back from El Principe theater, I was remembering her as I had seen her the previous day at the window of the black carriage stopped beneath the steps of San Felipe. Something had struck a false note, as when, in a musical performance that seems perfect, you detect an uncertain chord. All I had done was go over and exchange a few words, enchanted by her mysterious smile and golden curls. Without getting out of the carriage, while her chaperone was occupied in purchasing a few items in the little shops and the coachman seemed absorbed with his mules—that alone should have put me on guard—Angelica de Alquézar again had thanked me for my help in scattering the ragamuffins on Calle Toledo, asked me how I was getting along with my Captain Batiste, or Triste, and inquired about my life and my plans. I strutted a little, I confess. Those wide blue eyes that seemed to take an interest in everything I was saying prodded me to say more than I should have. I spoke of Lope, whom I had just met on the steps, as if he were an old friend. And I mentioned my intention to attend *El Arenal of Seville*, the play being performed the next day at El Principe. We chatted a bit, I asked her name, and after hesitating a delicious instant, tapping her lips with a small fan, she told me.

“Angelica comes from ‘angel,’” I commented, enslaved. She looked at me with amusement and said nothing for a long while. I felt as if I had been transported to the gates of Paradise. Then her chaperone returned, the coachman caught sight of me, slapped the reins, drove off, and I was left standing there, frozen among the passing parade, feeling as though I had been brutally ripped from some magical place.

Only later that night, when I could not sleep for thinking of her, and the next day on the way back from

tro, algunos detalles extraños de la situación –a ninguna jovencita de buena cuna se le permitía entonces charlar con mozalbetes casi desconocidos en mitad de la calle– empezaron a insinuar en mi ánimo la sensación de estar moviéndome al borde de algo peligroso y desconocido. Y llegué a preguntarme si aquello guardaría relación con los accidentados sucesos de unos días antes. De un modo u otro, cualquier vínculo de ese ángel rubio con los rufiánes del Portillo de las Ánimas parecía descabellado. Y por otra parte, la perspectiva de asistir a la comedia de Lope restaba claridad a mi juicio. Así ciega Dios, dice el turco, a quien quiere perder.

Desde el monarca hasta el último villano, la España del Cuarto Felipe amó con locura el teatro. Las comedias tenían tres jornadas o actos, y eran todas en verso, con diferentes metros y rimas. Sus autores consagrados, como hemos visto al referirme a Lope, eran queridos y respetados por la gente; y la popularidad de actores y actrices era inmensa. Cada estreno o reposición de una obra famosa congregaba al pueblo y la corte, teniéndolos en suspenso, admirados, las casi tres horas que duraba cada representación; que en aquel tiempo solía desarrollarse a la luz del día, por la tarde después de comer, en locales al aire libre conocidos como corrales. Dos había en Madrid: el del Príncipe, también llamado de La Pacheca, y el de la Cruz. Lope gustaba de estrenar en este último, que era también el favorito del Rey nuestro señor, amante del teatro como su esposa, la reina doña Isabel de Borbón. Por más que el amor teatral de nuestro monarca, aficionado a lances juveniles, se extendiese también, clandestinamente, a las más bellas actrices del momento, como fue el caso de María Calderón, la Calderona, que llegó a darle un hijo, el segundo donjuán de Austria.

El caso es que aquella jornada se reponía en el Príncipe una celebrada comedia de Lope, *El Arenal de Sevilla*, y la expectación era enorme. Desde muy temprana hora caminaban hacia allí animados grupos de gente, y al mediodía se habían formado los primeros tumultos en la estrecha calle donde estaba la entrada del corral, frontera entonces al convento de Santa Ana. Cuando llegamos el capitán y yo, se nos habían unido ya por el camino Juan Vicuña y el Licenciado Calzas, también harto aficionados a Lope, y en la misma calle del Príncipe sumóse Don Francisco de Quevedo. De ese modo anduvimos a la puerta del corral de comedias, donde resultaba difícil moverse entre el gentío. Todos los estamentos de la Villa y Corte estaban representados: desde la gente de calidad en los aposentos laterales con ventanas abiertas al recinto, hasta el público llano que atestaba las gradas laterales y el patio con filas de bancos de madera, la cazuela o gradas para las mu-

theater, did some peculiar details occur to me. No well-brought-up girl was permitted to chat, right in plain sight, with young nobodies she scarcely knew. I began to sense that I was **teetering** on the brink of something dangerous and unknown. I even asked myself whether Angelica's attention to me could have been connected with the eventful hours of some nights earlier. However you looked at it, any relation between that blonde angel and the ruffians at the Gate of Lost Souls seemed unimaginable. Added to that, the prospect of attending a play by Lope had clouded my judgment. And that, says the Turk, is how God blinds those He wants to go astray.

From the monarch to the lowest townsman, in the Spain of Philip the Fourth, everyone had a burning passion for theater. The *comedian* had three *jornadas*, or acts, and were written in verse, in several meters and rhymes. Their hallowed authors, as we have seen in the case of Lope, were loved and respected, and the popularity of the actors and actresses was enormous. Every premiere or performance of a famous work brought out town and court, and through the nearly three hours each play lasted, the audience was in thrall. At that time, the productions usually took place in daylight, in the afternoon after the midday meal, in open-air venues known as corrales. There were two in Madrid: El Principe, also known as La pacheca, and La Cruz. Lope preferred the stage of the latter, which was also the favorite of our lord and king, who loved the theater as much as his wife, Elizabeth of France, did. And just as much as our monarch loved theater, being especially fond of youthful adventures, he also loved, clandestinely, the beautiful actresses of the moment-chief among them Maria Calderon, or La Calderona, who gave him a son, the second don Juan of Austria.

Expectation was high that day. One of Lope's celebrated comedias was playing at El Principe! Long before it started, animated groups of theatergoers were wending their way toward the corral, and by noon the narrow, street on which it was then located-across from the convent of Santa Ana-was already crowded. The captain and I had met Juan Vicuña and Licenciado Calzas along the way; they, too, were great admirers of Lope's, and don Francisco de Quevedo had joined us on the same street. So we all went on together to the gate of the theater, where it became nearly impossible to move among the crowd. Every level of society was represented: The elite occupied the boxes overlooking the stage and the benches and standing room for the public, while those further down the social ladder filled the tiers below the boxes and the wooden benches in the yard. Women sat in their own gallery, the cazuela; the sexes were separated in the corral as in church. And

jeros –ambos sexos estaban separados tanto en los corrales de comedias como en las iglesias–, y el espacio libre tras el degolladero, reservado a quienes seguían en pie la representación: los famosos mosqueteros, que por allí andaban con su jefe espiritual, el zapatero Tabarca, quien al cruzarse con nuestro grupo saludó grave, solemne, muy poseído de la importancia de su papel. A las dos de la tarde, la calle del Príncipe y las entradas al corral eran un hervidero de comerciantes, artesanos, pajes, estudiantes, clérigos, escribanos, soldados, lacayos, escuderos y rufianes que para la ocasión se vestían con capa, espada y puñal, llamándose todos caballeros y dispuestos a reñir por un lugar desde el que asistir a la representación. A ese ambiente **bullicioso** y fascinante se sumaban las mujeres que con revuelo de faldas, mantos y abanicos entraban a la cazuela, y eran allí asaeteadas por los ojos de cuanto galán se retorció los bigotes en los aposentos y en el patio del recinto. También ellas reñían por los asientos, y a veces hubo de intervenir la autoridad para poner paz en el espacio que les era reservado. En suma, las pendencias por conseguir sitio o entrar sin previo pago, las discusiones entre quien había alquilado un asiento y quien se lo disputaba eran tan frecuentes, que llegábase a meter mano a los aceros por un quítame allá esas pajas, y las representaciones tenían que contar con la presencia de un alcalde de Casa y Corte asistido por **alguaciles**. Ni siquiera los nobles eran ajenos a ello: los duques de Feria y Riaseco, enfrentados por los favores de una actriz, habíanse acuchillado una vez en mitad de una comedia, so pretexto de unos asientos. El licenciado Luis Quiñones de Benavente, un toledano tímido y buena gente que fue conocido del capitán Alatriste y mío, describió en una de sus jácaras ese ambiente espeso donde menudeaban las estocadas:

*En el corral de comedias
lloviendo a la puerta están
mojadas y más mojadas
por colarse sin pagar*

seethe 1 estar furioso 2 boil out, bullir, hervir: *the square was seething with tourists*, la plaza rebosaba de turistas 3 *intr.* (of a liquid) seethe, foam violently (*the churning sea*). 4 *tr.* agitate or move (liquid) vigorously, causing it to foam. *Encrespase*

Singular carácter, el nuestro. Como alguien escribiría más tarde, afrontar peligros, batirse, desafiar a la autoridad, exponer la vida o la libertad, son cosas que se hicieron siempre en cualquier rincón del mundo por hambre, ambición, odio, lujuria, honor o patriotismo. Pero meter mano a la blanca y darse de cuchilladas por asistir a una representación teatral era algo reservado a aquella España de los Austrias que para lo bueno, que fue algo, y lo malo, que fue más, viví en mi juventud: la de las hazañas quijotescas y estériles, que cifró siempre su razón y su derecho en la orgullosa punta de una espada.

Nos llegamos, como dije, a la puerta del corral, sorteando los grupos de gente y los mendigos que

behind a dividing barrier, the open yard was reserved for those who stood throughout the play: the famous mosqueteros, there with their spiritual leader, the cobbler Tabarca. When he passed our group he greeted us gravely, solemnly, puffed up with his own importance. By two o'clock, Calle El Principe and the entrances to the corral were swarming with merchants, artisans, pages, students, clergy, scribes, soldiers, lackeys, squires, and ruffians who had dressed for the occasion in cape, sword, and dagger, all calling themselves caballeros and ready to clash over a place to watch the play. Added to that **seething**, fascinating commotion were the women, who swept into the cazuela amid a flurry of skirts, shawls, and fans, and were pinned like butterflies by the eyes of every gallant twirling his mustaches in the boxes and yard: The women, too, quarreled over their seats, and at times an official had to intervene and establish peace in the spaces reserved for them. Confrontations over someone's having slipped in without paying, and squabbles between the person who had reserved a seat and another person who claimed it frequently provoked a "How dare you?" backed with a sword, all of which demanded the presence of a magistrate and attending **bailiffs**. Not even nobles were above these altercations. The Duque de Feria and Duque de Riaseco, disputing the favors of an actress, had once knifed each other in the middle of a play; they claimed that it was over their seats. Licenciado Luis Quiñones, a timid and good man from Toledo who was a friend of Captain Alatriste's and mine, described, in one of his irreverent ballads, the ambience that lent itself to slashing and stabbing:

*They come to the corral de comedias
Pouring in like rain, and soaking wet.
But if they slip in without paying,
They leave streaming blood-and wetter yet!*

Strange people, we. As someone would later write, confronting danger, dueling, defying authority, gambling life or liberty are things that have always been done, in every corner of the world, whether for hunger, hatred, lust, honor, or patriotism. But to put hand to sword, or to knife another being, merely to get into a theater performance was something reserved for the Spain of my youth. When good, it was very good, but when bad, far worse than bad. It was the era of quixotic, sterile deeds that determined reason and right at the imperious tip of a sword.

As we made our way to the *corral*, we had to thread through groups of early arrivals, and beggars

acosaban a todos pidiendo limosna. Por supuesto que la mitad eran ciegos, cojos, mancos y tullidos fingidos, autoproclamados hidalgos con mala fortuna que no pedían por necesidad, sino por un accidente; y hasta debías excusarte con un cortés dispense vuestra merced, que no llevo dineros si no querías verte increpado con malos modos. Y es que hasta en su manera de pedir son diferentes los pueblos: los tudescos cantan en grupo, los franceses limosnean serviles con oraciones y jaculatorias, los portugueses con lamentaciones, los italianos con largas relaciones de sus desgracias y males, y los españoles con fueros y amenazas, respondones, insolentes y mal sufridos.

Pagamos un cuarto en la primera puerta, tres en la segunda para limosna de hospitales, y veinte maravedís para obtener asientos de banco. Por supuesto que nuestras localidades se hallaban ocupadas, aunque bien las pagamos; pero no queriendo andar en pependencias conmigo de por medio, el capitán, Don Francisco y los otros decidieron que nos quedaríamos atrás, junto a los mosqueteros. Yo lo miraba todo con ojos tan abiertos como es de suponer, fascinado por el gentío, los vendedores de aloja y golosinas, el ruido de conversaciones, el revuelo de guardainfantes, faldas y basquiñas en la cazuela de las mujeres, las trazas elegantes de la gente de calidad asomada a las ventanas de los aposentos. Se decía que el Rey en persona solía asistir desde allí, de incógnito, a representaciones que eran de su agrado. Y la presencia aquella tarde de algunos miembros de la guardia real en las escaleras, sin uniforme pero con apariencia de hallarse de servicio, podía indicar algo de eso. Acechábamos las ventanas, esperando descubrir allí a nuestro joven monarca, o a la reina; pero no reconocíamos a ninguno de ellos en los rostros aristocráticos que de vez en cuando se dejaban ver entre las celosías. A quien sí vimos fue al propio Lope, a quien el público rompió a aplaudir cuando apareció allá arriba. Vimos también al conde de Guadalmedina acompañado de unos amigos y unas damas, y Álvaro de la Marca respondió con una sonrisa cortés al saludo que el capitán Alatriste le dirigió desde abajo tocándose el ala del sombrero.

Unos amigos ofrecieron lugar junto a ellos, en un banco, a Don Francisco de Quevedo, y éste se excusó con nosotros, yendo a sentarse allí. Juan Vicuña y el Licenciado Calzas estaban aparte, conversando sobre la obra que íbamos a ver, y que Calzas mucho había apreciado años antes, cuando el estreno. Por su parte, Diego Alatriste se mantenía a mi lado, haciéndome sitio junto a la viga del degolladero para que me pudiera mantener en primera fila de los mosqueteros y ver la representación sin estorbo. Había comprado obleas y barquillos que yo hacía crujir en mi boca, encantado, y tenía una mano puesta

harassing everyone who passed by. Of course, half of the blind, lame, amputee, and maimed were malingerers, self-proclaimed hidalgos brought down to begging because of an unfortunate accident. You had to excuse yourself with a courteous "I'm sorry, sir, I am not carrying any money" if you did not want to be berated in a most unpleasant fashion. The manner of begging is different among different peoples. The Germans beg in a group, the French are servile, reciting orisons and pleas, the Portuguese implore with lamentations, the Italians with long tales of misfortunes and ills, and the Spanish with arrogance and threats --saucy, insolent, and impatient.

We paid a *quarter-maravedí* at the entrance, three *maravedís* at the second door, for hospital charity, and twenty *maravedís* for a seat on the benches. Naturally our places were occupied, although we had paid a lot for them, but not wanting to get into a scuffle with me along, the captain, don Francisco, and the others decided that we would sit at the back, close to the *mosqueteros*. I was wide-eyed, taking everything in, fascinated by the people, the vendors of mead and sweetmeats, the buzz of conversations, the whirl of farthingales, skirts, and petticoats in the women's galleries, the elegance of the well-to-do visible at the windows of their boxes. It was said that the king himself often sat there, incognito, when the play was to his taste. And the presence that afternoon of members of the royal guard on the stairs, not wearing uniforms but looking as if they were on duty, seemed to hint at that possibility. We kept our eyes on the boxes, hoping to discover our young monarch there, or the queen, but we did not recognize any of the aristocratic faces that occasionally peered from between the lattices. The person we did see, however, was Lope himself, whom the public loudly applauded. We also glimpsed the Conde de Guadalmedina, accompanied by some friends and ladies, and Álvaro de la Marca, who responded with a courteous smile as Captain Alatriste touched the brim of his hat in greeting.

Some friends offered don Francisco de Quevedo a place on a bench, and he excused himself and went to join them. Juan Vicuña and Licenciado Calzas were some distance away, discussing the work we were going to see, which Calzas had enjoyed years before at its first performance. As for Diego Alatriste, he was with me, having made a place for me on the barrier separating us from the open yard, so I could see without obstacle. He had bought fried bread with cinnamon and honey that I was crunching with delight, and had a hand on my

sobre mi hombro para evitar que me zarandearan los empujones. Y en un momento dado sentí que esa mano se ponía rígida, y luego se retiraba despacio hasta apoyarse en el pomo de la espada.

Seguí la dirección de sus ojos, cuya expresión se había endurecido, y entre la gente alcancé a distinguir a los dos hombres que el día anterior estuvieron **rondando** cerca de nosotros en las gradas de San Felipe. Ocupaban lugar entre los mosqueteros y me pareció verles cambiar un signo de inteligencia con otros dos que entraron por una de las puertas para situarse cerca. Su manera de llevar calado el sombrero y terciar la capa, los bigotes de guardamano y barbas de gancho, algún chirlo en la cara y la forma de pararse con las piernas abiertas y mirar a lo zafio, delataban sin duda a bravos de a tanto la cuchillada. De tales estaba lleno el corral, eso es cierto; pero aquellos cuatro parecían singularmente interesados en nosotros.

Sonaron los golpes que daban inicio a la comedia, gritaron ¡sombreros! los mosqueteros, descubrióse todo el mundo, descorrieron la cortina, y mi atención voló sin remedio de los valentones a la escena, donde salían ya los personajes de doña Laura y Urbana, con mantos. Delante del telón de fondo, un pequeño bastidor de cartón pintado imitaba la Torre del Oro.

—Famoso está el Arenal.
—¿ Cuándo lo dejó de ser?
—No tiene, a mi parecer,
todo el mundo vista igual.

Todavía hoy me conmuevo al recordar aquellos versos, primeros que oí en mi vida sobre el escenario de un corral de comedias; y más porque la actriz que encarnaba a doña Laura, la bellísima María de Castro, había de ocupar más tarde cierto espacio en la vida del capitán Alatriste y en la mía. Pero aquel día, en el corral del Príncipe, la de Castro no era para mí sino la hermosa Laura que acude con su tía Urbana al puerto de Sevilla, donde las galeras se aprestan a zarpar, y donde se encuentra de modo casual con Don Lope y Toledo, su criado.

*Abreviar es menester;
que ya se quieren partir
¡Oh, qué victoria es huir
las armas de una mujer!*

Todo se desvaneció a mi alrededor, colgado como estaba de las palabras que salían de la boca de los actores. Por supuesto, a los pocos minutos yo estaba en pleno Arenal de Sevilla locamente enamorado de Laura, y deseaba tener la gallardía de los capitanes Fajardo y Castellanos, y darme de estocadas con los

shoulder to prevent me from being jostled off my place on the barrier. Suddenly I felt his grip tighten, and he slowly withdrew his hand and rested it on the pommel of his sword.

I followed the direction of his eyes, which had turned steely gray, and among the crowd made out the two men who had been **lounging** about on the steps of San Felipe the day before. They were standing in the pack of *mosqueteros* and I thought I saw them exchange some kind of sign with two other men who had taken up positions not too far away. The hats tilted to one side, the folded capes, the long curled mustaches and beards, a scar or two, and their way of cutting their eyes from side to side and standing with their legs planted firmly apart were sure signs of men acquainted with a knife. The corral was filled with such men, it is true, but those four seemed singularly interested in us.

I heard the thumps that signaled the start of the *comedia*, the *mosqueteros* shouted “*Sombreros!*” and then all doffed their hats. The curtain was drawn, and my attention flew like metal to magnet from the ruffians to the stage, where the characters of doña Laura and Urbana, both wearing cloaks, were entering. In front of the backdrop, a small pasteboard construction represented the Torre del Oro.

“Famous is *EL Arenal*. “
“I must say I find you right. “
“In my view, there cannot be
In all the world a finer sight.”

I still get a thrill when I remember those lines, the first I ever heard on the stage of a *corral*, and I remember even more clearly because the actress who played doña Laura was the very beautiful Maria de Castro, who was later to fill a certain space in the lives of Captain Alatriste and me. But that day in El Principe, she was the beautiful Laura, who accompanies her uncle Urbana to the port of Seville, where the galleys are about to set sail, and where, by chance, she meets don Lope, and Toledo, his servant.

“I must make haste, my ship sails
Just following the ebb.
Ah, what victory it is to flee
A scheming woman's web!”

Everything around me vanished; I was completely absorbed in the words coming from the mouths of the actors. Within minutes I was transported to El Arenal, madly in love with Laura, and wishing I had the gallantry of Captains Fajardo and Castellanos, and that I were the one crossing swords with the bailiffs and

alguaciles y los corchetes antes de embarcarme en la Armada del Rey, diciendo, como Don Lope:

*Hube de sacar la espada.
aquéla para un hidalgo
noble, por cierto; que es justo
honrar al que da disgusto,
si un hombre se tiene en algo.
Que afrentar, aunque sea un loco
ausente, al que se atrevió
a ofenderos, pienso yo
que es tenerse un hombre en poco.*

Fue en ese momento cuando uno de los espectadores que estaba en pie a nuestro lado se volvió hacia el capitán para chistarle, en demanda de que guardara silencio, aunque éste no había dicho ni una palabra. Me volví sorprendido, y observé que el capitán miraba con atención al que había chistado, individuo con trazas de rufián, la capa doblada en cuatro sobre un hombro y la mano en el puño de la espada. Prosiguió la representación, centré de nuevo en ella mi atención, y aunque Diego Alatriste seguía callado e inmóvil, el tipo de la capa doblada en cuatro volvió a chistarle, mirándolo después con cara de pocos amigos y murmurando en voz baja sobre quienes no respetan el teatro ni dejan oír a la gente. Sentí entonces cómo la mano del capitán, que había vuelto a apoyar en mi hombro, me apartaba suavemente a un lado, y noté cómo después se retiraba un poco la capa, a fin de desembarazar la empuñadura de la daga que llevaba al cinto detrás del costado izquierdo. Terminaba en ese instante el primer acto, sonaron los aplausos del público, y Alatriste y nuestro vecino se sostuvieron la mirada silenciosamente, sin que de momento las cosas fueran más allá. Dos a cada lado, algo más lejos, los otros cuatro individuos no nos quitaban ojo de encima.

Durante el baile del entreacto, el capitán buscó a Vicuña y al Licenciado Calzas con la vista y luego me confió a ellos, con el pretexto de que iba a ver mejor la segunda jornada desde donde estaban. Sonaron en ese momento fuertes aplausos entre el público y todos nos volvimos hacia uno de los aposentos superiores, donde la gente había reconocido al Rey nuestro señor, quien allí se había entrado con disimulo al inicio del primer acto. Vi entonces por vez primera sus rasgos pálidos, el cabello rubio y ondulado en la frente y las sienes, y aquella boca con el labio inferior prominente, tan característico de los Austrias, y libre todavía del enhiesto bigote que luciría después. Vestía nuestro monarca de terciopelo negro, con golilla almidonada y sobrios botones de plata –fiel a la pragmática de austeridad contra el lujo en la Corte que él mismo acababa de dictar–, y en la mano pálida y fina, de azuladas ve-

catchpoles before sailing off in the king's Armada, saying, as don Lope does,

*"I had to call upon my sword.
To honor an hidalgo who insults me,
I must draw my sword;
A point of honor, it is true,
A code we have both lived since birth.
To refuse to duel a man who vents
His anger against you, even
A lunatic, if he gives offense,
Is not to give a man his worth."*

It was at that moment that one of the spectators standing beside us turned toward the captain and hissed at him to be quiet, although he had not said a word. I turned, surprised, and saw that the captain was staring intently at the man who had hushed him, a rough-looking individual whose cape was folded four times over one shoulder and whose hand was on the grip of his sword. The play continued, and I was again drawn into it. Although Diego Alatriste was neither talking nor moving, the man with the folded cape again hissed at him, muttering in a low voice about people who had no respect for the theater or for letting other people hear. I felt the captain's hand, which was again resting on my shoulder, softly push me to one side, and I noticed that he pulled back his cape a little, to uncover the handle of the dagger in a sheath at his left side. At that instant, the first act ended, the public burst into applause, and the captain and our neighbor bored holes into each other with their eyes, though for the moment things went no further. There was one ruffian on either side, and, a short distance away, the other four, who kept us firmly in their view.

During the dance performed in the entr'acte, the captain caught the eye of Vicuña and Calzas and put me in their care, using the pretext that I could see the second *jornada* better from where they were watching. There was a sudden burst of deafening applause, and we all turned toward one of the upper boxes, where people had recognized our lord and king, who had quietly entered at the beginning of the previous act. For the first time, I saw his pale features, the blond wavy hair that fell over his brow and temples, and the mouth with the prominent lower lip so characteristic of the Hapsburgs, still bare of the straight beard he would later adopt. Our monarch was dressed in black velvet, with a starched ruff and discreet silver buttons-faithful to the decree of austerity at court that he himself had just issued-and in

nas, sostenía con descuido un guante de gamuza que a veces se llevaba a la boca para ocultar una sonrisa o unas palabras con sus acompañantes, en los que el entusiasmo del público había reconocido, junto a varios gentiles hombres españoles, al príncipe de Gales y al duque de Buckingham, a quienes Su Majestad había tenido a bien, aunque manteniendo el incógnito oficial –todos iban cubiertos, como si el Rey no estuviese allí–, invitar al espectáculo. Contrastaba la grave sobriedad de los españoles con las plumas, cintas, lazos y joyas que lucían los dos ingleses, cuya apostura y juventud fueron muy celebradas por el público que llenaba el corral de comedias, y levantaron no pocos requiebros, **golpes** de abanico y miradas devastadoras en la cazuela de las mujeres.

Empezó la segunda jornada, que yo seguí, bebiéndome como en la anterior hasta la última de las palabras y gestos de los representantes; y durante ésta, justo cuando en el escenario el capitán Fajardo decía aquello de:

*«Prima» la llama. No sé
si esta prima es verdadera;
más no es la cuerda primera
que por prima falsa esté.*

... volvió en ese punto a chistarle a Diego Alatriste el valentón de la capa doblada en cuatro, y esta vez se le unieron dos de los otros rufianes que en el entreacto se habían ido acercando. El propio capitán había jugado alguna vez la misma treta, así que el negocio estaba más claro que el agua; sobre todo habida cuenta de que los dos matachines restantes venían también poco a poco entre la gente. Miró el capitán a su alrededor, por ver la suerte en que se hallaba. Detalle significativo: ni el alcalde de Casa y Corte ni los alguaciles que solían cuidar del orden en las representaciones aparecían por parte alguna. En cuanto a otro socorro, el Licenciado Calzas no era hombre de armas, y el cincuentón Juan Vicuña poca destreza podía hacer con una sola mano. Respecto a Don Francisco de Quevedo, se hallaba dos filas de bancos más lejos, atento al escenario y ajeno a lo que a sus espaldas se tramaba. Y lo peor era que, influidos por el chistar de los provocadores, algunos del público empezaban a mirar mal al propio Alatriste, como si realmente éste molestase la representación. Lo que estaba a punto de ocurrir era tan cierto como que dos y dos eran cuatro. En aquel caso concreto, tres y dos sumaban cinco. Y cinco a uno era demasiado, incluso para el capitán.

Intentó zafarse en dirección a la puerta más cercana. Obligado a reñir, lo haría con más espacio en la calle que allí adentro, embarazado por todos, donde no iban a tardar un Jesús en coserlo a puñaladas.

his slender hand, so pale the blue veins showed through the skin, he casually held a chamois glove, which he occasionally put to his mouth to hide a smile or words directed to his companions. Among these the enthusiastic public had recognized, besides several Spanish gentlemen, the Prince of Wales and Buckingham, whom His Majesty--though maintaining official incognito--had thought it well to invite; all wore their hats, as if the king were not present. The grave sobriety of the Spaniards contrasted with the plumes, ribbons, bows, and jewels of the two Englishmen, whose bearing and youth were greatly celebrated by the public, and the source of no few compliments, **fluttering** of fans, and devastating glances from the women's *cazuela*.

The second act began. As during the first, I sat drinking in the actors' every word and gesture. Yet just as Captain Fajardo was saying,

*"'Cousin' he calls her. I do not know
If this cousin is a true one;
But size is not the first young girl
To be falsely claimed a cousin,"*

the swaggerer with the cape over his shoulder once again hissed at Diego Alatriste, and this time he was joined by two of the other four troublemakers, who had inched closer during the entr'acte. The captain himself had played the same game more than once, so to him what they were doing was as clear as water, especially considering that the two remaining swashbucklers were now elbowing through the *mosqueteros*. The captain looked around to assess the situation. It was significant that neither the magistrate nor the bailiffs who usually imposed order during performances were anywhere to be seen. As for other help, Licenciado Calzas was not a man-of-arms, and the fifty-year-old Juan Vicuña could not do much with just one hand. Don Francisco de Quevedo was two rows ahead of us, focused on the stage and unaware of what was brewing behind him. And the worst of it was that some of the public, influenced by the hissing of the provocateurs, began to scowl at Alatriste as if he truly were disturbing the performance. What was about to happen was as obvious as two and two make four. Or in that specific case, three and two make five. And five to one was too much, even for the captain.

Alatriste tried to ease toward the nearest door. If forced to fight, he could do so more freely outside than inside the theater, where in the time it takes to breathe "*Jesus!*" he was going to be stitched like a quilt by

También había cerca un par de iglesias donde acogerse a sagrado, si al cabo terciaba además la justicia en el lance. Pero ya los otros le cerraban las espaldas, y la cosa tomaba un feo cariz. Terminaba en eso el segundo acto, sonaron los aplausos, y con ellos arreciaron las increpaciones de los valentones contra el capitán. Ya la chusma empezaba a hacer corro. Trabáronse de palabras, subió el tono. Y por fin, entre dos reniegos y por vidas de, alguien pronunció la palabra bellaco. Entonces Diego Alatriste suspiró muy hondo, para sus adentros. Aquello era negocio hecho. Así que, resignado, metió mano a la espada y sacó el acero de la vaina.

Al menos, se dijo fugazmente al desnudar la blanca, un par de aquellos hideputas iban a acompañarlo bien servidos al infierno. Sin tan siquiera componerse en guardia, lanzó un tajo horizontal con la espada hacia la derecha para alejar a los rufianes que tenía más próximos, y echando atrás la mano izquierda sacó la daga vizcaína de la funda que le pendía del cinto bajo los riñones. Alborotaba el público dejando espacio, gritaban las mujeres en la cazuela, se inclinaban los ocupantes de los aposentos por las ventanas para ver mejor. No era extraño en aquel tiempo, como hemos dicho, que el espectáculo se desplazase en los corrales del escenario al patio; y todos se preparaban a disfrutar una vez más del suceso adicional y gratuito: en un momento se había hecho un círculo alrededor de los contendientes. El capitán, seguro de no resistir mucho rato frente a cinco hombres armados y diestros en el oficio, decidió no andarse con lindezas de esgrima, y en vez de curar su salud procuró desbaratar la de sus enemigos. Dio una cuchillada al de la capa doblada en cuatro, y sin pararse a ver el resultado — que no fue gran cosa—, se agachó intentando desjarretar a otro con la vizcaína. Puestos a seguir con la aritmética, cinco espadas y cinco dagas sumaban diez hojas de acero cortando el aire; así que le llovían estocadas como granizo. Una anduvo tan cerca que cortó una manga del jubón, y otra le hubiera pasado el cuerpo de no enredarse en su capa. **Revolvióse** lanzando **molinetes** y tajos a diestro y siniestro; hizo retroceder a un par de adversarios, trabó el acero con uno y la vizcaína con otro, y sintió que alguien lo acuchillaba en la cabeza: el filo cortante y frío de la hoja, y la sangre chorreándole entre las cejas. Estás pero que bien jodido, Diego, se dijo con un último rastro de lucidez. Hasta aquí has llegado. Y lo cierto es que se sentía exhausto. Los brazos le pesaban como el plomo y la sangre lo cegaba. Alzó la mano izquierda, la de la daga, para limpiarse los ojos con el dorso, y entonces vio una espada que se dirigía hacia su garganta, y a Don Francisco de Quevedo que gritando: «¡Alatriste! ¡A mí! ¡A mí!», con voz atronadora, saltaba desde los bancos a la viga del degolladero e interponía la suya

daggers. There were two churches nearby, where he could find sanctuary if the law intervened in time. But since the unholy five were already closing in, the business was taking an ugly turn.

That was the situation as the second act ended.

Applause resounded, and the insults of the miscreants grew louder. Now the rabble began to chime in. Words were exchanged, and the tone heated up.

Finally, between oaths and “By my fifes,” someone uttered the word “blackguard.” Then Diego Alatriste sighed deeply, down to his toes. That sealed it. With resignation, he gripped his sword and withdrew steel from scabbard.

At least, he thought fleetingly as he bared his blade, a couple of those whoresons would accompany him to Hell. Without even setting himself firmly, he cut a swath to the right to drive back the nearest ruffian, and reaching back with his left hand, he pulled the *vizcaína* from where it was sheathed over his kidneys. People around him scrambled to get out of the way, women in the *cazuela* screamed, and the occupants of the boxes leaned over the railing to see better. It was not unusual at that time, as I have said, for the entertainment to shift from the stage to the yard, so everyone settled in to enjoy a bonus performance; within moments, a circle had formed around the contenders. The captain, sure that he could not long defend himself against five armed and skillful men, decided not to concern himself with the fine points of fencing; the best way to maintain his health was to impair that of his enemies. He took one stab at the man with the folded cape, and without stopping to see the result—which was not significant—he stooped low, hoping with his *vizcaína* to cut the hamstring of another opponent. If you do the arithmetic, five swords and five daggers add up to ten weapons slicing through the air, so the stabs and thrusts were raining down like hail. One came so close that it cut a sleeve of the captain’s doublet, and another would have gone through his body had it not become tangled in his cape. Attacking right and left with coups and *moulinets*, Alatriste forced two of his adversaries to retreat, parried one with his sword and another with his knife, then felt the cold, sharp edge of a blade being drawn across his head. Blood streamed down between his eyebrows. You are fucked, Diego, he told himself with a last shred of lucidity. This is it. And it was true, he felt exhausted. His arms were as heavy as lead, and he was blinded by blood. He raised his left hand, the one with the dagger, to swipe the blood from his eyes, and saw a sword pointed toward his throat. And in that same instant he heard don Francisco de Quevedo yelling, “Alatriste! He’s mine! He’s mine!” in a voice like thunder. He had leaped from the benches to the barrier, and interposed his sword,

desnuda, parando el golpe.

—¡Cinco a dos ya está mejor! —exclamó el poeta acero en alto, saludando con una alegre inclinación de cabeza al capitán—... ¡No queda sino batirse!

Y se batía, en efecto, como el demonio que era toledana en mano, sin que su cojera le estorbaba lo más mínimo. Meditando sin duda la décima que iba a componer si sacaba la piel de aquello. Los anteojos le habían caído sobre el pecho y colgaban de su cinta, junto a la cruz roja de Santiago; y acometía feroz, sudoroso, con toda la mala leche que solía reservar para sus versos y que, en ocasiones como ésa, también sabía destilar en la punta de su espada. Lo arrollador e inesperado de su carga contuvo a los que atacaban, e incluso alcanzó a herir a uno con buen golpe que le pasó la banda del tahalí hasta el hombro. Después, rehechos los contrincantes, cerraron de nuevo y la querella hirvió en un remolino de cuchilladas. Hasta los actores habían salido a mirar desde el escenario.

Lo que ocurrió entonces ya es Historia. Cuentan los testigos que, en el palco donde se hallaban de supuesto incógnito el Rey, Gales, Buckingham y su séquito de gentiles hombres, todos veían la pendencia con sumo interés y encontrados sentimientos. Nuestro monarca, como es natural, estaba molesto por aquella desvergonzada afrenta al orden público en su augusta presencia; aunque tal presencia fuese sólo oficiosa. Pero hombre joven, gallardo y de espíritu caballeresco, no le incomodaba mucho, en otro oculto sentido, que sus invitados extranjeros asistiesen a una exhibición espontánea de bravura por parte de sus súbditos, con los que a fin de cuentas solían encontrarse a menudo en el campo de batalla. Lo cierto es que el hombre que se había estado batiendo con cinco lo hacía con una desesperación y un coraje inauditos, arrancando a los pocos mandobles la simpatía del público y gritos de angustia entre las damas, al verlo estrechado tan de cerca. Dudó el Rey nuestro señor, según cuentan, entre el protocolo y la afición; por eso se demoraba en ordenar al jefe de su escolta de guardias vestidos de paisano que interviniese para cortar el tumulto. Y justo cuando por fin iba a abrir la boca para una orden real e inapelable, a todos causó gran admiración ver a Don Francisco de Quevedo, conocidísimo en la Corte, terciar tan resuelto en el lance.

Pero la mayor sorpresa aún estaba por venir. Porque el poeta había gritado el nombre de Alatriste al entrar en liza; y el Rey nuestro señor, que iba de sobresalto en sobresalto, vio que, al oírlo, Carlos de Inglaterra y el duque de Buckingham se iraban

blocking the deadly thrust.

“Five to two is a little better!” the poet exclaimed, sword raised, with a happy nod to the captain. “We have no choice but to fight!”

And in fact, he fought like the demon he was, Toledo sword tight in his grip, and completely unimpeded by his lameness. Undoubtedly verses and figures for the decima he would compose if he came out of this alive were racing through his mind. His eyeglasses had fallen to his chest and were dangling from their ribbon near the red cross of Santiago; he was sweating hard, ferociously venting the bile that he usually reserved for his verses but that on occasions like this he expressed with the point of his sword. His dramatic and unexpected charge subdued the attackers, and he even succeeded in wounding one of them with a good thrust that went through the band of the man's baldric and into the shoulder. Recovering from their shock, the attackers regained their focus and closed in again, and the battle continued in a whirlwind of steel. Even the actors came out on the stage to watch.

What happened next is history. Witnesses report that, in the box where the supposedly incognito king, Wales, Buckingham, and their train of courtiers were sitting, everyone was watching the altercation below with great interest, though with conflicting emotions. Our monarch, as was natural, was annoyed by the shameful affront to public order in his august presence, even though that presence was not official. But the young, daring, and chivalrous part of his being was not, in a deeper sense, greatly disturbed that his foreign guests were witnessing a spontaneous demonstration of courage on the part of his subjects, men whom, after all, they usually met on the field of battle. One thing could not be disputed, and that was that the man fighting against five was doing so with unbelievable desperation and courage, and that after only a few slashes and thrusts he had drawn the sympathy of the audience and shouts of anguish among the ladies when they saw him so sorely pressed. Our lord and king was torn, it was later reported, between protocol and enjoyment, and therefore was slow to order the head of his civilian-clad escort to intervene and put an end to the disturbance. And just as finally he opened his mouth to give a royal, uncontestable order, to everyone's surprise and admiration, don Francisco de Quevedo, who was very well known at court, jumped resolutely into the fray.

But the greatest surprise was still to come. The poet had shouted the name Alatriste as he entered the tournament, and our lord and king, aghast at every new development, noticed that when Buckingham and Charles of England heard that name, they turned to look at each

el uno al otro.

—¡Alatruiste! —exclamó el de Gales, con aquella pronunciación suya tan juvenil, cerrada y británica. Y tras inclinarse un momento por la barandilla de la ventana, echó una ávida ojeada a la situación allá abajo, en el patio, y luego se volvió de nuevo hacia Buckingham, y después al Rey. En los pocos días que llevaba en Madrid había tenido tiempo de estudiar algunas palabras y frases sueltas del castellano, y fue de ese modo como se dirigió a nuestro monarca:

—Diesculpá, Siure... Hombrue ese y yo tener deuda... Mi vida debo.

Y acto Seguido, tan flemático y sereno como si estuviese en un salón de su palacio de Saint James, se quitó el sombrero, ajustó los guantes, y requiriendo la espada miró a Buckingham con perfecta sangre fría.

—Steenie —dijo.

Después, acero en mano, sin demorarse más, bajó los peldaños de la escalera seguido por Buckingham, que también desenvainaba. Y Don Felipe Cuarto, atónito, no supo si detenerlos o asomarse de nuevo a la ventana; así que cuando recobró la compostura que estaba a punto de perder, los dos ingleses se veían ya en el patio del corral de comedias, trabándose a estocadas con los cinco hombres que cercaban a Francisco de Quevedo y Diego Alatriste. Era aquél un lance de los que hacen época; de modo que aposentados, gradas, cazuela, bancos y patio, estupefactos al ver aparecer a Carlos y Buckingham **herreruza** en mano, resonaron al instante con atronador estallido de aplausos y gritos de entusiasmo. Entonces el Rey nuestro señor reaccionó por fin, y puesto en pie se volvió a sus gentiles hombres, ordenando que cesara de inmediato aquella locura. Al hacerlo se le cayó un guante al suelo. Y eso, en alguien que reinó cuarenta y cuatro años sin mover en público una ceja ante los imprevistos ni alterar el semblante, denotaba hasta qué punto el monarca de ambos mundos estuvo aquella tarde, en el corral del Príncipe, en un **tris** de perder los papeles.

other with a start of recognition.

“Ala-tru-iste!” exclaimed the Prince of Wales, with his childish British pronunciation. And after leaning over the railing an instant, he quickly assessed the situation in the yard below, again turned to Buckingham, and then the king. In the days he had spent in Madrid he had had time to learn a few words and phrases of Spanish, and using them, he apologized and excused himself to the king.

“*Diess-culpá, Si yure . . . I am indebted to that man. He saved my life.*”

Even as he spoke, as phlegmatic and serene as if he were at Saint James’s Palace, he removed his hat, adjusted his gloves, and asking for his sword looked at Buckingham with perfect sangfroid.

“Steenie,” he said.

Then, without hesitation, steel in hand, he raced down the stairs, followed by Buckingham, who was pulling out his sword. An astonished Philip did not know whether to stop them or go to the railing to watch, so that by the time he recovered the composure he had been so close to losing, the two Englishmen were already in the yard of the *corral de comedias*, crossing swords with the five men who had Francisco de Quevedo and Diego Alatriste boxed in. It was a combat of which epics are made. Boxes, galleries, *cazuela*, benches, and yard-all stupefied to see Charles and Buckingham appear with **weapons** in hand—exploded with a roar of applause and shouts of approval. With that, our lord and king reacted, rose to his feet, turned to his courtiers, and ordered them to end the madness. As he gave the order, his glove dropped to the floor. And that, in someone who ruled forty-four years without ever raising an eyebrow or changing expression in public, betrayed how that afternoon in El Principe corral, the monarch of both the new world and the old came within an **ace** of revealing emotion.

XI. EL SELLO Y LA CARTA

Los gritos de las guardias española, **borgoóna** y tudésca al hacer el relevo en las puertas de Palacio llegaban hasta Diego Alatriste por la ventana abierta a uno de los grandes patios del Alcázar real. Había una sola alfombra en el piso desnudo de madera, y sobre ella una mesa enorme, oscura, cubierta de papeles, legajos y libros y de aspecto tan solemne como el hombre sentado tras ella. Aquel hombre leía cartas y despachos metódicamente, uno tras otro, y de vez en cuando escribía algo al margen con una pluma de ave que mojaba en el tintero de loza de Talavera. Lo hacía sin interrupción, como si las ideas fluyesen sobre el papel con tanta facilidad como la lectura, o la tinta. Llevaba así largo rato, sin levantar la cabeza ni siquiera cuando el teniente de alguaciles Martín Saldaña, acompañado por un sargento y dos soldados de la guardia real, condujo ante él a Diego Alatriste por corredores secretos, retirándose después. El hombre de la mesa seguía despachando cartas, imperturbable, como si estuviera solo; y el capitán tuvo tiempo sobrado para estudiarlo bien. Era corpulento, de cabeza grande y tez rubicunda, con un pelo negro y fuerte que le cubría las orejas, barba oscura y cerrada sobre el mentón y enormes bigotes que se rizaban espesos en los carrillos. Vestía de seda azul oscura, con realces de trencilla negra, zapatos y medias del mismo color; y sobre el pecho lucía la cruz roja de Calatrava, que junto a la golilla blanca y una fina cadena de oro eran los únicos contrastes en tan sobria indumentaria.

Aunque Gaspar de Guzmán, tercer conde de Olivares, no sería nombrado duque hasta dos años más tarde, ya estaba en el segundo de su privanza. Era grande de España y su poder, a los treinta y cinco años, resultaba inmenso. El joven monarca, más amigo de fiestas y de caza que de asuntos de gobierno, era un instrumento ciego en sus manos; y quienes podían haberle hecho sombra estaban sometidos o muertos. Sus antiguos protectores el duque de Uceda y fray Luis de Aliaga, favoritos del anterior Rey, se hallaban en el destierro; el duque de Osuna, caído en desgracia y con sus propiedades confiscadas; el duque de Lerma esquivaba el cadalso gracias al capelo cardenalicio –vestido de colorado para no verse ahorcado, decía la copla–, y Rodrigo Calderón, otro de los hombres principales del antiguo régimen, había sido ejecutado en la plaza pública. Ya nadie estorbaba a aquel hombre inteligente, culto, patriota y ambicioso, en su designio de controlar los principales resortes del imperio más poderoso que seguía existiendo sobre la tierra.

Fáciles son de imaginar los sentimientos que experimentaba Diego Alatriste al verse ante el

XI. THE SEAL AND THE LETTER

Through a window that opened onto one of the large courtyards of the Alcazar Real, the **crisp** shouts of the Spanish, Burgundian, and German troops reached Diego Alatriste's ears as the guard was changed at the palace gates. There was a single carpet on the wood floor of the room, and on it an enormous dark table covered with papers, files, and books, as somber as the man seated behind it. This man was methodically reading letters and dispatches, one after another, and from time to time he wrote something in a margin with a quill he dipped into a Talavera pottery inkwell. He worked without stopping, as if ideas were flowing across the paper as smoothly as his reading, or the ink. This went on for a long while. The man did not look up even when the head constable, Martín Saldaña, accompanied by the sergeant and two soldiers of the royal guard who had brought Diego Alatriste through secret corridors, led him in and then withdrew. The man at the table continued dispatching letters, unperturbed, as if he were alone, so the captain had all the time in the world to study him. He was corpulent, with a large head and a ruddy face; coarse black hair fell over his ears, and his chin and cheeks were covered by a thick dark beard and enormous mustache. He was clad in dark blue silk trimmed with black braid, and his shoes and hose were black as well. On his chest blazed the red cross of Calatrava, which along with the white ruff and a handsome gold chain was the only contrast to his somber attire.

Although Gaspar de Guzman, third Conde de Olivares, would not be made a duke until two years later, he was enjoying his second year of favor at court. At age thirty-five, he was a grandee of Spain, and his power was enormous. The young monarch, much fonder of fiestas and hunting than of affairs of government, was a blind instrument in Guzman's hands, and any who might have overshadowed him were either crushed or dead. His former protectors, the Duque de Uceda and Fray Luis de Aliaga, favorites of the previous king, found themselves in exile; the Duque de Osuna was in disgrace, with his properties confiscated; the Duque de Lerma had escaped the gibbet thanks to his cardinal's robes—*He whose cape is cardinal red will not hang by the neck until he's dead*, was the old saying—and Rodrigo Calderon, another of the principals in the former regime, had been executed in the public plaza. Now no one stood in the way of that intelligent, cultured, patriotic, and ambitious man's design to hold in his hands the strings of the empire that was still the most powerful on earth.

It is easy enough to imagine the emotions Diego Alatriste was experiencing as he stood before this all-

todopoderoso privado, en aquella vasta estancia donde, aparte la alfombra y la mesa, la única decoración consistía en un retrato del difunto Rey Don Felipe Segundo, abuelo del actual monarca, que colgaba sobre una gran chimenea apagada. En especial tras reconocer en el personaje, sin la menor duda ni demasiado esfuerzo, al más alto y fuerte de los dos enmascarados de la primera noche en la puerta de Santa Bárbara. El mismo a quien el de la cabeza redonda había llamado Excelencia antes de que se marchara exigiendo que en el asunto de los ingleses no corriese demasiada sangre.

ignominious disgraceful, shameful, dishonorous, vergonzoso

Ojalá, pensó el capitán, la ejecución que le reservaban no fuera con garrote. Tampoco es que bailar al extremo de una sogas fuese plato de gusto; pero al menos no lo despachaban a uno con aquel torniquete **ignominioso** dando vueltas en el pescuezo, y la cara de pasmo propia de los ajusticiados, con el verdugo diciendo: perdóneme vuestra merced que soy un mandado, y etcétera, que mal rayo enviase Cristo al mandado y a los hideputas que lo mandaban, que por otro lado siempre eran los mismos. Sin contar con el obligado trámite previo de mancuera, brasero, juez, relator, escribano y sayón, para obtener una confesión en regla antes de mandarlo a uno bien descoyuntado al diablo. Lo malo era que con instrumentos de cuerda Diego Alatriste cantaba fatal; así que el procedimiento iba a ser penoso y largo. Puesto a elegir, prefería terminar sus días a hierro y por las bravas, que a fin de cuentas era el modo decente en que debía hacer mutis un soldado: viva España y demás, y angelitos al cielo o a donde tocara ir. Pero no estaban los tiempos para golosinas. Se lo había dicho en voz baja un preocupado Martín Saldaña, cuando fue a despertarlo a la cárcel de Corte para conducirlo temprano al Alcázar:

—A fe mía que esta vez lo veo crudo, Diego.

—Otras veces lo he tenido peor.

—No. Peor no lo has tenido nunca. De quien desea verte no se salva nadie dando estocadas.

De cualquier modo, Alatriste tampoco tenía con qué darlas. Hasta la cuchilla de matarife le habían quitado de la bota cuando lo apresaron después de la reyerta en el corral de comedias; donde, al menos, la intervención de los ingleses evitó que allí mismo lo mataran.

—En pas ahora esteumos —había dicho Carlos de Inglaterra cuando acudió la guardia a separar a los contendientes o a protegerlo a él, que en realidad fue todo uno. Y tras envainar volvió la espalda, con Buckingham, desentendiéndose del asunto entre los

powerful favorite of the king in that huge chamber in which, except for the table and carpet, the only decoration, mounted above a large unlighted fireplace, was a portrait of Philip the Second, grandfather of the present monarch. The captain's apprehension grew after he recognized in the man at the table—without the least doubt or pause to consider—the taller and stronger of the two masked men from that first night at the Santa Barbara gate. The same man whom the one with the round head had called Excellency before his superior left, after requesting that not too much blood be shed in the affair of the two Englishmen.

If only, the captain thought, the execution that lay in store for him would not be by garrote. It was not that dangling at the end of a rope was his cup of tea, either, but at least it was better than being removed with an **ignominious** tourniquet squeezing tighter and tighter around his neck, his face contorted as he heard the executioner say, "Forgive me, Your Mercy, I am only following orders."

May Christ unleash a thunderbolt to incinerate all the spineless lackeys who were "just following orders," and take with them the bastards who gave the orders as well. Not to mention the obligatory handcuffs, brazier, judge, reporter, scribe, and executioner needed to obtain a proper confession before speeding your disjointed body toward Hell. Diego Alatriste did not sing well with a rope around his neck, so his last serenade would be long and painful. Given a choice, he would have preferred to end his days with steel, fighting. That was, after all, the decent way for a soldier to make his exit: *Viva España!* and all that, and little angels singing his way in Heaven, or wherever he was to go.

"But not many blessings are being handed out these days," a worried Martín Saldaña had whispered to him when he came to wake him at the prison that early morning and take him to the Alcázar.

"By my faith, it looks bad this time, Diego."

"I have had it worse."

"No. Not ever. The person who wants to see you allows no man to save himself by his sword."

Worse, Alatriste had nothing to fight *with*. Even the slaughterer's knife in his boot had been taken from him when he was imprisoned after the row in the *corral de comedias*, when the intervention of the Englishmen had at least prevented him from being killed on the spot.

"*En pas ahora este-umos* "—we're even now—Charles of England had said when the guard arrived to separate the contenders, or protect him, which in reality was one and the same. And after sheathing his sword, he, along with Buckingham, had

aplausos de un público entusiasmado con el espectáculo. A Don Francisco de Quevedo lo dejaron ir por orden personal del Rey, a quien por lo visto había gustado su último soneto. En cuanto a los cinco espadachines, dos escaparon en el tumulto, a uno se lo habían llevado herido de gravedad, y dos fueron apresados con Alatriste y puestos en un calabozo cercano al suyo. Al salir con Saldaña por la mañana, el capitán había pasado junto a ese mismo calabozo. Vacío.

El conde de Olivares seguía concentrado en su correo, y el capitán miró la ventana con sombría esperanza. Aquello quizás le ahorrase el verdugo y abreviara el expediente, aunque una caída de treinta pies sobre el patio no era mucho; se exponía a quedar vivo y que lo subieran a la mula para colgarlo con las piernas quebradas, lo que no iba a ser gallardo espectáculo. Y aún otro problema: si después de todo había alguien más allá, lo de la ventana se lo iba a tomar fatal durante el resto de una eternidad no por hipotética menos inquietante. Así que, puestos a tocar retreta, mejor era irse sacramentado y de mano ajena, por si las moscas. A fin de cuentas, se consoló, por mucho que duela y tardes en morir, al final siempre te mueres, Y quien muere, descansa.

En esos alegres pensamientos andaba cuando reparó en que el valido había dejado de despachar su correo y lo miraba. Aquellos ojos oscuros, negros y vivos, parecían estudiarlo con fijeza. Alatriste, cuyo jubón y calzas mostraban las huellas de la noche pasada en el calabozo, lamentó no tener mejor aspecto. Unas mejillas rasuradas le habrían dado más apariencia. Y tampoco hubiera sobrado una venda limpia en torno al tajo de la frente, y agua para lavarse la sangre seca que le cubría la cara.

—¿Me habéis visto alguna vez, antes?

La pregunta de Olivares cogió desprevenido al capitán. Un sexto sentido, semejante al ruido que hace una hoja de acero resbalando sobre piedra de afilar, le aconsejó **exquisita** prudencia.

—No. Nunca.

—¿Nunca?

—Eso he dicho a vuestra Excelencia.

—¿Ni siquiera en la calle, en un acto público?

—Bueno —el capitán se pasó dos dedos por el bigote, como obligándose a recordar—. Tal vez en la

turned away, acting as if he were completely unaware of the applause of an admiring public. Don Francisco de Quevedo was allowed to go, by the personal order of the king, who apparently had been pleased with his latest sonnet. As for the five swordsmen, two escaped in the confusion, one had been carried off gravely wounded, and the other two were arrested at the same time as Alatriste and put in the cell next to his. As the captain left that morning with Saldaña, he had passed by that same cell. Empty.

The Conde de Olivares continued to focus on his correspondence, and the captain looked toward the window, with somber hope. That out might save him from the executioner and shorten the process, although a thirty-foot fall from the window to the courtyard might not be enough; he might merely expose himself to the torment of ending up injured but alive, and hoisted onto the mule to hang, broken legs and all, which was not a pretty picture. And there was yet another problem: What if there was Someone up there after all? He would hold Alatriste's jumping to his death against him all through an afterlife no less unpleasant for being hypothetical. So if the bugles were blowing *Retreat!* it was better to go having had the sacraments, and dispatched by another hand. Just in case. When all was said and done, he consoled himself, however painful, and however long it takes to die, in the end you are just as dead. And he who dies finds rest.

He was mulling over these happy thoughts when he became aware that the court favorite had finished his task and had turned his attention to him. Those fiery black eyes seemed to be taking in every detail. Alatriste, whose doublet and hose showed the signs of the night spent in a cell, regretted that he did not present a better appearance. A clean bandage over the slash on his forehead would have helped, and water to wash away the dried blood on his face.

“Have you seen me before, do you think?”

Olivares's question caught the captain unawares. A sixth sense, something like the sound a steel blade makes when drawn over a whetstone, warned him to display **exquisite** caution.

“No. Never.”

“Never?”

“I have said so, Excellency.”

“Not even during some public function?”

“Well. . .” the captain stroked his mustache, as if trying hard to remember. “Perhaps . . . in the Plaza

calle... Me refiero a la Plaza Mayor, los Jerónimos y sitios así –movió la cabeza afirmativo, con supuesta y deliberada honradez–... Ahí es posible que sí.

Olivares le sostenía la mirada, impassible.

–¿Nada más?

–Nada más.

Por un brevísimo instante el capitán creyó advertir una sonrisa entre la feroz barba del valido. Pero nunca estuvo seguro de eso. Olivares había tomado uno de los legajos que tenía sobre la mesa y pasaba sus hojas con aire distraído.

–Servisteis en Flandes y Nápoles, por lo que veo. Y contra los turcos en Levante y Berbería... Una larga vida de soldado.

–Desde los trece años, Excelencia.

–Lo de capitán es un apodo, supongo.

–Algo así. Nunca pasé de sargento, e incluso se me privó de ese grado tras una reyerta.

–Sí, aquí lo dice –el ministro seguía hojeando el legajo–. Reñisteis con un alférez, dándole de estocadas... Me sorprende que no os ahorcaran por ello.

–Iban a hacerlo, Excelencia. Pero ese mismo día se amotinaron nuestras tropas en Maastricht: llevaban cinco meses sin paga. Yo no me amotiné, y tuve la fortuna de poder defender de los soldados al señor maestre de campo Don Miguel de Orduña.

–¿No os gustan los motines?

–No me gusta que se asesine a los oficiales.

El valido enarcó una ceja, displicente.

–¿Ni a los que os pretenden ahorcar?

–Una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa.

–Para defender a vuestro maestre de campo tumbasteis espada en mano a dos o tres, dice por aquí.

–Eran tudescos, Excelencia. Y además, el señor maestre de campo decía: «Demonio, Alatriste, si me han de matar amotinados, al menos que sean españoles». Le di la razón, metí mano, y aquello me valió el indulto.

Mayor, or at the Hieronymite convent . . . someplace like that.” He nodded with what passed as thoughtful honesty. “That is possible, yes.”

Olivares held his eyes, impassive.

“No other time?”

“No, no other time.”

For a very brief instant the captain believed he glimpsed a smirk in the favorite’s thick growth of beard. But he was never sure. Olivares had picked up one of the files on his table and was leafing through the pages distractedly.

“You served in Flanders and Naples, I see here. And against the Turks in the Levant, and on the Barbary coast. A long life as a soldier.”

“Since I was thirteen, Excellency.”

“Your title of captain is, I imagine, unearned?”

“Not officially. I never rose above the rank of sergeant, and I was relieved of that after a . . . scuffle.”

“Yes, that is what it says here.” The minister kept riffling through the documents. “You quarreled with a lieutenant-in fact, you ran him through. I am surprised that you were not hanged for that.”

“They were going to, Excellency. But that same day in Maastricht our troops mutinied. They had not been paid for five months. I myself did not join them, fortunately, so I had the opportunity to defend Field Marshal Miguel de Orduna from his own soldiers.”

“You do not approve of mutinies?”

“I do not like to see officers murdered.”

His questioner arched an eyebrow peevishly.

“Not even those who intend to hang you?”

“One thing is one thing, and another, another.”

“To defend your field marshal, it says here, you put away another two or three with your sword.”

“They were Tudescos, Excellency. Germans. And the field marshal told me, ‘Devil take it, Alatriste. If I am going to be killed by mutineers, at least let them be Spanish.’ I agreed with him, lent a hand, and that won my pardon.”

Escuchaba Olivares, el aire atento. De vez en cuando echaba un nuevo vistazo a los papeles y miraba a Diego Alatriste con reflexivo interés.

—Ya veo —dijo—. También hay aquí una carta de recomendación del viejo conde de Guadalmedina, y un beneficio de Don Ambrosio de Spínola en persona, firmado de su puño y letra, pidiendo para vos ocho escudos de ventaja por vuestro buen servicio ante el enemigo... ¿Se os llegó a conceder?

—No, Excelencia. Que unas son las intenciones de los generales y otras las de secretarios, administradores y escribanos... Al reclamarlos me los redujeron a cuatro escudos, e incluso ésos nunca los vi hasta hoy.

El ministro hizo un lento gesto con la cabeza, como si también a él le retuvieran de vez en cuando sus beneficios o salarios. O quizá sólo se limitaba a aprobar la renuencia de secretarios, administradores y escribanos a soltar dinero público. Alatriste vio que seguía pasando papeles con minuciosidad de funcionario.

—Licenciado después de Fleurus por herida grave y honrosa... —prosiguió Olivares. Ahora miraba el apósito en la frente del capitán—. Tenéis cierta propensión a ser herido, por lo que veo.

—Y a herir, Excelencia.

Diego Alatriste se había erguido un poco, retorciéndose el bigote. Era obvio que no le gustaba que nadie, ni siquiera quien podía hacerlo ejecutar en el acto, tomase sus heridas a la ligera. Olivares estudió con curiosidad el destello insolente que había aparecido en sus ojos, y luego volvió a ocuparse del legajo.

—Eso parece —concluyó—. Aunque las referencias sobre vuestras aventuras lejos de las banderas son menos ejemplares que en la vida militar. Veo aquí una riña en Nápoles con muerte incluida... ¡Ah! Y también una insubordinación durante la represión de los rebeldes moriscos en Valencia —el privado frunció el ceño—... ¿Acaso os pareció mal el decreto de expulsión firmado por Su Majestad?

El capitán tardó en contestar.

—Yo era un soldado —dijo al cabo—. No un carnicero.

—Os imaginaba mejor servidor de vuestro Rey.

—Y lo soy. Incluso lo he servido mejor que a Dios, pues de éste quebranté diez preceptos, y de mi Rey

Olivares was listening attentively. From time to time he looked at the papers and then at Diego Alatriste thoughtfully.

“I see,” he said. “There is also a letter of recommendation from the former Conde de Guadalmedina, and a draft from don Ambrosio de Spinola signed in his hand, granting eight *escudos* extra pay for your good service in battle. Did you collect that?”

“No, Excellency. Generals give an order, and secretaries, administrators, and scribes execute it in their own manner. When I went to claim my *escudos*, they had been reduced to four, and even those I have not seen to this day”

The minister dipped his head slightly, as though he, too, had had bonuses or salaries withheld. Or perhaps he was approving the reluctance of the secretaries, administrators, and scribes to release public monies. He kept leafing through papers with the meticulousness of a clerk.

“Discharged after Fleurus because of a serious, and honorable, wound,” Olivares continued. Now he focused on the bandage on the captain’s head. “You have a certain propensity for getting wounded, I see.”

“And for wounding, Excellency.”

Diego Alatriste stood a little straighter, twisting his mustache. It was obvious that he did not like for anyone—not even the person who could have him immediately executed—to take his wounds lightly. Olivares noted the insolent spark in the captain’s eyes, and then turned back to the document.

“So it seems,” he concluded. “Although the references to your adventures apart from service to the flag are less exemplary than your military record. I see here a fight in Naples that involved a death. Ah! And also insubordination during the repression of the Moorish rebels in Valencia.” He frowned. “Perhaps you did not agree with the decree of expulsion signed by His Majesty?”

The captain hesitated before answering.

“I was a soldier,” he said after a bit. “Not a butcher.”

“I imagined you to be a better servant of your king.”

“And I am. I have served him even better than I have God, for I have broken God’s commandments, but

ninguno.

none of my king's."

Enarcó una ceja el valido.

Again the favorite crooked an eyebrow.

–Siempre creí que la de Valencia fue una gloriosa campaña...

"I always believed that the Valencia campaign was glorious."

–Pues informaron mal a vuestra Excelencia. No hay gloria ninguna en saquear casas, forzar a mujeres y degollar a campesinos indefensos.

"Then you were ill informed, Excellency. There is no glory whatsoever in sacking houses, violating women, and cutting the throats of defenseless civilians."

Olivares lo escuchaba con expresión impenetrable.

Olivares's expression was impenetrable.

–Contrarios todos ellos a la verdadera religión –apostilló–. Y reacios a abjurar de Mahoma.

"All of them enemies of the true religion," he pointed out. "And unwilling to renounce Mohammed."

El capitán encogió los hombros con sencillez.

The captain shrugged.

–Quizás –repuso–. Pero ésa no era mi guerra.

"Perhaps," he replied. "But that was not my fight."

–Vaya –el ministro alzaba ahora las dos cejas con fingida sorpresa–. ¿Y asesinar por cuenta ajena sí lo es?

"Come now" –the minister raised both eyebrows, with feigned surprise. "And to do murder for another party is?"

–Yo no mato niños ni ancianos, Excelencia.

"I do not kill the young or the old, Excellency."

–Ya veo. ¿Por eso dejasteis vuestro Tercio y os alistasteis en las galeras de Nápoles?

"I see. Which was why you left your company and enlisted in the galleys of Naples."

–Sí. Puesto a acuchillar infieles, preferí hacerlo con turcos hechos y derechos, que pudieran defenderse.

"Yes. Given the task of goring infidels, I preferred to do so against men who could defend themselves."

El valido estuvo mirándolo un momento, sin decir nada. Después volvió a los papeles de la mesa. Parecía meditar sobre las últimas palabras de Alatriste.

For a long moment, the once masked man sat without saying a word. Then he shifted his gaze to the papers on the table. He seemed to be turning Alatriste's last words over in his mind.

–Sin embargo, a fe que os abona gente de calidad –dijo por fin–. El joven Guadalmedina, por ejemplo. O Don Francisco de Quevedo, que tan bizarramente conjugó ayer la voz activa; aunque Quevedo igual beneficia que perjudica a sus amigos, según los altibajos de sus gracias y desgracias –el privado hizo una pausa larga y significativa–... También, según parece, el flamante duque de Buckingham cree deberos algo –hizo otra pausa más larga que la anterior–... Y el Príncipe de Gales.

"Regardless of your record, however, it seems that there are men of quality who defend you," he said finally.

"Young Guadalmedina, for example. Or don Francisco de Quevedo, who, just yesterday, in his usual bizarre behavior, decided to set his verbs in the active voice –although you know that associating with Quevedo can be a help or a hindrance, according to the ups and downs of his fortunes." Olivares pauses a significant pause. "It also appears that young Buckingham believes he is in your debt." An even longer pause followed. "And the Prince of Wales as well."

–No lo sé –Alatriste se encogía otra vez de hombros, el rostro impasible–. Pero esos gentiles hombres hicieron ayer más que suficiente para saldar cualquier deuda, real o imaginaria.

"I know nothing of that." Again Alatriste shrugged, his expression unchanged. "But yesterday those gentlemen did more than repay a debt, real or imaginary."

Olivares hizo un lento gesto negativo con la cabeza.

Slowly, Olivares shook his head.

–No creáis –su tono era un suspiro de fastidio–.

"Apparently not." He seemed vexed. "This

Esta misma mañana Carlos de Inglaterra ha tenido a bien interesarse de nuevo por vos y vuestra suerte. Hasta el Rey nuestro señor, que no sale de su asombro por lo ocurrido, desea estar al corriente... –puso el legajo a un lado con brusquedad–. Todo esto crea una situación enojosa. Muy delicada.

Ahora el valido miraba a Diego Alatriste de arriba abajo, como preguntándose qué hacer con él.

–Lástima –prosiguió– que aquellos cinco jaques de ayer no desempeñaran mejor su oficio. Quien los pagó no andaba errado... En cierta forma eso lo hubiese resuelto todo.

–Lamento no compartir vuestro pesar, Excelencia.

–Me hago cargo... –la mirada del ministro había cambiado: ahora se tornaba más dura e insondable–. ¿Es cierto eso que cuentan, sobre que hace unos días salvasteis la vida a cierto viajero inglés cuando un camarada vuestro estaba a punto de matarlo?

Alarma. Corred al arma con redobles de caja y trompetas, pensó Alatriste. Aquel giro tenía más peligro que una salida nocturna de los holandeses con todo el Tercio durmiendo a pierna suelta en las fajinas. Conversaciones como ésa lo llevaban a uno en línea recta a meter el cuello en una soga. Y en ese momento no daba un ardite por el suyo.

–Vuestra Excelencia disimule, más no recuerdo semejante cosa.

–Pues os conviene hacer memoria.

Ya lo habían amenazado muchas veces en su vida, antes; y además estaba seguro de no salir con bien de aquella. Así que, puestos a darle lo mismo, el capitán se mantuvo impasible. Eso no fue obstáculo para que escogiera con tiento las palabras:

–Desconozco si a alguien salvé la vida –dijo tras meditar un poco–. Pero recuerdo que, cuando se me encomendó cierto servicio, el principal de mis empleadores dijo que no quería muertes en aquel lance.

–Vaya. ¿Eso dijo?

–Eso mismo.

Las pupilas penetrantes del privado apuntaron al capitán como ánimas de arcabuz.

–¿Y quién era ese principal? –preguntó con peligrosa suavidad.

very morning, Charles of England was interested enough to inquire about you and your fate. Even our lord and king, who is still stunned over what took place, wishes to be informed of the outcome.” He abruptly pushed the file to one side. “This creates a troublesome situation. Very delicate.”

Now Olivares looked at Diego Alatriste as if wondering what to do with him.

“A shame,” he went on, “that those five bunglers did not carry out their assignment better. Whoever paid them was on the right track. In a certain way, that would have solved everything.”

“I am sorry that I do not share your regrets, Excellency.”

“I shall take note of that. . .” The minister’s gaze had changed; now it was even harder and more unreadable. “Is it true what they say, that a few days back you saved the life of a certain English traveler when a comrade of yours was about to kill him?”

Alarm. Sound the alarm with drumrolls and trumpets, thought Alatriste. This sudden shift was more dangerous than a night raid by the Dutch when an entire Spanish *tercio* was laid out snoring. Conversations like this could lead straight to having one’s neck in a noose. At that moment he would not wager a pittance on his neck.

“Your Excellency must be mistaken. I do not remember such a happening.”

“Well, it would be to your benefit to remember.”

The captain had been threatened many times in his life, and in addition he was sure he would not emerge unscathed from this contest. So being lost in either case, he did not flinch. But that did not stand in the way of his choosing his words with great care.

“I do not know whether I saved anyone’s life,” he said after thinking a moment. “But I do recall that when I was hired for a certain service, my principal employer said that he did not want any deaths.”

“Truly? That is what he said?”

“Yes, his very words.”

Olivares’s penetrating pupils were pointed at the captain like the bore of a arquebus.

“And who was that principal?” he asked with dangerous softness.

Alatriste ni pestañeó.

Alatriste did not blink.

—No lo sé, Excelencia. Llevaba un antifaz.

“I have no idea, Excellency. He wore a mask.

Ahora Olivares lo observaba con nuevo interés.

Now Olivares observed the captain with renewed interest.

—Si tales eran las órdenes, ¿cómo es que vuestro compañero osó ir más lejos?

“And if those were your orders, how is it that your companion dared go further?”

—No sé de qué compañero habla vuestra Excelencia. De cualquier modo, otros caballeros que acompañaban al principal dieron después instrucciones diferentes.

“I do not know what companion you are referring to, Excellency. But in any case, other gentlemen who accompanied that preeminent señor later gave different instructions.”

—¿Otros?... —el ministro parecía muy interesado en aquel plural—. Por las llagas de Dios que me gustaría conocer sus nombres. O descripciones.

“Others?” The minister seemed very interested in that plural. “‘Sblood! I would like to have their names. Or their descriptions.”

—Me temo que es imposible. Ya habrá notado vuestra Excelencia que tengo una memoria infame. Y los antifaces...

“I am afraid that is impossible. You will already have noticed, Excellency, that I have great problems with my memory. And the masks . . .”

Vio que Olivares daba un golpe sobre la mesa, disimulando su impaciencia. Pero la mirada que dirigió a Alatriste era más valorativa que amenazadora. Parecía sopesar algo en su interior.

He watched as Olivares struck the table, venting his impatience. The look that he gave Alatriste, though, was more evaluating than menacing. He seemed to be weighing something in his mind.

—Empiezo a estar harto de vuestra mala memoria. Y os prevengo que hay verdugos capaces de avivársela al más pintado.

“I am beginning to have my fill of your bad memory. And I warn you that there are executioners capable of making the strongest man sing a tune.”

—Ruego a vuestra Excelencia que me mire bien la cara.

“I beg of Your Excellency, look at me. Carefully.”

Olivares, que no había dejado de mirar al capitán, frunció bruscamente el ceño, entre irritado y sorprendido. Su expresión se tornó más seria, y Alatriste creyó que iba a llamar en ese momento a la guardia para que se lo llevaran de allí y lo ahorcaran en el acto. Pero el privado permaneció inmóvil y silencioso, mirándole al capitán la cara como éste había pedido. Por fin, algo que debió de ver en su mentón firme o en los ojos glaucos y fríos, que no parpadearon un solo instante mientras duró el examen, pareció convencerlo.

Olivares, who had done nothing else, frowned, both irritated and surprised. From his expression, Alatriste believed that he was going to call the guard and have him removed and hanged at that moment. But he did nothing. He did not comment or speak, but only stared at the captain's face, as requested. Finally, something in the firm chin or the cold, gray-green eyes, which had not blinked once during the examination, seemed to persuade him.

—Quizá tengáis razón —asintió el privado—. Me atrevería a jurar que sois de los olvidadizos. O de los mudos.

“Perhaps you are right,” he nodded. “I would be willing to swear that you are the sort who forgets. Or does not talk.”

Se quedó un instante pensativo, mirando los papeles que tenía sobre la mesa.

He stared pensively at the papers on the table.

—Debo despachar unos asuntos —dijo—. Espero que no os importe aguardar aquí un poco más.

“I have matters to attend to,” he said. “I hope you will not mind waiting here a while more.”

Se levantó entonces y, acercándose al cordón de una campanilla que pendía del techo junto a la pared, tiró de éste una sola vez. Luego volvió a sentarse sin prestar más atención al capitán.

El aire familiar del individuo que entró en la habitación se acentuó en cuanto Alatriste oyó su voz. Por vida de. Aquel lío, decidió, empezaba a parecerse a una reunión de viejos conocidos, y sólo faltaban allí el padre Emilio Bocanegra y el espadachín italiano para completar cuadrilla. El recién llegado tenía la cabeza redonda, y en ella flotaban desamparados algunos cabellos entre castaños y grises. Todo su pelo era mezquino y ralo: las patillas hasta media cara, la barbita muy estrecha y recortada desde el labio inferior al mentón, y los bigotes poco espesos pero rizados sobre los mofletes, surcados de venillas rojas igual que la gruesa nariz. Vestía de negro, y la cruz de Calatrava no bastaba para atenuar la vulgaridad que se desprendía de su apariencia, con la gollilla poco limpia y mal almidonada, y aquellas manos manchadas de tinta que le hacían parecer un amanuense venido a más, con el grueso anillo de oro en el meñique de la mano izquierda. Los ojos, sin embargo, resultaban inteligentes y muy vivos; y la ceja izquierda, arqueada a más altura que la derecha con aire avisado, crítico, daba un carácter taimado, de peligrosa mala voluntad, a la expresión —primero sorprendida y luego desdeñosa y fría— que cruzó su rostro al descubrir a Diego Alatriste.

Era Luis de Alquézar, secretario privado del Rey Don Felipe Cuarto. Y esta vez venía sin máscara.

—Resumiendo —dijo Olivares—. Que hemos topado con dos conspiraciones. Una, encaminada a dar una lección a ciertos viajeros ingleses, y a quitarles unos documentos secretos. Y otra dirigida simplemente a asesinarlos. De la primera tenía ciertos informes, creo recordar. Pero la segunda es casi una novedad para mí. Quizá vuestra merced, Don Luis, como secretario de Su Majestad y hombre ducho en covachuelas de la Corte, hayáis oído algo.

El valido había hablado muy despacio, tomándose su tiempo y con largas pausas entre frase y frase; sin quitarle de encima los ojos al recién llegado. Éste permanecía en pie, escuchando, y de vez en cuando lanzaba furtivas ojeadas a Diego Alatriste. El capitán se mantenía a un lado, preguntándose en qué diablos iba a terminar todo aquello. Reunión de pastores, oveja muerta. O a punto de estarlo.

Olivares había dejado de hablar y aguardaba. Luis de Alquézar se aclaró la garganta.

—Temo no ser muy útil a vuestra Grandeza —dijo,

He got up then, and went to a bell-pull near a wall and tugged it once. Then he sat down again, and paid no further attention to the captain.

Alatriste's sense that he knew the individual who answered the bell increased as soon as he heard his voice. By my life . . . This, he mused, was beginning to resemble a reunion of old friends. The only ones needed to complete the crew were Fray Emilio Bocanegra and the Italian swordsman. The man before him had a round head, on which floated a few graying brown hairs. All his hair was sparse: the sideburns halfway down his face, the thinly trimmed beard from lower lip to chin, and the scraggly mustache curling over cheeks streaked with red veins, like the ones on his fat nose. He was wearing black, and the embroidered cross of Calatrava on his chest did nothing to improve the vulgarity of his appearance. His wilted ruff was far from clean, as were the ink-stained hands that resembled those of an amanuensis who had hit a run of good fortune; only the heavy gold ring on the little finger of his left hand spoke to his privileged state. The eyes, though, were sharp and intelligent, and the knowing, critical arch of the left eyebrow lent a crafty, dangerous tone to the expression—first surprised and then cold and scornful—that crossed his face when he saw Diego Alatriste.

It was none other than Luis de Alquézar, private secretary to king Philip the Fourth. And this time he was wearing no mask.

“To sum up,” said Olivares. “We are dealing here with two conspiracies. One intended to give a lesson to certain English travelers and to relieve them of a bundle of secret documents. And another intended simply to assassinate them. Of the first I had some knowledge, I seem to remember . . . But the second is practically new to me. Perhaps you, don Luis, as secretary to His Majesty and an expert observer in certain ministerial offices at court, may have heard something?”

The favorite of the king had spoken very slowly, taking his time and leaving long pauses between his sentences, and never taking his eyes off the man he had summoned. The secretary stood before Olivares, wary, occasionally sneaking a glance at Diego Alatriste. The captain had stepped to one side, wondering where the devil all this was going to end. A gathering of shepherds, and one dead sheep? Or about to be.

Olivares had stopped talking and was waiting. Luis de Alquézar cleared his throat.

“I fear I will be of very little help to Your Eminence,”

y en su tono extremadamente cauto se traslucía el desconcierto por la presencia de Alatriste—. Algo había oído yo también de la primera conspiración... En cuanto a la segunda... —miró al capitán y la ceja izquierda se le enarcó siniestra, como un puñal turco en alto—. Ignoro lo que este sujeto ha podido, **ejem**, contar.

El privado tamborileó impaciente con los dedos sobre la mesa.

—Este sujeto no ha contado nada. Lo tengo aquí esperando para despachar otro asunto.

Luis de Alquézar miró al ministro un largo rato, calibrando lo que acababa de oír. Digerido aquello, miró a Alatriste y de nuevo a Olivares.

—Pero... —empezó a decir.

—No hay peros.

Alquézar se aclaró la garganta de nuevo.

—Como vuestra Grandeza me plantea un tema tan delicado delante de terceros, creí que...

—Pues creísteis mal.

—Disculpadme —el secretario miraba los papeles de la mesa con expresión inquieta, como acechando algo alarmante en ellos. Se había puesto muy pálido—. Pero no sé si ante un extraño debo...

Alzó el valido una mano autoritaria. Alatriste, que los observaba, habría jurado que Olivares parecía disfrutar con todo aquello.

—Debéis.

Ya eran cuatro las veces que Alquézar tragaba saliva, aclarándose la garganta. Esta vez lo hizo ruidosamente.

—Siempre estoy a las órdenes de vuestra Grandeza —su tez pasaba de la extrema palidez al enrojecimiento súbito, cual si experimentase accesos de frío y de calor—. Lo que puedo imaginar sobre esa segunda conspiración...

—Procurad imaginarlo con todo detalle, os lo ruego.

—Por supuesto, Excelencia —los ojos de Alquézar seguían escudriñando inútilmente los papeles del ministro; sin duda su instinto de funcionario lo impulsaba a buscar en ellos la explicación a lo que estaba ocurriendo—... Os decía que cuanto puedo imaginar, o suponer, es que ciertos intereses se cruza-

he said, and in his meticulously cautious tone showed his discomfort at Alatriste's presence. "I, too, had heard something about the first conspiracy. As for the second. . ." He looked at the captain and his left eyebrow rose in a sinister arch, like an upraised Turkish scimitar. "I do not know what this, ahem, person, may have told you."

Olivares's fingers drummed impatiently on the table.

"This, ahem, *person*, has said nothing. He is waiting here for me to deal with another matter."

Luis de Alquézar was slow to speak, processing what he had just heard. Once it was digested, he looked toward Alatriste, and then Olivares again.

"But..." he began.

"There are no buts."

Alquézar again cleared his throat.

"As Your Eminence has set forth such a delicate subject in the presence of a third party, I thought that. . ."

"You thought wrongly."

"Forgive me." The secretary looked at the papers on the table with an uneasy expression, as if expecting to find something alarming in them. He had paled noticeably. "But I do not know whether before a stranger I should. . ."

The favorite of the king lifted an authoritative hand. Alatriste, who was watching closely, would have sworn that Olivares was enjoying himself.

"You should."

Alquézar swallowed four times and again cleared his throat, this time noisily.

"I am always at the service of Your Eminence." His skin went from an extreme pallor to a sudden flush, as though he were suffering attacks of cold and heat. "What I can imagine of that second conspiracy . . ."

"Try to imagine every detail, I beg you."

"Of course, Your Eminence." Alquézar's eyes were still futilely scrutinizing the minister's papers; his instinct as a functionary impelled him to seek in them the explanation of what was happening to him. "As I was saying, all I can imagine, or suppose, is that certain interests crossed paths along the way.

ron en el camino. La Iglesia, por ejemplo...

The Church, for example?"

–La Iglesia es muy amplia. ¿Os referís a alguien en particular?

"The word 'church' is very broad. Were you referring to someone in particular?"

–Bueno. Hay quienes tienen poder terrenal, además del eclesiástico. Y ven con malos ojos que un hereje...

"Very well. There are some who have secular, as well as ecclesiastic, power. And they fervently disapprove of a heretic's—"

–Ya veo –cortó el ministro—. Os referís a santos varones como fray Emilio Bocanegra, por ejemplo. Alatriste vio cómo el secretario del Rey reprimía un sobresalto.

"I see," the minister interrupted. "You were referring to saintly men like Fray Emilio Bocanegra, for example." Alatriste saw the king's secretary repress a sudden start.

–Yo no he citado a su Paternidad –dijo Alquézar, recobrando la sangre fría— pero ya que vuestra Grandeza se digna mencionarlo, diré que sí. Me refiero a que tal vez, en efecto, fray Emilio sea de quienes no ven con agrado una alianza con Inglaterra.

"I have not named the holy father," said Alquézar, regaining his composure. "But now that Your Eminence has seen fit to mention him, I would say yes. By that I mean that, in fact, Fray Emilio may be one of those who does not look kindly upon an alliance with England."

–Me sorprende que no hayáis acudido a consultarme, si abrigabais semejantes sospechas.

"I am surprised that you did not come to consult me, if you were harboring such suspicions."

Suspiró el secretario, aventurando una discreta sonrisa conciliadora. A medida que se prolongaba la conversación y sabía a qué tono atenerse, parecía más taimado y seguro de sí.

The secretary sighed, venturing a discreet conciliatory smile. The longer the conversation continued, and he tested which tack to take, the more artful and sure of himself he seemed to be.

–Ya sabe vuestra Grandeza cómo es la Corte. Sobrevivir resulta difícil, entre tirios y troyanos. Hay influencias. Presiones... Además, resulta sabido que vuestra Grandeza no es partidario de una alianza con Inglaterra... A fin de cuentas se trataría de serviros.

"Your Eminence is aware of how it is at court. It is difficult to survive—walking the line between Tyrians and Trojans, you know. There are influences. Pressures. Besides, it is well known that Your Eminence is not among those who favor an alliance with England. It was, actually, all in your best interests."

–Pues voto a Dios, Alquézar, que por servicios así hice ahorcar a más de uno –la mirada de Olivares perforaba al secretario real como un mosquetazo—... Aunque imagino que el oro de Richelieu, de Saboya y de Venecia tampoco habrá sido ajeno al asunto.

"By His wounds, Alquézar! I swear to you that for such 'services' I have had more than one man hanged." Olivares's glare bored through the royal secretary like a lethal musket ball. "Although I imagine that the gold of Richelieu, of Savoy and Venice, would not have persuaded anyone otherwise."

La sonrisa cómplice y servil que ya apuntaba bajo el bigote del secretario real se borró como por ensalmo.

The royal secretary's complicit and servile smile vanished as if by magic.

–Ignoro a qué se refiere vuestra Grandeza.

"I cannot know to what Your Eminence is referring."

–¿Lo ignoráis? Qué curioso. Mis espías habían confirmado la entrega de una importante suma a algún personaje de la Corte, pero sin identificar destinatario... Todo esto me aclara un poco las ideas.

"You do not know? How curious. My spies have confirmed the delivery of an important sum of money to some person at court, but without identifying the recipient. All this makes things a little clearer for me."

Alquézar se puso una mano exactamente sobre la cruz de Calatrava que llevaba bordada en el pecho.

Alquézar placed a hand on the embroidered cross of Calatrava.

–Espero que vuestra Excelencia no vaya a pensar que yo...

"I pray that Your Eminence does not believe that I..."

—¿Vos? No sé qué podríais terciar en este negocio —Olivares hizo un gesto displicente con una mano, cual para alejar una mala idea, haciendo que Alquézar sonriese un poco, aliviado—. A fin de cuentas, todo el mundo sabe que yo os nombré secretario privado de Su Majestad. Gozáis de mi confianza. Y aunque en los últimos tiempos hayáis obtenido cierto poder, dudo que fueseis tan osado como para conspirar a vuestro aire. ¿Verdad?

La sonrisa de alivio ya no estaba tan segura en la boca del secretario.

—Naturalmente, Excelencia —dijo en voz baja.

—Y menos —prosiguió Olivares— en cuestiones donde intervienen potencias extranjeras. A fray Emilio Bocanegra puede salirle eso gratis porque es hombre de iglesia con agarres en la Corte. Pero a otros podría costarles la cabeza.

Al decir aquello le dirigió a Alquézar una mirada significativa y terrible.

—Vuestra Grandeza sabe —casi tartamudeó el secretario real, de nuevo demudada la color— que le soy absolutamente fiel.

El valido lo miró con ironía infinita.

—¿Absolutamente?

—Eso he dicho a vuestra Grandeza. Fiel y útil.

—Pues os recuerdo, Don Luis, que de colaboradores absolutamente fieles y útiles tengo yo los cementerios llenos.

Y dicha aquella fanfarronada, que en su boca sonaba funesta y amenazadora, el conde de Olivares cogió la pluma con aire distraído, sosteniéndola entre los dedos como si se dispusiera a firmar una sentencia. Alatriste vio que Alquézar seguía el movimiento de la pluma con ojos angustiados.

—Y ya que hablamos de cementerios —dijo de pronto el ministro—. Os presento a Diego Alatriste, más notorio por el nombre de capitán Alatriste... ¿Lo conocíais?

—No. Quiero decir que, ejem, que no lo conozco.

—Eso es lo bueno de andar entre gente avisada: que nadie conoce a nadie.

De nuevo parecía Olivares a punto de sonreír, pero

“You?” Olivares gave a dismissive wave, as if to brush away a fly, causing Alquézar to smile with relief. “I do know what you have to gain in this business. After all, everyone knows that I myself named you private secretary to His Majesty. You enjoy my trust. And although recently you have obtained a certain power, I doubt that you were sufficiently bold to think of conspiring to effect your own reward. Is that not true?”

The confident smile was no longer as firm on the secretary’s lips.

“Naturally, Your Eminence,” he said in a low voice.

“And especially,” Olivares continued, “not in matters involving foreign powers. Fray Emilio Bocanegra can emerge from this unscathed, since he is a man of the Church with influence at court. But it may cost others their heads.”

As he spoke these words he threw a terrible and meaningful glance toward Alquézar.

“Your Eminence knows”—the royal secretary was nearly stuttering, and was again turning pale—“that I am completely loyal.”

The minister’s expression was one of profound irony.

“Completely?”

“Yes, Your Eminence, that is what I said. Loyal. And useful.”

“But let me remind you, don Luis, that I have cemeteries filled with ‘completely’ faithful and useful collaborators.”

In his mouth, that pronouncement sounded even more dark and threatening. The Conde de Olivares picked up his quill with a distracted air, holding it as though preparing to sign a death sentence. Alatriste saw Alquézar follow the movement of the pen with agonized eyes.

“And now that we are speaking of cemeteries,” the minister interjected suddenly, “I want you to meet Diego Alatriste, better known as Captain Alatriste. Have you met him?”

“No. I mean to say that, ahem . . . That I am not acquainted with him.”

“That is the good thing about dealing with discreet parties. No one knows anyone.”

Again Olivares seemed about to smile.

no lo hizo. Al cabo de un instante señaló con la pluma al capitán.

–Don Diego Alatriste –dijo– es hombre cabal, con excelente hoja militar; aunque una herida reciente y su mala suerte lo tengan en situación delicada. Parece valiente y de fiar.. Sólido, sería el término justo. No abundan los hombres como él; y estoy seguro de que con algo de buena fortuna conocerá mejores tiempos. Sería una lástima vernos privados para siempre de sus eventuales servicios –miró al secretario del Rey, penetrante–... ¿No lo halláis en razón, Alquézar?

–Muy en razón –se apresuró a confirmar el otro–. Pero con el modo de vida que le imagino, este señor Alatriste se expone a tener cualquier mal encuentro... Un accidente o algo así. Nadie podría hacerse responsable de ello.

Dicho lo cual, Alquézar le dirigió al capitán una mirada de rencor.

–Me hago cargo –dijo el valido, que parecía estar a sus anchas con todo aquello–. Pero sería bueno que por nuestra parte no hagamos nada por anticipar tan molesto desenlace. ¿No sois de mi opinión, señor secretario real?

–Absolutamente, Excelencia –la voz de Alquézar temblaba de despecho.

–Sería muy penoso para mí.

–Lo comprendo.

–Penosísimo. Casi una afrenta personal.

Desencajado, Alquézar tenía cara de estar trasegando bilis por azumbres. La mueca espantosa que le crispaba la boca pretendía ser una sonrisa.

–Por supuesto –balbució.

Alzando un dedo en alto, como si acabase de recordar algo, el ministro buscó entre los papeles de la mesa, cogió uno de los documentos y se lo alargó al secretario real.

–Quizás ayudaría a nuestra tranquilidad que vos mismo cursarais este beneficio, que por cierto viene firmado por Don Ambrosio de Spínola en persona, para que se le concedan cuatro escudos a Don Diego Alatriste por servicios en Flandes. Eso le ahorrará por algún tiempo andar buscándose la vida entre cuchillada y cuchillada... ¿Está claro?

Instead he pointed his quill toward the captain.

“Don Diego Alatriste,” he said, “is an honorable man with an excellent military record—although a recent wound and bad fortunes have placed him in a delicate situation. He seems brave and trustworthy.. . ‘Solid’ would be the proper term. There are not many men like him, and I am sure that with a little luck he will know better times. It would be a shame to find ourselves forever deprived of his potential services.” He sent a penetrating glance toward the secretary to the king. “Do you not find that true, Alquézar?”

“Very true,” the secretary hastened to confirm. “But with the kind of life that I imagine he leads, this Señor Alatriste exposes himself to many dangers. An accident, or something of the kind. No one can be responsible for that.”

Having spoken, Alquézar directed an angry look at the captain.

“Oh, I can. I will be responsible,” said the king’s favorite, who seemed to be very comfortable with the direction the interview was taking. “And it would be well if on our parts we do nothing to precipitate such an unpleasant outcome. You do share my opinion, do you not, Señor Royal Secretary?”

“Oh absolutely, Your Eminence.” Alquézar’s voice was trembling with rage.

“It would be very painful for me.”

“I understand.”

“*Extremely* painful. Almost a personal affront.”

Alquézar’s contorted face suggested that bile was shooting through his system by the pint. The frightening grimace that distorted his mouth was intended to be a smile.

“Of c-course,” he stammered.

The minister raised a finger, as if he had just recalled something, shuffled through the papers on the table, plucked out one of the documents, and handed it to the royal secretary.

“Perhaps it would add to your peace of mind if you yourself expedited this matter. This paper is signed by don Ambrosio de Spinola personally, and requests that don Diego Alatriste be paid four *escudos* for services in Flanders. That will, for a time, save him from having to draw his sword to earn a living. Do I make myself clear?”

Alquézar sostenía el papel con la punta de los dedos, cual si contuviera veneno. Miraba al capitán con ojos extraviados, a punto de sufrir un golpe de sangre. La cólera y el despecho le hacían rechinar los dientes.

–Claro como el agua, Excelencia.

–Entonces podéis regresar a vuestros asuntos.

Y sin levantar la vista de sus papeles, el hombre más poderoso de Europa despidió al secretario del Rey con un gesto displicente de la mano.

Cuando se quedaron solos, Olivares alzó la cabeza para mirar detenidamente al capitán Alatriste.

–Ni voy a daros explicaciones, ni tengo por qué dáros las –dijo por fin, malhumorado.

–No he pedido explicaciones a vuestra Excelencia.

–Si lo hubierais hecho ya estaríais muerto. O camino de estarlo.

Hubo un silencio. El valido se había puesto en pie, yendo hasta la ventana sobre la que corrían nubes que amenazaban lluvia. Seguía las evoluciones de los guardias en el patio, cruzadas las manos a la espalda. A contraluz su silueta parecía aún más maciza y oscura.

–De cualquier modo –dijo sin volverse– podéis dar gracias a Dios por seguir vivo.

–Es cierto que me sorprende –respondió Alatriste–. Sobre todo después de lo que acabo de oír.

–Suponiendo que de veras hayáis oído algo.

–Suponiéndolo.

Todavía sin volverse, Olivares encogió los poderosos hombros.

–Estáis vivo porque no merecéis morir, eso es todo. Al menos por este asunto. Y también porque hay quien se interesa en vos.

–Os lo agradezco, Excelencia.

–No lo hagáis –apartándose de la ventana, el valido dio unos pasos por la estancia, y sus pasos resonaron sobre el entarimado del suelo–. Existe una tercera razón: hay gentes para quienes el hecho de conservaros con vida supone la mayor afrenta que

Alquézar held the paper with the tips of his fingers, as if it were coated in poison. He looked toward the captain, wild-eyed, as though about to suffer a stroke. His teeth gritted with anger and spite.

“As clear as water, Your Eminence.”

“Then you may return to your duties.”

And without looking up from his papers, the most powerful man in Europe dismissed the secretary to the king with a wave of the hand.

When they were alone, Olivares looked up and held Captain Alatriste’s eyes for a long moment.

“I am not going to offer an explanation, nor do I have any reason to do so,” he said gruffly.

“I have not asked an explanation of Your Excellency.”

“Had you done so, you would be dead by now. Or on your way to being so.”

Then silence. The king’s favorite had risen to his feet and was walking toward the window, where he could see clouds threatening rain. He seemed to be concentrating on the guards in the courtyard. Hands crossed behind his back, standing against the light, he looked even more dark and forbidding.

“Whatever else,” he said without turning, “you can thank God that you are still alive.”

“It is true that it surprises me,” Alatriste replied. “Especially after all I have just heard.”

“Supposing that in fact you heard something.”

“Supposing.”

Still without turning, Olivares shrugged his powerful shoulders.

“You are alive simply because you do not deserve to die. At least not for the matter at hand. And also because there are those who have your interests at heart.”

“I am grateful to them, Excellency.”

“Do not be.” The favorite moved away from the window, and his footsteps echoed on the parquet floor. “There is a third reason. There are those for whom your being alive is the gravest blow I can impose at this moment.” He took a few more

puedo hacerles en este momento –dio unos pasos más moviendo la cabeza, complacido–. Gentes que me son útiles por venales y ambiciosas; pero esa misma venalidad y ambición hace que a veces caigan en la tentación de actuar por su cuenta, o la de otros... ¡Qué queréis! Con hombres íntegros pueden quizá ganarse batallas, pero no gobernar reinos. Por lo menos, no éste.

Se quedó contemplando pensativo el retrato del gran Felipe Segundo que estaba sobre la chimenea; y tras una pausa muy larga suspiró profunda, sinceramente. Entonces pareció recordar al capitán y se volvió de nuevo hacia él.

–En cuanto al favor que pueda haberos hecho –continuó–, no cantéis victoria. Acaba de salir de aquí alguien que no os perdonará jamás. Alquézar es uno de esos raros aragoneses astutos y complicados, de la escuela de su antecesor Antonio Pérez... Su única debilidad conocida es una sobrina que tiene, niña aún, *menina* de Palacio. Guardaos de él como de la peste. Y recordad que si durante un tiempo mis órdenes pueden mantenerlo a raya, ningún poder alcanzo sobre fray Emilio Bocanegra. En lugar del capitán Alatriste, yo sanaría pronto de esa herida y volvería a Flandes lo antes posible. Vuestro antiguo general Don Ambrosio de Spínola está dispuesto a ganar más batallas para nosotros: sería muy considerado que os hicieseis matar allí, y no aquí.

De pronto el valido parecía cansado. Miró la mesa cubierta de papeles como si en ella estuviera una larga y fatigosa condenación. Fue despacio a sentarse de nuevo, pero antes de despedir al capitán abrió un cajón secreto y extrajo una cajita de ébano.

–Una última cosa –dijo–. Hay un viajero inglés en Madrid que, por alguna incomprensible razón, cree estaros obligado... Su vida y la vuestra, naturalmente, es difícil que se crucen jamás. Por eso me encarga os entregue esto. Dentro hay un anillo con su sello y una carta que, faltaría más, he leído: una especie de orden o letra de cambio, que obliga a cualquier súbdito de Su Majestad Británica a prestar ayuda al capitán Diego Alatriste si éste la ha de menester. Y firma Carlos, príncipe de Gales.

Alatriste abrió la caja de madera negra, adornada con incrustaciones de marfil en la tapa. El anillo era de oro y tenía grabadas las tres plumas del heredero de Inglaterra. La carta era un pequeño billete doblado en cuatro, con el mismo sello que el anillo, escrita en inglés. Cuando levantó los ojos vio que el valido lo miraba, y que entre la feroz barba y el mostacho se le dibujaba una sonrisa melancólica.

steps, nodding, pleased. “People who are useful to me because of their venality and ambition. But at times that same venality and ambition causes them to fall into the temptation of acting in their own behalf, or that of someone other than myself. What can one do? With upright men, one may win battles, perhaps, but not govern kingdoms. At least not this one.”

He stood pensively regarding the portrait of the great Philip the Second above the fireplace; and after a very long pause he sighed deeply, sincerely. Then he seemed to remember the captain, and whirled toward him.

“As for any favor I may have done you,” he said, “do not crow. Someone has just left this room who will never forgive you. Alquézar is one of those rare astute and complex Aragonese of the school of his predecessor, Antonio Pérez. His one known weakness is a niece of his, still a girl, a *menina* in the palace. Guard yourself against him as you would against the plague. And remember that if for a while my orders can keep him in line, I have no power at all over Fray Emilio Bocanegra. Were I in Captain Alatriste’s place, I would quickly heal my wound and return to Flanders as soon as possible. Your former general, don Ambrosio de Spinola, is set to win more battles for us. It would be very considerate if you got yourself killed there, and not here.”

Suddenly, Olivares seemed tired. He looked at the table strewn with papers as though in them he saw his condemnation, a long and fatiguing sentence. Slowly he sat down and faced them, but before he bade the captain farewell, he opened a secret door and took out a small ebony box.

“One last thing,” he said. “There is an English traveler in Madrid who for some incomprehensible reason feels he is obligated to you. His path and yours, naturally, will in all probability never cross again. That is why he charged me to give this to you. Inside is a ring with his seal and a letter that-well, would you expect otherwise?-I have read. It is a kind of directive and bill of exchange that obliges any subject of His Britannic Majesty to lend aid to Captain Diego Alatriste should he ever have need. It is signed Charles, Prince of Wales.”

Alatriste opened the black wood box with the ivory-inlaid lid. The ring was gold, and was engraved with the three plumes of the English heir. The letter was a small sheet folded four times, bearing the same seal as the ring, and written in English. When Alatriste looked up he saw that the favorite was watching him, and that between his ferocious beard and mustache gleamed a melancholy smile.

–Lo que yo daría –dijo Olivares– por disponer de una carta como ésa.

“What I would not give,” said Olivares, “to have a letter like that.”

EPÍLOGO

El cielo amenazaba lluvia sobre el Alcázar, y las pesadas nubes que corrían desde el oeste parecían desgarrarse en el chapitel puntiagudo de la Torre Dorada. Sentado en un pilar de piedra de la explanada real, me abrigué los hombros con el herreruelo viejo del capitán que para mí hacía las veces de capa, y seguí esperando sin perder de vista las puertas de Palacio, de donde los centinelas me habían alejado ya en tres ocasiones. Llevaba allí muy largo rato: desde que por la mañana, soñoliento ante la cárcel de Corte donde habíamos pasado la noche –el capitán dentro y yo fuera–, seguí el carruaje en que los alguaciles del teniente Saldaña lo llevaron al Alcázar para introducirlo por una puerta lateral. Yo estaba sin probar bocado desde la noche anterior, cuando Don Francisco de Quevedo, antes de irse a dormir –había estado curándose un rasguño sufrido durante la refriega–, pasó por la cárcel para interesarse por el capitán; y al encontrarme a la salida compró en un bodegón de puntapié algo de pan y cecina para mí. Lo cierto es que tal parecía ser mi sino: buena parte de la vida junto al capitán Alatriste la pasaba esperándolo en alguna parte durante un mal lance. Y siempre con el estómago vacío y la inquietud en el corazón.

Un frío chirimirí empezó a mojar las losas que cubrían la explanada real, trocándose al poco en llovizna que velaba de gris las fachadas de los edificios cercanos e iba acentuando poco a poco el reflejo de éstos en las losas húmedas bajo mis pies. Me entretuve para matar el tiempo mirando dibujarse esos contornos entre mis zapatos. En eso estaba cuando oí silbar una musiquilla que me resultaba familiar, una especie de tiruri–ta–ta, y entre aquellos reflejos grises y ocres apareció una mancha oscura, inmóvil. Y al alzar los ojos vi ante mí, con capa y sombrero, la inconfundible silueta negra de Gualterio Malatesta.

EPILOGUE

The sky above the Alcazar threatened rain, and the heavy clouds blowing from the west seemed to rip apart on the pointed spire of the Torre Dorada. Sitting on a stone pillar on the royal esplanade, I covered my shoulders with the captain's old *herreruelo*, the short cape that served me for warmth, and continued to wait, never taking my eyes off the gates of the palace from which the sentinels had already chased me three times. I had been there a very long while: ever since early morning, when I was roused from my uncomfortable dozing in front of the prison where we had spent the night—the captain inside and I out—and I had followed the carriage in which Constable Saldaña had driven the captain to the Alcazar and taken him in through a side gate. I had de Quevedo, before turning in—he had been recovering from a scratch suffered during the skirmish—came by the prison to inquire about the captain. When he found me huddled at the exit, he went to a nearby tavern and bought me a little bread and dried beef. The truth is, this seemed to be my destiny: a good part of my life with Captain Alatriste was spent waiting for him, expecting the worst. And always with my stomach empty and dread in my heart.

A cold drizzle began to moisten the large paving stones of the royal esplanade, little by little turning into a fine rain that drew a gray veil across the facades of nearby buildings and traced their reflections on the wet stones beneath my feet. I entertained myself by watching them take shape. That was what I was doing when I heard a little tune that sounded familiar to me, a kind of ti-ri-tu, ta-ta. Among the gray and ochre reflections stretched a dark, motionless stain. When I looked up, there before me, in cape and hat, was the unmistakable, somber figure of Gualterio Malatesta.

La primera reacción ante mi viejo conocido del Portillo de las Ánimas fue poner pies en polvorosa; pero no lo hice. La sorpresa me dejó tan mudo y paralizado que sólo pude quedarme allí muy quieto, tal, y como estaba, mientras los ojos oscuros, relucientes, del italiano me miraban con fijeza. Después, cuando pude reaccionar, tuve dos pensamientos concretos y casi contrapuestos. Uno, huir. Otro, echar mano a la daga que llevaba oculta en la trasera del cinto, bajo el herreruelo, e intentar metérsela a nuestro enemigo por las tripas.

Pero algo en la actitud de Malatesta me disuadió de hacer una cosa u otra. Aunque siniestro y amenazador como siempre, con aquella capa y sombrero negros y el rostro flaco de mejillas hundidas, llenas de marcas de viruela y cicatrices, su actitud no presagiaba males inminentes. Y en ese instante, como si alguien hubiese trazado un brusco brochazo de pintura blanca en su cara, apareció en ella una sonrisa.

—¿Esperas a alguien?

Me lo quedé mirando, sentado en el pilar de piedra, sin responder. Las gotas de lluvia corrían por mi cara, y a él le quedaban suspendidas en las anchas alas de fieltro del sombrero y en los pliegues de la capa.

—Creo que saldrá pronto —dijo al cabo de un momento con aquella voz suya apagada y áspera, sin dejar de observarme como al principio, de pie ante mí. Tampoco respondí esta vez; y él, tras otro instante, miró a mi espalda y luego alrededor, hasta fijar la vista en la fachada del Palacio.

—Yo también lo esperaba —añadió pensativo, sin dejar de mirar las puertas del Alcázar—. Por motivos diferentes a los tuyos, claro.

Parecía ensimismado, casi divertido por algún aspecto de la situación.

—Diferentes —repitió.

Pasó un carruaje con el cochero envuelto en una capa encerada. Eché un vistazo para ver si podía distinguir a su pasajero. No era el capitán. A mi lado, el italiano se había vuelto a observarme. Mantenía la fúnebre sonrisa.

—No te preocupes. Me han dicho que saldrá por su propio pie. Libre.

—¿Y cómo lo sabe vuestra merced?

My first inclination when I saw my old acquaintance from the Gate of Lost Souls was to take to my feet, but I did not. Surprise left me so paralyzed and speechless that all I could do was sit there quietly, and not move, as the dark, gleaming eyes of the Italian nailed me to the spot. Afterward, when I could react, I had two specific and nearly opposite thoughts. One: Run. Two: Pull out the dagger I had hidden in the back of my waistband, covered by the cape, and try to bury it in our enemy's tripe.

But something about him dissuaded me from doing either. Although he was as sinister and menacing as ever-lean, sunken-cheeked face marred by scars and pox marks—his attitude did not signal imminent danger. And in that instant, as if someone had swiped a line of white paint across his face, a smile appeared.

“Waiting for someone?”

I sat there on my stone pillar, staring at him. Drops of rain ran down my face, and rain collected on the broad brim of the Italian's felt hat and in the folds of his cape.

“I believe he will be coming out soon,” he said in that muffled, hoarse voice, observing me all the while. I did not answer this time, either, and after a moment of silence, he looked over my shoulder and then all around, until his eyes settled on the facade of the palace.

“I was waiting for him, too,” he added pensively, eyes now fixed on the palace gate. “For reasons different from yours, of course.”

He seemed in a spell, almost amused by some aspect of the situation.

“Different,” he repeated.

A carriage passed. Its coachman was wrapped in a waxed cloth cape. I took a quick look to see whether I could make out the passenger. It was not the captain. At my side, the Italian was observing me again, that funereal smile still on his face.

“Have no fear. I have been told that he will come out on his own two feet. A free man.”

“And how would you know that?”

Mi pregunta coincidió con un cauto gesto de mi mano hacia la parte del cinto cubierta por el herruero, movimiento que no pasó inadvertido al italiano. Se acentuó su sonrisa.

–Bueno –dijo lentamente–. Yo también lo esperaba, como tú. Para darle un recado. Pero acababan de decirme que el recado ya no es necesario, de momento... Que lo aplazan sine die.

Lo miré con una desconfianza tan evidente que el italiano se echó a reír. Una risa que parecía crujir como maderos rotos: chasqueante, opaca.

–Voy a irme, rapaz. Tengo cosas que hacer. Pero quiero que me hagas un favor. Un mensaje para el capitán Alatriste... ¿Te importa?

Yo lo seguía observando receloso, y no dije palabra. Él volvió a mirar a mi espalda y luego a uno y otro lado, y me pareció oírlo suspirar muy despacio, cual para sus adentros. Allí, negro e inmóvil bajo la lluvia que arreciaba poco a poco, también él parecía cansado. Quizás los malvados se cansan tanto como los corazones leales, pensé un instante. A fin de cuentas, nadie elige su destino.

–Cuéntale al capitán –dijo el italiano– que Gualterio Malatesta no olvida la cuenta pendiente entre ambos. Y que la vida es larga, hasta que deja de serlo... Dile también que nos encontraremos de nuevo, y que en esa ocasión espero darme más maña que hasta ahora, y matarlo. Sin acaloramientos ni rencores: con calma, espacio y tiempo. Se trata de una cuestión personal. Profesional, incluso. Y de profesional a profesional, estoy seguro de que él lo entenderá perfectamente... ¿Le darás el mensaje? – de nuevo el destello blanco le cruzó la cara, peligroso, como un relámpago–. Voto a Dios que eres un buen mozo.

Se quedó absorto, mirando de nuevo un punto indeterminado de la plaza llena de veladuras grises. Hizo después un gesto como para irse, pero se detuvo antes.

–Por cierto –añadió, sin mirarme–. La otra noche, en el Portillo de las Ánimas, estuviste muy bien. Aquellos pistoletazos a bocajarro... Pardiez. Supongo que Alatriste sabrá que te debe la vida.

Sacudió las gotas de agua de los pliegues de la capa y se embozó con ella. Sus ojos, negros y duros como piedras de azabache, se detuvieron por fin en mí.

–Imagino que nos volveremos a ver –dijo, y echó a andar. De pronto se detuvo, vuelto a me-

My question coincided with a cautious movement of my hand toward the back of my waistband, a move that did not pass unnoticed by the Italian. His smile grew broader.

“Well,” he said slowly. “I was waiting for him too. To give him a gift. But I have just been told that my gift is no longer necessary . . . at least for the moment They are releasing him *sine die*.”

The distrust on my face was so clear that the Italian burst out laughing, a laugh that sounded like wood splintering: crackling, coarse.

“I am going now, boy. I have things to do. But I want you to do me a favor. A message for Captain Alatriste. You will give it to him?”

I continued to watch him distrustfully, but did not say a word. Once more he looked over my shoulder, and then to either side, and I thought I heard him sigh very slowly, as if deep within. There, motionless, dressed all in black, beneath the rain that was steadily growing heavier, he too seemed tired. The thought flashed through my mind that perhaps evil men tire, just as loyal, feeling men do. After all, no one chooses his destiny.

“Tell your captain,” said the Italian, “that Gualterio Malatesta has not forgotten that there is unfinished business between us. And that life is long--until it ends. Tell him, too, that we will meet again, and that on that occasion I hope to be more skillful than I have been till now, and kill him. With no heat or rancor, just calm, and with as much time as it takes. In addition to being a professional matter, this is personal. And as professional to professional, I am sure that he will understand perfectly. Will you give him the message?” Again that bright slash crossed his face, dangerous as a lightning bolt. “By my oath, you are a good lad.”

He stood there, absorbed, staring at an indeterminate point in the shimmering gray reflections of the plaza. He made a move as if to leave, but stopped short.

“That other night,” he added, still gazing toward the plaza, “at the Gate of Lost Souls, you did very well. Those point-blank pistol shots. *Dio miosa*. I suppose that Alatriste must know that he owes you his life.”

He shook the droplets of water from the folds of his cape and wrapped it tightly about him. His jet-black eyes finally stopped on me.

“I imagine that we will see each other again,” he said, and began to walk away.

Pérez-Reverte's El capitán Alatriste

días—. Aunque, ¿sabes? Debería acabar contigo, ahora que aún eres un chiquillo... Antes de que seas un hombre y me mates tú a mí.

Después volvió la espalda y se fue, convertido de nuevo en la sombra negra que siempre había sido. Y oí su risa alejándose bajo la lluvia.

Madrid, septiembre de 1996

tr. by Margaret Sayers Peden

But after only a few steps, he turned back toward me. "Although, you know what I should do? I should finish you off now, while you are still a youngster. Before you become a man and kill *me!*"

Then he spun on his heel and walked away, once again the black shadow he had always been. And through the rain, I heard his laughter growing faint in the distance.